

ARRAIGOS Y EXILIOS

Antología

Luis A. Santullano

Edición y notas de
Antolín Sánchez Cuervo



EL COLEGIO DE MÉXICO

ARRAIGOS Y EXILIOS
ANTOLOGÍA

LUIS A. SANTULLANO

Arraigos y exilios
Antología

Prólogo, selección y bibliografía de
Antolín Sánchez Cuervo

Colección Testimonios



EL COLEGIO DE MÉXICO

370.01

S2379a

Santullano, Luis A.

Arraigos y exilios : antología / Luis A. Santullano ; prólogo, selección y bibliografía de Antolín Sánchez Cuervo. – 1a ed. – México, D.F. : El Colegio de México, 2012.

362 p. ; 21 cm. – (Colección Testimonios)

ISBN 968-607-462-443-4

1. Educación – Filosofía. 2. Santullano, Luis A. 3. Literatura española – Historia y crítica. 4. Literatura hispanoamericana – Historia y crítica. 5. Santullano, Luis A. – Correspondencia. 6. Reyes, Alfonso, 1889-1959 – Correspondencia. I. Sánchez Cuervo, Antolín, ed. II. T. III. Ser.

Primera edición, 2012

D.R. © El Colegio de México
Camino al Ajusco 20
Pedregal de Santa Teresa
10740 México, D.F.
www.colmex.mx

ISBN 978-XXX-XXX-XXX-X

Impreso en México

*A la memoria de
Teresa Velo Santullano*

ÍNDICE

Prólogo, ANTOLÍN SÁNCHEZ CUERVO	11
---------------------------------	----

I. LA EDUCACIÓN DEL HOMBRE

Los caminos del pacifismo. La ciencia de la humanidad	45
La escuela activa	48
Factores de la educación	51
La enseñanza de nuestra historia	54
La enseñanza de adultos	58
Lo útil y lo inútil en la educación	64
Las condiciones materiales de la enseñanza	72
Cossío y las Misiones Pedagógicas	76
Minorías, mayorías y masas	83
Universidad, universalidad	90
La doctrina pedagógica	99
Política cultural. Ante la reunión de la UNESCO	104
El maestro don Justo Sierra. Un mexicano universal	114

II. LETRAS HISPÁNICAS

Prólogo a <i>Místicos españoles</i>	119
Realismo y fantasía en el <i>Quijote</i>	137
El profeta bien barbado León Felipe	144

El idioma y las academias.	
La contribución del pueblo	149
Alfonso Reyes. Aquí y en Grecia	153
Pedro Salinas, cuentista. Un poeta que vuelve a la prosa	159
En el centenario de <i>Clarín</i> .	
<i>La Regenta</i> y su autor en la picota	165
Prólogo a <i>El ingenioso hidalgo</i> <i>Don Quijote de la Mancha</i>	178
Semblanza de Antonio Machado	196

III. AMERICANISMO

El Caribe, laboratorio de culturas	213
África en el Caribe	220
La poesía del pueblo en Hispanoamérica.	
Algunas noticias sobre su expresión inicial	227
La poesía del pueblo. Del juglar español al trovador americano	247
Las misiones españolas en América	255
El almirante y su descubrimiento	279
Una conferencia. El mexicano como posibilidad	284
 Correspondencia con Alfonso Reyes	 289
 Bibliografía de Luis Álvarez Santullano	 327
 Noticia bibliográfica	 359

PRÓLOGO

Luis Álvarez Santullano (Oviedo 1879-México D.F. 1952) fue una de las personalidades más emblemáticas del exilio institucionalista en México. Es decir, de aquel ámbito del exilio español republicano de 1939 que, de una u otra manera, encontraba sus principales señas de identidad en la mentalidad reformadora, de inspiración krausista, que durante las décadas inmediatamente anteriores se había ido madurando en torno a la Institución Libre de Enseñanza de Madrid e iniciativas afines tales como la Extensión Universitaria de Oviedo, la Junta para Ampliación de Estudios, la Residencia de Estudiantes, el Centro de Estudios Históricos, el Museo Pedagógico Nacional o el Patronato de Misiones Pedagógicas, por citar sólo las más significativas. Una mentalidad con vocación, por tanto, de institucionalizarse o de convertirse en una práctica, capaz de transformar la sociedad y de fecundar constantemente esa misma mentalidad, la cual debe entenderse como una manera de estar en el mundo mucho más que un programa de ideas abstractas o ajenas a los problemas reales y concretos.

Aun asumiendo el riesgo de repetir tópicos y estereotipos muy conocidos, cabría distinguir esta mentalidad con algunos rasgos generales. Entre otros, una visión profundamente reformista de la sociedad, liberal en un sentido amplio, cercano a veces a un socialismo de orientación organicista, textura humanista y vocación ética; muy distante, por tanto, del socialismo marxista o revolucionario, pero también de un liberalismo entendido como mera ideología de propietario. Característico del institucionismo sería también, obviamente, el énfasis en la

educación como motor fundamental de dicho reformismo, de signo universalista y dirigida al desarrollo autónomo, plural y armónico de la personalidad frente a toda injerencia exterior, ya provenga del Estado o de la Iglesia; una educación por tanto laica e irreconciliable con cualquier planteamiento dogmático y oscurantista, si bien impregnada de un difuso sentido religioso de la vida, enraizado en aquello que los viejos krausistas denominaban “panenteísmo”. Asimismo, una concepción integradora o enciclopédica del saber, por medio de la que sus tendencias diversas e incluso antagónicas confluyen de manera fecunda, sin caer por ello en un vago eclecticismo; una concepción optimista de la cultura que plantea la conciliación entre sus expresiones elitistas y sus tradiciones populares; y una visión ecologista de la naturaleza, la cual se significaría por sí misma con independencia de la explotación técnica de sus recursos.¹

¹ Para una primera y elemental aproximación a la mentalidad institucionalista, sus fuentes krausistas y sus realizaciones prácticas, cf. Elías Díaz, *La filosofía social del krausismo español*, Valencia, Fernando Torres, 1983, pp. 13-61; *De la Institución a la Constitución. Política y cultura en la España del siglo XX*, Madrid, Trotta, 2009, pp. 15-48; Antonio Jiménez García, *El krausismo y la Institución Libre de Enseñanza*, Madrid, Cincel, 1992; “Educación y cultura entre siglos. La Institución Libre de Enseñanza”, en Manuel Maceiras (ed.), *Pensamiento filosófico español. II. Del barroco a nuestros días*, Madrid, Síntesis, 2002, pp. 195-238. Antonio Molero Pintado, *La Institución Libre de Enseñanza. Un proyecto de reforma pedagógica*, Madrid, Biblioteca Nueva, 2000; Enrique Menéndez Ureña, “Fundamentos filosófico-políticos y realizaciones educativas de la Institución Libre de Enseñanza”, en Pedro Álvarez Lázaro (dir.), *Cien años de educación en España. En torno a la creación del Ministerio de Instrucción Pública y Bellas Artes*, Madrid, Fundación BBVA-Ministerio de Educación, Cultura y Deporte, 2001, pp. 223-239; Pedro Álvarez Lázaro y José M. Vázquez Romero (eds.), *Krause, Giner y la Institución Libre de Enseñanza. Nuevos estudios*, Madrid, UPCO, 2005; Manuel Suárez Cortina, *Libertad, armonía y tolerancia. La cultura institucionalista en la España contemporánea*, Madrid, Tecnos, 2011; José M. Vázquez Romero (coord.),

Obviamente, podríamos añadir otros muchos rasgos o desgranar los que simplemente acabamos de señalar, pero este sencillo apunte puede bastarnos por ahora para delimitar la difusa semántica del término “institucionismo”, la cual experimentará además, bajo el exilio del 39, un severo e inevitable deslizamiento de acentos. En concreto, desde el protagonismo en la gestación de la cultura, tal y como se había desenvuelto durante la Edad de Plata española, hacia una mayor o menor marginalidad, no obstante muy fecunda; desde el expansionismo y la visión de futuro hacia la introspección y la memoria; desde la vocación europeísta hacia una mayor conciencia iberoamericana, en medio de todo lo cual se reafirma el papel de la educación frente a la barbarie.

Estas inquietudes envolverán e impregnarán, con muy diversos matices, exilios como los de José Castillejo y Alberto Jiménez Fraud en Inglaterra, Fernando de los Ríos y Pedro Salinas en Estados Unidos, Lorenzo Luzuriaga y María de Maeztu en Argentina, Juan Ramón Jiménez y Federico de Onís en Puerto Rico, y Luis de Zulueta en Colombia, además del de Antonio Machado en Colliure, tan fugaz como ejemplar del talante institucionista.² En México, la presencia del institucionismo, al igual

Francisco Giner de los Ríos. *Actualidad de un pensador krausista*, Madrid, Marcial Pons, 2009. Para un recorrido histórico mucho más exhaustivo, véase Antonio Jiménez Landi, *La Institución Libre de Enseñanza y su ambiente* (4 vols.), Madrid, Ed. Complutense, 1996. Asimismo, una aproximación al pensamiento krausoinstitucionista desde dentro, trazada además por uno de sus interlocutores en el exilio, puede encontrarse en el libro de Joaquín Xirau, *Manuel B. Cossío y la educación en España*. México, El Colegio de México, 1945.

² Lo reflejó muy bien Joaquín Xirau en su breve ensayo “Por una senda clara”, escrito en París en 1939, pocas semanas después de cruzar la frontera hispano-francesa junto al poeta y los suyos, en el que evocaba su presencia luminosa en

que la de otros muchos otros grupos intelectuales —si es que no todos— del exilio en cuestión, será especialmente significativa. De ello darán buena cuenta, por ejemplo, el historiador Rafael Altamira, los filósofos Joaquín Xirau, Rubén Landa y Joaquín Álvarez Pastor, los maestros Juana de Ontañón y Martín Navarro Flores, el penalista Constancio Bernaldo de Quirós, el arquitecto Bernardo Giner de los Ríos o los poetas Francisco Giner de los Ríos y José Moreno Villa —hombre polifacético este último— además del pedagogo y ensayista Luis Santullano, en cuya personalidad y obra enseguida nos detendremos. Todo ello si nos limitamos al ámbito del pensamiento, la educación, el arte y la literatura, sin detenernos en el de la ciencia —dentro del cual habría que referirse, por ejemplo, al químico Antonio Medina-veitia—; ni tampoco en el de las realizaciones prácticas, en el que habría que mencionar al Instituto Luis Vives, la Academia Hispano-Mexicana, el Colegio Madrid y —aun de manera efímera— el Instituto Hispano-Mexicano Ruiz de Alarcón, centros

medio del itinerario penoso que compartieron desde la salida de Barcelona hasta la despedida en una inhóspita estación de tren, bajo el acoso de la aviación italiana y el estruendo de las bombas, la evacuación por carreteras intransitables, la falta de alimento y de sueño hasta la extenuación, el hacinamiento en dicha frontera ante un cordón de soldados y la pericia para cruzarla. Xirau rememoraba la entereza de Machado en esos momentos, expresada en la conciencia de su propio destino, aceptado con “un patriotismo silencioso, pero auténtico”; en su rechazo a la posibilidad de ocupar puestos de honor en el extranjero lejos del fuego y las bombas, permaneciendo unido “a los sufrimientos de su pueblo invadido y ultrajado” hasta el último momento; y en su actitud “señorial” —que no “vanamente entusiasta, ni histriónicamente heroica”, fecundada en definitiva por la consagración diaria al propio ideal de vida, todo lo cual transformaba la penuria de la derrota y del inminente exilio en un existir lúcido y pleno. Cf. Joaquín Xirau, *Obras completa. I*, ed. de Ramón Xirau, Madrid-Barcelona, Fundación Caja de Madrid-Anthropos, 1999, tomo I, pág. LIII.

educativos que abrieron sus puertas bajo una mayor o menor impronta de la pedagogía institucionista.³

Luis Santullano fue una viva personificación del institucionismo desde los años de juventud en su Oviedo natal, que era el mismo Oviedo de Leopoldo Alas “Clarín”, Adolfo A. Buylla, Adolfo G. Posada, Aniceto Sela, Rafael Atamira y otros profesores filo-krausistas, menos conocidos pero no por ello menos activos, involucrados en el proyecto de Extensión Universitaria que por entonces se desarrollaba con vigor en esta ciudad. Uno de estos profesores, era Manuel Álvarez Santullano, su padre, quien impartía clases en la Universidad Popular y dirigía una escuela en la que Luis cursó sus primeros estudios. Después comenzará la licenciatura en Derecho en la universidad ovetense, asistiendo probablemente a las clases de Derecho natural que allí impartía Clarín, que no obstante interrumpirá para estudiar Filosofía y Humanidades en el Seminario Conciliar, ya que dicha universidad sólo contemplaba el curso preparatorio de los mismos. Más tarde obtendría el título de maestro en la Escuela Normal.⁴

³ Una aproximación al exilio institucionista en México, en el contexto de la proyección del krausismo en México, puede encontrarse en mi trabajo “México y la tradición del krausismo. Del liberalismo de la Reforma al exilio institucionista”, en Pedro Álvarez Lázaro y José M. Vázquez Romero (coords), *op. cit.*, pp. 207-243.

⁴ Para confeccionar esta escueta reseña biográfica de Luis Santullano he consultado las siguientes fuentes: “Expediente de Luis Álvarez Santullano”, en Archivo Histórico de El Colegio de México, Fondo Antiguo, caja 1, carpeta 13; Constantino Suárez, *Escritores y artistas asturianos. Índice bio-bibliográfico*, Madrid, 1936, vol. I, pp. 351-355; Matilde Mantecón Souto, “Índice biobibliográfico del exilio español en México”, en VV. AA., *El exilio español en México*, México, FCE-Salvat, 1982, pp. 857 ss.; Teresa Marín Eced, *Innovadores de la educación en España. (Becarios de la Junta para Ampliación de Estudios)*, Cuenca, Servicio de Publicaciones de la Universidad de Castilla-La Mancha, Colección Monografías, 1991, pp. 34-40; Antonio Jiménez Landi, *op. cit.*, tomo IV, p. 460; Aida Terrón Bañuelos, “Luis Álvarez Santu-

Medio siglo después, durante su exilio mexicano y en la última etapa, ya, de su vida, Santullano no dejará de evocar el ambiente reformador que por entonces impregnaba su ciudad natal y que tanto respiró y le inspiró germinalmente. De la vida y obra de Clarín rememorará su actividad docente, sus lecturas en el Casino de Oviedo; su relación con el novelista Juan Ochoa, sus disputas en la prensa con el obispo Martínez Vigil; su arbitrio en una huelga; su presencia, junto con varios discípulos suyos y con Canalejas en unos juegos florales organizados por la universidad ovetense, en los que se fraguaría el futuro Instituto de Reformas Sociales, algunos momentos de su sepelio; y, por supuesto, el impacto causado por la publicación de *La Regenta*.⁵ Se trata de evocaciones en las que algunas veces puede tener un excesivo

llano”, en Julio Ruiz Berrio, *La educación en España. Textos y documentos*, Madrid, Actas, 1996, pp. 63 ss.; Antolín Sánchez Cuervo, “Arraigos y exilios de Luis Santullano”, en *Sistema* (Madrid), núm. 170 (2002), pp. 107-118; “El exilio institucionalista en México: la obra ensayística de Luis Santullano”, en Antonio Fernández Insuela, María del Carmen Alfonso García, María Martínez-Cachero Rojo, Miguel Ramos Corrada (eds.), *Setenta años después. El exilio literario español de 1939*, Oviedo, KRK, 2010, pp. 605-619; Etelvino González López, “Las horas en el reloj de Luis Álvarez Santullano”, en *ibid.*, pp. 383-396; Carmen Servén, *La obra narrativa de Luis Santullano*, Oviedo, Real Instituto de Estudios Asturianos, 2006. También pueden encontrarse abundantes referencias a Santullano en el catálogo de la exposición conmemorativa *Las Misiones Pedagógicas. 1931-1936*, editado por Eugenio M. Otero Urtaza, con la ayuda de María García Alonso, Madrid, Sociedad Estatal de Conmemoraciones Culturales-Residencia de Estudiantes, 2006. No he podido consultar la tesis de fin de carrera, presentada por Cristina Fanjul en la Universidad Pontificia de Salamanca en 1994, *Luis Santullano: vida y obra de un olvidado*, dirigida por Antonio Pintor Ramos.

⁵ Cf. “Recuerdos y nostalgias. Clarín en Cimadevilla”, en *España Peregrina* (México D.F.), núm. 4, mayo de 1940, pp. 472 ss.; “Clarín en su Vetusta. Una lectura de L’Aiglon”, *El Nacional* (México D.F.), 9 de mayo de 1948; “Clarín: sus amigos, sus enemigos”, *ibid.*, 5 de agosto de 1951; “Leopoldo Alas Clarín. Cincuen-

protagonismo el retrato costumbrista, pero que no por ello dejan de ser significativas.

De estos años datan también los primeros escritos de Santullano. Es probable que fueran esos mismos juegos florales, celebrados poco después de la muerte de Clarín en junio de 1901, los que premiaron su ensayo *La educación moral*, recibiendo además un nuevo premio, esta vez de la Unión Escolar —agrupación universitaria de carácter nacional—, por su novela corta *Solo de violín*. Mientras tanto, colaborará con la revista *El Martes del Bollo* y con el diario liberal *El Globo* y otros periódicos efímeros que él mismo había fundado junto con Leopoldo Alas Argüelles —hijo de Clarín y futuro rector de la Universidad de Oviedo— y José Ramón Pérez Bances. Con motivo del III centenario de la publicación de la primera parte del *Quijote* (1905), escribirá también para *El Correo de Asturias* un breve ensayo sobre la figura de Sancho Panza, colaborará en la elaboración del catálogo de la exposición asturiana de ediciones de esta obra y participará en una velada cervantina celebrada en Sama de Langreo.

También en 1905 fue seleccionado por la Escuela Normal Central de Madrid para participar en un curso extraordinario im-

ta años después”, en *Cuadernos Americanos* (México D.F.), núm. 5, sept.-oct. 1951, pp. 267-280; “En el centenario de ‘Clarín’. *La Regenta* y su autor en la picota”, en *Asomante. Revista trimestral* (San Juan de Puerto Rico), núms. 3, julio-sept. 1952, reeditado en *Las Españas* (México D.F.), núm. 23-25, abril 1953, pp. 23-25. Sobre la proyección del instucionismo en Oviedo, cf., por ejemplo, Jorge Uría (coord.), *Institucionismo y reforma social en España*, Madrid, Talasa, 2000; Santiago Melón Fernández, *Estudios sobre la Universidad de Oviedo*, en *Obra completa*, edición preparada por Víctor Álvarez Antuña, Florencio Frieria Suárez y Álvaro Ruiz de la Peña, Introducción de Juan Ignacio Ruiz de la Peña, Oviedo, KRK, 2002, pp. 45-463.

partido por profesores universitarios, en el que trabó amistad con Andrés Ovejero, redactor del diario *El Globo*, del que más tarde será corresponsal literario en Asturias. De nuevo en Oviedo, también reseñará para este periódico las conferencias programadas por la Extensión Universitaria de esta ciudad, al tiempo que concluirá sus estudios de derecho.

Gracias a una beca de la Escuela Normal de Madrid, Santullano cursará entonces su primera estancia en el extranjero, lo que le permitirá conocer las tendencias educativas actuales en dos países tan significados en este ámbito como Bélgica y Francia, ganando por oposición, a su regreso en Oviedo, una plaza de inspector auxiliar de primera enseñanza. En septiembre de 1908 solicitará además una nueva beca, en esta ocasión a la recién fundada Junta para Ampliación de Estudios e Investigaciones Científicas (JAE). Siguiendo las prescripciones de la solicitud, adjuntará una memoria titulada “Estudio crítico de la organización y funcionamiento de las Escuelas Normales en el extranjero y de la Inspección primaria”, de quince páginas de extensión “impecablemente escritas, correctamente redactadas y documentadas” según Marín Eced,⁶ en las que muestra un conocimiento maduro, completo y crítico acerca de las Escuelas Normales, tanto en España como en el extranjero. La concesión de la beca el año siguiente permitirá a Santullano desarrollar su proyecto en Inglaterra, en donde residirá hasta finales de 1910.

⁶ *Op. cit.*, p. 35. La memoria en cuestión puede consultarse en el Expediente de Luis Álvarez Santullano depositado en el Archivo de la Junta para la Ampliación de Estudios (Madrid). Sobre los orígenes y evolución de esta institución, véase el reciente libro conmemorativo de José M. Sánchez Ron y José García-Velasco (eds.), *La Junta para Ampliación de Estudios e Investigaciones Científicas en su centenario*, Madrid, Residencia de Estudiantes, 2010.

Después, alternará sus labores como inspector de Primera Enseñanza en Tarragona y Zamora (1911),⁷ Salamanca (1913) y Toledo (1914), con su participación en nuevos proyectos de la JAE; concretamente, en la preparación, entre 1911 y 1912, de dos excursiones de maestros en Francia, Bélgica y Suiza, destinadas al estudio de la primera enseñanza en estos países,⁸ organizando en el intervalo entre ambas una biblioteca ambulante para maestros.

En realidad, 1913 será un año decisivo para el futuro de Santullano. En marzo de este año, el presidente de la Junta, Santiago Ramón y Cajal, solicitaba al Ministerio de Instrucción Pública su incorporación en la misma, en calidad de agregado de la Secretaría. Como tal, asumirá sucesivamente las labores del Patronato de Estudiantes, la suplencia del secretario, José Castillejo, durante sus ausencias, y la dirección de un grupo de alumnos en la Residencia de Estudiantes, con vistas a examinarse por libre en institutos de

⁷ Unamuno escribirá una carta a Santullano con fecha 8 de febrero de 1913, en la que elogia su labor en Zamora. Cf. Unamuno: *Epistolario inédito (1894-1914)* (2 vols.). Edición de Laureano Robles. Madrid, Espasa Calpe, vol. I, pp. 316 s. (Colección Austral, núms. 238-239.) La correspondencia entre ambos comprende al menos 39 cartas y 3 tarjetas, fechadas entre 1902 y 1936 (cf. p. 316, nota 2). Etelvino González López ha editado 41 cartas de Santullano a Unamuno en *Cuadernos de la Cátedra Miguel de Unamuno* (Salamanca), vol. 48-2 (2009).

⁸ En la primera de ellas, de dos meses de duración, había sido auxiliado por su esposa, quien antes había realizado el correspondiente curso preparatorio; en la segunda, había sustituido a Aniceto Sela como director del grupo. Cf. Marín Eced: *op. cit.*, pp. 35 ss. Santullano había contraído matrimonio en 1909 con la francesa de origen hispano-polaco María Brzezicka Manteola, a la que había conocido en Oviedo y que más tarde ejercerá como profesora de francés en la Institución Libre de Enseñanza. Cf. Jiménez Landi, *op. cit.*, pp. 197 y 460. Por otra parte, es muy probable que durante alguna de sus estancias en Bélgica, Santullano contactara con los medios de la *Ligue de l'enseignement*. En su ya citado artículo "Recuerdos y nostalgias. De unos juegos..." (p. 31), aludirá a su amistad con dos emblemáticos impulsores de la misma como A. Sluys y O. Decroly.

segunda enseñanza de Madrid o ingresar en escuelas extranjeras. Esta última experiencia influirá decisivamente en la creación, en 1918, del Instituto-Escuela.

Entre tanto, Santullano había seguido de cerca los primeros pasos de la Residencia de Estudiantes, en la que hubo de instalarse por algún tiempo, encontrándose a menudo con Juan Ramón Jiménez. También había vivido los comienzos del Centro de Estudios Históricos bajo la dirección de Ramón Menéndez Pidal, así que resulta muy probable que en este medido conociera a Alfonso Reyes, destacado colaborador de aquél entre 1916 y 1919⁹ y cuya amistad será decisiva para su futura instalación en México. En 1920 se adheriría además al Patronato del recién creado Protectorado del Niño Delincuente,¹⁰ siendo confirmado ese mismo año como agregado de la JAE.

⁹ Sobre los años de Reyes en España, cf., entre otros trabajos, Alfonso Rangel Guerra, *Alfonso Reyes en tres tiempos*, Monterrey, Fondo editorial de Nuevo León, 1991; Gabriel Rosenzweig, "Presencia de México en España, 1886-1936", en Roberto Blancarte (comp.), *Cultura e identidad nacional*, México, FCE, 1994, pp. 163-187; Rogelio Arenas Monreal, "Alfonso Reyes en España. Los trabajos eruditos en el Centro de Estudios Históricos de Madrid", en *Actas del XXIX Congreso del Instituto Internacional de Literatura iberoamericana*, publicadas por Joaquín Marco, Barcelona, PPU, 1994, pp. 470-479; Javier Garcíadiego Dantan, "Alfonso Reyes en España", en *Los refugiados españoles y la cultura mexicana. Actas de las primeras jornadas*, Madrid-México, Residencia de Estudiantes/El Colegio de México, México, 1998, pp. 53-66; y "Alberto Jiménez Fraud en El Colegio de México. Alfonso Reyes en la Residencia de Estudiantes", escrito por Javier Garcíadiego como Presentación a la reciente edición de Alberto Jiménez Fraud, *Estudios sobre la Universidad española*, México, El Colegio de México, 2010, pp. 11-17. Sobre la presencia de España en la obra de Reyes, cf. la compilación de Héctor Perea *España en la obra de Alfonso Reyes*, México, FCE, 1990. Incluye tres breves ensayos relacionados con el mundo institucionista: "Un recuerdo de año nuevo" (pp. 55-59), "Giner de los Ríos" (pp. 414-416) y "La crisis de la universidad española" (pp. 587-592).

¹⁰ Cf. Jiménez Landi, *op. cit.*, pp. 104-109.

La actividad de Santullano será desde ahora más sedentaria, lo que le permitirá una mayor dedicación a la escritura. Bien es cierto que en 1922 se encargará de la supervisión de la instrucción pública en el territorio español de Marruecos, solicitada a la Junta por el Ministerio de Estado; pero ese mismo año nacia la emblemática revista y editorial *Revista de Pedagogía*,¹¹ de la que será redactor y desde la que contribuirá, en los años venideros, a la difusión de la Escuela Nueva Europea. Santullano colaborará además con otras revistas de educación relevantes tales como *Residencia*, *Boletín de la Institución Libre de Enseñanza* o *Escuelas de España*. Durante la década de los veinte también será colaborador asiduo del diario liberal madrileño *El Imparcial*, en los que publicará cerca de doscientos artículos, señalando críticamente, muchas veces, las deficiencias del sistema educativo español, colaborando después en *El Sol*. Algunos de sus artículos serán reeditados, junto con otros nuevos, en varios libros: *La autonomía y la libertad en educación* (1928); *Hacia una escuela mejor* (1929); *De la escuela a la Universidad*. (Madrid, 1930), *Los estudiantes. Ayer, hoy y mañana* (1930); y *La escuela duplicada: sistemas de Gary y Detroit* (1931). Asimismo, se desempeñará como traductor, dando a conocer los nuevos programas escolares editados en Inglaterra por el *Board of Education*, así como algunos libros de pedagogía de actualidad.¹²

El compromiso de Santullano con el proyecto institucionalista no hizo sino incrementarse con el advenimiento de la Segunda República. El 29 de mayo de 1931, apenas unas semanas después de su proclamación, se creaba el Patronato de las Misiones Peda-

¹¹ Cf. la reciente antología de Ángel Casado y Juana Sánchez-Gey (eds.), *Filósofos españoles en la Revista de Pedagogía (1922-1936)*, Sta. Cruz de Tenerife, Idea, 2007.

¹² Cf. la bibliografía de Luis Santullano incluida al final del presente volumen.

gógicas, “encargado de difundir la cultura general, la moderna orientación docente y la educación ciudadana en aldeas, villas y lugares, con especial atención a los intereses espirituales de la población rural”.¹³ Una orden fechada el 6 de agosto designaba los integrantes de su Comisión Central: el presidente no era otro que Manuel B. Cossío, quien albergaba esta iniciativa desde hacía tiempo.¹⁴ Las labores de secretario correspondían a Santullano, auténtico “alma de las Misiones” según Ruiz Berrio, dada la enfermedad que entonces padecía su presidente y las múltiples ocupaciones, muchas de ellas políticas, de su vicepresidente, Domingo Barnés.¹⁵ Santullano era además uno de los discípulos de Cossío más cercanos “y tal vez” —apunta Eugenio Otero— el que mejor entendió, desde una dimensión afectiva, su pensamiento reformista.”¹⁶ Ciertamente, los vínculos entre ambos ya eran estrechos por estos años: al menos desde 1907 habían mantenido una cierta relación epistolar; Cossío había promovido esas mismas expediciones de maestros al extranjero que Santullano había dirigido; había sido auxiliado por éste en la organización del IV Congreso Internacional de Educación Popular, celebrado en 1913; y le visitaría en julio de 1919 en Salinas (Asturias).¹⁷ Por

¹³ Jiménez Landi, *op. cit.*, p. 299.

¹⁴ Cf. Eugenio Otero Urtaza, *Manuel Bartolomé Cossío. Trayectoria vital de un educador*. Madrid, CSIC-Residencia de Estudiantes, 1999, pp. 375-378. Sobre las Misiones Pedagógicas, cf., de este mismo autor, *Las Misiones Pedagógicas: una experiencia de educación popular. Con un testimonio de Rafael Diez*, Sada-A Coruña, Edición do Castro, 1982; Jiménez Landi, *op. cit.*, pp. 298-312; el ya citado catálogo *Las Misiones Pedagógicas. 1931-1936*.

¹⁵ Julio Ruiz Berrio, “Maestros, inspectores y profesores, protagonistas de las Misiones Pedagógicas”, en *Las Misiones Pedagógicas*, *op. cit.*, p. 261.

¹⁶ Otero Urtaza, *Manuel Batolomé Cossío...*, *op. cit.*, p. 265.

¹⁷ Cf. *Ibid.*, pp. 257 s., 264, 309 s. y 341.

su parte, Santullano había salido al paso desde *El Imparcial*¹⁸ de ciertas acusaciones y descalificaciones personales proferidas contra su maestro, a propósito del proyecto de reforma que este último había presentado en 1922 como integrante de la sección primera del Consejo de Instrucción Pública,¹⁹ dedicándole además varios artículos²⁰ y, ya en el exilio, la antología *El pensamiento vivo de Manuel B. Cossío* (1946), en cuya larga introducción se destacarán algunos rasgos característicos de la educación institucionista, a cuya definición Cossío había contribuido decisivamente. Tales eran, entre otros, la relevancia del arte en la formación educativa —entendida como un “enseñar a ver”—, así como del juego y la naturaleza, en la que la contemplación del paisaje adquiriría una singular trascendencia. Asimismo, la orientación de dicha formación hacia una compenetración con la realidad y la vida, más que hacia el intelectualismo, el memorismo y los hábitos librescos; y su sentido enciclopédico, en la medida en que debe formar la personalidad humana mediante el desarrollo armónico de sus facultades —o, en el caso de la formación intelectual, estimular la capacidad de pensar y la autonomía intelectual más que la acumulación erudita de conocimientos—. A propósito de Cossío, Santullano también evocaba los orígenes de la Institución Libre

¹⁸ “Coincidencia significativa y discrepancia política”, 7 de noviembre de 1922.

¹⁹ Sobre este episodio, cf. Otero Urtaza, *op. cit.*, pp. 345-358.

²⁰ “Palabras del Señor Cossío. El educador y el gobernante”, *El Imparcial* (Madrid), 10-VI-1931; “Patronato de Misiones Pedagógicas”, *Residencia*, IV, núm. 1, 1933, pp. 1-21 “Cossío y las Misiones Pedagógicas”, *Revista de Pedagogía*, núm. 165, sept. 1935, pp. 405-410, y *Boletín de la Institución Libre de la Enseñanza*, núm. 908, 1935, pp. 304-307; y “Cossío, maestro jovial y humano”, *Escuelas de España*, núm. 31, 1936, pp. 290-297. Cf. también “Dos cartas de Luis A. Santullano a Manuel B. Cossío”, escritas a propósito de las Misiones Pedagógicas el 23 de septiembre de 1931 y el 1 de abril de 1934, en *Las Misiones Pedagógicas*, *op. cit.*, pp. 274 s.

de Enseñanza como respuesta a la “segunda cuestión universitaria” y como foco de reforma pedagógica en España, así como sus criterios de libertad de enseñanza, ciencia y cátedra, y de independencia respecto de particularismos religiosos, políticos y filosóficos, aun cuando asumiera una amplia religiosidad —ajena en cualquier caso toda confesión o autoridad clerical—, un amplio liberalismo y el bagaje de una tradición filosófica concreta como el krausismo.²¹

En 1935, Santullano será dispensado de sus labores en las Misiones, asumiendo entonces la vicesecretaría de la Junta para Ampliación de Estudios, vacante tras el fallecimiento de Francisco López Acebal. Desde 1932 y a petición de la misma, ejercía además como profesor de Pedagogía correccional en el Instituto de Estudios Penales.

Pero, junto a esta faceta pedagógica primordial, ampliamente desarrollada a través del ensayo divulgativo y periodístico, la traducción y la práctica de la enseñanza, Santullano desarrollará también, por estos años, una actividad literaria notable, plasmada tanto en la edición crítica como en la ficción narrativa. En relación con lo primero, hay que señalar sus ediciones de clásicos de la literatura en lengua española. Concretamente, *Romancero español. Selección de romances antiguos y modernos, según las colecciones más autorizadas* (1930); *Obras completas de Santa Teresa de Jesús* (1930); *Místicos españoles* (1934), y *Jovellanos* (1934-1935).

Respecto a lo segundo, Santullano escribió varias novelas cortas: *Carrocera, labrador* (1926); *Pinón* (1931); *Paxarón o la fatali-*

²¹ Por otra parte, en el Prefacio a su ya citado libro sobre Cossío, Joaquín Xirau agradecerá a Rubén Landa y al propio Santullano la ayuda prestada en su reconstrucción y evocación de su vida y obra.

dad. (1932), y *Bartolo o la vocación* (1936),²² además de algunos cuentos,²³ conformando todo ello una obra narrativa en la que, si bien predomina el retrato costumbrista de ambientes asturianos, a menudo rurales, puede apreciarse una cierta ironía crítica y un trasfondo moral, dirigido sobre todo hacia el anquilosamiento, la rutina y la pobreza de la enseñanza y de la vida política, propias de la sociedad española de su tiempo. Obviamente, Santullano proyecta en sus novelas y cuentos su propia mentalidad institucionista, la cual puede apreciarse también en su retrato del ambiente rural; éste no se agota en un costumbrismo vulgar, sino que parece querer rescatar el valor pedagógico de formas de vida y de conocimiento arraigadas en la tradición popular y en la comunión con la naturaleza.²⁴

Pero pronto llegarán los vientos de la guerra civil y, con ella y con su desenlace, el destrozo del tejido reformador que pacien-

²² En 1946 publicará en México *Tres novelas asturianas*, que incluirá *Paxarón o la fatalidad*, *Carrocera Labrador* (bajo el título de *Don Felipe o la candidez*) y su nueva novela *Telva o el puro amor*.

²³ “Tancredo”, en *Blanco y Negro*, 20-XII-1925) y “En el lugar de Trasmiera”, en *El Liberal*, 14-VII-1926), ambos premiados por los diarios en que fueron publicados. Constantino Suárez alude además a diversos cuentos publicados en *El Sol* bajo el pseudónimo de “Yolián” (cf. *op. cit.*, p. 352), mientras que en México publicará el cuento “Otro pescador de caña”, en *El Nacional*, suplemento dominical, 13-VII-1947. Asimismo, entre sus inéditos se encuentran algunos apuntes para una adaptación cinematográfica de *Pinón*, bajo el título *Amor con dinamita*, y para un proyecto de película titulado *La caramba*.

²⁴ Cf. Carmén Servén *op. cit.* También puede consultarse: Joaquina Rodríguez Plaza, *La novela del exilio español*, México, Universidad Autónoma Metropolitana-Azcapotzalco, Biblioteca de Ciencias Sociales y Humanidades, 1986, pp. 149 ss.; José María Martínez Cachero, *Gente de letras en Asturias. De Campoamor a Dolores Medio*, Oviedo, Real Instituto de Estudios Asturianos, 2004, pp. 203-208; el comentario de Etelvino González López sobre *Telva o el puro amor* en *op. cit.*, pp. 389-392.

temente se había ido construyendo en la sociedad española, y al que Santullano había sin duda contribuido. Durante los años de la guerra, Jiménez Landi le ubica en Valencia, como vicesecretario de una Comisión provisional de la JAE.²⁵ Y ya en el exilio, a donde le llevará su moral “erasmista” y su sentido de la política, tan ajeno a las intrigas de los partidos —dirá años después Moreno Villa, recordándole—²⁶ residirá inicialmente en París. Desde 1938 se desempeñará como secretario del entonces embajador Marcelino Pascua Martínez, afecto a Negrín, haciendo lo posible por socorrer desde allí a Antonio Machado, quien apuraba los últimos días de su vida en Colliure.²⁷ Asimismo, el 13 de marzo de 1939 asistirá a la reunión fundacional de la Junta de Cultura Española que tuvo lugar en París,²⁸ embarcando poco después hacia Nueva York, lugar de paso en el que no permanecería más de un año; un intervalo lo suficientemente largo, no obstante, como para impartir algunas clases de literatura española en la Universidad de Columbia, reemplazando a Ángel del Río. Allí escribía además la primera de las al menos once cartas que, entre 1940 y 1944, dirigiría a su amigo Alfonso Reyes, quien por entonces preparaba junto con Daniel Cosío Villegas la decisiva conversión de la Casa de España en El Colegio de

²⁵ Cf. Jiménez Landi, *op. cit.*, p. 423.

²⁶ José Moreno Villa, “Firmeza y sonrisa de Luis Santullano”, en *El Nacional*, 18 de mayo de 1952. También en *Memorias*, Ed. de Juan Pérez de Ayala, México-Madrid, El Colegio de México-Residencia de Estudiantes, 2012, p. 558.

²⁷ Cf. González López, *op. cit.*, p. 384. Machado dictaba entonces a su hermano José su última carta, dirigida a Santullano, según apunta este último en su “Semblanza de Antonio Machado”, incluida en la presente antología.

²⁸ Cf. José Luis Abellán, *El exilio como constante y como categoría*, Madrid, Biblioteca Nueva, 2001, p. 98; Moreno Villa, *Memorias, op. cit.*, p. 202.

México.²⁹ La intermitente aunque afectuosa correspondencia entre ambos³⁰ revela las expectativas que Santullano albergaba ante un hipotético y definitivo viaje a México, atraído seguramente por las posibilidades intelectuales y profesionales que aquel lugar ofrecía a la comunidad española exiliada, además de que allí se encontraban sus hijos y su yerno, el cineasta también exiliado Carlos Velo, y muchos de sus amigos. “México salvará a España de su actual esclavitud totalitaria”, escribirá en julio de 1940 a Alfonso Reyes, que ya había sido advertido por Pedro Salinas sobre la difícil situación de su colega,³¹ mostrándose muy receptivo ante sus dificultades y haciendo siempre lo posible por solventarlas. Por poner un ejemplo, el 11 de noviembre de 1941 intercederá a su favor ante el entonces director de la Facultad de Filosofía y Letras de la Universidad Nacional Autónoma de México, Eduardo García Maynez, en los siguientes términos:

Se trata de un hombre de preciosos antecedentes pedagógicos, con veinticinco años de intachable experiencia en la Junta para Ampliación de Estudios y cuatro años en las Misiones Pedagógicas por la misma organizadas, en la excelente compañía de Manuel Bartolomé Cossío, Antonio Machado, Pedro Salinas, etc, que formaban el Patronato de tales Misiones.³²

²⁹ Cf. Clara E. Lida, y José A. Matesanz, *El Colegio de México: una hazaña cultural 1940-1962*. Con la participación de Antonio Alatorre, Francisco R. Calderón y Moisés González Navarro (Sobre todo el primer apartado, pp. 27-108.) México, El Colegio de México, 1990 (Colección Jornadas, núm. 117).

³⁰ Se incluye en la presente antología.

³¹ Por medio de una carta fechada el 9 de mayo de 1940. Cf. Bou, Enric, “Correspondencia Pedro Salinas-Alfonso Reyes”, en *Boletín de la Fundación Federico García Lorca*, núm. 13-14 (mayo de 1993), pp. 149 ss.

³² “Expediente de Luis A. Santullano”, Archivo Histórico de El Colegio de México.

Para entonces, Santullano se encontraba en Puerto Rico, adonde había llegado en agosto de 1940 a bordo del “San Jacinto”. Allí residiría cuatro años, durante los que impartirá clases de literatura española en el Instituto Politécnico de San Germán y en la Universidad de Puerto Rico y colaborará con la revista *Asomante*. Asimismo, en 1943 enviará una propuesta a la primera reunión de la Unión de Profesores Universitarios Españoles Emigrados de la que era miembro, celebrada en la Habana.³³ Según se desprende de su correspondencia con Reyes, durante estos años se sentirá bien atendido y acogido, aunque un tanto aislado y con ciertas dificultades para adaptarse a “la complicación de lo norteamericano y lo hispano.” En cualquier caso, sus expectativas de radicar con los suyos en México se consumarían en 1944. El 28 de mayo desembarcaba así en la península de Yucatán.³⁴ Su labor desde entonces será muy fecunda. Alfonso Reyes había creado para él el puesto de “oficial mayor” de El Colegio de México,³⁵ cuyo Centro de Estudios Sociales publicaba en 1945, en la colección “Jornadas”, su ensayo antropológico *Mirada al caribe. Fricción de culturas en Puerto Rico*.

Por otra parte, Santullano se incorporará a la Unión de Intelectuales Españoles en México,³⁶ al Ateneo Español de México

³³ Cf. *Libro de la primera reunión de profesores universitarios emigrados españoles*. La Habana, 1944, pp. 247 ss.

³⁴ Cf. Archivo General de la Nación, México D.F. Fondo Migración, “Álvarez Santullano, Luis”.

³⁵ Cf. Clara Lida; José A. Matesanz, *op. cit.*, pp. 99 ss.

³⁶ La revista *Nuestro Tiempo* (núm. 4-5, septiembre 1950), reseñará las “Jornadas de Cultura Española” celebradas por dicha Unión en ese año, las cuales incluían una ponencia de Santullano sobre el “Pasado, presente y futuro de la cultura española”. Cf. Francisco Caudet, *El exilio republicano en México. Las revistas literarias (1939-1971)*, Alicante, Publicaciones de la Universidad de Alicante, 2007, pp. 418 ss. En

—en calidad de miembro fundador— y al Patronato del Colegio Madrid,³⁷ mientras que en 1947, con motivo del IV centenario del nacimiento de Cervantes, será convocado por la Escuela de verano de la Universidad Nacional Autónoma de México para impartir un curso sobre el *Quijote*, uno de sus temas predilectos. A Cervantes y su obra dedicará numerosos ensayos breves,³⁸ además de la antología *Las mejores páginas del “Quijote”. Precedidas de unos estudios y comentarios sobre la personalidad y la obra del autor. Seguidas de un vocabulario cervantino* (1948), y una edición íntegra, también con prólogo y vocabulario, que aparecerá póstumamente, en 1953.

La actividad de Santullano durante sus ocho años de residencia en México, que fueron los últimos de su vida, fue en definitiva profusa y muy fecunda. Al igual que otros muchos compañeros de exilio, colaborará habitualmente en el diario *El Nacional*, en donde publicará cerca de doscientos artículos de muy variado contenido. Asimismo, colaborará con revistas del exilio tan emblemáticas como *España Peregrina*, *Cuadernos Americanos*, *Ultramar*, *Romance* y —sobre todo— *Las Españas*, proseguirá su labor como editor de clásicos de la literatura y como traductor, reeditará

las pp. 420 ss. se apunta también la intervención de Santullano sobre el “ambiente aniquilador de las conciencias en que se forman la niñez y la juventud españolas”, durante el Congreso Español de la Paz celebrado en México en 1951.

³⁷ Cf. Archivo del Ateneo Español de México. México D.F.

³⁸ Cf. la serie de diez artículos “Charlas cervantinas”, publicada en *El Nacional* entre el 23 de abril y el 9 de octubre de 1947. También en este periódico, “Cervantes: el escritor” (9-V-1947); “Cervantes y Avellaneda. El *Quijote* intruso por dentro” (25-III-1951); “Cervantes en la academia” (6-IV-1951). Además, sus dos artículos en *Las Españas* “El día más feliz de don Quijote” (núm. 5, julio 1947) y “Mateo Alemán, Cervantes y los pícaros”, (núm. 6, septiembre 1947); y “Una lección de Cervantes”, en *Armas y Letras* (Monterrey), núm. 4, 31 de octubre de 1947.

trabajos anteriores y publicará algunos libros. Todo ello al hilo de tres grandes inquietudes:

En primer lugar, la educación, el gran tema de su trayectoria intelectual y profesional, que en México no dejará de cultivar, recogiendo, sintetizando y enriqueciendo su producción anterior. A lo largo de los libros *Padres, hijos y maestros. Antipedagogía* (1945) y *La educación fácil del muchacho difícil* (1948), y de dos series de artículos publicadas en *El Nacional*,³⁹ Santullano sintetizó su concepción de la educación, a propósito, sobre todo, de la enseñanza secundaria. Escritos sin grandes pretensiones teóricas, con una erudición amable y en un tono divulgativo y desenfadado, estos ensayos incidían en el sentido anti-intelectualista y personalista de la educación frente a la enseñanza libresca, mecanizada o meramente profesional, sin descuidar por ello la atención a las nuevas metodologías: junto a los grandes clásicos de la pedagogía universal, desde Platón y Aristóteles hasta los propios Giner y Cossío, pasando por Vives, Comenio, Locke, Rousseau, Kant, Pestalozzi y Fröbel, abundan las referencias a la obra de Decroly, Montessori, Claparède o James, entre otros. La educación se entiende entonces como un saber y una actividad intermedias entre la ciencia y el arte. Como una formación integral de lo humano enraizada en la experiencia vital que pone en evidencia el sentido dislocador del examen, entre otras prácticas de la enseñanza convencional. Como un dominio del hablar y del obrar frente a la educación tradicional, a la receta de manual o a la enseñanza libresca. Y también como una tarea que debe gozar

³⁹ Cf. “Los estudiantes” (ocho artículos publicados entre el 3 y el 22 de marzo de 1948); y “Estudios y estudiantes” (diecisiete artículos, entre el 17 de junio y el 11 de octubre de 1950).

de plena autonomía frente a criterios de producción capitalista y moldes nacionales o proyectos de estado preestablecidos, susceptibles de derivar hacia concepciones totalitarias e instrumentales de la educación.

En algunos de estos ensayos y en sus artículos de *Cuadernos Americanos*, Santullano también dedicó algunas reflexiones al sentido y a la vocación de la universidad. Apuntaba, por ejemplo, la coincidencia medieval de maestros y alumnos en medio de un deseo común de aprender y comunicar la ciencia, y en un marco de igualdad de derechos y organización democrática atento siempre a las prioridades del educando. Santullano subrayaba además la procedencia diversa de este último, alumbrándose así una suerte de interculturalismo en torno a la búsqueda de una ciencia universal. Rescatar los orígenes de la cultura universitaria permitiría así distinguir sus tres funciones fundamentales: docente, científica y social. Para Santullano, sólo la primera se habría desarrollado con solidez a lo largo de la modernidad europea. De la relevancia de las dos funciones restantes habrían dado buena cuenta, en el contexto español, iniciativas filo-institucionistas tales como la JAE y la Extensión universitaria.

Por otra parte, Santullano dedicará abundantes trabajos a la evocación de la tradición institucionista, misma que había quedado despedazada tras la guerra civil española.⁴⁰ Al igual que otros compañeros de exilio ligados a esta tradición como Joaquín Xirau, Rubén Landa o Martín Navarro Flores, entre otros, mostrará una inquietud por salvar la memoria de sus maestros

⁴⁰ La Institución Libre de Enseñanza será, de hecho, ampliada y burdamente difamada en la España del nacional-catolicismo. Cf. Elías Díaz, *De la Institución a la Constitución*, op. cit., pp. 49-79.

y de sus aportaciones a la cultura española y europea, que desborda el mero recuerdo nostálgico y sentimental, o la obvia necesidad de apegarse al propio pasado para contrarrestar el extrañamiento del exiliado en un mundo que se le presenta ajeno. Recuerdos y anécdotas personales, un anhelo de preservar la propia y zozobranante identidad, pero también una intención ética y objetiva de preservar del olvido a un proyecto cultural y social profundamente reformador como el institucionista, cuyas posibilidades transformadoras incluso pueden seguir siendo, además, actuales, recorren esta obra evocativa de Santullano. Bien es cierto que en determinadas evocaciones, como las ya referidas de Clarín o la que dedicará a Fernando de los Ríos en *Cuadernos Americanos*,⁴¹ es frecuente el tono personal e incluso sentimental; pero en otras como la igualmente citada antología de Cossío o el artículo que dedicará a la JAE y a las Misiones Pedagógicas en *Las Españas*,⁴² se percibe un mayor propósito de salvaguardar un legado cultural en peligro, más allá del interés y el sentimiento personales. Que estas evocaciones del propio pasado no se limitaran a expresar un mundo ensimismado y más o menos cerrado lo refleja bien, por otra parte, el interés que Santullano mostró por diversas cuestiones educativas de la realidad mexicana en la que se insertó, a las que se acercó desde su bagaje institucionista.

Otro hilo conductor de la obra ensayística de Santullano que durante los años de su exilio mexicano se enriqueció fue la crítica literaria, centrada ahora tanto en autores clásicos como contemporáneos. Santullano conjugará así el ya mencionado interés

⁴¹ "Fernando de los Ríos", *Cuadernos Americanos*, julio-agosto de 1949, núm. 40.

⁴² Dos instituciones culturales españolas", *Las Españas*, núm. 7, nov. de 1947.

por el *Quijote* y otros clásicos como Tirso,⁴³ con el seguimiento de las novedades literarias de sus propios compañeros de exilio; sin olvidar a “clásicos contemporáneos” como Victor Hugo,⁴⁴ Rubén Darío⁴⁵ o el ya referido “Clarín”, ni tampoco a mexicanos como Reyes.⁴⁶ En este sentido, planteó una lectura del *Quijote* centrada en sus contradicciones y en una posible síntesis de las mismas a través del humor, la ironía y el realismo poético cervantinos, mostrando además un amplio conocimiento de las interpretaciones existentes sobre esta obra; preparó diversas ediciones de obras de Lope de Vega, Calderón, Tirso, Pedro A. de Alarcón y Ramón de la Cruz para el sello Orión; tradujo a autores tan dispares como Homero y Edgar Allan Poe;⁴⁷ y reseñó libros de José Moreno Villa,⁴⁸ Pedro Salinas,⁴⁹ Max Aub⁵⁰ y León Felipe⁵¹, entre otros. En 1946 se reeditarían además algunas de sus novelas, mientras que en 1955 aparecería, póstumamente, una

⁴³ “En el centenario de Tirso. Don Juan, español universal”, *Las Españas*, 9, julio 1948. También en James Valender y Gabriel Rojo Leyva, *Las Españas. Historia de una revista en el exilio, (1946-1963)*, México, El Colegio de México-Fondo Eulalio Ferrer, 1999, pp. 554-562.

⁴⁴ “En su cientocincuentenario. Victor Hugo”, *El Nacional* (México D.F.), suplemento dominical, 24 de febrero de 1952.

⁴⁵ “Ausencia y presencia de Rubén Darío”, *ibid.*, 26-XI-1950.

⁴⁶ “La pluma de Alfonso Reyes”, *ibid.*, 4 de enero de 1948; “Alfonso Reyes en inglés. Un homenaje al escritor y a México”, en *Cuadernos Americanos*, núm. 2 (marzo-abril 1951), pp. 289-295; “Alfonso Reyes. Aquí en Grecia”, en *El Nacional* (México D.F.), suplemento dominical, 7 de octubre de 1951.

⁴⁷ Cf. la bibliografía de Luis Santullano incorporada al final de esta antología.

⁴⁸ “Un gran malabarista de las letras”, *El Nacional* (México D.F.), 22 de abril de 1951.

⁴⁹ Pedro Salinas, un poeta que vuelve a la prosa”, *ibid.*, 28 de octubre de 1951.

⁵⁰ “Más y menos de Max”, *ibid.*, 11 de mayo de 1952.

⁵¹ “El Profeta bien Barbado León Felipe”, *ibid.*, 21 de mayo de 1950.

nueva edición de sus *Romances* que incluía también piezas americanas.⁵²

Precisamente un tercer hilo conductor de su obra mexicana y quizá la más original y novedosa en relación con su trayectoria anterior al exilio, sería el americanismo, bajo una pluralidad temática que aborda cuestiones de actualidad, reflexiones sobre la lírica popular, el mestizaje cultural o el humanismo colonial. Bajo la imaginación de un “segundo descubrimiento de América” que de alguna manera marcó la experiencia americana del exilio,⁵³ Santullano dedicó algunos de sus ensayos más significativos a una reflexión sobre el romance popular hispanoamericano que combina la crítica literaria con el comentario antropológico y cierta reflexión estética. En ensayos como “La poesía del pueblo en Hispanoamérica. Algunas noticias sobre su expresión inicial”,⁵⁴ rastreaba en este sentido “lo bello primitivo”. Es decir, aquellas expresiones estéticas primigenias propias de un pueblo, anteriores a toda racionalidad discursiva y capaces de fecundar una experiencia no excluyente de la universalidad. Recordaba entonces Santullano la fusión espontánea y colectiva entre la danza, la música, la poesía y en ocasiones también la pintura, que caracterizan a

⁵² *La poesía del pueblo. Romances y canciones de España y América*. Buenos Aires, Hachette.

⁵³ Sobre esta cuestión, cf. mi contribución “El exilio filosófico de 1939 y la imaginación del segundo descubrimiento”, en Agustín Sánchez Andrés y Juan Carlos Pereira (coords.), *España y México: 200 años de relaciones, 1810-2010*, Morelia, Universidad Michoacana san Nicolás de Hidalgo-Centro de Estudios Históricos sobre Relaciones Internacionales, 2010, pp. 481-510.

⁵⁴ *Cuadernos Americanos*, enero-febrero 1950, núm. 1, pp. 165-180. Cf. también la serie de seis artículos “La poesía del pueblo”, publicada en *El Nacional*, suplemento dominical, entre el 17-VII-1949 y el 19-II-1950; y “La poesía del pueblo”, en *Las Españas*, núm. 21-22, abril 1952.

estas expresiones, en las que lo sensual se funde asimismo con lo sublime; por ejemplo, en el caso de ciertas escenificaciones de códices aztecas, del “areyto” caribeño y otras representaciones líricas similares del mundo quechua, o de ciertos cánticos épico-festivos celebrados en honor de algunos reyes prehispánicos.

En los abundantes textos que Santullano dedicó a esta cuestión comparaba además estas expresiones con los romances españoles, las baladas anglosajonas de la Alta Edad Media, cierta tradición juglaresca europea e incluso las primeras representaciones de la tragedia griega, y advierte las extrañas aunque elocuentes coincidencias entre unas y otras; desmarcándose de la mera reivindicación localista, apunta en fin hacia la armonía entre lo particular y lo general, lo eterno y lo histórico. La poesía de unos pueblos y de otros es la voz del hombre y viceversa. Por ella se expresan la fugacidad de la vida, el sentimiento de la muerte, el poder de la naturaleza, los dilemas del amor y el conflicto social.

Santullano se pregunta además por el influjo hispánico que las expresiones indígenas reciben durante la colonia; y también al contrario, por el acriollamiento que el propio romancero español adquiere al otro lado del Atlántico, a medida que se aleja de los centros urbanos y se adapta a las tradiciones de los núcleos nativos rurales, hasta el punto de alumbrar un romancero hispanoamericano. Todo ello enlaza con las preocupaciones de su ensayo sociológico *Mirada al Caribe. Fricción de culturas en el Caribe* (1946), en el que, si bien hay una presencia excesiva de la anécdota, la descripción de costumbres y la cita de otros autores, no deja de sugerirse una cierta reflexión sobre el mestizaje, entendido como una realidad cultural y también como una metáfora de la alteridad, abordadas desde una perspectiva interdisciplinar.

Finalmente, en este apartado hay que referirse también al artículo “Las misiones españolas en América”,⁵⁵ en el que Santullano destaca la significación utópica de las mismas, aun dentro del dogmatismo evangelizador que las caracterizó y del propósito colonizador al que en definitiva servían. Aun es más, la contribución de estas misiones a un supuesto reino espiritual universal, presidido por la igualdad por delante de los intereses políticos y económicos de la monarquía española, favorecería a su juicio —sin duda bondadoso y un tanto idealizador— la visión del indígena como un sujeto de derechos más que como un esclavo racialmente inferior. Aun viendo mutilada su cultura pagana, el indígena encontraría así en la ideología cristiana una vía para su integración en la nueva urbanidad latinoamericana. Es en este contexto que Santullano ubicaba, por ejemplo, la utopía mexicana de Vasco de Quiroga, verdadero experimento social que dejaba entrever a su juicio las expectativas utópicas que el Nuevo Mundo ofrecía frente a las luchas fraticidas del viejo continente.

La muerte sobrevino a Santullano el 12 de mayo de 1952 en la ciudad de México a la edad de 72 años. A su despedida, en el Panteón Español, acudieron numerosos miembros de la misma comunidad de exiliados republicanos de la que él había formado parte. Entre otros, Joaquín Díez-Canedo, José Gaos, Manuel Altolaguirre, Álvaro de Albornoz, Mariano Ruiz-Funes, Agustín Millares Carlo, José Puche, Wenceslao Roces, José Luis Martínez, Juan Rejano, Gustavo Pittaluga, Bernardo y Francisco Giner de los Ríos, Arturo Souto, Francisco Barnés, José Ignacio Mantecón, Francisco Giral, Florentino M. Torner, y José More-

⁵⁵ Cf. *Las Españas*, núm. 15-18, agosto de 1950, pp. 70-76.

no Villa.⁵⁶ Estos dos últimos recordarían además en la prensa los momentos más significativos de su trayectoria vital: su juventud universitaria en el Oviedo de Clarín, su incorporación a diversos proyectos institucionistas junto a Cossío, su relación con Unamuno, Juan R. Jiménez, Altamira, Castillejo o Menéndez Pidal, sus exilios en América tras la caída de la República, sus estancias en Nueva York y Puerto Rico antes de su definitiva residencia en México, su amistad con Alfonso Reyes y su labor en El Colegio de México, sus trabajos en el campo de la pedagogía y de la literatura española...

En “El reloj de don Luis”, cuenta el también exiliado Germán Somolinos cómo, curiosamente, la muerte le sorprendió cuando preparaba un ensayo autobiográfico titulado “Historia de mi reloj”, pocos días después de que el reloj en cuestión —un regalo de su padre, que llevaba consigo desde hacía medio siglo— se detuviera sin explicación aparente.⁵⁷ En realidad, esta pequeña coincidencia nos invita a pensar en muchas cronologías implícitas. Las agujas de este reloj no sólo señalaron los momentos críticos de una trayectoria individual rota y a la vez rescatada por la experiencia del exilio; también acompañaron los tiempos de la Edad de Plata espa-

⁵⁶ Cf. la noticia “Murió nuestro colaborador D. L. A. Santullano”, en *El Nacional* (México D.F.), 14-V-1952; y “Luis Santullano”, en *Tiempo* (México D.F.), 23-V-1952. También los artículos necrológicos de Florentino M. Torner, “Don Luis Santullano”, en *Universidad de México*; Moreno Villa, “Firmeza y sonrisa de Santullano”, *op. cit.* y *Memorias, op. cit.*, pp. 557-559; Ricardo Cortés Tamayo, “Las letras y los días - Santullano”, en *El Nacional*, suplemento dominical, 25-V-1952. *Las Españas* le dedicará el comentario “Don Luis Santullano” en el núm. 23-25 (abril 1953), p. 30. Asimismo, en el “Expediente de Luis A. Santullano” del Archivo Histórico de El Colegio de México se encuentra un texto mecanografiado de 2 páginas sin fecha, titulado “Laurel de luto. Luis Santullano” y firmado por Trigueros de León.

⁵⁷ Cf. *Las Españas*, núm. 23-25, abril de 1953, pp. 29 s.

ñola, apuraron las horas de la guerra y perseveraron cuando ya no había nada que esperar y cuando el pasado y el futuro, la nostalgia y la esperanza, parecían confundirse peligrosamente. Sobrevivieron a la eternidad impostada y paralizante de la España triunfal y sintonizaron, para ello, con los relojes de América y de México. Entre tanto, tejieron una amplísima obra en la que pueden rastrearse algunos hilos fundamentales tanto de la tradición institucionista durante el primer tercio del siglo xx como del exilio español de 1939 durante su primera etapa. Sin ser —ni pretender serlo— una referencia primordial de dicha tradición, Santullano había contribuido muy notable y profusamente a la difusión y alcance de sus proyectos reformadores, sus concepciones de la vida y sus memorias. Había sido un testigo directo de sus ambientes, a cuya maduración él mismo había contribuido cotidianamente. Santullano fue una de esas personalidades discretas que resultan indispensables para comunicar, divulgar y realizar un determinado proyecto cultural. Fue una auténtica correa de transmisión entre ideas y prácticas, personas e instituciones, élites modernizadoras y saberes populares. “A lo largo de veinte años” —decía de él Moreno Villa— “le vi delante de niños y de altas personalidades”.⁵⁸ Con su escritura no buscó grandes intuiciones originales, sino un diálogo fecundo y accesible con interlocutores de la más diversa procedencia, de cuyas ideas supo apropiarse para confeccionar un discurso a la altura de los problemas de su tiempo. Sus citas de otros autores pueden resultar excesivas algunas veces, pero en ningún caso obedecieron a una erudición vana y anodina, sino a un afán ilustrativo. Su obra estuvo dedicada a un público muy amplio, pero sobre todo quiso llevar su saber a quienes más y mejor podían aprovecharlo.

⁵⁸ “Firmeza y sonrisa de Santullano”, *op. cit.*

Santullano merece por todo ello un lugar en la memoria del exilio republicano español de 1939, sin duda creciente durante los últimos años, pero aún insuficiente allí donde mayormente debiera florecer: en la misma tierra de la que un día partió obligado por la fuerza bruta de las armas. No hace muchos años, en 2003, Gabriel Santullano lamentaba con razón en el diario *La Nueva España* de Oviedo “las toneladas de ingratitud y olvido” que aún pesaban sobre la obra del que había sido secretario de las Misiones Pedagógicas —al igual que sobre la de otros muchos exiliados asturianos— a propósito de su quincuagésimo aniversario luctuoso.⁵⁹ La presente antología no pretende, obviamente, reparar este olvido, pero sí contribuir, aun de manera modesta, a ello, ofreciendo una selección de su obra. Como se podrá observar, se trata de una muestra que recoge, sobre todo, su etapa mexicana. La presente antología es fruto de un pequeño proyecto de investigación desarrollado en su día en el Centro de Estudios Históricos de El Colegio de México y, en consecuencia, pone un mayor acento en dicha etapa, por lo demás una de las más fecundas de su trayectoria intelectual y vital, y en definitiva la más madura. No obstante, se han incorporado diversos textos de su obra española, la mayoría de ellos de temática pedagógica, y se han incluido en la bibliografía un gran número de colaboraciones en periódicos y revistas madrileños, fechadas en las décadas anteriores a la guerra civil.

Como se podrá asimismo observar, la siguiente antología comprende tres partes, que se corresponden con los grandes ejes temáticos que se señalaban anteriormente a propósito de su obra mexicana:

⁵⁹ “Las fosas de la memoria”, 27 de junio de 2003.

En primer lugar, “La educación del hombre” se compone de textos de carácter pedagógico, ya sean fragmentos de libros o artículos de revistas, que reflejan la impronta institucionista de su concepción de la educación, expresada en cuestiones diversas. Incluye también dos textos de carácter más testimonial e histórico, sobre la fundación de las Misiones Pedagógicas y sobre la doctrina pedagógica —o “antipedagógica”, como diría el propio Santullano, aun incurriendo en una aparente paradoja— de Cossío; y también un artículo periodístico centrado en las aportación universal de Justo Sierra, que bien puede reflejar el interés que Santullano también mostró por la educación en su país de acogida.

La segunda parte, “Letras hispánicas”, quiere mostrar una perspectiva lo más fiel posible a los diversos perfiles que ofrece el ensayo literario de Santullano, unas veces de carácter general —tal es el caso de sus prólogos—, otras más especializado —tal es el caso de sus reseñas de libros—. Asimismo, se ha querido reflejar su doble interés por los clásicos y por los contemporáneos de la literatura de lengua española. Incluye así los prólogos a sus ediciones de los místicos españoles y del *Quijote*, un texto sobre este último y algunas reseñas de libros de autores contemporáneos. Concretamente, de Alfonso Reyes, León Felipe y Pedro Salinas. Obligado era incluir también un texto sobre “Clarín”, seleccionándose el menos “costumbrista”: “En el centenario de *Clarín*. *La Regenta* y su autor en la picota”, en el que Santullano rebate algunos planteamientos recientes del hispanista norteamericano Albert Brent sobre dicha novela. Otros dos textos completan, en fin, este segundo apartado: “La contribución del pueblo”, de la serie “El idioma y las academias” publicada en *El Nacional*, que refleja el interés y respeto que Santullano mostró hacia la expresión popular de la lengua; y una semblanza de Antonio Macha-

do, sin fecha y dada a conocer por José, el hermano menor de este último, que muestra asimismo la amistad que unió a ambos.

La tercera parte, que lleva por título “Americanismo”, incluye textos del ya citado ensayo sobre Puerto Rico y el Caribe, dos de sus artículos sobre la poesía popular y su significación americana, y su artículo sobre las misiones españolas, todos ellos ya referidos anteriormente. Asimismo, se incluyen una reseña del reciente libro de Edmundo O’Gorman *La idea del descubrimiento de América*, y otra de una conferencia de Leopoldo Zea sobre el mexicano como posibilidad, que forma parte de la serie “Afirmación mexicana” publicada en *El Nacional*.

Por otra parte, se ha querido dar cuenta, aun de forma escueta, de otra faceta relevante de la escritura de Santullano como la epistolar. De la correspondencia inédita suya, probablemente cuantiosa, que cabría recopilar —por ejemplo, la que mantuvo con José Castillejo durante la década de los diez, o con Dámaso Alonso iniciada ya la guerra civil, tal y como muestran diversas cartas depositadas en los archivos de la JAE—, se ha recogido la que mantuvo con Alfonso Reyes, en unos años tan críticos y decisivos como los del inicio de su exilio. Una bibliografía de Luis Santullano lo más exhaustiva posible completa, en fin, el presente volumen.

La amplísima obra de Luis Santullano ofrece, por lo demás, múltiples posibilidades editoriales. Podría reunirse en un volumen, por ejemplo, sus ensayos sobre el *Quijote* o sobre “Clarín”, sus reseñas de libros, una selección de su obra periodística o sus ensayos pedagógicos. Con esta antología se propone, por lo pronto, una panorámica lo más rica posible de su obra, lo cual no habría podido realizarse sin el apoyo de personas e instituciones a las que quiero expresar mi agradecimiento. En primer lugar, a la Secretaría de Relaciones Exteriores de México y El Colegio de México, que

en 2001 me permitieron disfrutar de una beca posdoctoral en el Centro de Estudios Históricos de dicho Colegio bajo la tutoría de Javier Garciadiego, quien ya entonces me propuso editar una antología de textos de Luis Santullano. Diversas circunstancias y múltiples urgencias y compromisos han ido retrasando, hasta la fecha, su realización, por lo que quiero expresarle mi agradecimiento por su paciencia y su insistencia generosas. También quiero agradecer a Alberto Enríquez Perea y a Citlali Nares su colaboración para consultar el expediente de Luis Santullano depositado en el Archivo Histórico de El Colegio de México, y a Alicia Reyes lo propio en el caso de su correspondencia archivada en la Capilla Alfonsina de la Ciudad de México. A Aida Terrón y Gabriel Santullano debo algunas orientaciones e informaciones muy iluminadoras sobre la trayectoria de Luis Santullano anterior a su exilio, y a Antonio Rodríguez Insuela debo agradecer una amable invitación para presentar una ponencia sobre su obra ensayística en el congreso *El exilio literario español de 1939. Sesenta años después*, celebrado en la Universidad de Oviedo en 2009. A Carlos Agüero agradezco encarecidamente su decisiva colaboración para localizar y, en algunos casos, transcribir numerosos textos de Santullano. En la tediosa tarea de la transcripción conté también con la ayuda de Cristina G. Navarro y Karla Trejo. A Carlos Villanueva, Paola Morán Leyva y Francisco Gómez Ruiz agradezco su exhaustiva revisión del manuscrito. Finalmente, mi agradecimiento mayor a Teresa Velo Santullano. Fue en su casa en la Ciudad de México, con su familia y con mi mujer, que supe de la existencia de su abuelo, poniendo a mi disposición sus libros y documentos. La memoria de Luis Santullano también es, para mí, la de ella.

ANTOLÍN SÁNCHEZ CUERVO

LA EDUCACIÓN DEL HOMBRE

LOS CAMINOS DEL PACIFISMO. LA CIENCIA DE LA HUMANIDAD

Hasta ahora sólo considerábamos como materia propia de la enseñanza las disciplinas mentales o el entrenamiento y las habilidades corporales o concretamente manuales. El recinto del corazón parecía cerrado a las simples sugerencias docentes; con lo cual la disposición del sentimiento favorable a los estímulos pacifistas mantenía cierta orgullosa independencia frente a los métodos al uso. Bajo el propio manto *llevaba cada cual la paz o la guerra*, la disposición humanitaria o bélica porque sí, sin que nadie le hubiese movido a elegir, desde antes del seno materno. Los casos de conversión y gesto nuevo hacia las armas o hacia la esteva sólo ocurrían rarísima vez, y casi siempre en las personas de los políticos profesionales, esto es, de gentes con el corazón algo averiado a fuerza de efusiones.

Más de aquí el doctor Herz —un austriaco sensible a los hondos dolores de su patria— propone a la Federación internacional de las Asociaciones afiliadas a la Sociedad de Naciones la consideración de toda una teoría acerca de la que llama “ciencia de la humanidad” o proyecto de enseñanza para la formación científica de los *sentimientos humanitarios*. Esta enseñanza, según leemos en las publicaciones recientes de la Sociedad de Naciones, comprendería cursos, visitas a museos, representaciones cinematográficas, etc., dentro de una serie de reglas aplicables indistintamente a las escuelas del mundo entero, y que, brevemente resumidos, dicen así:

1. Debe enseñarse a los niños a considerar *a todos los extranjeros como amigos* y a tratar a todos los hombres con cortesía.

2. No debe permitirse que los niños se formen una idea exagerada acerca de la superioridad moral, militar, u otra, de su propio país, recordándoles que toda nación ha pasado por un periodo de barbarie.
3. No deben considerarse los juicios *apresurados cuanto a las otras naciones*, sino que, por el contrario, importa excitar a los alumnos al estudio de la civilización, las artes y la política de los demás países.
4. Conviene explicarles que ningún pueblo ha de ser considerado como responsable de los actos de los individuos, debiendo los niños examinar con arreglo a este escrito los acontecimientos pasados.
5. No deben los niños aceptar como palabra del Evangelio todo cuanto publica la Prensa a propósito de otras naciones, haciéndoles a la vez comprender que no se hallan en edad de tener una opinión razonada, y así, cuando viajen por el extranjero, habrán de procurar el mayor respeto para las costumbres, hábitos y estado intelectual de los demás pueblos.
6. En los concursos internacionales de atletismo debe llevarse a los niños a cumplir por encima de todo las reglas del juego, no olvidando nunca que el honor de la nación no puede depender de la fuerza física de determinados individuos.
7. Deben estudiar la lengua, la literatura, las artes y la historia de las otras naciones de la manera más profunda posible.

Hasta aquí las siete normas pacifistas del profesor Herz, a las cuales pudiéramos añadir una regla más, así concebida: Los niños de cada país aprenderán a conocerlo seriamente en sus aspectos diferentes, histórico, geográfico, científico, económico, etcétera, como base inexcusable para el estudio preceptuado en la regla anterior. Con lo cual, ésta, la otra y todas podrían reducirse, con

permiso del doctor austriaco, a un solo mandamiento, a saber: conocimiento propio y ajeno en documentada, reflexiva y serena relación.

Bien están, ¿cómo no?, las ingenuas advertencias del profesor Herz, ya que su propósito no puede ser más generoso y laudable; pero, ¿cabe enseñanza educativa alguna que no vaya por tal camino, aun sin preocuparse de si conduce al lejano hito del pacifismo?. Por otra parte, nosotros no concebimos, ni conocemos maestro alguno digno de este nombre, que no venga practicando aquellas normas a su modo, cotidianamente. Y cuando no ocurre así, donde sea, es que los maestros no tocados en su corazón por las alas blancas de la Paz viven dentro del ambiente bélico que envuelve densa o translúcidamente a los países entrañados de imperialismo, de donde resulta que, en tales circunstancias, las admoniciones de Herz servirían de poco o nada, por ser incomprendidas, llegándose a la triste conclusión de que no hacen falta alguna donde los maestros sienten el bien de la paz -y es este sentimiento del oficio- y aparecen como inútiles allí donde la preocupación guerrera penetra hasta el recinto escolar.

Mas también en este deplorable caso es posible la esperanza ¿Cómo? Por la simple o intensa ampliación de la regla séptima aconsejada por Herz. Conocer para querer, en esto como en todo. Conocerse y conocer a los demás para comprenderse, para estimarse y, esencialmente, para respetarse. Con lo cual el profesor austriaco habría puesto, una vez más, el dedo en la conocida llaga: la incultura, que, al igual que la semicultura en que todavía vivimos los más, a pesar de las apariencias, pierde a los pueblos y los lanza a testaradas.

El Imparcial (Madrid), 30-X-1925

LA ESCUELA ACTIVA

Con el desenvolvimiento de la educación nueva ha coincidido la aparición y difusión de la llamada “escuela activa”, concentración paralela de análogos principios. “Se trata —dice su propagandista más autorizado— de un movimiento de reacción contra lo que subsiste de medieval en la escuela contemporánea, contra su formalismo, contra su hábito de situarse al margen de la vida, contra su incompreensión radical de lo que constituye el fondo y la esencia de la naturaleza del niño.” Fácilmente se advierte la coincidencia a que acabamos de referirnos, y, siendo esto así, parece deseable la no insistencia —ya se habla de la “escuela creadora”, a la que le seguirán otras clasificaciones, casi indefinidamente— en sustantivar como nuevos territorios pedagógicos, descubiertos por los entusiastas y nobles exploradores de la educación, los varios e interesantes aspectos del mismo paisaje. Uno de los más graves defectos de la doctrina rutinaria es su empeño en considerar separadamente, diríase inconexamente las diversas manifestaciones de la personalidad infantil y, en consecuencia, nuestra relación con ella dentro de la escuela, desmenuzada la intervención del maestro en esa divertida teoría del trabajo y juego, lecciones y explicaciones, ejercicios mentales y manuales, exposición y aplicación, y otras muchas cosas distribuidas en compartimentos, métodos, procedimientos y sistemas de esta o de la otra clase, dentro de la preocupación de ir de lo conocido a lo desconocido, de lo simple a lo compuesto, con todo lo demás. Así, el novísimo afán puede, al cabo de pocos años —pues ahora se escribe más sueltamente—, abrumarnos el interés, desecándolo, por obra de esa preocupación de construir de arriba abajo el edificio y de la manera recién halla-

da —a una luz antigua— de considerar y tratar al niño, cuando lo deseable es que el vaciado para los cimientos de la nueva construcción sea como surco siempre abierto a la semilla que los hombres de buena voluntad continúen sembrando en el campo de la educación infantil. Actividad, creación y emoción, son aspectos de la personalidad, una y múltiple, que es el niño, sin que proceda, si no es erróneamente y en daño del resultado a que aspira, considerarlas por separado, inconexamente, en estudios ahora llenos de atracción que, pasado algún tiempo, habrán de parecernos casi tan casuísticos y farragosos como los mediocres tratados de pedagogía del siglo XIX.

Ahora bien, esto indicado, conviene destacar de las notas atribuidas a la escuela activa la referente al poder creador del niño, pues este aspecto de la personalidad infantil añade una justificación más al respeto que le es debido. En efecto, cabe decir que el niño es un creador de sí mismo, de su experiencia propia que contrasta y enriquece a cada descubrimiento, en el cual se dan las características esenciales del invento más alto y maravilloso del hombre de ciencia. Esos valores y circunstancias hacen más lamentable, muchas veces, la intervención del padre o del maestro presurosos de comunicar al niño este o el otro conocimiento que, al apoyarse en simples palabras, puede resultar desvirtuado y desvitalizado para siempre. El genio de Pestalozzi lo había comprendido así, según lo expone uno de sus más ardientes panegiristas, Marco Antonio Jullien: “El alumno de este método no es pasivo, ni autómatas, ni un discípulo; es actor e interventor; trabajando se divierte, se interesa y se instruye. Su espíritu recibe ayuda y dirección, pero obra libremente, emplea sus fuerzas, las desarrolla y las crea... De este modo queda aplicado también el principio luminoso de Bacon: nadie posee real-

mente y a fondo más que los conocimientos que haya, por decirlo así, creado él mismo”.

No se trata, claro es, de realizar la “escuela atractiva” —otra modalidad que añadir a la creciente serie— preconizada por Compayré; pues, según se ha dicho, nada más opuesto, dentro del propósito educativo, que lo simplemente atractivo y lo esencialmente interesante, desmoralizador aquello de las fuerzas internas del niño, de su rendimiento cabal; mientras el interés hondo y alegre constituye el mejor estímulo de la capacidad creadora. Cuando no se tiene esto en cuenta y sin apreciar el daño de nuestro error sustituimos al niño de una u otra manera, aliviándole de su participación directa, sucede lo que certeramente apuntaba John Dewey: “Los poderes espontáneos del niño y su necesidad de realizar los propios impulsos no pueden ser suprimidos de ninguna manera. Si las condiciones exteriores son tales que el niño no puede difundir en su labor sus potencias instintivas; si comprende que no puede manifestarse con este trabajo, aprende entonces, de modo maravilloso, a suministrar exactamente la cantidad de atención necesaria para satisfacer las exigencias del maestro y a reservar una parte de su energía mental para seguir la línea trazada por sus necesidades innatas”. En vano el maestro, al advertirlo, pretenderá acudir a la reflexión, a la razón del niño. Sin duda, éste es más razonable, desde la edad temprana, de lo que le supone; pero la relación entre la razón y la voluntad no se halla establecida como en el adulto, ni puede responder la voluntad infantil a estímulos originados en una experiencia que le es absolutamente desconocida.

La autonomía y la libertad en educación, Madrid, Publicaciones de la Revista de Pedagogía, 1928, pp. 14-17

FACTORES DE LA EDUCACIÓN

Consignemos una vulgaridad: el maestro y la escuela son una parte, y no siempre la principal, de las influencias que recibe el niño. Cabe decir que éste llega “hecho” a la escuela primaria elemental. Así lo estiman aquellos tratadistas para quienes la personalidad infantil se forma y conforma esencialmente en los primeros años de la vida. “Sobre los cinco primeros años de la vida del hombre —escribe Gurlitt— no sabemos nada en concreto. Y sin embargo nos enseña la experiencia que esos cinco años son lo más importante en el desarrollo mental del individuo. Todo el trabajo de observación, de experiencia, de construcción mental durante este período de la vida se hace en las tinieblas. Y no obstante, al final de él ya existen en germen todos los elementos esenciales de la vida del espíritu, y la educación no puede hacer en adelante otra cosa que cultivar esos gérmenes que ya existen: complementarlos, alterar el carácter, modelar la inteligencia, son tareas superiores a nuestras fuerzas. Cuando se hayan convencido los educadores de la enormidad de energías de que llega provisto el alumnado a los cinco años y de la poca posibilidad de transformarlas, entonces adquirirán la modestia que necesitan para cumplir su fecunda misión y el desprecio conveniente por las teorías pedagógicas; pues todas ellas se hallan edificadas sobre el supuesto de que el educador puede formar al joven según su ideal, inocularle ciertas capacidades y cercenarle otras, injertarle, en una palabra, su criterio, gustos y preferencias.” Afortunadamente, las nuevas tendencias educativas comienzan a reaccionar contra semejante actitud incomprensiva y opresora, en la que suelen colaborar con igual desacierto la escuela y la familia.

Sin duda, es éste otro de los lugares comunes que importa orear. La pedagogía suele poner el hito de sus aspiraciones y considerar realizadas las posibilidades educativas en la inteligencia y unión del maestro y padre... frente al niño. El pequeño rebelde, cuya energía les asombra e irrita, impone esta alianza ponderada y anhelada por los buenos pedagogos de años atrás. Poco a poco las gentes se van dando cuenta de que el hogar no se halla suficientemente preparado, no puede estarlo para la obra delicada y difícil que ahora comienza la escuela a comprender. Si tal ocurriese, si la familia pudiera ser colaboradora eficiente y orientada del maestro, cabría dar por resuelto el grave problema, ya que el niño tendría desde el nacimiento lo que es en la generalidad de los casos, aun más esencial e influyente que la misma herencia normal, a saber: el ambiente adecuado a su formación. Por esto ha podido decir justamente Ferrière: “dos grandes obstáculos vienen a interponerse entre el espíritu de los alumnos y el de la comunidad escolar: la familia y la calle”. Y, sin embargo, la familia y la calle constituyen una doble realidad, sobre la cual el niño apoya su desenvolvimiento, de tal suerte que no sólo resulta imposible, sino erróneo, prescindir de ellas, siendo lo importante dotar al muchacho de defensas enérgicas que le permitan reaccionar contra los influjos desfavorables. De hecho, así sucede a poco que ayude el ambiente donde se forma el niño y que éste llegue pertrechado a la vida en virtud de la herencia. En este caso propicio —y en los demás, adversamente— el niño suele tomar del ambiente aquello que le conviene y es más acorde a su temperamento, de análoga manera que la planta se apodera, en el suelo vegetal, de aquellos elementos beneficiosos a su nutrición y desarrollo. Esa doble circunstancia de la herencia próxima o lejana y de la adaptación particular al medio espiritual de posibilidades varias, ex-

plica las diferencias que se advierten en los mismos individuos de una cierta comunidad familiar, donde ocurre que los hermanos pueden no serlo más que de la carne, si nos atenemos a su temperamento y reacciones distintos, cuando no opuestos.

La autonomía y la libertad en educación, Madrid, Publicaciones de la Revista de Pedagogía, 1928, pp. 18-20

LA ENSEÑANZA DE NUESTRA HISTORIA

No parece pueda haber sentimiento y estimación sincera, honda y justa de la Patria, sin conocer su historia, al menos en su proceso esencial. Es como el saber de donde venimos para decidir o prever adónde vamos en cuanto pueblo. Ese conocimiento supone, claro es, una relación con las fuentes documentales, sean directas o ya elaboradas por los autores, como condición fundamental para aceptar lealmente la verdad de los hechos, favorables o adversos a nuestra devoción patriótica. Lo contrario es lo que suele ocurrir; a base de algunas noticias de bulto que ha podido rectificar ya la sana crítica, se afirma el prejuicio histórico para componer un cuadro grato a los sentimientos más ingenuos.

Importa reobrar contra semejante disposición desde la escuela, educando al niño en la visión serena de lo que nuestra historia es en sí y en relación con la de otros pueblos, cuidando de evitar falsas comparaciones. La verdad histórica, por amarga que resulte, es de la esencia de toda enseñanza, aun en el grado más elemental. Como lo es también la selección de aquellos hechos o momentos representativos que forman la clave de una época y señalan los hitos de la larga trayectoria, en la cual —demás está decirlo— abundan y dominan las líneas curvas y en zigzág.

No hay inconveniente alguno en dirigir al niño y al adolescente por ese tortuoso camino ante el temor de que se extravíe. Hasta sería preferible este peligro —que el buen maestro sabe evitar— a que se formen la idea falsa de un proceso sencillo y uniforme, en el cual reyes, guerreros, conquistadores, descubridores y masa se mueven como figuras de gran revista perfectamente disciplinadas y encuadradas. En tal sentido, lejos de favorecer su

aplicación, importa mirar con recelo las divertidas representaciones históricas a que tan aficionadas son las escuelas anglosajonas y muy celebradas en algunas instituciones españolas que pretenden renovar la pedagogía nacional con procedimientos y recursos más pintorescos que educativos. La que pudiéramos llamar “plástica escolar, suele engañar a niños, maestros y al público de buena fe por la apariencia de un resultado que, si fuese tan cierto como promete, dañaría aún más a la verdadera concepción histórica que se pretende simplificar, esto es, despojar de su complejidad interna y externa esenciales”. Creemos así, con el señor Altamira, que interesa desconfiar de los llamados “juegos históricos” (representaciones con o sin disfraces, escenas dramáticas desempeñadas por los alumnos, personificación infantil de personajes pretéritos o presentes): “Son ‘niñerías’ de adultos impuestas al niño, que no las siente y que deforman su visión histórica convertida para él en ‘teatro’, sin calentarle el alma. Los niños que aprenden y repiten ‘juegos’ de esa especie me causan la impresión de perros amaestrados y levantan en mi espíritu la indignación hacia los que así rebajan el papel del alumno”. Por fortuna, este mal pedagógico no se halla extendido entre nosotros. Más general es la práctica de una enseñanza histórica apoyada en el ejercicio de la memoria, cuando el conocimiento deseable en esta materia ha de buscar la consideración inteligente de los hechos y su encadenamiento, relación e influjo; en lo cual no tiene la retentiva sino una función secundaria.

Naturalmente este cambio de dirección supone, entre otras cosas, la utilización de una serie de recursos —museos, láminas, fotografías, proyecciones, excursiones, lecturas, etc.— de que no disponen generalmente las escuelas primarias, especialmente fuera de las grandes poblaciones. De donde cabe deducir la desorien-

tación y pobreza, a que arriba nos referimos, de la instrucción histórica que suelen recibir nuestros alumnos a base de un libro, no siempre bueno, y de la explicación oral del maestro o profesor, falto casi siempre de aquellos recursos docentes esenciales para la formación del espíritu joven en el sano y conveniente sentimiento de la raza y de la humanidad.

Aún logrados aquellos recursos, quedaría en pie la dificultad esencial de la conveniente enseñanza de la historia, esto es, su imparcialidad. Hay, desde luego, la varia perspectiva histórica, según el punto de vista que se tome: estudio de la naturaleza humana, como adocrinadora de la conducta de los pueblos, la sucesión de hechos dramáticos, la actividad política, el fondo de cultura, de filosofía, poesía, etcétera. Y todavía nos enfrentaríamos con Dionisio y Luciano, Aquél: “mi patria por encima de todo, tenga o no tenga razón”. Éste: “la verdad antes que nada, agrade o no agrade, como si el escritor fuese un extranjero en su mismo país”.

Para el profesor Trevelyan la Historia no hace Guelfos y Gibelinos, pero si se la estudia rectamente hace mejores guelfos y mejores gibelinos; mientras que, erróneamente considerada, puede llenar las calles de sangre, y los campos de trincheras y metralla. Así hay quien atribuye la guerra de 1870 a los escritos de Thiers, como se piensa que los de Treitschke no son extraños a la reciente guerra europea.

Ello condena la posición de quienes utilicen la Historia aún para la mejor propaganda, pues lo justo y conveniente es el descubrimiento de la verdad, dentro de lo posible, en toda la variedad y en todos los aspectos que el pasado ofrezca, desde el punto de vista nacional e internacional y desde otras posibilidades de examen y consideración. Y esto no precisamente en busca de soluciones aplicables a nuestros problemas actuales, ya que

el valor de la historia en este sentido es indirecto y se halla en la educación de la inteligencia mediante el estudio imparcial de los hechos históricos.

La Historia —añade el profesor Trevelyan— es la Biblia abierta, sin que al historiador pueda considerarse como el sacerdote que proclama su infalibilidad. Se habla del veredicto de la Historia, sin advertir que este no es unánime y que está sometido a constante rectificación. Así es uno el veredicto histórico en Francia, otro en Alemania y análoga variedad cabe notar en cada país respecto a sus hechos principales a medida que transcurre el tiempo y se alarga la perspectiva histórica, pues la acción y la reacción aparecen tan naturales al método del progreso histórico como al del político, bien que en aquél la reacción no suele volver a su punto primitivo. Cada generación de historiadores reacciona contra la precedente en ciertos respectos; mas siempre el pensamiento y la cultura dejan algunas señales que no se borran del todo en el palimpsesto de la historia.

En fin, la totalidad de la experiencia histórica de un pueblo determinado respecto de un período limitado de años ofrece un tema de tal amplitud y tan complejo, que sólo podemos considerarlo acudiendo a determinadas fórmulas o generalizaciones que velan y comprenden toda la variedad y riqueza del pasado. Indicios, indicios parciales de una verdad global que no sabremos nunca.

Hacia una escuela mejor, Madrid,
Ediciones de La Lectura, 1929, pp. 73-78

LA ENSEÑANZA DE ADULTOS

Es oportuno referirse a las clases de adultos. El tema de la enseñanza diurna se halla enfocado, mejor o peor, y en todo caso se trabaja en él constantemente dentro y fuera de la escuela primaria, para el mayor progreso de ésta. De aquí y de allá recíbanse frecuentes sugerencias que perfeccionan los métodos y abren más amplios horizontes. Al maestro más rutinario “le suenan” las últimas novedades, porque le hablan de ellas la prensa profesional y las insistentes publicaciones. Ya en el trabajo, hará o no hará lo que pueda; mas siempre tendrá en el espíritu como una vibración animadora.

En cambio, el tema de la enseñanza de adultos suele caer en opaco, en encogerse de hombros y en lamentarse de la casi inútil tarea. Hasta ahora podíamos defendernos con esta fácil postura; mas ya no será dado mantenerse así en adelante. De una parte, la escuela primaria comienza a empujar y, al hacerlo, acabará poniendo en evidencia la esterilidad de la enseñanza nocturna. De otra parte —y de aquí la oportunidad concreta a que me refiero al principio—, el mismo magisterio comienza a desinteresarse públicamente de este trabajo. No descubro nada al recordar que van siendo frecuentes los casos en que los maestros procuran excusarse de esta labor, renunciando al modestísimo beneficio. Se busca para ello la justificación en el estado de salud, en la fatiga grande que la sesión nocturna añade al trabajo de día y en otras causas. Para quien conozca de cerca el esfuerzo del maestro en la tarea cotidiana, bastaría el simple deseo manifestado para otorgarle el descanso a que tiene derecho al fin de cada jornada. Mas para la administración y para la opinión en general pudiera resultar extra-

ña esa voluntaria renuncia a una remuneración que, siendo muy pequeña, era antes unánimemente solicitada...

Sin duda, ha mejorado algo la situación económica del magisterio; mas sería sensible que de aquel hecho pudieran derivarse apreciaciones injustificadas, ya que, dadas las dificultades crecientes de la vida, no es posible que los maestros nacionales se allanen a recibir un salario inferior, para muchos millares de ellos, al del obrero y siempre por debajo del tipo remunerador de otras profesiones liberales análogas y hasta más asequibles cuanto a las condiciones de los estudios y a la selección del personal.

No parece sea desacertado llamar la atención acerca del conflicto que puede ofrecerse: de un lado, la administración deseosa de implantar y desarrollar la enseñanza de adultos con la amplitud que demanda la incultura nacional, y de otro lado, el magisterio primario presentando cada día mayor y explicable resistencia a prestar un servicio fatigoso, de escasos resultados y mal remunerado. Quizá haya quien atienda sólo a esta última circunstancia y vea en la mejor dotación del trabajo la solución inmediata del problema así planteado. Si fuera sólo éste el caso, no habría por qué discurrir sobre él y sí aplicarse a pedir, hasta alcanzarlo, lo que la razón impone claramente.

Y, sin embargo, creemos que ni aun entonces, mejoradas las remuneraciones —en la escasa proporción que pudiera obtenerse—, quedaría resuelta la cuestión que las clases de adultos plantean, porque estimamos que el magisterio primario no puede tomar sobre sí más que una parte del grave empeño que esta enseñanza supone. Desde luego, nadie puede quedar satisfecho de una solución que sólo ofreciese la disminución lenta —no diríamos que segura— del analfabetismo adulto. Sin duda es ésta una función que corresponde a la escuela primaria, bien que en ella

sólo deba tomar parte el maestro que lo desee, que se halle con un sobrante de energías al término de la jornada diurna o que, en fin, por circunstancias particulares se encuentre obligado a engrosar temporalmente los modestos ingresos. De esta suerte no se impondría a nadie el exceso de trabajo que las clases nocturnas suponen y se permitiría colaborar en ellas a otras personas, asegurando así los posibles resultados.

Estos resultados por fuerza han de ser muy limitados en las localidades rurales, donde un solo maestro ha de repartir su actividad entre varios grupos de alumnos y, además, ha de cuidarse de mantener la curiosidad necesaria que evite recaigan, al cabo de algunos años y según sucede, en la anterior situación de analfabetismo. Repetidas veces se ha hablado del peor analfabetismo, el de aquellos que, sabiendo, no leen, esto es, tienen apagada su curiosidad mental, que sólo es dado mantener mediante recursos que no siempre se hallan en manos del educador.

En las localidades urbanas y en aquellas otras donde puedan reunirse dos o más maestros, ya es posible organizar las cosas de otro modo, más cumplidamente, mediante la división de los alumnos, no sólo en los grupos elementales que el estado de su instrucción indica, sino también en vista de los intereses que mueva a cada uno con relación a sus anhelos desinteresados o a la aplicación práctica en la vida.

Todo ello ha de darse en función de las posibilidades y alcance de la escuela primaria, resultando aún excesivo, pues no es frecuente llevar tan lejos, a la noche, el programa de las clases de día. Se culpa de ello a la corta duración del curso nocturno y a la irregular asistencia del alumnado. Una y otra razón son exactas; mas habrá de culparse también a la imposibilidad en que se halla el maestro de desarrollar, después de cinco horas de labor, un

nuevo esfuerzo equivalente y agravado por la dificultad mayor de la enseñanza nocturna y, además, por el escaso interés que, en definitiva, ofrece ésta a los adultos.

Ni de ésta ni de aquella causa puede pedirse al magisterio responsabilidad, ya que la fatiga en el trabajo es flaqueza humana y, en orden a la organización de las clases, a la administración toca proveer. Mas pronto se advierte que llegará un día en que no sea fácil armonizar aquella limitación forzosa —cuanto a la intensidad de la labor y a su conveniente extensión— y el deseo de la administración encaminado a obtener mejoras y más amplios resultados de la enseñanza para adultos.

Conocida es la nueva política educativa que, desde fecha reciente, viene ocupándose de los ocios del obrero. Estos ocios —motivados en la limitación de la jornada de trabajo— habrán de encontrar en la escuela una de sus más interesantes derivaciones, según ocurre ya en algunos países, principalmente allí donde han resuelto el propósito elemental de que las gentes sepan leer y escribir. Por ahora, nosotros nos hallamos en este primer grado, cuya realización incumbe de lleno al magisterio; siendo de desear, por diversas razones, que este no rehuya la pesada tarea, con independencia de que aspire a una remuneración más cumplida.

Pero logrado esto y a la vez que se consigue extirpar el analfabetismo en todo español menor de cincuenta años, interesa hallar una organización más completa y eficiente de la enseñanza post-escolar. El problema no es tan fácil como parece y en todas partes se han ensayado y se siguen ensayando maneras diversas de poner la cultura elemental al alcance del adulto, de modo que su espíritu continúe abierto a las solicitudes delicadas de la inteligencia. No se trata, en este caso, de organizar la preparación profesional, técnica, del obrero, pues éste es asunto ya resuelto en muchas par-

tes, sino de facilitar a este mismo obrero y al campesino, una vez abandonada la escuela, las posibilidades de seguir cultivándose desinteresada y elevadamente, enriqueciendo su capacidad mental y acentuando jugosamente la racionalidad, en vez de ir cayendo, por inevitable ceguera interna, en lamentable torpeza.

Inglaterra ha sido en esto, como en muchas otras cosas, la maestra cuyo ejemplo ha repercutido en toda Europa —también en España— de tal suerte que de allí sigue esperándose la luz que ilumine el oscuro camino. Porque, según es sabido, la extensión universitaria y demás recursos empleados con el noble fin de acercarse al obrero, si bien alcanzaron durante algunos años hermosa vitalidad, acabaron por languidecer y desaparecer. La razón es conocida: la cultura no es un remedio que pueda aplicarse desde afuera a modo de merced o de obra benéfica, sino un bien cuya apetencia ha de sentirse o suscitarse y al cual se tiene claro y absoluto derecho. Así el obrero inglés —e igual en otras partes—, una vez adquirida la conciencia de sus necesidades educativas, fué desentendiéndose de unas oportunidades que se le brindaban como dádivas de agradecer y no se ajustaban a sus intereses o curiosidad. De aquí el fracaso de las mismas Universidades populares, que pretendieron tener en cuenta esos intereses sin lograrlo del todo, y de otras instituciones como los justificadamente ponderados *Settiemants* —siguiendo el hermoso ejemplo de “Toynbee Hall”— que hubieron de derivar hacia otras oportunas actividades, distintas de las que informó su creación.

Era necesario que la obra de la post-educación obrera se realizase dentro de la misma colectividad, orientada por los mejores elementos y con la aportación de algunas gentes externas a la clase, que llevaran allí su ciencia con igual deber que a otras partes. La “Worker’s Educational Association” tiene de hecho este origen, y

sus escuelas, clases tutoriales, clubs, corporaciones, etc., buscan la mejor instrucción del obrero y la formación de una minoría directora e influyente en este continuado perfeccionamiento, que desde los colegios universitarios para obreros —“Ruskin Collage”, etc.— recibe su mayor impulso.

Todavía habríamos de aludir a lo que se realiza aquí y allá en el sentido de la educación post-escolar campesina; mas no es nuestro objeto hacer una información cuanto a la obra ajena, sino llamar la atención acerca de la complejidad del problema, al cual la escuela primaria sólo puede, entre nosotros, colaborar difundiendo los instrumentos esenciales de la instrucción entre los adultos y poniéndolos en condiciones de recibir mayores beneficios mediante procedimientos análogos a los ya referidos, esto es, por la iniciativa y participación directa del obrero, así del campo como de la ciudad, en el empeño de la propia cultura.

Mas esa colaboración primera y fundamental de la escuela primaria habrá de ser exigida cada día con mayor presión. De aquí la oportunidad de remover el tema y de invitar a considerarlo con atención, en vista de los superiores intereses objetivos y de los intereses personales —también respetables— del maestro, a quien no puede serle indiferente una enseñanza que, hoy organizada en deficiencia, está llamada a recibir una compleja e intensa renovación, que ya tarda.

Hacia una escuela mejor, Madrid,
Ediciones de La Lectura, 1929, pp. 191-199

LO ÚTIL Y LO INÚTIL EN EDUCACIÓN

Para Clive Bell, el jugoso autor de *Civilisation*, uno de los momentos cimeros en la vida de Atenas coincide con la representación de “Lysístrata”, la desenfadada comedia de Aristófanes. Era una de las horas más graves para Grecia. Había ocurrido la desastrosa expedición a Sicilia, con la derrota de los generales Nicias y Demóstenes, lapidados por los siracusanos, y con la esclavitud de los soldados que se habían salvado del hierro y de la peste. Atenas, postrada en sus energías, deseaba el término de una guerra que la abrumaba hacía veinte años; pero lo deseaba con dignidad, el noble pensamiento en alto. Aristófanes estima oportuno el momento para intervenir con una de sus maravillosas obras de tendencia política. El teatro griego representaba entonces como el actual poder de la prensa; por lo cual Platón pudo definir la república de Atenas “una teatrocracia” y, en cuanto a las comedias de Aristófanes, de tal modo pintaban las costumbres de la época que el mismo Platón no dudó en enviarlas como tales documentos informativos a Denys de Siracusa. Pues bien, en aquella hora de extrema gravedad, de lacerante sufrimiento, Aristófanes presenta al público ateniense su “Lysístrata”, culminación de la ironía y el desenfado más atrevidos en demanda de una paz que justificaba en móviles... inoportunos de exponer aquí. Era tal el contraste entre las alegres razones del comediógrafo —también apunta duras verdades— y la fuerte y amarga realidad, que es de admirar cómo el pueblo ateniense, lejos de rechazar la obra y pedir la cabeza de su autor, la celebró, igual que otras, con la más calurosa aprobación. Hería los sentimientos más hondos de todos; pero, literariamente, era una obra digna de ser aplaudida. Y así fue.

Atenas pudo hacer esto, inadmisible en otra hora histórica, como no sea el renacimiento italiano o el XVIII francés, sencillamente porque los atenienses poseían un sentido justo de los valores y sabían diferenciar los medios del fin, en los que consiste radicalmente la civilización.

Si ésta se ha logrado en plenitud, con sus características diferentes, en las tres épocas apuntadas, ello fué así porque una minoría pudo realizar en cada momento y de modo cabal la aspiración más noble del hombre que es la de regir su vida ampliamente, tomando de ella cuanto bien nos ofrece, siempre mediante el gobernalle de la inteligencia. Un hombre bueno hasta la santidad, un artista genial, un filósofo original y profundo pueden alcanzar esas cumbres del sentimiento, de la imaginación o de la razón y, con todo, no ser civilizados; como no podemos estimar civilizado —dentro de nuestro concepto de civilización— al maravilloso pintor de la cueva de Altamira. Civilización no es, contra lo que se cree generalmente, análogo a creación —también el salvaje crea—, sino sentido humano de la vida, disposición para estimar en ésta sus valores esenciales y para gozarlos directamente, sin el rodeo de lo que suele llamarse progreso.

No es que civilización y progreso resulten incompatibles, como no lo son aquellas virtudes eminentes a que antes nos referíamos y la condición de ser civilizado, sino términos paralelos, convergentes o divergentes —de todo hay en la historia de los pueblos— que importa mucho considerar sin prejuicios... cuando se plantea de modo fundamental la acción educativa.

Dicen que en cierto apartado camposanto de Escocia se puede leer la siguiente inscripción:

*Here lies the body of Tammás Jones,
who was born a man and died a grocer.*

Esto es, para el lector no obligado a conocer el idioma inglés: “Aquí yace el cuerpo de Tammás Jones, que nació hombre y murió abacero.” La transformación no es imposible, puesto que ocurre cada día; mas si sucede, es debido, fundamentalmente, a que en tales casos se ha perdido desde la infancia el sentido de la vida, con el que suele nacer cada cual. Vemos, en efecto, al niño dejado a su espontaneidad, construir su mundo, recrearse y bastarse en él. Aún más: ofrece resistencia a abandonarlo, a someterse a la norma y ambiente falsos que a su intención discurre el adulto, declarando así la intención y los anhelos de nuestra naturaleza que, a mayor humanidad inteligente, tiende tanto más a centrarse en sí misma.

Pero las solicitaciones exteriores operan el cambio de dentro afuera, de lo propio a lo ajeno, de lo esencial a lo circunstancial y aparente. Por una serie de caídas degeneradotas —estímulos de la vanidad, espíritu de imitación, deformación vulgar de los placeres, apetencias externas, etc.— el hombre se convierte en abacero, desapareciendo aquél bajo el recio blusón de éste, que aísla de la percepción noblemente sensible. Y ello es más de lamentar cuanto que el hombre y el abacero pueden ser compatibles, no existiendo aspiración más hermosa que la que lleva a saturar de humanidad la conducta en la profesión u oficio. Se sigue de esto que nos hallamos lejos de propugnar un tipo de formación que vaya a considerar por encima, con gesto de pretendida superioridad, las realidades amables de la vida; antes bien estimamos, según queda apuntado, que nada en ésta debe sernos extraño, sino que en el goce inteligente de las posibilidades a nuestro alcance se halla la relación conveniente y legítima. Siempre ocurrirá que el dolor

y, en su grado, las mismas limitaciones de aquella relación pongan el debido freno a la tendencia marcadamente sensual o superficial. Mas esa disposición simpática para las cosas interesa se concrete en una superioridad por nuestro lado, en sentirnos dueños y no esclavos de ellas, señores de nosotros mismos. A esto debe tender la educación mejor.

Por eso pudiera resultar equivocada toda política que lleve a orientar la enseñanza pública hacia la valoración excesiva de los medios, con olvido o descuido de los fines. Esto es lo que viene sucediendo desde los comienzos del siglo, lo que han acentuado las prisas y las apetencias de la postguerra. “¡Bien armados para la vida!”, dice la leyenda de una de las escuelas nuevas más antiguas y acreditadas. ¿Para qué vida?, preguntáramos; aunque los programas con su orientación práctica, en busca del triunfo sobre los demás —no sobre nosotros mismos— indiquen ya la respuesta.

Mas las escuelas nuevas, si algo representan, es precisamente esa tendencia a que el ser humano se produzca como tal, se encuentre a sí mismo, afirme su personalidad. Por eso en ellas pudiera no resultar peligroso el cultivo de las disposiciones prácticas, encaminadas a la utilización posterior. Pero cuando se busca en la instrucción y, dentro de ella, en la capacitación para lo inmediato, en la sobrestimación de lo técnico, la actividad mejor de la escuela primaria, se puede deformar la verdadera intención de ésta y laborar en contra de sus fines.

La extensión del error, que llega hasta nosotros, se advierte en el desarrollo que en los últimos diez años han tomado los intereses prácticos en la enseñanza. Hay sobre esto toda una literatura, aquí y allá, de salvación nacional. Así el libro del ingeniero francés Georges Hersent, *La réforme de l'éducation nationale*, donde se lee: “Los nuevos principios de educación deben proponerse ante todo

la valoración de las facultades productivas del individuo. Económicamente, el hombre no es plenamente productivo sino cuando realiza el equilibrio de las facultades naturales: cuerpo, carácter, inteligencia... Nuestro sistema actual de educación aparece desequilibrado por un exceso de cultura intelectual. Importa reducir ésta a sus justas proporciones y reintegrar al cuerpo y a la voluntad al sitio de honor que les corresponde. Análogamente, nuestro sistema de educación resulta demasiado desinteresado y sin relación con las profesiones productivas, siendo así que debe encaminarse hacia la carrera y el oficio y completarse con la enseñanza técnica profesional.”

Las clases complementarias y los diferentes cursos de perfeccionamiento —agrícolas, avícolas, apícolas, vitícolas, sericícolas, marítimos, etc.— obedecen, entre nosotros, a igual preocupación. Ahora bien, esta preocupación utilitaria es del todo legítima, y ello por la misma razón invocada por Hersent: Un poco de materialismo o, si se quiere, de realismo, no está fuera de lugar en un siglo en que todo se regula por los intereses materiales. Pero se trata precisamente de evitar ese extremo, de que la regulación se centre en la apetencia de lo más exterior a nosotros. La escuela primaria puede y debe aplicar esos recursos como otros tantos medios conducentes a la aspiración formativa. En esto no cabe duda alguna, si las cosas se hacen bien, si corresponden al medio en que radica la escuela, al ambiente que la rodea. Pero hay motivos para pensar que ni la Administración, ni una gran parte del magisterio advierten la diferencia; antes al contrario se estima que todas aquellas nuevas actividades deben traducirse en próxima riqueza para los individuos y, consecuentemente, para el país. Aquí está el error y hasta el daño que puede infligirse a la obra educativa. Esta ha de proponerse, esencialmente, dar al

niño el impulso necesario para que llegue un día a penetrar el sentido de la vida o, cuando menos, a mantenerse digno y sereno ante los interrogantes que ella nos ofrece, buscando en sí mismo la respuesta o, si no alcanza a dársela, participando en los bienes de la tierra con inteligente disposición y alegre conformidad. No excluye esto la aspiración a lo más, sino que afirma el convencimiento de que lo mejor hemos de hallarlo en nosotros, no fuera. De donde se sigue no la inutilidad de lo útil —que esto sería un juego de palabras—, pero sí el valor último y máximo de lo que es más nuestro, de lo que no suele cotizarse en el mercado de los afanes y las apetencias, como tal valor positivo que nos permite realizar los goces más inteligentes y exquisitos a que se pretende llegar sin conseguirlo siempre —por caminos de rodeo y con el triunfo sobre los demás.

Pudiera ser, pues, erróneo cualquier sistema educativo que se apoye en los valores externos, en los medios, para buscar la simple utilidad de las cosas, descuidando los fines esenciales. La obra de la educación ha de evitar que el hombre descienda a transformarse en abacero y, para ser completa, habrá de conseguir que todos celebremos a “Lysistrata”... en la adversa ocasión.

Se nos dirá que pedimos a la escuela lo más, el empeño mayor. Desde luego, bien que podamos añadir: le pedimos lo suyo, lo que tiene el deber de dar o, al menos, de intentar, si la escuela ha de realizar su propósito educativo. Y es importante declarar —una vez más— que la escuela se aleja de este propósito a medida que avanza en la fácil y florida senda de la instrucción, del enseñar interesado. Claro es que tampoco educación e instrucción son incompatibles y el afirmarlo es ya una antigualla, pues se da entre ambos afanes una relación análoga a la apuntada entre civilización y progreso. Cabría, además, referirse a las teorías conocidas de la

educación por la instrucción y, sin necesidad de llegar a ello, bastaría aludir a la experiencia general del mundo que registra un índice más alto de educación lograda allí donde la enseñanza pública se extiende y penetra más.

Pero acaso se manejen demasiado ligeramente esos dos términos —educación, instrucción— y este otro, cultura. No se trata, como saben muchos, de palabras intercambiables, de expresiones equivalentes. Por creerlo así, ocurre la desviación de la escuela primaria que examinamos en estas breves consideraciones.

La escuela ha de buscar, esencialmente, al hombre, ha de valorarlo y ofrecerle oportunidad para que desenvuelva y ennoblezca su capacidad humana, sus virtudes originales, su disposición para afirmarse en la vida, en la vida propia, que incluye la consideración y relación con los demás, dentro del principio de solidaridad impuesto por la coincidencia de las generaciones y por las condiciones naturales y sociales que hallamos al nacer: la libertad en la fatalidad, a que aludía Ortega y Gasset en sus recientes conferencias .

Ahora bien, a medida que la escuela se despreocupe del hombre para atender al abacero, deslumbrada por el señuelo de las varias interesantes novedades que la pedagogía de la hora pone ante la mirada de la administración y de los maestros, a medida que esto ocurra la escuela se desliza por una pendiente favorable de trabajo, grata para los que buscan resultados inmediatos; pero divergente de los convenientes propósitos educativos, y con ello de los verdaderos fines humanos.

En hacer compatible y armónica una y otra aspiración, la desinteresada y la práctica, se halla el empeño de la escuela de hoy, la que tienen en la cabeza los gobernantes y la que los pueblos,

acuciados por necesidades que a todos nos alcanzan, conciben y comprenden en este momento del mundo, que lleva a cada cual a sentirse un poco abacero. Lo demás... llegará algún día.

Revista de Pedagogía (Madrid),
núm. 90, junio 1929, pp. 241-246

LAS CONDICIONES MATERIALES DE LA ENSEÑANZA

Aconsejo al lector desocupado y deseoso de curiosear las interioridades de nuestra enseñanza oficial, se asome, cuando haya oportunidad, a los centros docentes —universitarios, especiales o de segundas letras— donde acaso hace treinta años seguía sus estudios.

Nada ha cambiado desde entonces fundamentalmente, ni en el ritmo lento de la vida académica, ni en el aparato de su actividad febril y estéril de fin de curso.

Penetremos en una de las aulas. La disposición del mobiliario nos habla de la dificultad de establecer dentro de aquel recinto la comunicación fácil, espontánea y jugosa entre maestro y alumnos. Allí está la amplia plataforma, ordenada de férrea verja, que o no significa nada o alude a la necesidad, para el estudiante, de considerar la ciencia como fortaleza inexpugnable que debe asaltar diariamente. Protegida por el enrejado destaca la mesa magistral. Detrás de ella, cada mañana o cada tarde, aparece la figura, grave o ridícula, solemne o sencilla, siempre espectacular, del catedrático, esto es, del depositario o proveedor del saber que los hombres han ido elaborando. A veces, muchas veces, el profesor es un genio de la ciencia, cuyos secretos conoce o descubre tan pronto se acomoda en la alta cátedra, que lo es, en tales casos, de elocuencia abundante y escasamente sustanciosa. El profesor ahueca la voz, mueve sus brazos en amplio gesto definitivo, apoya acaso la testa en la mano acogedora y parte así una idea canija o perfectamente vulgar.

En otras ocasiones el profesor se asemeja a un cuitado de los libros, de los que sólo sabe lo que otros han escrito. Cuando esto

sucede, la mesa magistral, desnuda de papeles en la anterior circunstancia, aparece cubierta de volúmenes grandes y chicos, que son como armas arrojadizas y contundentes que el maestro echa a la cabeza de los alumnos con voz monótona y convencida.

Allá, detrás de su reja y en su cátedra, está el profesor. Acá, instalados en sus pupitres dispuestos al anfiteatro y escalinata, como en sala de espectáculo más que de estudio, hállanse los escolares, distraídos o atentos, aplicados o frívolos, muy lejos del maestro, aislado en su plataforma o, si queréis, atrincherado detrás de la mesa omnisciente.

En tales condiciones materiales, complicadas con la excesiva matrícula, es difícil, si no imposible, que se produzca la necesaria cordialidad, la esencial colaboración entre maestro y discípulos. Aquél no es, no puede ser, así parapetado, un estudiante más, el guía reflexivo, sereno y documentado, de los otros, sino el depositario ungido de la ciencia, que desparrama generoso a chorro de voz, sacándola de la cabeza privilegiada, o también a golpes de cita, acudiendo para ello a las páginas marginales y densas.

Desde luego, en esta Facultad, en aquella Universidad, podríamos advertir el ejemplo de otros modos de entender la función educativa o docente, siempre que el profesor es un verdadero científico y un verdadero maestro. Entonces, lo mismo que en los pequeños focos de cultura y de enseñanza superior que van formándose al margen de la Universidad, se comprueba que la masa escolar es excelente y hállase propicia a recibir una dirección que le asegure preparación suficiente en la profesión elegida. Nosotros conocemos laboratorios modestos, eficientes laboratorios, donde los estudiantes aguardan el turno que les consienta participar en los trabajos de un programa concebido en interés único de formación técnica, sin conexión alguna con el examen. Y podríamos decir cosa

análoga de alguna biblioteca, pequeña sala poblada de cabezas que se inclinan sobre libros, organizada de manera flexible y moderna, donde los bibliotecarios no constituyen el conocido obstáculo entre los estantes repletos de obras y el lector anheloso de consultarlos. Y hablaríamos de alguna cátedra que no es reflejo del mitin, ni charla huera instrumental, ni repetición literal de un texto, ni dogmatismo esquinado y abrumador, sino colaboración jugosa, viva y fecunda, sencilla plática de maestros y alumnos, unidos en el mismo noble afán de alumbrar la verdad.

Mas estos oasis espirituales y salvadores son tan escasos, se hallan tan esparcidos en el gran desierto mental —nuestra enseñanza superior—, que necesariamente la gran caravana de la juventud estudiosa no prefiere exponerse a padecer las hambres y miserias espirituales que la Universidad brinda hoy, inconscientemente de su grave responsabilidad.

Ello explica esta cosa realmente peregrina, extraordinaria, triste, a saber: los escolares españoles, en una proporción enorme, sólo busca en la función universitaria su modesta, expeditiva tarea de librar unos títulos que, en letras magistrales, en orlas y sellos abundantes, hablan, más que la capacidad del diplomado para ejercer una profesión, del poco, del ningún respeto que ésta supone para la Universidad, juez, parte y culpable a la vez de una obra lamentable.

Porque la Universidad es responsable, más que nadie, más aún que la Administración, más aún que la opinión pública, de la suerte reservada a la juventud española, del fracaso de la vida de muchos estudiantes de hoy, licenciados y doctores pronto, aspirantes mañana a los mil empleos y beneficios de una burocracia que, con el peso enorme de su máquina, abruma y tabla la conveniente organización y vida del país. Y es responsable también

la Universidad, en última culpa, del sistema absurdo de reclutar los funcionarios de los distintos departamentos, y principalmente del modo de seleccionar al personal docente, aplicando el mismo recurso ineficaz y falible de los exámenes palabreros y memoristas, que repugnan a todo espíritu científicamente formado.

Todo esto y otros cargos que pudieran hacerse a la Universidad, justifican sobradamente la ausencia de esa gran masa de alumnos no oficiales —unos cinco mil, solo en las facultades de Madrid— que prefieren a los malos, lóbregos locales que aquéllas les ofrecen, a los profesores hueros, a las aulas invadidas por una muchedumbre pasiva, a la falta de interés, de cordialidad en la Universidad, lo que ésta les da cada año generosamente, pródigamente: especie de cédula de entrada en el mundillo del profesionalismo oficial.

Y como lo grande y lo pequeño se relacionan, una de las primeras reformas que importa hacer en nuestras Universidades es, sencillamente, la desaparición de anfiteatros, plataformas enrejadas y cátedras magistrales. Ello traería, automáticamente, la reducción del número de alumnos y el “descenso” del señor catedrático a nivel humano del simple estudioso.

Consecuentemente también, estas aulas antipedagógicas, palabreras y espectaculares habrían de trocarse en salas de recogimiento y estudio, donde la tutela espiritual del profesor iría apoyada en el empleo de libros, documentos, aparatos y medios experimentales al alcance del alumno.

De la escuela a la Universidad, Madrid,
Editorial Hernando, 1930, pp. 139-143

COSSÍO Y LAS MISIONES PEDAGÓGICAS

En marzo de 1931 coincidían Domingo Barnés y el que escribe estas notas en una comisión designada por el ministerio de Instrucción Pública para organizar misiones pedagógicas en beneficio del maestro y la escuela rurales. Eran aquellos los últimos días de la monarquía y, apenas mediaba el siguiente abril, Barnés ocupaba la subsecretaría general de aquel departamento. No transcurría el mes de mayo sin que apareciese en la *Gaceta* el decreto creando el Patronato de Misiones Pedagógicas, que recogía propósitos elaborados al margen de la comisión mencionada, la cual acaso los había juzgado difíciles de encuadrar en normas sobrado administrativas.

Los iniciadores de las Misiones habían recibido su inspiración en la doctrina predicada por Cossío desde sus primeros años de acción educadora, y por eso pensaron en él como en la persona llamada a regir el nuevo Patronato. A su retorno de Suiza, donde consultaba la dolencia que le tenía postrado, Barnés acudió a la estación del Norte para rogar a Cossío garantizase con su dirección y consejo la viabilidad de la empresa. Cossío leyó el decreto —escrito en brevísimo tiempo— y dio su conformidad a la intención y orientación de la obra. La semilla de las Misiones Pedagógicas —letra fría en el periódico oficial— recibía en aquella hora su estímulo vitalizador. Porque desde ese momento Cossío no dejó un solo día de pensar en las Misiones, de elaborar el doctrinario, de aplicar su atención generosa a cada detalle. No podía ocurrir de otro modo. Las Misiones Pedagógicas venían a realizar anhelos que él había declarado a lo largo de su vida. Ya en 1882 escribía: “Si la sociedad tiene poco influjo directo sobre

el campo, es preciso suplir este influjo por medio de la escuela. Si la población rural entiende poco de refinamientos sociales, si es ruda, si carece de ocasiones en la vida donde pueda aprender fácilmente sus derechos y sus deberes. Si siente poco o siente de una manera extraviada, está en peligro siempre de caer del lado de los apetitos egoístas; acudamos, pues, a prevenir este riesgo con la sociología y con el derecho, con la moral y la lógica, con la literatura, la música, las bellas artes, con todas las enseñanzas, en fin, que se refieren a la vida del espíritu, como contrapesos del trabajo corporal que allí domina; porque tal vez la escuela es la única fuente que tiene el campesino donde hallar todas esas cosas, y el único camino quizá, y desde luego el más directo, por donde pueda llegar hasta él su saludable influjo. El niño de la ciudad tiene el periódico, el teatro, la conversación de la atmósfera que le rodea, los museos, una exposición permanente en los escaparates de cada tienda; pero el pobre niño del campo, ¿Dónde puede jamás ver una estatua? ¿Quién le dirá que ha habido un Shakespeare o un Velázquez? ¿Quién le hará sentir la belleza de una melodía de Mozart, de una estrofa de Calderón...?”

Cossío fundamentaba esta labor de auténtica justicia social en la escuela primaria. Ahora, mediante las Misiones, veía ensancharse la función beneficiosa mediante la colaboración de otros elementos y de medios favorecedores de un propósito cuya noble primicia había él anticipado. Cossío proyecta en la empresa de las Misiones Pedagógicas iniciativas que desbordan del marco profesional o se extienden a campos marginales de toda intención práctica. Había hecho suyas las palabras declaradas en el decreto 29 de mayo de 1931: “Se trata de llevar a las gentes, con preferencia a las que habitan en las escuelas rurales, el aliento del progreso y los medios de participar en él, en sus estímulos morales y en los

ejemplos del avance universal, de modo que los pueblos todos de España, aun los apartados, participen en las ventajas y goces nobles reservados hoy a los centros urbanos”. Mas en el prólogo de la primera Memoria publicada por el Patronato deja volar la generosa ambición: “el horizonte de las Misiones puede ampliarse indefinidamente. Las de ahora son modestas, primitivas, primarias, como encaminadas, según ley de equidad, a los más necesitados; pero nada obsta para que se enriquezcan y lleguen hasta adquirir tipo universitario”. Quienes deseen conocer el pensamiento del maestro en relación con esta obra podrán hallar satisfacción en las dos Memorias del Patronato, especialmente en las páginas que abren uno y otro volumen.

Mi relación con nuestro llorado presidente, diaria durante meses que suman años, muy frecuente en el último tiempo, me permitió asistir a la elaboración de la doctrina de las Misiones, al gozoso descubrimiento de su característica, que había de concretar en las siguientes palabras: “Tal vez la menor cantidad de nuestro saber, y no hay que decir de nuestro mundo afectivo con el que al par de la ciencia se enriquece el espíritu, nos viene a todos de las aulas, fuera de las cuales, en forma espontánea y difusa, hemos ido atesorando en cada momento, día tras día, sin saberlo, de un modo libre y ocasional, en libros, periódicos, conversaciones, trato familiar y amistoso, en el comercio humano con espíritus superiores, en los espectáculos, en los viajes, en la calle, en el campo, el enorme caudal de cultura con que insensiblemente engalanamos la vida. Y este ambiente antiprofesional, irreflexivo, libre y difuso, donde aprendemos, al parecer sin pagar nada, todo aquello que alguien con castizo gracejo llamaba ‘aprendido de gorra’, debe ser justamente el campo que constituya como *unidad* el contenido esencial de la acción misionera.”

Por esto Cossío manifestaba su contrariedad cuando se pretendía que las Misiones atendiesen preferentemente los intereses prácticos —sanitarios, agrícolas o de otro orden—, siendo así que para él la misión pedagógica, aunque el nombre no ayude, debe peregrinar en el reino del espíritu, del cual pretende dar al pueblo aunque sea una “visión tenue”. Y sin embargo de esto, Cossío, siempre proclive a lo humano, era dentro del Patronato animador entusiasta de la nueva modalidad benéfica iniciada en San Martín de Castañeda (Sanabria), una de las zonas desventuradas de la España que ignora el poder oficial.

Cossío, gran romero de los caminos españoles, conocía la sensibilidad de las gentes humildes, y, en servicio del encargo principal confiado al Patronato, cuidaba de atenderla. De aquí que protestase del calificado “lujoso” atribuido al esfuerzo de las Misiones y de que buscase apoyo para su doctrina en las palabras del rey Lear a su hija Reganía, descubiertas con nuevo sentido una tarde del verano de 1934 en su retiro de Collado Mediano: “¡Oh, no argumentes con lo que es necesario! Aun nuestros pobres más pobres son superfluos en su mayor pobreza. No des a la naturaleza más que aquello que la naturaleza necesita, y entonces la vida del hombre es tan barata como la de las bestias.”

Como éste podríamos registrar muchos momentos en que Cossío manifestaba su entrega a la obra de las Misiones. Justifiquémoslo con algunas otras noticias, muy brevemente.

El Patronato emprendió su labor con la creación de bibliotecas iniciales. La demanda al principio era escasa. Los pueblos no creían en la objetividad de este servicio, que pudiera hallarse subordinado al interés de los políticos como otros favores que alimenta el presupuesto del Estado. Mas luego que las gentes fueron advirtiendo la ligereza de tal sospecha, aumentaron rápidamente

te las peticiones de libros y, con ellas, se planteó la urgencia de atender a los más necesitados. Cossío era dentro del Patronato el amparador decidido de los pueblos en miseria espiritual: “¡Los humildes! ¡Los humildes! Atendamos con preferencia a los que no tienen nada.”

Algunas de las obras seleccionadas por el Patronato atrajeron la censura de las gentes ignoras o sobrado preocupadas. Cossío dejaba a un lado las críticas que inspiraba la pasión política; mas no ahorra tiempo para aclarar las dudas de los pocos bibliotecarios que, espontáneamente o mal aconsejados, significaban estas o las otras preferencias, de tendencia excesivamente práctica. Uno de sus últimos escritos decía así: “El hombre del pueblo tiene derecho a gozar de los bienes espirituales de que disfrutaban los privilegiados. Si sabe leer, no sabe distraerse y divertirse con la lectura, y hay que enseñárselo. Es cuestión de justicia social. Hay que enseñarle a divertirse con Sófocles y con los libros de caballería, poquito a poco, con paciencia y paso a paso, y hay que darle motivos para que se informe de todos los problemas humanos que hoy dan vuelta al mundo... Recuerde el señor maestro que Don Quijote hizo su espiritual y bello discurso, no en una academia, sino entre unos cabreros. A este criterio obedece precisamente este Patronato para la selección de los libros de sus bibliotecas. Libros espirituales, que les hagan gozar y ver otras cosas de las que ellos ven todos los días.”

El Teatro y Coro de Misiones obtuvieron su atención cariñosa tan pronto advirtió la posibilidad de su realización, que él había anunciado en el primer mensaje a los pueblos. La enfermedad que le tenía recluido no le permitió conocer el espectáculo hasta el 15 de mayo pasado, con ocasión de la fiesta anual celebrada esta vez en el pueblecito serrano de Bustarviejo. Fue la última salida de su casa y -lo que debemos señalar- la única salida que hizo en los

últimos años por movimiento libre y para satisfacer su gran deseo de presenciar la animosa labor de la farándula estudiantil. Cuando en el verano de 1932 buscó albergue temporal en el Guadarrama, escribía al secretario del Patronato: “Mire usted por donde tengo frente a mi cama una vieja estampa francesa representando un teatro al aire libre. ¡Como el de nuestros estudiantes!”.

Pero Coro y Teatro no podían llegar a los pueblos escondidos. Cossío pensó en el Guíñol y se preocupó de su realización hasta que fue un hecho, ya examinando las obras que le presentaban algunos letrados de las Misiones, ya discutiendo sobre todos los detalles, el pensamiento enfocado hacia el derecho de los humildes a la diversión. También en esto son deudores los pueblos españoles a Cossío, pues sintió como nadie que les asiste ese derecho a “la celeste diversión que la humanidad, por miserable que sea, persigue con afán al par que el alimento”. Y creía, frente a las reservas de otros, que también el misionero “puede divertirse y gozar con la obra que realiza y con todo lo que a ella necesaria y legítimamente acompaña; pero se guardará muy mucho de que pudiera producirse en el pueblo la sensación desmoralizadora de que ha ido allá a divertirse”...

Si en algunas de las iniciativas del Patronato puso Cossío una actividad más personal, necesariamente había de ocurrir esto en la organización del museo circulante de pintura, comenzando por la selección de los cuadros que habían de ser copiados. Necesitaríamos detenernos largo espacio para registrar sus preocupaciones acerca del modo mejor de llevar al pueblo esta ocasión de puro goce y su pesar íntimo al verse privado de colaborar directamente en el propósito. Su atención queda especialmente reflejada en las palabras de presentación del museo, verdadero y compendiado tratado de las artes bellas al alcance de las gentes campesinas, a

quienes pretendía elevar a la contemplación estética. Y no satisfaciéndose con la extensión alcanzada por el museo mediante sus dos colecciones circulantes, ideaba la manera de penetrar en lugares más recónditos con éste y otros estímulos de belleza.

Podríamos llenar otras varias páginas dejando a la pluma avanzar en las cuartillas: el servicio de música, apenas iniciado en el pensamiento de Cossío; los cursos para maestros, de los que tanto aguardaba en función del mejoramiento de los métodos docentes y de la ascensión del plano escolar, y, sobre todo, la selección y formación de los misioneros.

Todos los vocales del Patronato hemos sentido la emoción de la nobleza espiritual y generosa de quien, al morir, nos ha legado la preciosa manda de sus anhelos por la elevación moral y felicidad posible de los humildes.

Revista de Pedagogía (Madrid),
núm. 165 (1935), pp. 405-410

MINORÍAS, MAYORÍAS Y MASAS

Hay escuelas para minorías y escuelas de masas; pero ocurre en más de un lugar que estas segundas escuelas sólo alcanzan a recoger en sus aulas a una parte, quizá la mayor, de la población infantil. Ejemplo destacado de instituciones educativas para minorías nos lo dan Eton y Harrow, las viejas y famosas Escuelas Públicas de Inglaterra, que han venido formando a la aristocracia y alta burguesía del país, de las cuales salían los rectores de la nación. Aquí y allá vemos también centros docentes debidos a la iniciativa privada, muchos de ellos creados y dirigidos por Órdenes religiosas con la intención de satisfacer los exclusivismos sociales y, de paso, ejercer influencia en los de arriba para el bien conjunto espiritual y temporal. La Iglesia católica comenzó, mediante sus escuelas episcopales y conventuales, por atender al propósito de formar su minoría de clérigos seculares y regulares; de lo cual se deduce que la enseñanza ha sido hasta los tiempos modernos un elemento disgregador, sin que podamos culparla demasiado. La educación ha respondido siempre al ambiente y a las demandas de la hora. Esas demandas, en nuestros días, proclaman el imperativo de la democracia, palabra que se airea demasiado. Todavía no se está de acuerdo sobre lo que la democracia pueda ser real y efectivamente. Butler, el conspicuo y discutido presidente de Columbia University, en Nueva York, ha escrito: “La falsa democracia chilla: ‘¡Qué todo el mundo descienda al nivel del promedio!’ Y a su vez, la verdadera democracia pide: ‘¡Que cada cual suba hasta donde pueda llevarlo su capacidad de servir y hacer progresos!’” Palabras son éstas que hacen suyas los mejor situados al defender lo segundo, porque no desean compartir la responsabilidad de lo primero.

No hay inconveniente en distinguir entre pueblo y plebe, y hasta cabe concederle al Presidente Butler que el uno y la otra pueden hallarse integrados por los mismos individuos cuando proceden de modo diferente, según sean movidos por pasiones elevadas o bajas. El riesgo se halla en la fusión ocasional de plebe y chusma, que serían en cierto modo asimilables, y vulgo y repulgo denunciados por Gracián, los cuales se dan, ¡ay! en todas las capas sociales.

La chusma suele declararse súbitamente por la incitación y excitación de las circunstancias, como se forman, por obra del viento en espiral, los remolinos de polvo, antes quietos; pero es necesario, para que tal ocurra, que haya suciedad en la calle. También el pueblo aparece a veces desmandado, sin mando que pueda regirlo; pero caeríamos en un error llamándole chusma sin sopesar los motivos que le impulsan a proceder violentamente. El pueblo es pueblo y la chusma es chusma; bien que elementos de ésta puedan, en ocasiones, dar el producto que llaman populacho. “El asno quiere palos y el populacho ser regido por la fuerza”, escribía brutalmente Lutero, a quien no bastaba haber salido del pueblo y predicar la pura doctrina de Cristo frente a las impurezas de Roma para hablar cristianamente. Diríase que ese populacho se encuentra gustosamente resignado en su infrasituación y que la sociedad tiene derecho a desdeñarle y hacerle responsable de que no vea y obre más allá de su ignorancia, de su miseria y de su recelo de los demás...

Quizá al producirse en nuestros días la ascensión algo súbita del pueblo, pueda darse alguna alteración en los vasos comunicantes de las clases sociales y revolverse el poso de la chusma, que espera ser salvada. Esos fenómenos y los rápidos avances políticos han motivado la incomprensión de gentes esclarecidas, incluso en

los países habituados a las revoluciones. “Con el derecho general al voto, el número reinaría sobre la inteligencia, sobre la instrucción, sobre la raza y hasta sobre el dinero, que vale más que el número”, escribía Teófilo Gauthier a Jorge Sand en el *xix* francés. Y hacia el mismo tiempo y en la misma ciudad de la luz apuntaba Gustavo Flaubert en su cuaderno de notas: “Hoy Prometeo no debería alzarse contra Dios, sino contra el Pueblo, nueva divinidad. A las viejas tiranías sacerdotales, feudales y monárquicas ha sucedido otra tiranía más sutil, inextricable, imperiosa, que pronto no dejará libre un solo rincón de la tierra” (Louis Bertrand: *Gustave Flaubert*). Ha pasado un siglo, y en Norteamérica el presidente universitario Butler habla de una falsa democracia que tira hacia abajo, y en España Ortega y Gasset escribe en su conocido libro *la rebelión de las masas*: “Lo característico del momento es que el alma vulgar, sabiéndose vulgar, tiene el denuedo de afirmar el derecho de la vulgaridad y lo impone doquiera... La perfección misma con que el *siglo xix* ha dado una organización a ciertos órdenes de la vida es origen de que las masas beneficiarias no la consideren como organización, sino como naturaleza. Así se explica y define el absurdo estado de ánimo que esas masas revelan: no les preocupa más que su bienestar y, al mismo tiempo, son insolidarias de las causas de su bienestar.” Ante éstas y análogas apreciaciones ocurre decir que no basta el talento para impedir la ofuscación aneja a los prejuicios de clase y a la situación ventajosa en la vida. Si el alma vulgar afirma su vulgaridad es porque nadie le ha enseñado a elevarse sobre esa vulgaridad; si las masas se preocupan egoístamente de su bienestar, las gentes acomodadas no hacen cosas diferentes, con las excepciones individuales que la sociedad admira o repele —esto por lo que irrita el ejemplo aleccionador—, y si esas masas son insolidarias de las causas de los bienes

que puedan alcanzarles, váyase esto por lo que ellas contribuyen con sus manos al bienestar general.

Otras veces se cae en ingenuidades muy siglo XVIII. Así, para Manzini —en el XIX italiano—, la democracia era “el progreso de todos con la ayuda de todos, bajo la dirección de los mejores y más cuerdos”. Otra vez el todo para el pueblo, sin el pueblo, pensando siempre que éste ignora lo que apetece y le conviene. Desde luego, esa etapa del despotismo ilustrado puede, temporalmente, ser necesaria para algunos lugares; pero habremos de ir admitiendo que, en toda sociedad algo avanzada, el pueblo sabe lo que quiere, aunque no conozca la manera serena de alcanzarlo, porque nadie se ha cuidado de mostrársela objetiva e inteligentemente. Me refiero a las aspiraciones de orden superior, pues en lo necesario para la vida material y cotidiana, ese conocimiento elemental viene de muy atrás. En el siglo XIV se quejaban ya los burgueses de Inglaterra de sus pastores y vaqueros: Tres cosas —escribía Grower— proceden sin piedad alguna cuando se les deja imponerse: una inundación, un incendio y la muchedumbre de abajo. ¡Ah! ¿Adonde vas, tiempo de ahora, en que el pueblo, que sólo debía ocuparse de sus tareas, pide alimentarse mejor que sus amos?” (A. Maurois: *Histoire d'Angleterre*). No había tal exageración, pues aquellos pastores venían a desear que siquiera la leche y el queso, manjares habituales de la mesa de los señores, no fuesen para ellos raros y distanciados presentes... Cien años antes, en España, el rey Alfonso el sabio definía así el pueblo en las Siete Partidas: “ayuntamiento de gente, tan bien de caballeros como de otros hombres de menor guisa”. En el siglo XIII no se distinguía entre altos y bajos al establecer el concepto de unidad social, y el distanciamiento mental que a lo largo de la Historia ha venido produciéndose de tal apreciación ha influido desventajosa y notablemente en toda la

política social, económica y educativa respecto a los humildes, a quienes no se ha dado otra intervención apreciable en la cosa pública que la bastante engañosa del voto electoral. No anda des-acertado Eugenio D'Ors cuando escribe en *Aprendizaje y heroísmo*: “El mal de las modernas democracias no es tanto que en ellas no esté representado el espíritu de los marqueses como que no lo está el espíritu de los encuadernadores, de los alfareros, de los herreros, de los médicos, de los curtidores, de los artistas, de los maestros de escuela, de los maestros sastres y de los maestros plateros.” Todos estos menestrales y profesionales que integran la masa del pueblo, con los labradores y otros artesanos del mar, del taller, de la mina, etcétera, atienden obligadamente a su juego, al juego de su oficio, mientras otros hombres juegan con ellos, con las cosas que interesan colectivamente; llevados de noble afán aquellos políticos que merecen serlo, movidos por afanes menos puros los politiqueros y politicastro que, siendo los más ruidosos, acaban imponiendo su huera ideología.

Viene todo esto a cuento de lo poco y mediano que se ha hecho, en la mayoría de los países, para incorporar educativamente las masas incultas a las mayorías instruidas y hacer a estas mayorías sensibles a los estímulos y solicitudes de las minorías más cultivadas. A veces, de estas minorías sale la voz generosa de unos pocos hombres que declaran su dolor ante la injusticia o el abandono sociales y claman en el desierto... Ahora se trata de hacer más y mejor lo que se está haciendo escasamente, cuando no es un hacer que se hace. Y lo que a veces se pretende con buena intención, lleva a considerar la masa como tal masa, creyendo que pueden tomarse porciones de ella —muchedumbre de niños— y aplicarles la amasadora, cuando no la laminadora de una pedagogía mediocre, para obtener un tipo uniforme de muchacho ense-

ñado, que sabe leer, escribir y saludar. Dejemos la objeción al gran Juan de Mairena: “Nosotros no pretenderíamos nunca educar a las masas. A las masas, que las parta un rayo. Nos dirigimos al hombre, que es lo único que nos interesa, al hombre en todos los sentidos de la palabra... pero el hombre-masa no existe para nosotros... Imaginad lo que podría ser una pedagogía para las masas. ¡La educación del niño-masa! Ello sería en verdad la pedagogía del mismo Herodes; algo monstruoso”. Ciertamente, cierto; algo monstruosa esa educación planeada y realizada para las masas, que iría sacrificando herodianamente a los individuos en su personalidad para dejarlos convertidos en autómatas de una sociedad absurda. Por suerte es difícilísimo destruir al individuo cuando hay persona, y ello explica a los disidentes en religión, en política y en otras ideologías; pero son muchos los que padecen deformaciones en su inteligencia o en su sensibilidad por obra de los sistemas educativos ahormadores y antiindividuales.

Las individualidades que se salvan pueden formar las minorías, cuya intervención social se aminora a medida que avanza la democracia igualadora. Sería inútil plantearse el interrogante de si ello es para bien o para mal, pues aún se está en los comienzos parciales del ensayo de una vida política intervenida por todos, siendo lo cierto que siguen mandando las oligarquías tras los telones del tablado gobernante. Suceda lo que suceda con los modos viejos y nuevos de regir los pueblos, siempre ocurrirá que la desigualdad de los talentos y las circunstancias varias y variantes darán ocasión a que destaquen unos hombres y, desde los mandos directivos o desde la discreta soledad, con la palabra, con la pluma, con el ejemplo, esos hombres vayan señalando a las gentes —mayorías o masas— los caminos de la conducta personal, social, ciudadana. Y será necesario que la sociedad, que el pueblo —ayuntamiento de

altos y bajos— se halle en disposición de escucharlos y seguirlos; lo que supone la mejor educación —no un sistema insuficiente de enseñanza— para todos, sin preferencias ni distingos, porque sólo los dioses saben dónde se encuentran esas individualidades ejemplificadoras en los días claros, sin hablar de las horas tormentosas que seguirán amedrentando al mundo seudo civilizado. Diremos entre tanto con Claparède que nuestra concepción educativa hállese todavía subordinada a un excesivo principio de autoridad —reñido frecuentemente con el otro principio de las auténticas jerarquías— que llega a falsear no solamente la acción moral, sino la misma formación intelectual. No es fácil preparar a los muchachos para ser ciudadanos libres, obedientes a motivos internos y de solidaridad social, si durante años y años les enseñáramos a un acatamiento ciego a la autoridad externa del maestro, no siempre merecedor de ese respeto. “Una clase —precisa Claparède— es una colectividad en la que necesariamente han de reprimirse las tendencias claramente individuales... para buscar la uniformación del término medio”. Muchos y radicales han de ser los cambios, si pretendemos que las escuelas ayuden a la masa a elevarse hasta una vida noble y solidaria.

Padres, hijos y maestros. Antipedagogía, México,
Editorial México, 1945, pp. 161-167

UNIVERSIDAD, UNIVERSALIDAD

Pudiera decirse que la Universidad no ha encontrado aún su camino. Desde los orígenes lo viene buscando, ya ansiosa, ya desganadamente. Comenzó la Universidad por ser uno de los tantos gremios del tiempo, un doble gremio enseguida: “universitas magistrum et scholarium”, en París.¹ Los maestros se unieron en defensa del común interés docente; bien que en Bolonia no se dió tan pronto el apoyo colectivo. Los estudiantes nombraron su “Mayoral”, como ahora los sindicatos tienen su líder. Sólo entonces el Mayoral se preocupaba conjuntamente de la protección de los estudiantes en sus derechos y de la exigencia de sus obligaciones dentro de la comunidad ciudadana. En estos vacilantes comienzos la Universidad se gobernaba sin verdadero gobernalle. Vino a continuación el “Maestrescuela” a poner algún orden interior, cierta organización. Y así, avanzando las cosas, llegaron a fusionarse en una sola persona las dos autoridades: la del Mayoral o Rector y la del Maestrescuela, Canciller o Cancelario.

Al examinar ese nacimiento universitario cabe atribuir el impulso inicial, con análogas razones, a los estudiantes o a los profesores, indiferenciadamente. Sin Abelardo, en el siglo XII, quizá no hubiera aparecido entonces la Universidad de París; mas sin la sed de saber de la juventud —también de las gentes maduras— no hubiera podido el maestro agitar con su entusiasmo el aire de la colina de Santa Genoveva. Esto sí que podemos afirmar sin

¹ Alberto Jiménez, *La ciudad del estudio. Ensayo sobre la Universidad española medieval, Selección y Reforma. Ensayo sobre la Universidad renacentista española*, México, El Colegio de México, 1944.

tanteo alguno. La Universidad surge del afán de conocimiento, de la búsqueda de la verdad, cual de puro hontanar. Por eso la Universidad primera no necesita edificios grandes ni pequeños suyos, ni moblaje y material pedagógico, pues le basta en la hora matinal esa cosa sutil que es la palabra del maestro digno de tal nombre, la palabra que Sócrates había elevado por encima de los libros y las bibliotecas, la palabra que en nuestros tiempos iba a ser en no pocas aulas flato de la voz.

Libres de ataduras terrenas —nada fáciles de desatar en estos días en las grandes y pretenciosas Ciudades Universitarias— los escolares podían emigrar en masa, como hacen los enjambres de abejas, y a buscar el sosiego de otro lugar para los panales de la ciencia. Así nació Cambridge; así nació Padua. Esta original independencia respecto al localismo cerrado —que ¡ay! había de producirse— debe ser apuntada como nota importante de la naturaleza universal de la Universidad en aquel embrión que no llegó a formarse cumplidamente, a cuajar. La procedencia múltiple de los maestros y los alumnos, sin que a nadie se le preguntase de dónde venía, es otra característica de las primeras corporaciones académicas formadas para enseñar y aprender. En este punto y en lo que interesa a nombres españoles hay ya en 1215 un misterioso *Mauricius Hispanicus*, cuyos libros son prohibidos, con los de Aristóteles, en la Universidad de París, y un Luis Vives, maestro de Oxford en el siglo XVI, para no abrumar al lector con los centenares de nombres con los que el talentado Menéndez y Pelayo llena páginas y páginas de su “Ciencia Española” en su tesis de probar que hay sabidurías autóctonas; siendo así que los hombres más preclaros que don Marcelino relaciona eran españoles... universales. Lo nacional en los lejanos días universitarios, venía a ser la agrupación varia de los estudiantes, solicitados por la tendencia

humana al rebaño: la “nación” francesa, la normanda, la picarda y la inglesa en la Universidad parisiense; cismontanos y ultramontanos en Bolonia; “naciones” aragonesa, castellana, extremeña, vizcaína, etcétera, en Salamanca.

Ya tenemos así, encontrándose y encontrados los dos afanes: el superior y el general de la Ciencia, en el que maestros y alumnos coincidían, y el común —no diré inferior— de grupo y particular que, al tirar del primero hacia abajo, iba a ligarlo a los intereses interesados de la profesión. Si quisiéramos ahora distinguir entre los mejores, un maestro representativo de la posición universal, habríamos de fijarnos nuevamente en Abelardo: “La grandeza de Abelardo —observa certeramente Alberto Jiménez— reside esencialmente en su apasionada busca de la verdad y la absoluta integridad intelectual con la que persigue. Y si hubiéramos de señalar un estudiante en análoga actitud pura ante la ciencia y su averiguación no iríamos hacia el joven don Gaspar de Guzmán, hijo del Conde de Olivares, con el séquito de un ayo, un preceptor, ocho pajes, tres criados, cuatro lacayos, una cocinera y varios mozos, sino que nos inclinaríamos ante el humilde Alonso, en la Salamanca del siglo xvii: “iban a Escuelas los de mi casa, y yo acudía a comprar lo necesario para nuestra comida y después íbame por los Generales y oía al catedrático que más gusto me daba; unas veces entraba en Leyes, otras en Medicina, otras en Artes y Sagrada Teología, sin dejar los retóricos y matemáticos”. ¡Admirable Alonso, mozo de muchos amos y —cosa bien difícil— amo de sí mismo, de su noble curiosidad, pues acertó a seguir la más alta y vieja tradición escolar! Porque Alonso nos dice que oía al maestro que más recreo le daba, convirtiendo el estudio en lo que había sido en los días luminosos de Grecia y después en la hora inicial de la Universidad, en puro

juego del espíritu. Pronto los estudiantes de Salerno, Bolonia, París, Oxford, Salamanca, sin abandonar del todo la verdad desnuda, en su pureza, van a buscar la verdad vestida, la verdad para ser recibida en la sociedad, como novia con buena dote, que eran en este caso, el Derecho, la Medicina, la misma Teología, y su respectivo ejercicio.

Los árabes, más fieles a la ciencia desinteresada, llegan a dudar de la plena capacidad mental del europeo, pues ellos en el Norte de África y en sus ciudades españolas, aplicábanse a reunir y comentar el saber entonces conocido, indiferentes a la aplicación práctica. El ejemplo árabe estimula al cristiano, y he aquí cómo la Escuela de Traductores de Toledo es en los siglos XII y XIII el hogar más radiante de cultura en el mundo occidental. Alberto Jiménez recrease en “la Ciudad del Estudio” narrando la historia de aquellos días ejemplares: “De los traductores del árabe que trabajaban en Toledo en el período que se extiende entre la muerte de Gerardo de Cremona (1187) y la subida al trono de Alfonso el Sabio, el franciscano inglés Roger Bacon menciona a tres como los más importantes: Alfredo el Inglés o Alfredo de Sereshel, en cuyos trabajos de psicología puramente fisiológica se acusa la influencia de la psicología y la fisiología árabes y cuya labor recuerda el materialismo de los antiguos médicos griegos; Hermann el Alemán, traductor de los comentarios de Alfarabi y Averroes, textos aristocráticos, y algunos de cuyos trabajos aparecen fechados en la capilla de la Santa Trinidad de Toledo en 1240, y Miguel Escoto, traductor, filósofo y astrólogo”. Tres extranjeros de alcurnia colaborando en la paz toledana con los españoles: cristianos, mahometanos y judíos. Esa dedicación aunada a la ciencia universal, de gentes diversas del país y de pueblos extraños, distanciados también en sus creencias, había de repercutir

fuera de Toledo. Por eso Alfonso VIII, al fundar los estudios de Palencia entre los años 1212 y 1214, “envió por todas las tierras por maestros de las artes”, y así los lleva de Francia y de Italia, donde había entonces los mejores. Y a su vez el Rey Sabio, al crear en 1254 la Universidad de Sevilla, pide al arzobispo y al cabildo unos edificios —unas mezquitas— “para morada de los físicos que vinieron de allende”. Iban a España maestros de fuera, como iban profesores y alumnos al extranjero, hasta los mismos príncipes: don Felipe y don Sancho, hijos de don Fernando III, estudian en París, y no porque, según dice el historiador de la Iglesia Primada, les faltasen maestros, pues bien vemos que los reyes sabían buscarlos.

Ya en este siglo xv asoma el nacionalismo de Europa, al reunirse los pequeños principados feudales en organizaciones más extensas y de mayor poder. Ello va a influir en las Universidades, de modo inmediato en las nuevas, que reflejan en su creación el cambio social operado, y también en las Escuelas antiguas, que han de defender, no sin dificultad, su autonomía, poco o nada compatible con la jurisdicción autoritaria y centralizadora que hacía su propia afirmación. Hay como un replegarse de la vida escolar de sí misma. De Oxford son expulsados los estudiantes irlandeses en 1422. El rey de Dinamarca prohíbe a los estudiantes del país acudir a las escuelas extranjeras. El de Anjou obliga a los suyos a seguir los cursos de Aix, y Felipe II —como es bien sabido— publica en 1559 su lamentable “Pragmática”, justificada en el hecho de que “todavía muchos de los nuestros súbditos y naturales, frailes, clérigos, o legos, salen y van a estudiar y aprender a otras Universidades fuera de estos Reinos”. Felipe II lo prohíbe —con la excepción de las escuelas de Bolonia, Roma, Nápoles y Coimbra— y justifica su negativa en varios motivos, siendo así que el principal era su temor al contagio de las here-

jías: “y vienen en otros inconvenientes”. Inconvenientes que, al aislar a España del mundo de las ideas, contribuyeron a cerrar las fronteras de los espíritus, haciéndolos obtusos, intransigentes.

Los inconvenientes para la Universidad, su orientación y función mejores, procedían de distintas causas y en lo fundamental de los cambios que el mundo alumbraba. Los grandes descubrimientos llamaban acuciantes al estudio científico, iban a motivar la necesidad de llevarlo a ésta y la otra aplicación, a favorecer lo que iban a ser las modernas enseñanzas técnicas. Claro es que el imperativo práctico venía de atrás, de siempre: “la aparición de las instituciones medievales, conocidas con el nombre de Universidades —escribe Alberto Jiménez— fué una consecuencia del renacimiento intelectual del siglo XII. Se ha atribuído, sin embargo, la existencia de los Estudios a una necesidad que podría llamarse profesional: la que empujaba a los escolares medievales a adquirir aquellos elementos de cultura que pudiesen facilitarles el acceso a la burocracia; la cual era una necesidad urgente en aquellos tiempos de crecimiento de las potestades civil y eclesiástica”. En el siglo XV español iba a producirse análogo fenómeno con los “letrados”, obedeciendo a la política administrativa y centralizadora de los Reyes Católicos.

Pero la búsqueda desinteresada de la verdad, con proyección y colaboración universales, y las demandas legítimas de orden práctico, son exigencias compatibles, aun sin llegar en lo primero, claro es, hasta la unificación del método de pensar que Raimundo Lulio pedía fogosamente en el siglo XIII, sino a cómo fuera universal el Estudio parisiense y cómo vino a ser el primer Oxford, continuando el Chartres del XII en el empeño de la cultura enciclopédica, no especializada, a base del quadrivio, enriquecido por la aportación árabe.

Aunque la Universidad participa del estímulo suscitado por el Renacimiento, había descuidado el ministerio de oficiar religiosamente en el altar de la Verdad pura, fuera de la sollicitación terrena, y ese descuido hace que se formen desde el siglo xvii al margen de ellas, las Sociedades científicas y Academias, precedidas por la famosa de Crusca en la Florencia de 1582 y seguidas por la Royal Society, de Londres, (1645-1660), la Académie des Sciences, de París, (1666), la de Berlín, abierta en 1711 y otras asociaciones que, siendo nacionales, vienen a tomar en sus manos el empeño de continuar la relación universal y sus modos, que las Universidades habían iniciado. Y es curioso observar cómo estas agrupaciones de hombres consagrados a la ciencia, desinteresada casi siempre de lo inmediato, acertaron a liberarse en gran parte de la presión nacionalista que coaccionaba a las Escuelas universitarias. El hecho se acentúa desde el momento en que el Estado afirma como asunto propio la enseñanza pública, porque —ahora lo vemos meridianamente— el Estado moderno ha de buscar el apoyo más sólido en la formación intencionada de las nuevas generaciones, para bien o para mal. Ya queda lejos del siglo xviii con su diletantismo científico, con su ilustración algo inocentona y también con aquella protección ingenua a las profesiones nacidas entonces: la de diplomático, la de ingeniero, la de economista... ¡La diplomacia, que pretendía guardar su secreto, ha venido a convertirse ella en secreto a voces... y puños!

Napoléon había traído, en 1806, su universidad imperial y, pocos años después, la Universidad de Berlín, que Guillermo de Humboldt quería atendiese primero al hombre, a la persona humana, acaba formando exclusivamente al hombre alemán y por ser vigoroso instrumento político del Estado prusiano en el empeño de la hegemonía intelectual y moral teutona.

Nos hemos ido apartando, sin quererlo, de los hermosos libros de Alberto Jiménez, llevados de las abundantes sugerencias que motiva esta documentada, sustancial y amena historia de la vida universitaria y de la cultura hispanas. Pretendíamos solamente hacer algunas consideraciones sobre la necesidad de que la Universidad actual vuelva sobre sus pasos y vea de ser otra vez nexo activo y elevado de la relación espiritual en el mundo, sin abandonar su función docente y profesional. Precisamente esta actividad práctica puede ayudar a dicha relación al favorecer los viajes de maestros y alumnos. Claros son los antecedentes de los segundos en Europa y en América: “A la Universidad de Santo Tomás, fundada en 1538, bajo el control de la orden dominicana llegarán hasta mediados del siglo XVIII estudiantes de Cuba, Venezuela y de la costa atlántica de Nueva Granada; dará maestros en el 1700 para las futuras universidades de la Habana y Caracas”.² Y en América y en Europa continuaban, hasta los sangrientos años recientes, esos viajes y esa comunicación, acentuada en los grandes centros universitarios con la atracción de escolares llegados de todas partes.

En los comienzos de esta Segunda Guerra Mundial, más destructora que ninguna otra porque ha destruido las almas, se promovió en la prensa inglesa un debate para determinar lo que se aspiraba a crear después, y entre los distinguidos participantes el sabio naturalista J. Huxley propuso, como una de las soluciones para que los hombres se entiendan, la equivalencia internacional de los títulos académicos de medicina y otras profesiones, así como un amplio intercambio educativo en el campo de la investigación científica. Ahora, al quedar vencida Alemania —allá ve-

² Mariano Picón Salas, *De la conquista a la Independencia*.

remos hasta donde— se organiza en Londres una Asociación Internacional Universitaria, cuyos propósitos habrán de tender en el sentido de una amplia y noble cooperación científica y espiritual. Porque la Universidad, que en un tiempo fue el poder universal con el Imperio y el Sacerdocio, encuéntrase hoy ante el grave y urgente empeño de sacar a los hombres de sus cuevas de tribu y de las otras cuevas mentales.

Cuadernos Americanos (México D.F.),
mayo-junio 1946, núm. 3, pp. 217-222

LA DOCTRINA PEDAGÓGICA

No podía ser copiosa la obra escrita de Cossío, puesto que sus preferencias hallábanse del lado de la relación directa, personal, de educador a educando, de la palabra hablada, cuando es —además de espíritu, como la escrita— acierto, gesto y matiz individuales. ¡Cómo hablaba y cómo leía Cossío! En aquel su arte de lector, Cossío había hecho suya, con muchos años de antelación, la feliz doctrina de Antonio Machado, en la que el poeta solicitaba esta principal adhesión de los que escuchan: “¡Qué bien está lo que lee!”.

Pero ahora queremos referirnos frecuentemente a la reforma pedagógica de Cossío. Para Cossío la educación es algo real, que se nos impone desde adentro y desde afuera, condicionado por el elemento natural propio y externo. El factor intelectual, que las escuelas toman casi exclusivamente en cuenta, no puede, ni debe tener participación dominante, porque no se trata sólo de proveer de conocimientos o adiestrar las capacidades, sino principalmente de ayudar a la formación y desarrollo de la persona y personalidad en función de una vida noble y de una digna convivencia social.

Esto supone en el maestro una disposición y una preparación que Cossío llevaba a la máxima exigencia. Por lo pronto Cossío arremete contra la desigualdad en la estimación de los varios grados escolares: “conviene combatir el fetichismo que consiste en creer que hay categorías en la función educativa, que hay una función docente que va aneja al cargo, que hay en suma varias pedagogías, una superior y otra inferior, cuando no también otra intermedia. No es cierto, ni tiene sentido alguno afirmar que para la función del maestro de escuela baste una formación pedagógi-

ca elemental o inferior, mientras que a la esfera universitaria correspondía por necesidad una pedagogía superior, de orden más elevado. Entiéndase bien que nos referimos exclusivamente a la formación pedagógica, es decir, al elemento profesional, al que corresponde exclusivamente al maestro y al profesor en calidad de tales, no naturalmente a la cantidad de saber o de cultura”.¹ Cossío llevaba la consecuencia de esto a pedir la formación universitaria de los maestros, sea cualquiera su grado docente. Y eso fue proclamado, como apunta exactamente Lorenzo Luzuriaga, “diez años antes de que los maestros alemanes aprobaran en Kiel, en 1914, su famoso programa que ha servido de orientación a las reformas introducidas después en la preparación del magisterio alemán”.²

Pero Cossío y la Institución iban tan lejos y aun más que nadie. El tema es demasiado amplio para ser considerado brevemente ahora. Baste señalar la última exigencia que la Institución se imponía en la constante relación educadora del maestro con los discípulos lo mismo en el trabajo que en el recreo. En cuanto al aspecto intelectual, el maestro rutinario “creyendo poseer la verdad, ha juzgado que el alumno no debía buscarla; ora porque es inútil perder el tiempo en ello, cuando le basta recibirla y aprenderla en lecciones y en libros; ya por considerar al niño incapaz en la primera edad para reflexionar y encontrarla por sí mismo. De aquí el sistema actual de enseñanza, basado en el discurso y en el texto, que han venido a sustituir a los dos factores esenciales del conocimiento: el objeto, que hay que conocer, y el trabajo del alumno para enterarse”.³ El principio de la escuela activa, tan de nuestros

¹ *El maestro, la escuela y el material de enseñanza*, 1905.

² *Revista de Pedagogía*, Madrid, 1935.

³ *Sobre la enseñanza del dibujo en la escuela*, 1901.

días, está ya aquí declarado, según señala también Luzuriaga. Fuera del aula “el maestro que se concreta a mantener el orden se convierte en un inspector o vigilante, cuya función todavía está por averiguar en la Pedagogía. Sólo cumple su misión el maestro cuando educa, y sólo educa en el juego, cuando interviene en él de algún modo, el mejor de todos y más directo jugando”. Al escribir esto Cossío tenía por seguro en cuenta el ejemplo del gran Arnold cuando, director de la francesa Escuela de Rugby, un día puso a un lado la chaqueta y comenzó a jugar con los alumnos, motivando una revolución en la educación inglesa; ello porque el juego es o debe ser, en la acción pedagógica, no tan sólo un factor de trascendencia corporal y física, sino además y a la par excelente oportunidad en la formación para la disciplina, la lealtad, la iniciativa, la colaboración y otros estímulos de orden permanente moral. Arnold, en su tiempo, hubiera suscrito estas palabras de Cossío escritas en los finales del siglo XIX: “Hay en la tierra y en el cielo más pedagogía de la que, por virtud del actual organismo docente y merced a su tradicional influjo estamos habituados a considerar...”

Esta posición amplia y extraacadémica llevaba a Cossío, quizá aún más lejos que su maestro Giner, al afán de abrir de par en par la escuela a la vida. Uno y otro coincidían en el amor a la Naturaleza y en el cálido entusiasmo ante el vario paisaje español, en la facilidad para entablar el diálogo con la tierra y sus hombres. Giner y Cossío, entusiastas europeizadores —por el noble deseo de incorporar a España a la civilización universal— eran a un tiempo fervorosos tradicionalistas de la mejor tradición. De ahí que, al lado de la Naturaleza como sano y eficaz elemento formativo, acudiese Cossío al arte como estímulo educador y dentro de él a las mismas bellas artesanías. Por eso el bordado, el tejido, el cacharro,

el mueble populares eran elemento decorativo en la salita de la Institución y en las aulas de clase, apreciando su categoría estética. Ignorada por los más y sólo necesitada de un fondo de cultura en la hora de la estimación. “Una vitrina de mil pesetas para un puchero de diez céntimos, traído de Alcorcón”, decía Riaño y gustaba repetir Cossío. En esta compenetración del espíritu selecto con el alma sencilla del pueblo, haciendo suyo lo que éste trae de la lejanía de los tiempos, había en Cossío un goce particular que comunicaba a los próximos, al valorar lo que la tradición ha conservado o depurado en virtud de móviles ancestrales y espontáneos. La Naturaleza, el Arte y la vida.

También la Filosofía. De hecho y en análisis último, la pedagogía dilecta al maestro Cossío tenía dos apoyos fundamentales: el uno en la vida, en la realidad inmediata y mejor; el otro en la alta disciplina de la mente, en la Filosofía. “No es fácil encuadrar en una fórmula escolástica —escribe Joaquín Xirau, su discípulo— el pensamiento filosófico de Cossío. Abierto a todas las influencias, en él se hallan claras resonancias de todas las tendencias, desde el romanticismo alemán —Fichte, Schelling, Hegel, Schleiermacher— hasta el positivismo psicológico; Platón, Rousseau, la tradición inglesa, los humanistas y místicos españoles... Nada, sin embargo, más alejado de un eclecticismo banal. Todo se halla fundido e incorporado a una concepción unitaria y personal, enraizada en la libre reflexión sobre la rica cantera de su experiencia inmediata. Es una filosofía de la vida, íntimamente fundida con las preocupaciones, los problemas, las dificultades y las luchas de su tiempo y de su país. Nada es en ella puramente abstracto. La tradición ecuménica es un elemento más de su rica experiencia personal. En ella halla el espíritu los horizontes indispensables para otorgar al momento un sentido de eternidad”. La persona

y la personalidad humana han de recibir de esta posición elevada el máximo beneficio y buscar la propia originalidad. La sociedad puede y debe estimularlo en las escuelas y fuera de ellas, aportando las condiciones necesarias y favoreciendo la individualidad sana y el sagrado respeto a las conciencias. En eso Cossío, como su maestro Giner, era de una exigencia y de una pureza llevadas a la consecuencia más lejana, por lo mismo que ellos, vivos ejemplos de noble tolerancia, sabían respetar de modo exquisito toda creencia o posición espiritual sinceramente mantenidas

El pensamiento vivo de Manuel B. Cossío,
Buenos Aires, Losada, 1946, pp. 47-53

POLÍTICA CULTURAL. ANTE LA REUNIÓN DE LA UNESCO

Hay una riqueza espiritual en los pueblos, como hay una riqueza material. Y las gentes hállanse más unidas por aquella riqueza que por esta otra, que sólo alcanza a las menos. La generalidad de los humanos ignora tal hecho, no sabe esta cosa sencilla que Tawney apunta en su libro “La igualdad” con palabras muy claras: “Lo que necesita una comunidad según la misma palabra sugiere, es una cultura común, porque sin ella no será una comunidad en manera alguna”. No se trata de un planteamiento previo, sino de un proceso en marcha desde la formación del primer núcleo social, que hoy, en nuestros tiempos de una semicivilización alimentada del progreso deslumbrador, cabe ya dirigir de algún modo, a fin de llevar ese proceso a una superación de la actual realidad insatisfactoria.

El idioma, la religión, el arte, el estilo de vida, las tradiciones populares, con las expresiones de Folklore en la música y en la danza, en las bellas labores de cerámica, el tejido y el bordado, etcétera, constituyen otros tantos valores espirituales, al lado de las altas creaciones de la inteligencia o de la inspiración. Son manifestaciones de la riqueza a que aludimos y, por encima de los bienes materiales, otorgan la personalidad y la categoría a una comunidad social determinada.

Otra riqueza hay, que ahora nos interesa particularmente, y es la educación pública, modernamente valorada de modo tan notable que se ha visto en ella la posibilidad de hacer de los pueblos lo que sus gobernantes quieran. El nacionalismo cultural —observa Znaniecki— es uno de los factores más influyentes en la Europa

del siglo xx. No sólo de Europa, hemos de añadir, sino del mundo entero, escindido hoy en dos grandes y agresivos sectores de ideas y aspiraciones opuestas, dentro de la crisis de los imperialismos y monopolios insaciables, de la búsqueda de nuevas formas de organización social que aseguren la posesión efectiva, demasiado prometida de la justicia y la solidaridad entre los hombres. Pero han de comenzar éstos por establecer una conformidad acerca de la cuestión previa de si la educación es asunto personal del individuo, según quería Locke, o es derecho y deber que corresponde al Estado, como órgano de la Nación, según pedía Rosseau. En todo caso, el buen liberalismo del siglo xix nos dejó advertido que todo el poder que aherroje la sana libertad humana es reprobable, pues no solamente hiere los profundos sentimientos y movimientos del individuo, sino que a la larga es dañoso para la comunidad, al limitar la capacidad creadora del hombre, como elemento impulsador del avance social. Todavía serán pertinentes durante mucho tiempo estas preguntas que Meiklejohn hace, planteándolas como fundamental cuestión en todo el sistema de educación pública: qué grupo social la administra; cuáles son los propósitos de ese grupo y sus finalidades educativas.

El siglo xx ha visto acentuarse los afanes políticos, ahora en clara y fuerte lucha por el dominio de la organización cultural en todos los países que pretenden ser civilizados; pero ya hay hombres que, avizorando el futuro, aspiran a encontrar formas de coincidencia que unan espiritualmente a los pueblos, por encima de las fronteras nacionales. Así la Segunda Guerra Mundial, tan destructora, ha suscitado el noble propósito de crear una "Organización Educativa, Científica y Cultural de las Naciones Unidas", cuya Comisión Preparatoria se viene ocupando de convenir las bases para el desarrollo de intrincadas actividades científicas, lite-

rarias, culturales en general, con inclusión de las referentes a las ciencias sociales y al arte. Si dicho organismo llega a ser más que una aspiración laudable, podrán conseguirse facilidades para las relaciones internacionales del espíritu y fomentarse el intercambio intelectual y artístico, esencial para destruir barreras mentales, ignorancias mutuas, prejuicios nacionales y raciales, y llegar al conocimiento entre pueblos, a la mutua estimación y comprensión leales.

El programa de la proyectada Organización supra-nacional, de no mantenerse en un terreno de ambigüedad gris y estéril, ha de encontrar en su desarrollo las posiciones contrarias mantenidas por diferentes grupos sociales, en cada país, que no se plegarán fácilmente a la unificación de principios fundamentales, reserva a un futuro todavía remoto. De ahí que, sin abandonar el propósito, antes bien insistiendo en la ya iniciada labor, interesa desde luego influir en los pueblos para que vayan encaminando sus sistemas educativos y docentes en un sentido respetuoso para los imperativos esenciales de la libertad humana, la justicia, la solidaridad social y el respeto a las ideas y creencias elevadas y sinceramente mantenidas. Sin esta disposición particular no es fácil que se logre un entendimiento general, por lo apegados que están los pueblos a sus intereses y concepciones. En la idea y el sentimiento de Patria se parte, como observa Ortega y Gasset, de que es la tierra de los padres, de las generaciones que ejercen el dominio, siendo así que ha de ser “la tierra de los hijos, esto es, algo que no existe, algo que está por hacer, una tarea que cumplir, un problema a resolver, un deber...” Esta nueva posición nos ayudaría a desprendernos del egocentrismo colectivo, de la superestima de lo heredado y logrado, de una realidad actual que dista de la perfección, todo cuanto declaran los insaciables apetitos y las violencias manifestadas de la

fiera humana intelectual y colectiva. Bernard Shaw habla en “La cosa que sucede” del odio feroz con que los animales humanos, como todos los demás animales, se vuelven contra el desgraciado individuo que no se parece a ellos en todos los conceptos”. Ese apego ciego a lo que se tiene dificulta en modo grave la comprensión de lo ajeno, la inteligencia con los demás. Toda política cultural ha de partir de aquí, si ha de irse a otros tiempos, en que los hombres lo sean plenamente y no salvajes pretenciosos con automóvil, radio o avión.

La aspiración no es tan fácil de realizar cuando vemos en el calendario de la ciencia antropológica que nos hallamos aún muy cerca, en el tiempo, de la caverna troglodita, desde la que nuestros antepasados salían a disputar las presas, hacha de pedernal en la garra, que no mano; cuando de otra parte advertimos el fracaso de aquel intento genial de construir una civilización noble, que la Historia registra, eso sí, con letras de oro. Al reflejar en sus escritos la alta aspiración del tiempo, Platón señala en “Las Leyes” como educación esencial la que comunica al hombre el deseo de convertirse en un ciudadano perfecto, que le enseña a mandar y obedecer, ateniéndose a los dictados de la justicia. Platón sabía ya de la otra formación, profesional, de los oficios, que lleva a la especialización en las varias y necesarias actividades. Con este segundo tipo de educación nos hemos quedado en las Escuelas y en la sociedad, estúpidamente satisfechos, descuidando la que hubiera podido estimular una cultura digna del siglo xx y del progreso técnico y arrollador. El afán de goces, servido por la riqueza, ha favorecido esta actividad y los avances materiales prodigiosos, porque se ha ignorado que era posible una realización feliz en una vida sencilla de los individuos y de los pueblos, indiferentes a las ambiciones desenfrenadas. Herodoto nos dice que Grecia aparece en todos los

tiempos como un país de escasos recursos, pero en ello funda su *areté*, a la que llega mediante el ingenio y la sumisión a una ley severa, que defiende a Hélade de la miseria y de la servidumbre. Esa “areté” o perfección ideal, reservada a los mejores por razón de estirpe, suponía una educación aristocrática en la bondad y la belleza, que no fue negada a todos cuando la masa llamó con cierta impaciencia a las puertas del Estado, que había de abrirse-las de par en par. El Gimnasio, con su atención al cuerpo, dio el paso y la entrada para llegar a la plena educación de la mente y del espíritu. “Así el Estado griego del siglo v —escribe W. Jaeger en su admirable “Paideia”— es el punto de partida histórico necesario del gran movimiento educador que da el sello occidental de la cultura. Como lo vieron los griegos, era íntegramente política pedagógica. La idea de la educación nació de las necesidades más profundas de la vida del Estado y consistía en la conveniencia de utilizar la fuerza formadora del saber, nuevo poder espiritual del tiempo, y ponerlo al servicio de aquella tarea”.

Se trata, pues, de una cuestión más que de abecedario en ese propósito de elevar a un pueblo a un plano de vida digna y solidaria con otros pueblos, en la que lo económico tenga su parte esencial y discreta. Sin duda alguna cabe partir del moderno trivio del “leer, escribir y contar”, que, una vez superado, dejará de ser ocupación obligada y principal de los gobiernos. Esos instrumentos para el aprendizaje intelectual y profesional son necesarios; pero no bastan a estimular la debida formación del hombre, que supone la integración de otros elementos y factores. “Las primeras letras —dejó escrito don Francisco Giner— no deben ser nunca lo primero en la escuela, ni en la educación”. Esta posición hace recordar unas palabras de Rosseau, en el “Emilio”, llenas de profundo sentido: “¡Acuérdate de todo momento de que la ignorancia

nunca hizo mal; de que sólo el error es funesto y que no nos extraviamos por no saber, sino por imaginarnos que sabemos.” Por eso Emilio, que tiene pocos, pero sólidos conocimientos, sabe que le faltan otros y que hay muchas cosas que él, ni nadie, conocerán nunca. Cabe en una sana educación satisfacerse con un saber limitado; pero importa hoy como ayer tener presente la aspiración del viejo Fénix, el maestro de Aquiles, cuando pretendía educarlo elevadamente para hablar y para obrar.

En la buena política cultural, no se han de formular planes agotadores, que pretenden resolverlo todo, llegar a lo definitivo. Los proyectos del gobierno suelen resistir todas las promesas, esperanzas e imaginaciones; pero del dicho al hecho, si no hay más que un trecho, según la sabiduría popular, ese trecho puede ser más largo de lo que parece y hasta puede dar en un abismo. Hay que contar siempre con la realidad, con lo que sea hacedero ante ella y en ella. Sobre todo, ha de contarse con las personas, seriamente preparadas para lo que se necesite de ellas, sabedoras de que en materia de educación todo es importante, lo grande y lo pequeño, de que nunca se llega al final, por lo mismo que es un proceso inagotable en su perfeccionamiento. Veamos, sólo como un ejemplo, lo que el maestro Cossío reclamaba para la mejora de uno de los grados de organización docente, refiriéndose a España, bien con la aplicación de otros países de Europa y América: “Para reformar nuestra segunda enseñanza, se necesitaría cambiar su actual régimen, meramente instructivo, por otro que abrace todas las esferas de la educación. Régimen que no se limite a la asistencia del alumno a las clases, sino que exige su permanencia en el local durante todo el día, haciendo vida escolar de trabajo, de juego, de excursión, de comida, de si fuera preciso, con sus compañeros y profesores, y ofreciendo así ocasiones para que se produzca no la

mera instrucción y enseñanza, sino la plena educación intelectual y, con ella, la del sentimiento y la del carácter; aquella que abraza desde el pensar y discurrir hasta la limpieza corporal y el refinamiento de las maneras; la armoniosa salud, en suma, del cuerpo y del espíritu... (“La segunda enseñanza y su reforma”).

Labor análoga habría de exigirse a los otros grados docentes desde la Escuela primaria hasta la Universidad, sin olvidar los establecimientos especiales, para no satisfacerse con el limitado empeño de una sola instrucción y, sin descuidarlo, atender a la formación del hombre, dejada hoy a los azares de lo que salga, en el hogar, en la escuela, en la calle. Por fortuna, con la sociedad actual el ambiente general contribuye a nuestra formación mediante la que el mismo maestro Cossío llamó enseñanza y educación difusas: “Tal vez la menor cantidad de nuestro saber, y no hay que decir de nuestro mundo afectivo, con el que, al par de la conciencia, se enriquece el espíritu, nos viene a todos de las aulas; fuera de las cuales, en forma espontánea y difusa hemos ido atesorando en cada momento, día tras día, sin saberlo, de un modo libre y ocasional, en libros, periódicos, conversaciones, trato familiar y amistoso, en el comercio humano con espíritus superiores, en los espectáculos, en los viajes, en la calle, en el campo... el enorme caudal de cultura con que insensiblemente engalanamos la vida”.

Pero, desde arriba, desde los mandos del poder, bien manejados, cabe hacer mucho en todos los aspectos de la cultura y algo, muy esencial, en lo que se refiere a la mentalidad serena de la obra escolar elemental, superior y técnica, lo mismo en el orden político que en el religioso. En lo político, las escuelas deben ayudar a la formación de la conciencia ciudadana, consciente de sus deberes y derechos, libre en el ejercicio de éstos, mirando al bien

de la colectividad. En lo religioso ha de apartarse del sistema docente de coacción de tipo confesional, ya que las creencias y su práctica corresponden al fuero individual íntimo y profundo. Ello no significa desdén, para la auténtica religiosidad, que ha de ser favorecida como elemento esencial en la purificación de los espíritus. Esto supone en maestros y profesores una disposición de gran exigencia moral, de noble comprensión, de honda sensibilidad, de actitudes generosas, de reacción simpática ante lo universal, de amor a la Naturaleza, de gestos fraternos.

Al lado de esto, y aunque parezca discordante, cabe señalar un deber de Estado ante una necesidad del individuo y de la comunidad que no suele tomarse en cuenta todo lo que debiera: “No es suficiente —escribe Rousseau— que el pueblo tenga pan y vino en su condición; es necesario que viva agradablemente, con el fin de que cumpla mejor sus deberes, que se atormente menos por salir de ellos y que el orden público esté mejor establecido...”. Y recogiendo esta doctrina rousoniana, Jovellanos en el siglo XVIII español decía: “No basta que los pueblos estén quietos; es preciso que estén contentos”. Porque ese contento, esa alegría sana es el tónico de la vida y, dentro de ella, del trabajo. El “pan y circo” de los romanos supone toda una filosofía política, que los gobernantes de hoy van aprendiendo, y de ahí los jardines públicos, los campos de deportes y regocijos y fiestas en ciudades y aldeas para que el pueblo se expanda. Cuando el dosaje entre juego y trabajo es correcto —advierte Huxley en “Beyond the Mexican Bay”— una sociedad puede disfrutar de sorprendente estabilidad durante siglos, según sucedió en Egipto, Babilonia, India y China. Claro es que el escritor inglés olvida, porque quiere, que esas sociedades estaban apoyadas en el esfuerzo disciplinado de masas esclavas, en una u otra forma. Era una estabilidad presionada por la autoridad

y el poder, ejercidos de modo tiránico o absoluto. Y los de hoy son otros tiempos, y sin embargo, hay la misma necesidad de recreo de siempre, por ser algo esencial a la naturaleza humana.

Todavía pudieran hacerse otras consideraciones de tipo general; pero estimamos preferible concretar en una serie de aspiraciones realizables los términos de una política cultural que puede convenir a muchos pueblos. Estas aspiraciones habrán de ser acogidas y encaminadas a su realización por la Universidad, dentro y fuera de ella, como organismo superior de la enseñanza y alta expresión que es, que debe ser, de la cultura en el país respectivo.

En este sentido a la Universidad corresponde:

- a)* Insistir en la política de abrir ampliamente sus puertas a todos los talentos, con independencia de la situación económica de los individuos.
- b)* Ofrecer generosas oportunidades a los escolares de otros países y fomentar la relación espiritual con todos los pueblos —los de lengua española pueden hallar en el propósito la facilidad del idioma en común— mediante el intercambio de alumnos, profesores, técnicos, escritores y artistas.
- c)* Recabar la formación cultural y científica dentro de la Universidad para todas las profesiones, no solamente las llamadas liberales; de modo que el militar y el sacerdote, el arquitecto y el ingeniero frecuenten las aulas comunes de la enseñanza superior, cortando de este modo la actual inclinación desdeñosa a construir castas recelosas, proclives a la desintegración social.
- d)* Asumir un interés elevado y constructivo en las cuestiones esenciales del país, que afecten a su economía, problemas sociales, necesidades de la educación popular, interferencias religiosas, políticas, etc.

- e) Favorecer todo lo posible los viajes dentro del país y en el extranjero, de manera que la juventud estudiosa se ponga en contacto con los mejores estímulos nacionales y ajenos.
- f) Fomentar las organizaciones cooperativas juveniles, cuyo interés en las varias manifestaciones alcance a los más, por encima de otras solicitaciones partidistas en lo político y en lo religioso.
- g) Hacer llamamientos constantes, con el ejemplo y la palabra oportunos, a la tolerancia respetuosa para las ideas y creencias, sincera y noblemente sostenidas y practicadas.
- h) Extender la acción universitaria en y fuera del recinto académico mediante cursos de cultura básica, bibliotecas circulantes, exposiciones, teatros y museos ambulantes, misiones a los pueblos y otros medios que favorezcan la elevación espiritual y un sentido mejor de la vida en los pueblos.

Estas orientaciones al alcance de la mayoría de las gentes en su concepción, serán de realización tanto más acertada cuanto más se alejen de las fórmulas de receta milagrera los que hayan de tomar el cuidado de aplicarlas y acomodarlas a las varias circunstancias posibles en cada lugar y tiempo. Sobre todo, habría de estimarse que no se trata de la obra de un día, por grande que sea el entusiasmo, y que será inútil todo propósito de acción si no se cuenta con los hombres preparados y convencidos de que lo tomen en sus manos con la necesaria responsabilidad y los medios pertinentes.

Cuadernos Americanos (México D.F.),
sept.-oct. 1947, núm. 5, pp. 56-63

EL MAESTRO DON JUSTO SIERRA. UN MEXICANO UNIVERSAL

Si hay un mexicano del ayer cercano que siga presente hoy, con noble y eficiente presencia, es el maestro don Justo Sierra. Quizá nos hallemos los extraños —no diré extranjeros, pues no podemos sentirnos tales los españoles en México— en condiciones ventajosas para testimoniario. Mi primera noticia de esta personalidad ilustre es de hace cuarenta años, cuando don Rafael Altamira, de regreso de México, nos hablaba en la querida Universidad de Oviedo de los hombres notables que había conocido en su viaje a la tierra americana. Pero ha sido ahora, ante las recordaciones y alabanzas de los últimos años, ante el ingente esfuerzo de la rápida y cuidada publicación de sus obras completas, que he podido abarcar en ancho panorama del pensamiento y la acción del espíritu conductor, a quien tanto debe la cultura mexicana.

La pluma de Alfonso Reyes, que es buril en la ocasión de grabar frases, ha escrito de Sierra: “Tiene lo hercúleo y lo alado, como los toros de Korsabar”, y también “Ha brotado en él un atleta de la simpatía”. Vigor corporal e interno, que se derrama éste generosamente en servicio de los demás, afirma el pie seguro y vuela hacia la aspiración ideal.

Agustín Yáñez, a quien debemos reconocimiento por la necesaria y fervorosa edición de los escritos del maestro, remata elegantemente su empeño dándonos ahora en claro volumen ilustrado un labrado estudio sobre la vida, las ideas y la obra de Justo Sierra, que siendo un florilegio y fructilegio de la doctrina varia y fecunda del maestro constituye un examen bien glosado de la

actitud consecuente y de los nobles principios que son lección ejemplar para muchos pueblos.

Como los grandes políticos del siglo XVIII y del siglo XIX, Sierra vio en la educación, servida mediante la enseñanza, el instrumento adecuado para elevar el plano social. Y lo que había predicado antes, siguiendo a Gabino Barreda, se aplica a realizarlo desde la subsecretaría de Instrucción. Al llegar a este puesto de la Administración pública, Sierra procede, no como un gobernante al uso, sino como un estadista moderno. Para “trabajar de veras”, según quiere, necesita colaboradores eficaces, y así ha de remover al personal notorio e ineficaz que allí encuentra. No de otra suerte se han hecho las cosas en todas partes, cuando se han hecho bien y se desdeña el pataleo de personajes y personajes indebidamente encumbrados.

De la escuela primaria el nuevo subsecretario tenía el concepto de que había de ser “un organismo destinado, no a enseñar a leer, escribir y contar, como decía antes, sino a pensar, a sentir y a desarrollar en el niño al hombre”. Propósito que sigue teniendo exigencia en todo el mundo, ya que en América como en Europa, a pesar de los progresos alcanzados, no se otorgan en la enseñanza de ese grado y a la formación del personal docente los medios necesarios para que sea auténtica realidad la aspiración. Por esto mismo, porque don Justo Sierra ponía lejos el hito de lo deseable, llegó a escribir: “No soy de los que creen candorosamente en la eficacia ilimitada de la instrucción para remediar los males sociales”. Ciertamente el vivir es antes que el filosofar; pero hasta para vivir como humanos, no como bípedos naturales, es necesario tener abiertas las fontanelas del espíritu. De ahí que deba procederse conjuntamente en una y otra empresas: la de ilustrar a las masas y la de proporcionar condiciones dignas a la exigencia individual y

familiar. Don Justo se sabía esto de memoria y por eso la mencionada frase que en nada contradice los bien asimilados principios. Su programa afirma como inexcusable “el mejoramiento intelectual, la espiritualización del pueblo por medio de la instrucción y la educación, que no sólo lo arma mejor para la lucha de la vida sino que mantiene alto y puro su ideal; lo que es tan necesario que sólo así pueden las naciones sobrevivir a la desgracia o a la fortuna material”. Agudamente subrayado por Agustín Yáñez ese “sobrevivir a la fortuna material”.

El Nacional (México D.F.), suplemento dominical, 11-II-1951

LETRAS HISPÁNICAS

PRÓLOGO A MÍSTICOS ESPAÑOLES

Si dejamos a un lado, entre otros nombres lejanos, los de Moderato de Gades, en el siglo I, y del obispo heresiarca Prisciliano, en el siglo IV, los de Ben Gabirol, nacido en Málaga o en Aragón por el siglo XI, y Abenarabi de Murcia, éste en la unión de las dos centurias siguientes, la primera gran figura representativa de la mística nacional es el mallorquín Raimundo Lulio, cuyo *Libro del amigo y del amado*, escrito en lengua vernácula como sus demás obras, es ejemplo de purísima elevación espiritual, que recoge nobles influencias hebreas y árabes. En Lulio halla Menéndez y Pelayo el compendio de nuestra literatura ascética, contemplativa y devota de los siglos medios, por lo cual llega a situarlo cerca de San Buenaventura y antes que los mismos alemanes Eckart, Suso, Tauler y otros. La razón del idioma obliga, con todo, a excluir a Raimundo Lulio de esta selección de nuestros místicos, escritores en la lengua común.

Certeramente se ha señalado la preferencia que el sentido práctico de la raza hubo de conceder al ejercicio ascético sobre la disposición contemplativa, y de aquí la influencia que vinieron ejerciendo los escritos de Séneca. Avenidos en su doctrina con el temperamento de nuestro pueblo, según apunta Autrey F.G. Bell:¹ “No se daba una distinción entre la religión y la vida, entre la religión y la literatura. Se aceptaba la idea de Dios, no como una fría abstracción, sino como una cosa viviente, realidad en incandescencia de la vida humana; por lo que era natural que el arte, la ciencia y la literatura fuesen a modo de ofrendas depositadas sobre un altar.”

¹ Citado por G. M. Bertini, *Mistici di Spagna*.

No extrañemos así que el volumen de nuestra literatura místico-ascética comprenda alrededor de tres mil obras², que el *Tratado de la Oración*, de fray Luis de León, alcanzase cuatrocientas cincuenta ediciones, y que antes de producirse esta difusión considerable —análoga cuanto a las obras de Teresa de Jesús— hallasen acogida fervorosa las traducciones, ordenadas por Cisneros, de las grandes obras místicas, notables entonces: la *imitación de Cristo* o *Kempis*, atribuida a Gerson; la *escala espiritual*, de fray Juan Clímaco, los tratados de San Buenaventura, las cartas de Santa Catalina de Siena, los libros de Tauler, Dionisio el cartujano, etcétera.

Esta influencia extraña y poderosa activa la gestación de la mística nacional, que halla a la vez freno y acicate para la manifestación literaria en el recelo de la Inquisición, con su vigilancia favorecedora de la producción más depurada.

En el primer periodo destacable del cuadro histórico debemos señalar a fray Francisco de Osuna, autor del famoso *Abecedario espiritual*, escrito en letras de fuego, que más tarde habrá de recorrer anhelosa Teresa de Jesús, y a fray Alonso de Madrid, quien nos lega su exquisito *Arte para servir a Dios*. Fray Luis de Granada y Fray Luis de León iluminan magníficamente la primera estancia de nuestra mística, y el periodo posterior, el de los años áureos de la mística española con sus dos nombres excelsos: Teresa de Jesús, Fray Juan de la Cruz...

Integran el nuevo volumen de la *Biblioteca literaria del Estudiante* escritos de estos y otros autores místicos, elegidos aquellos con atención vuelta hacia los posibles y jóvenes lectores a quienes los dirigimos, así como las someras consideraciones que van seguidamente. El seleccionador hállase en el caso de declarar sus

² P. Sáinz Rodríguez, *Introducción a la historia de la literatura mística en España*.

vacilaciones al entresacar de las copiosas lecturas unas pocas páginas y conceder justificada preferencia, aquí y allá, a trozos donde la belleza literaria prevalece sobre otro valor. Con todo, son más numerosas en este libro las páginas de hondo contenido místico, asistidas igualmente de los dones mejores del estilo que encanta y maravilla.

ASCÉTICA Y MÍSTICA

No es fácil establecer una división clara entre los conceptos de Ascética y Mística, bien que los tratadistas expongan doctrinas convencedoras sobre uno y otro estado espiritual. El asceta busca, mediante el grave ejercicio, un camino que le lleve a la anhelada disposición mística. Por eso San Agustín llama así —“camino”— al empeño ascético, y San Juan Clímaco lo estima como “viaje al extranjero”, esto es, a un lugar que se halla fuera y lejos de nosotros, de nuestra situación presente. Camino, viaje y también, dentro de la terminología, lucha o combate del alma para domeñar los vicios y, conseguido esto, lograr las virtudes que guían a la santidad. Pero, contra lo que sería lícito creer, no se necesita alcanzar esta santidad para que la criatura elegida manifieste la posesión de los carismas o dones otorgados al místico, ya que en el poder ilimitado de Dios se halla el servirse del pecador o del indiferente para declarar tal omnipotencia y mostrar a los humanos la senda de la salvación. Ni tampoco es dado atribuir a una religión determinada la realización del estado místico, pues son conocidas análogas manifestaciones excepcionales en otras religiones, como la musulmana, según han probado, entre nosotros, los documentados estudios del profesor señor Asín Palacios.

Si la ascesis es un camino, cada cual ha de descubrir su hito misterioso, pues la Mística, que es su aspiración más lejana, se nos aparece en su misma etimología como algo cerrado, secreto, cuyas lindes dan el rico panorama interior a quien no logra trasponerlas. Por eso escribe Francisco de Osuna en su Tercer Abecedario: “Unos la llaman teología mística, que quiere decir escondida, porque en el secreto escondimiento del corazón la enseña el buen Maestro Jesús, que para sí solo quisiera reservar este magisterio, del que dió a sus siervos menos parte o facultad para enseñar a otros que de cualquier otra ciencia, queriendo, como principal Maestro, guardar para sí la principal doctrina.” No está, pues, del todo en lo justo Baruzi cuando afirma³ que la Mística no es un mundo cerrado que se sobrepone a mi pensamiento premístico, dado que existe una mística que un determinado método prepara; afirmación a la que es dado observar que esta mística, conseguida mediante el esfuerzo metódico, no llegaría a serlo tal sino en cuanto la divina Gracia lo otorgase, y mientras no ocurra esto se daría solamente un proceso ascético, que puede alcanzar hasta las manifestaciones de la santidad. Terminantemente afirma esta posición el mismo Osuna: “La mística teología, pues no tiene conversación en conocimiento de letras, no tiene necesidad de tal escuela, que puede ser dicha de entendimiento; mas búscase en la escuela de la afeción por vehemente ejercicio de virtudes, de lo cual concluimos esta diferencia: que la Teología mística, aunque sea suprema y perfectísima noticia, puede, empero, ser habida de cualquier fiel aunque sea mujercilla.” Y a su vez San Juan de la Cruz escribe que ninguna cosa criada, ni pensada, puede servir al entendimiento

³ Baruzi, *Saint Jean de la Croix et le problème de l'expérience mystique*.

para unirse con Dios, sino que antes le sirve de impedimento que de medio.

Cierto es que entre los tratadistas es grande el desacuerdo al examinar la cuestión. El mismo San Juan entiende la Mística como una contemplación infusa, en la que Dios enseña secretamente al alma, la instruye sobre la ciencia del amor perfecto, sin que el alma deba aplicar esfuerzo alguno; de cuya doctrina participan San Buenaventura y fray Juan de los Ángeles. A su vez, Dionisio el Cartujano y los escritores de la Orden Dominicana consideran la Mística como ejercicio propio y exclusivo de la inteligencia, y no temen por ello caer en el pecado soberbio y satánico del intelecto, que condenara San Agustín. Entre una y otra posición contrarias cabe mostrar la posición armonizadora de la escuela española, declarada por el carmelita fray Miguel de la Fuente cuando sostiene que “en lo místico siempre andan juntos conocimiento y amor”.⁴ Mas éste, el amor —el sentimiento— se nos aparece con una trascendencia mayor que el conocimiento, si hemos de tomar en cuenta al místico poeta:

Entréme donde no supe
y quedeme no sabiendo.
toda ciencia trascendiendo.

Este saber no saliendo
es de tanto poder
que los sabios arguyendo
jamás le pueden vencer;
que no llega su saber

⁴ *Libro de las tres vidas del hombre.*

a no entender entendiendo,
 toda ciencia trascendiendo.

 Y si lo queréis oír,
 consiste esta suma ciencia
 de la divina Esencia.
 Es obra de su clemencia
 hacer quedar no entendiendo,
 toda ciencia trascendiendo.

Además de la alta disposición amorosa, el místico ha de poseer la capacidad de inteligencia que le consienta establecer el diálogo supremo y gozoso con la divinidad, sin que esto desvirtúe el poder decisivo de la Gracia y el esfuerzo ascético para merecerla. La mística musulmana ofrece alguna indicación provechosa cuanto a estas relaciones, intelectual y afectiva, así como respecto de aquel empeño insatisfecho en el siguiente pasaje de Abenarabi, que atrae la sonrisa: “Una de las clases de santos amigos de Dios es la de “los gemidores”. A ella pertenecen así hombres como mujeres... Santifica Dios a estos místicos mediante los gemidos que de sus pechos exhalan porque se sienten incapaces de alcanzar la perfección espiritual, y se lamentan al descubrir en sus corazones que no encuentran lo que creen perdido”.⁵

El asceta pena aquí en su anhelo esforzado, sin que la Gracia le atienda y regale con los dones místicos. En éste, y también en el caso feliz, los místicos se debaten con ansias de merecer el divino favor. “Esta sed de supremo goce de posición, sabiduría y ser —escribe Unamuno— por conquista amorosa les llevó en

⁵ M. Asín Palacios, *El Islam cristianizado*.

aquella edad al anhelo del martirio, a la voluptuosidad tremenda del sufrimiento, a la embriaguez del combate espiritual, al frenesí de pedir deliquio de pena sabrosa, a que el alma hecha ascua se derritiera en amor, desgarrándose la urdimbre de espíritu y cuerpo y corriendo por las venas espirituales mares de fuego y, por fin, llegaron algunos, rompiendo con la ortodoxia, a pedir la nada.”⁶

HUMANIDAD, REALISMO

Sea cualquiera la posición que adoptemos en la divergencia planteada, habremos de aceptar determinadas características que el estado místico ofrece a nuestro examen.

El místico español se debate entre la apetencia metafísica, que le eleva hacia la unión suma, desasido de toda ligadura terrena, y la ley humana connatural a la ética de la raza, que le mueve a la actividad generosa para la salvación de los demás, a la vez que solicita la propia salvación. “En oposición a la reforma luterana —advierte Menéndez Pelayo— nuestro misticismo se calienta en el horno de la caridad y proclama la eficacia y valor de la actuación. “¡No, hermanas, no; obras quiere el Señor!”, aconseja la fundadora,⁷ cuya vida es ejemplo máximo de este obrar fervoroso, el espíritu inflamado en excelso amor.

Pudieran citarse muchos textos que contradicen esta afirmación y parecen apoyar aquella otra disposición ascendente del más acendrado egoísmo: “*Qué* tiene que ver —se pregunta un poco irritado fray Juan de la Cruz— criatura con Criador, sensual con

⁶ *En torno al casticismo.*

⁷ Teresa de Jesús, *Morada V.*

espiritual, visible con invisible, temporal con eterno, manjar celestial puro, espiritual, con el manjar del sentido, puro, sensible, desnudez de Cristo con asimiento a alguna cosa?”⁸ Dos caminos de opuesta dirección, y, al poner el pie en la conjunción de ellos, la urgencia ineludible de elegir. El mismo San Juan de la Cruz lo declara en otro lugar: “Para tener a Dios en todo conviene no tener en todo nada, porque el corazón que es de uno, ¿Cómo puede ser del todo de otro?”⁹

Cierta parece la imposibilidad y, sin embargo de ello, el consejo que el místico de Fontiveros da en otro lugar a quien aspire a la santidad desciende al tono más humano: “Déjate enseñar, déjate mandar, déjate sujetar, y serás perfecto.”¹⁰ Lenguaje de aire cotidiano, cual si se tratase de un negocio domestico y no de relación elevadísima y libre de apariencia material. Y es que la manifestación mística hállase afectada de una fuerza tal de veracidad que hasta pone en acción los sentidos corporales, según muestran abundantes pasajes. Así, para Teresa de Jesús el Señor atrae el alma como las nubes atraen los vapores de la tierra: “Viene un ímpetu tan acelerado que veis y sentís levantarse esta nube y esta águila caudalosa y cogeros con sus alas.”¹¹ Diríase que también el lector va a ser arrebatado por la descripción enérgica y soberana. En otras páginas el diálogo con la Divinidad se produce en los términos más familiares: “¡Bueno anda Nuestro Señor!” “¡Señor, agua os pedimos, pero no tanta!” “...y dije a Nuestro Señor, casi quejándome, que o no me mandase entender en estas obras, o remediase aquella necesidad.” Como éstas cabría aportar otras muchas

⁸ *Subida al Monte Carmelo*.

⁹ *Cartas*.

¹⁰ *Avisos y sentencias espirituales*.

¹¹ *Vida*.

expresiones de la monja romera, demostradoras de una relación mística a lo humano. También fray Juan de la Cruz participa de esta disposición de criatura terrena que ahora se siente acariciada por el halago: "...y vino el señor Obispo y predicó alabándonos mucho."¹²

La criatura humana manifiéstase según ella es, sin que la sobrecoja en aquellos ejemplos la majestad del Creador omnipoderoso. Característica señalada por R. Menéndez Pidal, a la par del mencionado realismo, como enlazada con "el gusto, tan arraigado en los artistas religiosos españoles, de reducir a un nivel común lo divino y lo humano, ora dentro siempre de la más sincera piedad, contemplando atrevidamente lo sagrado con ojos profanos; ora al revés, tratando a lo divino los temas profanos en boga, aun aquellos que más pueden herir por contraste la excelsitud de lo sagrado."¹³ Sin duda nos hallamos en presencia de una disposición étnica que, si en los místicos no llega a tales extremos, les hace en ocasiones mirar las cosas celestes con ojos terrenales y humanizar lo divino.

TEOFONÍA

La inmersión del elegido en la Naturaleza es otra de las notas que debemos señalar, como si se diese en él una a modo de conciencia cósmica que le hiciese considerar el mundo, según advierte Giovanni Maria Bertini, en admirable teofonía y escuchar en todo la música de la divina palabra: "El místico hállase atento a recoger

¹² *Carta a la Madre Ana de San Alberto.*

¹³ La epopeya castellana a través de la literatura española.

todas las voces y todos los movimientos, pues cada una de estas manifestaciones es para él un signo de Dios, una revelación emocionadora.”¹⁴ Así el temperamento místico podrá realizar en el aislamiento sombrío y penoso de una cárcel, no solo las páginas admirables de la *Noche oscura*, sino también las estrofas del *Cántico espiritual*, llenas de luz gozosa:

¡Oh, bosques y espesuras,
plantadas por la mano del Amado!
Oh, prado de verduras,
de flores esmaltado. ..

.....

Mi amado, las montañas,
los Valles solitarios nemorosos,
las ínsulas extrañas
los ríos sonorosos,
el silbo de los aires amorosos.

Esta relación afectiva y emocionadora del místico con la Naturaleza, como obra que es de admiración de la criatura hacia el Creador, llega en ocasiones a términos hipersensibles y extraños. Véase este ejemplo máximo y regocijante en Francisco de Osuna: “Conocí yo uno que viendo una vez un gallo que abría las alas y las sacudía para cantar, sintió verdaderamente que sus entrañas se movieron y se abrieron a Dios para lo amar dulcísicamente, y cosas semejables le acaecían muchas veces con otras criaturas, ca sacaba de toda cosa movimiento de amor a Dios.”

¹⁴ *Mistici di Spagna.*

La consideración del agua, de las plantas, de las aves y fieras en fraternidad risueña, acusa la misma disposición teofónica. Si San Francisco habla a los pájaros y convence al hermano lobo, Teonas deja en la noche su retiro, para llevarles agua de beber, a las fieras que le rodeaban en el desierto. Teresa de Jesús dirá: Tengo una ermita que se ve el río, y también adonde duermo; que estando en la cama puedo gozar de él, que es harta recreación para mí.”¹⁵ Y fray Luis de León llegará a escribir: “Algunos hay a quien la vista del campo los enmudece, y debe ser condición de espíritus de entendimiento profundo; mas yo, como los pájaros, en viendo lo verde deseo cantar o hablar.”¹⁶

EL ALMA A SOLAS CON DIOS

Esta embriaguez del místico en el deleite de la Naturaleza, nacida del sentimiento de criatura, dispone al favorecido para la exaltación y lo eleva sobre la realidad gozada, libre de la cadena terrenal. Leibniz señala la trascendencia del consejo de Teresa de Jesús a sus hermanas del Carmelo: “Hacer cuenta de que no hay en la tierra sino Dios y ella (el alma)”;¹⁷ al lado del cual pudiera recogerse esta otra advertencia coincidente de fray Juan *de* la Cruz: “Vive en este mundo como si no hubiera más en él que Dios tu alma.”¹⁸ Si Dios —comenta Leibniz— está aún más cercano a mí que mi mismo cuerpo, el mundo aparece como algo que no cuenta. Esencialmente: yo soy, Dios es.

¹⁵ Carta o lo Madre Ana de la Encarnación.

¹⁶ *Los Nombres de Cristo*, Introducción.

¹⁷ Vida, cap. XIII.

¹⁸ *Avisos y sentencias espirituales*.

El místico, compendio sumo de humildad, aparece ahora lanzado a la soberbia máxima cuando declara su aspiración al diálogo igual en la soledad con Dios. De hecho, si el místico no puede alcanzar cosa más alta, tampoco ha de pretender menos que esta unión con la Divinidad, anhelada meta del estado místico, semejable a caso fuera de juicio y razón, de atenernos a palabras de Teresa de Jesús cuando define la unión con Dios como “un glorioso desatino”, “una celestial locura”.¹⁹

Dios está sobre toda razón, y no es mediante el discurso lógico como el místico puede llegar hasta El. No se opone esto a la gradación de los tres estados que preceden: la “revelación”, que muestra al elegido el tesoro recóndito; la “iluminación”, que lo inunda de luz; la “contemplación”, que le dispone a reflejar, como espejo fiel y puro, los divinos soles. Ni debe tomarse aquí en demasiada cuenta la posición intelectual a que nos hemos referido de los místicos españoles, los cuales llegan hasta afirmar el valor sumo, en comparación con todo lo creado, del pensamiento humano. Esta afirmación tiene una importancia secundaria y subordinada a la disposición humillada de la razón que renuncia al predominio. Acaso para hallar una armonía en la aparente pugna, Menéndez Pelayo hubo de referirse²⁰ a la tendencia del pensamiento místico conforme al personal temperamento, a las características del pueblo a que pertenece y a la formación recibida, según lo cual —dice— unos místicos serán ontólogos y otros psicólogos, unos analizadores y otros sintéticos y armónicos. Ahora bien, en el momento decisivo de la cuestión pudieran estas distinciones ser indiferentes, pues sea cualquiera la categoría de la disposición mística,

¹⁹ Camino *de Perfección*. cap. XVII.

²⁰ *Historia de las ideas estéticas en España*.

el favorecido por ella ha de echarse entregadamente, ciegamente, en brazos de la Divinidad... si le han sido abiertos para acogerlo. Así toma particular significación el consejo de fray Juan de la Cruz a la priora de Segovia: “y adonde no hay amor, ponga amor y sacará amor”;²¹ pues si bien algunos registran hasta cincuenta grados en el amor a Dios, estos numerosos grados no son sino etapas para llegar a la apetecida unión, en la que el místico sabrá hacer suya otra advertencia del mismo autorizado consejero: “Calle lo que Dios le diere. Y acuérdesse de aquel dicho de la Escritura: “mi secreto para mi.”

LA UNIÓN MÍSTICA

Esta es la aspiración suprema del alma dulcemente aquejada de amor divino. Hemos indicado cómo el logro de la unión es obra principal de la Gracia, negocio de merced celeste. Cabe disponerse a alcanzarla mediante la oración, en la que Teresa de Jesús señala dos modos diferentes, según que el alma consiga ese estado por el ejercicio mental, valiéndose de “muchos arcauces y artificio”, o lo alcance por fluencia espontánea que viene del mismo manantial divino. Esta es la que llama oración de quietud y gustos de Dios.

No debe estimarse aquella oración activa inferior a la otra, pues en *Las Moradas* leemos que las virtudes quedan en ella más fuertes. El alma, cual pordiosero humildísimo, acaba por obtener la dádiva suprema, bien que para alcanzarla necesite en ocasiones permanecer largo tiempo en el celeste umbral. ¿No tardó Dios cuatrocientos años para escuchar a los hijos de Israel? Sólo enton-

²¹ *Carta a la madre María de la Encarnación.*

ces, viéndolos apenados en la servidumbre del Faraón, declaró a Moisés: “Vi la aflicción de mi pueblo y he bajado para librarlo.” Así el místico debe aguardar siempre, confiadamente, el ademán generoso de la Divinidad, si llega a merecerlo.

La oración de quietud o sobrenatural es en Santa Teresa “un recogimiento interior que se siente en el alma, que parece ella tiene allá otros sentidos, como acá los exteriores, que ella en si parece se quiere apartar de los bullicios exteriores, y así algunas veces los lleva tras si, que le da gana de cerrar los ojos y no oír, ni ver, ni entender sino aquello en que el alma entonces se ocupa, que es poder tratar con Dios a solas”. “Mas esto —dice en otro lugar— al principio no suele lograrse sino después de larga oración mental.”

Conseguido ese estado, el alma mística se encuentra favorecida por otros movimientos, a los que la Doctora de Ávila aplica sabias denominaciones: arrobamiento, suspensión, arrebatamiento, vuelo, ímpetu, herida... Mas la persona anhelosa de mercedes no debe apresurarse a la interpretación de las que crea recibir si sus potencias se hallasen debilitadas por la oración y la penitencia. Teresa de Jesús no reprime, ante esta posibilidad, su pluma donosa: “párecelos que es lo uno como lo otro y déjanse embebecer. Y mientras más se dejan, se embebecen más; porque se enflaquece más el natural, y en su seso les parece arrobamiento, y llámole yo abobamiento, que no es otra cosa más de estar perdiendo el tiempo allí y gastando su salud.” Para este mal embobado recomienda la Santa a las afligidas el dormir y comer, no hacer tanta penitencia y también que se diviertan cuanto pudieren: aspiración excesiva a lo divino, remediada por sencillos expedientes humanos, seguros en estos y otros casos.

Bien distinta es la situación del místico que logra el favor de la Gracia, según aparece descrito el estado en Francisco de Osuna:

“Puedes tomar ejemplo en alguna vasija que contiene agua u otro licor, el cual poniendo fuego se calienta en el vaso do está; empero, cuando hierve y bulle parece en alguna manera no caber en sí: mas exceder a sí mismo el licor que antes estaba seguro y ser llevado sobre sí por la virtud del calor. Así el ánima que aún no está concedida con el calor amoroso de la mística teología; entretanto que en solo el conocimiento de la especulativa está, parece estar echada y que se contiene en sí misma dentro de sí; mas cuando concibe el espíritu del amor en fervor del corazón, en alguna manera sale de sí misma, saltando de sí o volando sobre sí.”²² Es como un derramamiento del místico fuera de sí, al no poder contener el gozo que la divina presencia le trae con su claridad reveladora.

Sin embargo de esto, el místico que lo es en grado auténtico no pierde de vista lo humano; así al justipreciar el estado a que aspira como en la misma ocasión de lograrlo. “¡Dios mío y todas las cosas!”, exclamaba San Francisco, abarcando en su amor al Creador y a las criaturas. Así ha de ser para realizar la unión declarada por fray Luis de León²³ en la cual las criaturas no remedan a Dios, pues son el Dios mismo con quien se compenetran, formando una persona; en lo que pudiera advertirse cierta divergencia con fray Juan de la Cruz al decir éste²⁴ que si el alma ve a Dios esencial y claramente, ello sólo se manifiesta en una fuerte y copiosa comunicación y vislumbre de lo que El es en sí, y que permite al alma sentir el bien de las cosas. Oposición que pudiera encontrar su armonía en Francisco de Osuna, para quien “la amistad y comunicación de Dios es posible en esta vida y destierro; no es así

²² *Tercer Abecedario espiritual.*

²³ *Nombres de Cristo.*

²⁴ *Cántico.*

pequeña, sino más estrecha y segura que jamás fué entre hermanos, ni entre madre e hijo. Esta amistad o comunicación de Dios al hombre, no por llamarse espiritual deja de tener mucho tomo y certidumbre... ”²⁵

No extrañemos la aparente disconformidad, pues la disposición y la interpretación místicas son tantas cuantos son los favorecidos por la Gracia y, de otra parte, se da en ello un punto donde el razonamiento no alcanza a comunicar la verdad. Considérese la gran confusión de Teresa de Jesús al descubrir que mientras las potencias del alma aplicábanse al goce y entrega en Dios, sucedíale al pensamiento andar alborotado. “Traíame tonta”, confiesa donosamente. Y es que en semejante circunstancia el alma déjase arrebatar en los brazos de Dios con dejación tan gustosa, que “si quiere llevarla al ciclo, vaya; si al infierno, no tiene pena, como vaya con su Bien.” El ansia de unión personal con el Creador resulta declarada ciegamente del lado de la criatura, hasta el extremo de que no la amedrenta el mismo padecimiento de las llamas eternas, si éste se diese en la gozosa compañía del Supremo Amado. De esta suerte aparecen justificadas las palabras de la mística doctora al calificar esta unión, según se ha dicho, de glorioso desatino, celestial locura...

Más adelante, en las mismas *Relaciones* pretende explicar lo inexplicable, diciendo que en la unión de las potencias con Dios no le queda fuerza alguna al cuerpo para comunicar el gozo en que se halla, de tal modo, que “si puede, ya no es unión”, por lo mismo que se trata de relación tan íntima y fundida que no cabe hacer partícipe de ella a tercera persona, La criatura hállese en ese estado como enajenada y fuera de toda posibilidad de distraer una parte,

²⁵ *Relación V.*

aun mínima de su espíritu para decir lo que le ocurre, pues en el mismo instante se acabaría el encanto. Semejante declaración de impotencia dificulta en términos radicales la participación de alguna noticia que satisfaga nuestra curiosidad. El autor místico —ha dicho José Ortega y Gasset— propone un viaje maravilloso a un sitio donde el ha estado ya, y al volver, luego de acuciar nuestro deseo mediante palabras de gran artista extremado, nos declara sencillamente que ha visto algo inefable ... Con lo cual viene a dejarnos en la misma boquiabierta ignorancia de antes. Mas ya San Agustín había advertido que el espíritu de Dios pasa sin dejar señal, al igual que la saeta, y la pluma fácil de la Fundadora había sabido contenerse en esta preciada confidencia: “El cómo es esta que llaman unión y lo que es, yo no lo sé dar a entender.”

Sería inútil el empeño de rasgar la tupida y rica trama para descubrir a los ojos profanos la luz que deslumbra y puede cegar. Llega el místico a ese estado —hemos escrito en otro lugar—²⁶ mediante un esfuerzo a la vez gozoso y penoso, en seguimiento de un anhelo originado en la divina merced: “Mi naturaleza es de fuego”, decía Catalina de Siena, Y Teresa de Jesús: “Mi temperamento quiere con ardor”.

El objeto y fin de ese amor es la Divinidad, en cuya esencia se quiere participar. Este soberano anhelo impone, además de la renuncia a lo temporal y eterno, cierta disposición entregada para la humildad absoluta y sin posible reserva. La criatura aspira a ser digna del Criador, a llegar hasta El y gozar de su gloria; pero sabe muy bien que no cabe lograr esto por propios merecimientos, sino de un modo esencial, por obra generosa de la magnanimidad de Dios al levantar del suelo terrenal a la criatura y ponerla a su lado.

²⁶ *Obras completas de Santa Teresa de Jesús*. Estudio preliminar.

Eckhart relaciona los dos conceptos de humildad del hombre y majestad divina haciendo provenir la idea mística de Dios de la emoción de Abraham ²⁷, cuando se interesa por la suerte de los sodomitas: “He aquí que me atrevo a hablarte yo, yo que soy polvo y ceniza.” Para Otto éste es el sentimiento que llama de criatura, “que se hunde y anega en su propia nada y desaparece frente Aquel que está sobre todas las criaturas.” Doctrina que el evangelista San Lucas había adelantado en bellas palabras: “Aun cinco pájaros que se venden por un maravedí, ninguno de los cuales cae en el lazo sin la voluntad del Eterno Padre...”.

Prólogo a *Místicos españoles*, Madrid, Instituto Escuela-Junta
para Ampliación de Estudios. Biblioteca Literaria
del Estudiante dirigida por Ramón Menéndez Pidal,
tomo XVIII, 1934, pp. 5-29

²⁷ R. Otto: *Lo Santo*.

REALISMO Y FANTASÍA EN EL “QUIJOTE”

Tema rico este de la conjunción de lo real y lo imaginado en la obra cervantina. La afirmación de la doble y armoniosa presencia se halla en los labios de todos los lectores, en los puntos de la pluma de los glosadores y críticos; pero cada cual ve las cosas con sus ojos, a veces a través del cristal de unas antiparras; lo que puede desfigurar la luz o la perspectiva.

Es general la valoración admirada del poder imaginativo de Cervantes, tan alto y grande que no necesitaba él acudir a lo maravilloso sino como recurso pasajero, que luego suele explicar; así la fingida muerte de Altisidora, así la Cabeza encantada de la casa de don Antonio Moreno. “La vida —apunta Duhamel— es infinitamente más compleja, más ramificada que en el mundo romántico”, al que el novelista francés estaba tentado de adscribir a Cervantes, sin que nosotros podamos seguirle en la justificación que da: “el racionalismo más seco triunfa en definitiva”; explicación natural en un escritor del país razonador por esencia; pero insuficiente para captar las reacciones del autor del “Quijote”.

Si Cervantes no se ata a lo maravilloso, sabe utilizar lo inverosímil cuando le conviene; ejemplo de ello, la aventura de Cueva de Montesinos. El artista en uso de la legítima libertad del arte, se desentiende aquí de la propia doctrina: “La mentira es mejor cuanto tiene más de lo dudoso y posible. Hanse de casar las fábulas mentirosas con el entendimiento de los que las leyese, escribiéndose de suerte que, facilitando los imposibles, allanando las grandezas, suspendiendo los ánimos, admiren, suspendan, alborocen y entretengan de modo que anden a un mismo tiempo la admiración y la alegría juntas; y todas estas cosas no podrá ha-

cer el que huyese de la verosimilitud y de la imitación, en quien consiste la perfección de lo que se escribe” (“Quijote”, I, XLVII). Y se desentiende igualmente Cervantes de su doctrina, cuando en el *Persiles* hace dar un salto terrible al caballo de Periandro desde una alta peña, sin que el noble bruto reciba lesión alguna. Falla también en este caso la verosimilitud, pero no sin alguna reserva del autor, pues Mauricio quisiera “por lo menos que el caballo se hubiera quebrado tres o cuatro piernas, porque no dejara Periandro tan a la cortesía de los que le escuchaban la creencia de tan desaforado salto” (*Los trabajos de Persiles y Segismunda*). El vuelo de la imaginación sobre la realidad aparece en este pasaje del todo deliberado, aun a riesgo de que el lector no lo admita, acompañando al autor en la duda.

Esta es una de las pocas páginas en que Cervantes descubre su vacilación entre lo visto y lo pintado o que él pinta. Lo frecuente es que proceda desenvuelta y libremente, llevado de su natural poder creador, que toma de aquí y de allá, de lo inmediato y de lo imaginado, con mano segura.

Le vemos complacerse en el detalle realista: Sancho firma la carta a su mujer Teresa Panza en 20 de julio de 1614, quizá el mismo día en que Cervantes la escribía; lo que llevó acaso al desmesurado Julio Cejador a decir ligeramente: “Contra lo milagrero y fantástico de la literatura caballeresca álzase en todo él el realismo español con un brío incomprensible” (*Miguel de Cervantes Saavedra; biografía-bibliográfica crítica*). No es así; pues no bastan para convencernos esas palabras atrevidas. ¿Brío incomparable el cervantino? Al menos avisado puede ocurrírsele compararle al de Mateo Alemán o al de Quevedo, con daño feliz para nuestro autor, cuyos méritos no están por este lado. Pero el error cejadoriano aparece más de manifiesto en la primera parte

de la afirmación, pues el realismo cervantino no se alza contra lo milagroso y fantástico de la literatura caballeresca, ya que, sin esa literatura, no hubiera habido “Quijote”; no por una reacción contraria del autor, sino por cierta simpatía íntima suya hacia lo mejor de aquella literatura fantaseada. Cervantes fue, no hay que dudarlo, un lector gozoso de los libros de caballería, que supo distinguir con sentido perfecto los buenos de los malos, según vemos en la escena del escrutinio, y apreció los excelentes en lo que tenían de logrado y poético. Jean Cassou llama realismo lírico al cervantino, un realismo cuya fórmula no se limita a la mera observación, la sola que aprecian los plumíferos del mirar y apuntar, sino que supone un acuerdo constante del escritor y la realidad, una adhesión de aquél a ésta, sin dejarse dominar de ella, antes bien alzándola en sus manos de artista. También Savj López conviene en análoga valoración del realismo en Cervantes, aunque establece comparaciones innecesarias con el de los novelistas italianos, que califica de realismo grosero; con el realismo pesimista del Lazarillo de Tormes, ello para decir que el cervantismo es “poético y delicado, de suaves tintas” (Cervantes). Lo que no impide al autor del “Quijote” rendirse, en dos o tres ocasiones, a la crudeza de un ambiente, social y literario, culminado en la novela picaresca.

Salvador de Madariaga, agudo en su examen, se equivoca, sin embargo, al referirse al dualismo del libro maestro de Cervantes y a que “las dos fuerzas que actúan en su obra —vuelo de la imaginación y lastre de la realidad— no han llegado a su equilibrio” (*Guía del lector del Quijote*). Habría que ponerse de acuerdo sobre ese equilibrio y su exacto significado, exigencia y necesidad, pues no se trata de una apreciación de balancín, en la que el volatinero deba compensar las fuerzas y hacer estable lo inestable. El sereno

y seguro Cervantes no es un equilibrista circense que desasosiega, sino que, en el empleo de la realidad y la fantasía, muestra un dominio sereno, que recrea y encanta.

Para mi gusto es Manuel Azaña quien ha visto, en nuestros días, con mejor acierto la fácil y armoniosa confluencia de los dos valores de que Cervantes se sirve por igual, bien que Azaña conceda la importancia mayor al que llama torrente poético, alimentado por la tradición; pero añade enseguida: “Si la mitad, digámoslo así groseramente, del “Quijote” proviene de la experiencia realista, de la observación, de un designio satírico y costumbrista, la otra mitad aprisiona los frutos de una elaboración poética asimilada por el pueblo... El prodigio de la composición de la novela consiste en haber fundido la corriente realista y la mitológica en una emoción sola”. Esta es la noble y lograda intervención de Cervantes, al animar a un tiempo, con la personal virtud creadora, la realidad observada y la aportación recibida de la tradición popular, que en España había llegado a la depuración del Romancero. No es casualidad que el romance viejo haya servido al autor de móvil y recurso primero para elevar a su héroe, maltrecho en tierra, sobre la tierra parda de la Mancha. Todavía otra consideración de Azaña: “En los componentes de la invención, lo risible era la realidad primaria del personaje; lo serio es la fantasía, la corriente maravillosa que Cervantes introduce en lo real para descomponerlo” (*El Quijote y otros ensayos*). Avellaneda, aún siendo más que un mediano novelista, se quedó en ese aspecto grotesco del caballero y el escudero excelsos, y de ahí que el relato se atenga a lo cómico, a lo vulgar y hasta a lo grosero, sin que logre suscitar en el lector emoción alguna elevada. Sus personajes lo son de invención más o menos feliz; pero no han surgido de la vida, no tienen categoría, ni calidad humanas.

Unamuno, cuyo fuerte talento padecía a veces la debilidad de plegarse a la tentación de lo original chocante, se goza en el escape de afirmar que Cervantes no comprendió a don Quijote y aún menos llegó a comprender a Sancho. Si no los hubiera creado en lo más íntimo de su capacidad de artista, jamás habría podido darlos tal como los vemos, ni comunicarnos la emoción de amarlos, reconociéndolos como expresión de lo que los hombres somos para el bien y para el mal, para las ambiciones y los renunciamentos, para el ideal soñado y lo real que la vida nos impone. La figura de Sancho, imprecisa en los primeros capítulos, va siendo elaborada a lo largo de las páginas para ofrecerle al final como un digno compañero de don Quijote. En cuanto a éste, seguramente visto de una vez por Cervantes, va depurando su actitud y sus palabras de caballero andante y elevándose sobre el primer plano cómico hasta llegar al noble patetismo de su última hora.

Cervantes pone espíritu en cuanto su pluma toca. Yo no diría, como Azaña, que introduce la corriente maravillosa en lo real “para descomponerlo”. Esta última palabra se nos antoja inadecuada, pues lleva en sí un elemento que puede ser negativo y sería aquí de desintegración. Cervantes no descompone la realidad, que sigue presente según es, enriquecida y como liberada de lo grosero que haya en ella. Ahí está el arte supremo de Cervantes, al comunicar poesía a lo que no siempre la tiene, si no es acaso en potencia. Si volvemos la atención hacia Avellaneda, que lleva su fábula a ras del suelo, advertiremos en seguida la diferencia y la razón del logro cervantino. Menéndez y Pidal concreta la relación comparativa entre los dos autores con estas palabras justas: “Avellaneda no parece que escribió otro ‘Quijote’ sino para darnos una medida probable del valor propio de Cervantes. Los caracteres y cualidades más salientes del tipo cómico están en Avellaneda, pero

sin el acierto genial. No será esta combinación nunca bastante encarecida para evitar acerca del ‘Quijote’ juicios insuficientes: toda interpretación del ‘Quijote’ que pueda ser aplicada por igual a Avellaneda no contiene nada específico acerca de Cervantes. Avellaneda ha de ser otra piedra de toque” (*Un aspecto en la elaboración del Quijote*).

Hay una interpretación libre de la realidad en Cervantes que le diferencia de los escritores naturalistas que habían de venir, ya que estos iban a depender de esa realidad y atenerse a ella cercanamente mediante la información de sus sentidos corporales. Ningún Zola de los tiempos modernos puede admitir aquellas camisas de Cardenio abandonadas en Sierra Morena durante largo tiempo, sin que padeciese su buena conversación, ni por las lluvias, ni por los soles: “Lo que sabré yo decir —dijo el cabrero— es que habrá al pie de seis meses, poco más o menos, que llegó a una majada de pastores que estará como tres leguas de este lugar un mancebo de gentil talle y postura, caballero sobre esa misma mula que está ahí muerta, y con el mismo cojín y maleta que hallasteis...” (“Quijote” Parte Primera, Capítulo XXIII). Horas antes había ocurrido este hallazgo, feliz para Sancho, pues “aunque la maleta venía cerrada con una cadena y su candado, por lo roto y podrido de ella vio lo que había dentro que eran cuatro camisas de delgada holanda y otras cosas de lienzo no menos curiosas que limpias” (*ibidem*). A Cervantes no le importaba reservar íntegra a Sancho la maleta, que nunca le hubiera servido para remplazar sus amplias alforjas; pero quería hacerle el regalo de esas camisas de fina holanda, milagrosamente conservadas y hasta defendidas del tiempo y de los roedores del campo. Para la necesidad y la codicia de Sancho era aquel un regalo inmediato, al lado del montoncillo de escudos de oro, que también reveló la

maleta medio podrida o podrida del todo, según nos dice el autor unas líneas antes. Joaquín Casalduero, documentado y reflexivo cervantista, explica el fenómeno señalando la diferencia que cabe establecer entre el naturalismo decimonónico y el naturalismo barroco cervantino, que “no estudia relaciones de causa a efecto y de adecuación al medio. Lo que le preocupa es la delimitación precisa de valores esenciales. Lógicamente las camisas debían estar sucias; pero esta noción de casualidad y de interpretación de la cosa y sus alrededores físicos y morales todavía no se han descubierto. El hombre de la segunda mitad del siglo xvi y de la primera mitad del xvii confronta la Holanda y el cuero y el metal para gozar ante estas realidades diferenciadas”. La explicación es sabia, pero si Cervantes había observado y señalado los materiales destrozados de la maleta y cojín, podía haber advertido igualmente la inevitable suciedad de las camisas, y si no lo hace es sencillamente porque no le conviene, y para algo es poeta.

*Las mejores páginas del “Quijote”. Precedidas de unos estudios
y comentarios sobre la personalidad y la obra del autor.*

Seguidas de un vocabulario cervantino,

Madrid-México-Buenos Aires, Aguilar, 1948, pp. 110-120

EL PROFETA BIEN BARBADO LEÓN FELIPE

Conocí a León Felipe hace ¡ay! treinta años. Acababa de publicar su primer libro “Versos y oraciones de caminante” y, para señalar el grato suceso, le ofrecimos en un café de la madrileña calle de Toledo una comida un tanto disparatada. Bueno, la comida quizá fue lo mediana que suele corresponder a estos yantares de homenaje, donde lo principal es la cordialidad en torno a la persona que se celebra. Los disparates vinieron a los postres, cuando el ingeniero e ingenioso Paco Vighí, haciendo de alegre maestro de ceremonias, fue presentado a los alabadores de la justificada ocasión, uno de los cuales, de pálido color, con melena y barba nazarenas, introdujo con estas o parecidas palabras: “Ahora nos va a leer un poema laudatorio y olímpico un sobrino del Cristo de Limpías”...

No recuerdo que León Felipe fuese entonces barbado. Son muchos años treinta años para guardarlo en la memoria. Sus versos apuntaban ya al porvenir rebelde y algo iracundo: pero el querido amigo de entonces —y de ahora— se placía en contarnos bellamente que no tenía ni una casa solariega y blasonada, ni el retrato de un abuelo que ganara una batalla, ni un sillón viejo de cuero, ni una mesa, ni una espada. Y no teniendo estos ni otros ataderos a la vida localizada y paralítica, el poeta se había echado mundo adelante y profesado de romero “sin más oficio, sin otro nombre y sin pueblo”. Así desasido el hombre, afirmó la individual persona y se sintió ligero para caminar y moverse: “como tú, / piedra ligera, / como tú, / canto que ruedas / por las calzadas / y por las veredas”.

Leal a una vocación desligada de lo que acucia a los más, León Felipe, ha ido y venido con su bordón por la Tierra, no demasiado

ancha para él, y por las tierras. Cuando se ha detenido, un poco en la Guinea española, otro poco en Yankilandia, y parecía entregado a otra cosa que la Poesía, aquello sólo era un alto pasajero en la distraída vida errante. Ahora está con nosotros aquí, en la cordial tierra mexicana, después de recorrer América como en espera, como en esperanza. El romero, aunque vuelva a moverse, ha terminado su romería. ¡Se ha vuelto el mundo tan pequeño, con el avión y con la radio! ¡Y tan igual! (Esto es lo peor o lo mejor, ¿quién puede saberlo?, de lo que sucede en el Planeta, contagiado todo él de iguales problemas, de análogas reacciones y actitudes, positivas o negativas, según las miremos. Y esa uniformidad, hacia la que vamos de prisa bajo uno u otro signo, que regirá a los pueblos con las mismas ideas, con los mismos principios, con las mismas soluciones, con las mismas técnicas, hasta que otra vez se doble la página de la Historia. ¿No empobrece espiritualmente al mundo con una u otra monotonía en tanto dure la nueva etapa? ¡Qué graves problemas enfrenta hoy la Humanidad!). Por eso León Felipe está ahora quieto por fuera, más agitado que nunca por dentro ante lo que mira a occidente y oriente desde su atalaya: “¡Toda la luz de la tierra —escribe— la verá un día el hombre por la ventana de una lágrima”. León y Felipe no llora; se indigna y protesta. ¡Y es que el Poeta se ha remontado al tormentoso cielo de los Profetas!...

En su nuevo libro¹ pide, desde el título, que le llamemos publicano, y reitera en seguida la petición en verso:

Soy el publicano que no sabe rezar,
Llamadme...publicano.

¹ León Felipe, *Llamadme publicano*, Almendros y Cía. Editores, México, 1950.

Se lo llamaremos, puesto que él lo quiere y se apoya nada menos que en San Lucas para justificar la demanda. León Felipe es el hombre opuesto al fariseo; pero ha llegado a mucho más, pues se inspira en los trenos y las amargas quejas de la Profecía, entendiendo por ella, no tanto la facultad adivinatoria —antaño y ogaño arriesgada—, sino la actitud enérgica y levantada frente a una realidad social lamentable.

De los antiguos profetas mayores, León Felipe, el bien barba-do, recuerda a Oseas. No le asemejamos a Isaías, porque a éste le gustaba llamar la atención para atraerse al público. Tomaba una tablilla y escribía unas palabras enigmáticas, que intrigasen a los que lo rodeaban, lo que tenía algo de histrionismo; y en cierta ocasión atravesó las calles de Jerusalén descalzo y harapiento, como un cautivo de Egipto o Babilonia; lo que no venía al caso. Tampoco queremos emparentarle con Jeremías, quien nos resultó demasiado llorón con sus lamentaciones. En cambio Oseas no se descomponía y hablaba claro en aquel tiempo decadente, señalando con su índice acusatorio los robos, los crímenes, las violencias y las desmoralizaciones de un período en que era excesivo el lujo de los ricos y se daba en abundancia la opresión de los humildes. Otro profeta, Amós, sintió fuertemente asimismo las injusticias sociales y supo atacarlas con generosa pasión.

León Felipe no es hombre de cuentos, sino de verdades de a puño, que sabe proclamar en la ocasión, y a veces fuera de ella, alzando la voz, aunque él no lo crea:

No tuve la voz caída y fuerte del varón elegido,
y no es verdad...yo no fui el profeta de la ira,
Siempre me faltó el grito incisivo y decisivo
que enciende la yesca.

No la yesca, pero sí la gresca. Por eso quizá se deja acompañar de un buen cayado o garrote, que él maneja garbosamente. En los versos coplados interesa subrayar la palabra “profeta”, aunque León Felipe no lo sea de la ira; pero sí de la indignación noble ante las cosas insufribles para la persona auténticamente honrada:

Yo no puedo tener un verso dulce
que anestesie el llanto de los niños
y mueva suavemente las hamacas como una brisa esclava
¡Porque yo no he venido aquí a hacer dormir a nadie!

Hoy al contrario, nuestro Poeta-Profeta ha venido para despertar al dormido. Por eso nos grita sus verdades, que, al término de muchos siglos, vienen a ser un eco vivo de Isaías: “Porque vuestras manos están contaminadas de sangre y vuestros dedos de iniquidad; vuestros labios pronuncian mentiras; habla maldad vuestra lengua. No hay quien clame por la justicia...” Ello setecientos años antes de Cristo ¡como ahora!

Hemos de ir terminando; no sin aludir a otro conocido parentesco de León Felipe, con Walt Whitman, aún más barbado, con barba corrida, también profeta. Como el escritor norteamericano, León Felipe viene diciéndonos:

I sit and look upon all the sorrows of the world and
upon all oppression and shame.

Sí, igual que a Whitman, inspiran y desesperan a León Felipe las tristezas del mundo, toda opresión y toda ignominia. Y es de él, como de Walt Whitman, esta magnífica declaración:

I celebrate myself and sing myself,
And what I assume you shall assume;
For every atom belonging to me, is good, belongs to you.

Estos nobles ególatras son así: sienten, cantan y viven para ellos;
pero quieren hacer partícipes a los demás de sus intereses generosos.

El Nacional (México D.F.), suplemento dominical, 21-V-1950

EL IDIOMA Y LAS ACADEMIAS. LA CONTRIBUCIÓN DEL PUEBLO

No hay para qué demostrarlo: el Pueblo es más viejo, mucho más viejo que las Academias de la Lengua. Y no necesitó que se fundaran éstas, en el siglo...XVIII, para hablar correctamente y ayudar a que hubiera escritores maravillosos. Pongamos el caso bien conocido de Teresa de Jesús. Obligada a llevar al papel su doctrina mística y el relato de sus Fundaciones, lo hace empleando el habla usual entre las familias hidalgas de Ávila en aquel siglo XVI preocupado doblemente, por el cielo y por la tierra, que la centuria anterior, en sus finales, había ensanchado hasta el inmenso continente americano. La Doctora, movida de humildad, evitaba escribir bien. ¡Y qué bien le fluían las letras en su descuido estilístico! ¡Qué jugosa y viva prosa la suya! Hasta se deslizaban antítesis deliciosas: “desasosiego sabroso”, “gozosa pena”, “desatinos santos”. Pocos años antes, Juan de Valdés declaraba: “Escribo como hablo”, aunque añadiendo: “Solamente tengo cuidado de usar vocablos que signifiquen bien lo que quiero decir y dígallo cuanto más llanamente me es posible”. Fray Luis de León hacía, a su vez, esta sencilla confesión: “No sé otro romance del que me enseñaron mis amas...”

Podríamos continuar los ejemplos demostrativos de que el idioma no nació en los salones de las Academias y que había adquirido su mayoría de edad mucho antes de que ellas decidieran limpiarlo, fijarlo y darle esplendor. Por esto y un investigador de las Letras, don Emilio Cotarelo —Secretario perpetuo de la Academia Española hasta su fallecimiento— llegó a esta rotunda afirmación: “en materia de Lengua el pueblo es quien, en último

término, forma y conserva el idioma; es el encargado de restablecer el imperio de la legalidad, perturbada por el capricho". Como es natural, Cortarelo se refería al pueblo que habla correctamente, avecindado por lo general no en las ciudades, sino en los pueblecitos y campos de Castilla y de otras regiones españolas e hispano-americanas, donde el lenguaje conserva su pureza y expresividad, sin que sea necesaria a las gentes una relación con los "buenos autores", como deseaba don Emilio —tan bonachón él—, pidiendo demasiado.

Si el pueblo es el conservador fiel del idioma, también sabe aumentar la herencia recibida, y ya Cervantes, en el "Quijote", alude a las transformaciones verbales, ignoradas por Sancho, de los "regüeldos" en "eructos" y dice: "esto es enriquecer la Lengua, sobre quien tiene poder el vulgo y el uso", dando así un gentil espaldarazo a la contribución popular. Claro es que hay cultos averiguadores de estas cosas para quienes esa cooperación es más limitada de la que otros admiten. "Con entera razón —escribe el lingüista Herrera Mayor— se rechaza el lugar común de que las lenguas las hace el pueblo, y bien sabemos que, si no es desdeñable la colaboración popular en tal sentido, no es aceptable cuando la masa no es de composición homogénica, étnica y psicológicamente. Además, si el vulgo tiene intervención activa en la elaboración idiomática, esto sólo cuenta mientras el uso estuviere "nivelado de un gusto fino y de un profundo juicio", como quería Quintiliano. Sería fastidioso, en un breve artículo como éste, apostillar algunas de las cosas que ahí se apuntan, y así, dejando a un lado posibles y leves observaciones, nos detendremos solamente a recoger esta alusión al "gusto fino", grato a Quintiliano...y a la Reina Isabel de Castilla, la cual —leemos en Menéndez Pidal— traía a menudo en los labios esa expresión, "buen gusto", hija de un nue-

vo factor que el humanismo fomentaba. La Reina castellana solía decir que “el que tenía buen gusto llevaba carta de recomendación”, y bien que ya Nebrija estuviera a su lado, Isabel no aprendió en la Gramática que tanto estimaba ella, sino en las conversaciones amables con las gentes de arriba y de abajo, pues los reyes entonces se placían en hablar con el pueblo y hasta en cantar sus romances.

Claro es que el pueblo nunca ha sido tan purista como otro rey, Luis XIV de Francia, quien no toleraba dos cosas: “un soldado fuera de fila y una palabra fuera de lugar”. Mucho menos podría comprender el pueblo aquella contrariedad de Flaubert por haber repetido, sin darse cuenta, dos preposiciones iguales en esta breve frase: “una corona de flores de azahar”. Pero si el pueblo no afina tanto, ayuda constantemente a introducir en el lenguaje palabras que luego los académicos han de aceptar: así en nuestros mismos días el barbarismo “cursi”, inventado por las chulas de los barrios bajos de Madrid. Esto se llama poseer el genio del idioma.

Más de la mitad de la lengua castellana está enterrada, decía el filólogo catalán Antonio de Capmany. La función de resucitarla y poner en circulación lo que merezca revivir no es función del pueblo, sino de los escritores que saben del idioma y su vitalidad. Como también les corresponde a ellos incorporar hábil, oportuna y fundamentalmente los vocablos expresivos y con solera que las gentes usan de modo corriente y pueden enriquecer el vocabulario general. Así Unamuno llevó a sus escritos una y otra vez, hasta divulgarlo, el verbo salamanquino “brizar” —acunar en los brazos—, que luego pasó al Diccionario. En cambio no acertó a encontrar la palabra *mitin* —que el pueblo adaptó y adoptó—, sino que escribía pintorescamente “meetings o metingues” (“Política y Cultura”). Igualmente pareció vacilar don Miguel ante la palabra “deporte”, pues la emparejaba con la original inglesa

“sport” (“Malhumorismo”), y no supo hallar el equivalente de “interview”, siendo tan poco amigo él de los extranjerismos y tan formidable conocedor de nuestro idioma.

Doy estos pocos ejemplos como una prueba de que hasta los mejores escritores necesitan que el pueblo invente, acepte y use las palabras y los giros del lenguaje para que las plumas, al deslizarse en las cuartillas, tomen confianza con los nuevos enriquecimientos y los eleven a la categoría literaria.

El Nacional (México D.F.), 4-X-1950

ALFONSO REYES.
AQUÍ Y EN GRECIA

Todos sabemos que este mexicano universal, que es Alfonso Reyes, tiene una casa de campo en Grecia, no sé si a orillas del río Escamandro, donde pasa los fines de semana desde 1908, quizás desde antes, si nos atenemos a esta declaración suya referida a los años de la adolescencia: “No tardé en sentir las aficiones fundamentales que me hicieron fijar la atención en Grecia, España, Francia, Inglaterra. Al lado Italia y Alemania...” Ya está ahí Grecia, en el primer lugar de la curiosidad alfonsina. No mucho después, en aquel 1908, aparece firmado su estudio “Las tres Electras del Teatro ateniense”, publicado en su libro “Cuestiones Estéticas”, París, Librería Paul Ollendorf. Alfonso tenía entonces sus 19 años, bien mozos. ¡Qué gran madrugador él para las mejores preocupaciones, pluma en ristre! Su padre, don Bernardo —valeroso militar que había reunido una buena biblioteca y dejó entre sus papeles un croquis de la batalla de Marathón— hubiera podido escribirle como Cicerón a su primogénito: “Un año hace ya, hijo mío Marco, que, residiendo nada menos que en Atenas...”

¡Nada menos que en Atenas! Así hoy Alfonso, de encontrarse viajero en Grecia, podría decir como Gide: “Je suis surpris d’être ici... je suis comme chez moi: c’est la Grece. Tot me paraît si familier...” Pero quizás esto no le sea del todo aplicable. A Reyes no le han interesado los lugares griegos, que hubiera podido visitar en sus muchas andanzas, sino los hombres de ayer, los hombres y los dioses a los que trata como de la familia, y así no puede sorprender que a los 34 años se haya fijado en “Ífigenia” y haya hecho del

tema una interpretación gallardamente personal. Algo mexicano sabría señalar esta predilección suya...

Le sucede a Reyes con Grecia lo que a su maestro Menéndez Pidal con el Romacero, cuya familiaridad ha permitido a don Ramón hacer los discretísimos arreglos que nos recrean en su "Flor Nueva" y que el coautor justifica: "Al introducir esas variantes creo que no hago sino seguir los mismos procedimientos tradicionales por los que se han elaborado todos los textos conocidos." También Alfonso Reyes con su "Ifigenia", acaso, acaso la obra preferida por él entre todas las suyas, que llegan al centenar. Aparte de la belleza lograda, el poeta ha encontrado para la hija de Agamenón una nueva y convencedora actitud: "A diferencia de cuantos trataron el tema desde Grecia hasta nuestros días, supongo aquí que Ifigenia arrebatada por la diosa Artemisa en Aulide, de manos del sacrificador, ha olvidado ya su vida primera e ignora cómo ha venido a ser, en Táuride, sacerdotisa del culto bárbaro y cruel de su divinidad protectora. El conflicto trágico, que ninguno de los poetas anteriores parece percibir, consiste precisamente en que Ifigenia reclama su herencia de recuerdos humanos y tiene miedo de sentirse huérfana de pasado y distinta de las demás criaturas; pero cuando más tarde vuelva a ella la memoria y comprenda así que pretender a una raza ensangrentada y perseguida por la maldad de los dioses, entonces siente asco de sí misma. Y, finalmente, ante la alternativa de reincorporarse en la tradición de su casa, en la vendetta de Mecenas o de seguir viviendo entre bárbaros una vida de carnicera desolladora de víctimas sagradas, prefiere este último extremo, por abominable y duro que parezca, único medio cierto y práctico de eludir y romper las cadenas que le sujetan a la fatalidad de su raza". Quizá algún lector que vive su hora cotidiana y feliz, se pregunte: ¿Por qué le

interesa a Reyes esa Ifigenia, más o menos cruel? Pues bien, la solución que Alfonso Reyes da la conflicto nos dice que había de ser precisamente un latino quien encontrara esa interpretación humana, aun siendo tan fuerte y desagradable el conflicto planteado. Mucho debió gozar el escritor en aquel ocio suyo a la vera del mar Cantábrico:

Cuando, en la tarde, dejáis rodar la rueda,
Y cantáis sola, a fuerza de costumbre,
Unas tonadas en que yo sorprendo
Como el sabor de algún recuerdo hueco,
Canciones hechas en el hilo lento,
Canciones confidentes y cómplices
Que, siempre con iguales palabras,
Esconden cada vez hurtos distintos
Y mordiscos secretos en la pulpa de la vida...

Pero si no convence esto al buen lector, de respetables intereses limitados, he aquí la explicación que Reyes nos brinda acerca de su afición helénica: “Tenemos derecho —una vez que por cualquier camino alcanzamos la posesión de un módulo— para manejarlo a nuestra guisa. Sucede esto lo que con el libro de cabecera: es tan nuestro que rueda por las sillas y las mesas, le anochece en el velador y le amanece en los pies de la cama. Al libro predilecto lo tratamos —en nuestro fuero interno— con todas las veleidades de la sinceridad: reñimos con él, le exigimos más que a ninguno. Justificada la afición de Grecia, como elemento ponderador de la vida, era como si hubiéramos creado una minúscula Grecia para nuestro uso: más o menos fiel al paradigma, pero siempre Grecia y siempre nuestra”. Admitiendo de plano lo último —lo de la Gre-

cia suya, de Alfonso Reyes— voy a contradecirle sólo un poquitín en lo que dice. No, ¡elemento liberador!, liberador del espíritu, de la agresión cotidiana de tantos motivos insufribles, de unas gentes empigorotadas en los mandos económicos, políticos, sociales que siguen en el umbral de la caverna prehistórica. En Grecia, en la Grecia de antayer, había violencia y había crueldad; pero había también “cierta visión del mundo”, que mantenía como en levitación las almas.

Lo hayamos hasta en los diálogos como este que nos ofrece Alfonso Reyes en su “Junta de Sombras”, entre Jenófanes y Pitágoras”.

Jenófanes: Hablemos como la buena gente en torno al fogón, mientras se cuele el dulce vino y se tuestan los garbanzos... ¿Qué verdad escondes bajo tu manto?

Pitágoras: Una que no verán tus ojos: que el rectángulo isósceles no se deja reducir el número, pues sacando la razón cuadrada de la hipotenusa y los catetos, hallo que un número puede ser par e impar indistintamente. Sin embargo, existe ese triángulo. ¿Luego la realidad no es necesariamente convertible en inteligencia? Esto me conturba”.

Sencillamente delicioso...y trascendente. Mucho era la inteligencia para el griego; pero no lo era todo. Los dioses, con sus preferencias y sus arbitrariedades, interferían la vida, unos dioses que gozaban y sufrían como los hombres. Y, un tanto cansados de su Olimpo, ¡hasta se tomaban algunas vacaciones!: “Apolo —escribe Reyes— se trasladaba de Delfos a Delos por todo el verano, que prefería pasar junto al mar”.

Pensó que la armonía de lo humano y lo divino, esta relación de los inmortales y de los mortales, ha influido notablemente en las preferencias helénicas de los Reyes. De ahí su vocación

investigadora para averiguar cómo el pueblo más culto que la Humanidad ha realizado llegó a interpretar los grandes misterios, el porqué de lo divino, el origen y proceso de lo sobrenatural. Grecia fue un tiempo el pueblo que tributó una confianza mayor al hombre, y de un mundo gozosamente sencillo consiguió el diálogo entre el cielo y la tierra, a que siglos después habían de aspirar los místicos... sin lograrlo. Pero esto sería un cuento largo de contar.

Tales aspectos del significado griego justifican los gustos de Alfonso Reyes, cuya personalidad y arte de escritor desbordante de curiosidades mantienen firmes, sin embargo, su auténtica y esencial índole mexicana. Si busca recreo en Grecia —no olvidando a su Arcipreste, a su Góngora, a su Goethe, a su Mallarmé— Reyes no ha dejado un solo día de apoyar el pie seguro en el suelo propio. Ya en “Última Tule” había examinado “diversos aspectos del deber histórico de América en la hora presente”. En cuanto “el nuevo Mundo es el único escenario que ha quedado al drama humano para continuar sus experiencias hacia la felicidad y la cultura”. Pero esta es, como si dijéramos, una posición intelectual, cada día más justificada en su alcance de vaticinio. Junto a ella está la otra posición coincidente del mexicano que escribe la visión de Anáhuac, con la maravillosa descripción del valle alto, de la mesa central —“pasaje organizado”— y con esta clara afirmación: “Cualquiera que sea la doctrina histórica que se profese (y no soy de los que sueñan en perpetuaciones de la española), nos une con la raza de ayer, sin hablar de sangres, la comunidad del esfuerzo por domeñar nuestra naturaleza brava y fragosa: esfuerzo que es la base bruta de la historia. Nos une también la comunidad, mucho más profunda, de la emoción cotidiana ante el mismo objeto natural”.

Este es Alfonso Reyes, el mexicano universal que vive espiritualmente aquí y allá, en la tierra suya y en el soberano mundo de la humanidad mejor.

El Nacional (México D.F.), suplemento dominical, 7-X-1951

PEDRO SALINAS CUENTISTA.
UN POETA VUELVE A LA PROSA

Vuelve Pedro Salinas a las andadas, ¿a las buenas andadas?

Si el querido amigo siguiera obsequiándonos solamente estudios sustanciosos y personales como los de sus recientes libros sobre Jorge Manrique y Rubén Darío, no haría yo esta pregunta. Estos logrados ensayos se hayan dentro de su quehacer de profesor en los últimos años, desde que en agosto de 1936 levó anclas en el puerto de Santander —¡adiós Galdós!, ¡adiós Menéndez y Pelayo!, ¡adiós Pereda!, montañeses de nacimiento o de adopción— rumbo a Nueva York. De entonces a acá diríase que Salinas colgó su pluma de poeta y que “La voz a ti debida” le dejó a él sin la suya para seguir cantando en verso.

¿Hemos de celebrarlo? No del todo, porque bien claro está en su obra la vocación de Pedro Salinas y porque no hay, no puede haber, incompatibilidad entre ninguna de las formas de expresión literaria creadora. El mismo Salinas lo ha demostrado, no solamente en lo que se conoce y aprecia de él, sino además en el dominio de la creación dramática, de la que algunos amigos conocemos muestras de sucinto talento que aguardan saltar gozosas las candilejas, del tablado a la sala espectadora.

No puede sorprendernos así este bien presentado volumen de Tezontle en el que Pedro Salinas nos regala cinco excelentes cuentos, bajo el sugestivo título *El desnudo impecable y otras narraciones*. Narraciones dice y dice bien, pues si son relatos imaginados, apoyados en venturosas observaciones, como es legítimo, no se limita a distraer según suele ocurrir en el contar del pueblo —habría mucho que decir de esto—, ya que brindan al lector

las correspondientes filosofías y buenos motivos de meditación. Salinas vuelve a las andadas, a las felices andadas de su deliciosa *novela Visperas del gozo* (1926), novela sevillana...y humana, que es gran lástima no haya sido seguida de otras cosas que ahora vemos tenía Salinas entre pecho y espada, aun no tratándose de corazonadas, si no del imaginar y el discurrir seguros. Abre plaza en el libro de la narración “El desayuno”, que nos da en un ambiente de Colegio, perfectamente norteamericano, la teoría hecha realidad de que todo en este mundo es según el color del cristal con que se mire. Tres veces la tragedia, más o menos espantosa, golpea nuestro sobresalto, y otras tantas el comentario de la dama de turno endulza la amargura de relato con un rico bombón, pues en definitiva lo ocurrido había de ser puesto a la cuenta, diríamos inocente, de la fatalidad. Así le sucediera también hace años a mi “Paxarón”, por el que Unamuno solía preguntarme cariñosamente de tarde en tarde, como si el personaje fuera de mi familia, acaso porque don Miguel no admitía lo fatal para mí, artífice de la propia vida...hasta la última hora, que le llegó acodado él, sin recelo a la camilla invernal y amorosa, cuando menos lo esperaba, fatalmente.

Salinas muestra en esta narración —también en las otras narraciones— una disposición fácil para el arte dramático, que tanto le atrae ahora, pues no encuentra dificultades en deslizar los sustos por el tobogán de la emoción trágica, que nos mantiene expectantes y nos hace admitir sin esfuerzo la caída vertical de la solución. En el relato de “El desayuno” el autor acompaña la invención con una reiterada nota de humorismo que viene a dar unidad a las tres narraciones entre sí indiferentes; recurso éste de la diversidad en haz literario poco frecuentado, que ha tenido alta expresión en la conocida novela norteamericana “El puente de San Luis Rey”.

En la segunda narración, “La gloria y la niebla”, dos vidas se encuentran un día por obra de los azares del turismo. Quizás el desarrollo no aparece en este cuento bien ponderado, sobrándole aquí lo que le falta allá. Por ese desequilibrio resulta algo difícil aceptar, aunque estando ella bien traída, el rápido desenlace trágico. Desde luego aceptamos la tesis que Salinas busca, en cuanto a lo incierto de la dicha —¿no hay una vaga repercusión de Jorge Manrique en el espíritu del autor?—, precisamente cuando se la ha gustado más y se la tiene por más firme. El gesto del escritor en agraz que, por divertir a la novia, recién suya, sube al pedestal que aguarda a la estatua y cae de lo alto “con pesado ruido sordo”, ruido mortal, al asirse confiado a los engañosos paños de una niebla pertinaz, va llevando el gesto y lo demás con ágil gracia: pero ocurre tan súbito y triste final que, sintiéndolo mucho, hemos de estimar excesivo el presuroso efectismo. Sin embargo, la brusca humillación de la gloria ante la niebla, que envuelve y ahoga aquella, es verdadero logro de novelista que acierta. Ignoro si es invención pura o una reminiscencia en cuanto a la estampa del gozo primero y último de los enamorados, momentos antes de la tragedia, en aquella soledad del blando césped urbano invadido por densa niebla, “el primer recinto que el mundo alindaba para su amor... Todo era tan vago, en aquellos obedientes espacios grises podían labrarse todas las moradas del deseo. La grama corta y fría, acariciaba, suavísima, como lienzo camero, y el suelo muelleaba con blandor de pluma...lo que la niebla iba tendiendo por los cuatro lados era terciopelos espesísimos, colgaduras de muy recatada alcoba, donde se rendían todos los ruidos...” Esto y lo que allí sucede, por modo natural, vienen a recordar análoga escena de “La Iliada”, en la que Homero, que alguna vez dormita, está más despierto que nunca: Zeus y Hera se adelantan siglos a Luis y

Lena: “No temas ser vista, Hera, de los dioses ni de los hombres, pues haré que te oculte una nube de oro, y el mismo sol no podría mirarnos, a pesar de que su luz es la más penetrante de todas. El hijo de Cronos tomó entonces a la esposa en los brazos e hizo que de la tierra naciese una nueva hierba, compuesta de loto, azafrán, y jacinto, formando espeso y blando lecho que elevó a los amantes sobre el suelo. Allí se tendieron y cubrieron con una hermosa y áurea nube...” Niebla o nube, blando o césped, voluptuosidad, en una y otra ocasión. Sin duda los dioses, principalmente los dioses griegos, han sido los mejores maestros de los hombres.

“El desnudo impecable” es la pieza maestra del volumen, siendo todas las narraciones excelentes como invención y arquitectura, con las insignificantes reservas que voy apuntando. No es cosa, lector, que yo cuente mal ahora, el cuento, pues para eso está el libro que lo cuenta bien. En Salinas, además, como en los escritores de temperamento, el camino vale más que la posada, siendo ésta acogedora aún en los mismos casos en que el autor se da prisas por llegar a ella, a la conclusión de la historia. En el desnudo impecable, frente al desnudo pecaminoso, el autor desdeña extenderse hasta los anchos espacios de la novela grande, que aboceta, para ofrecernos esta bella joya, que yo diré diamante para quedar en libertad de señalar algún “jardín”, según llaman los lapidarios a las piedras preciosas con ciertas sombras que hasta pueden añadir gracia, como bellos lunares en rostro de mujer hermosa. Bien, muy bien concebido el asunto, está llevado con auténtico dominio de novelista. Dos vidas paralelas que, al encontrarse, tienen decidida su suerte sin saberlo. El desnudo, ya impecable, ya peca-ble, es como un “leit-motif” que se ofrece en sucesivas estampas sin escandalizar, desde las benditas almas del Purgatorio, en cueros entre las pintadas llamas, hasta el desnudo inocente de la Clara,

la heroína, pasando por las crudas y maliciosas morbideces de un teatrillo festivo, y también ¡ay! por la desnudez pecadora de la desenvuelta Lulú, que da con Daniel, el héroe, en un campo de plumas...o de borra de algodón, tanto da para las batallas de amor. Desde aquí el lector se siente algo perplejo para aceptar lo que va a seguir, bien que el autor se lo ofrezca encantadoramente. Porque, si la pureza de él padeció una noche, suponemos gustosamente, el lector se ve llevado a pensar mal —por mal pensado— que Daniel debió ser proclive en adelante a un placer que estaba en su mano alcanzar, pues era muchacho rico y hasta nos le figuramos de simpática gentileza. Mas, no sucede esto, sino que la vida de Daniel sigue obediente a normas morigeradas, lo que el autor no explica, como fuera conveniente, acaso porque Salinas comprimió en las breves páginas de un cuento lo que debió ser relato largo y abundoso en reflexiones, ya que la procesión, bien que luzca fuera, va allí por dentro.

He de ir terminando. Los Inocentes siguen el Desnudo y siguen a Edgar Poe de cerca y de lejos, de cerca en lo bien tramado, de lejos en la originalidad perfecta del relato salinasiano. Cierra el volumen el consabido “broche de oro” con “El autor novel”, el mejor cuento de la colección, para mi gusto. “El Desnudo” tiene más trastienda, más filosofía; pero esta narración última rebosa ingenio y maestría literaria en la relación que establece entre lo visto y lo pintando, entre la realidad y la ficción que es y no es a un tiempo. Salinas nos da también aquí alguna de sus mejores páginas en la letra y en lo que ella contiene de fino pensamiento ahondando en la personal experiencia, tal la reflexión acerca de las formas aceptadas de emparejamiento entre el hombre y la mujer: conocidos, novios, desposados, amantes, amigos... “Y sin embargo, caben en la imaginación modos de relacionarse varón y hem-

bra similares a esas claridades fenomenales que tienden puentes entre el sol y la luna y destellan como el amanecer, y se melifican como los ocasos, sin ser ni esto ni aquello, modos que se dan de tarde en tarde en la vida, como esas maravillas naturales en los celajes. Allí —en esas relaciones— complacencia sofrenada, pero dulcísimo de los sentidos que no se desmandan y que no hay que sujetarlos; allí deleite del espíritu, sin nunca desaforarse hasta el arrobamiento místico... allí un saber silenciado de que se es uno del otro, sin que se requiera prueba”, ¡Qué bien, qué bien encontrado y dicho!

Por esto, porque Pedro Salinas hace con estos cuentos un magnífico regalo de su diestra pluma, yo, que soy un amigo, le perdono los descuidos que en este, aquel y el otro lugar cabría señalarle. Y le perdono asimismo que haya obligado a un hombre de tan pobre vocabulario como yo a solicitar del diccionario el significado de palabras como hamago, buzonear, empapilar, esquicio, godear, bátrato... y otras que el autor no necesitaba emplear.

Esto sí que es meterme yo donde no debo, sobre todo cuando ahora, que empieza a prosperar el cuento, Salinas nos brinda la ocasión excepcional de gozar y meditar con este quinteto de narraciones auténticamente bellas.

El Nacional (México D.F.), suplemento dominical, 28-X-1951

EN EL CENTENARIO DE *CLARÍN*.
LA REGENTA Y SU AUTOR EN LA PICOTA

Para las letras españolas ha de señalarse este año como el del centenario de Leopoldo Alas. Los que, aficionados a nuestra literatura no lo estimen así, es que ignoran el magisterio cultural que ejerció Alas durante más de veinticinco años y acaso no se encuentran en la mayoría de edad intelectual para gustar sus cuentos, no superados aún, muchos de ellos, en ingenio y trascendencia doctrinal.

Desde luego, el crítico *Clarín* hizo en vida más ruido que el novelista; pero alejada la actualidad de los “paliques”, de las polémicas y las revistas de libros, nos quedan los tesoros del creador de belleza imaginada. En esos tesoros algunos tratadistas destacan las dos obras grandes de Alas. *La Regenta* y *Su único hijo*, informada la segunda por la madurez del escritor, comparable la primera a la *Madame Bovary* de Flaubert, con la ventaja de ser más rica e interesante figura Ana de Ozores que la Emma Flaubertiana.

De *La Regenta* se ha publicado meses atrás un minucioso trabajo en Norteamérica, que invita a decir algo sobre Leopoldo Alas, glosando aquel prolijo examen. Sin duda en *La Regenta* está reflejado algún aspecto de Alas, así su preocupación en torno a lo religioso y la religiosidad; pero en las otras creaciones aludidas hay mayor y más sustancia lograda.

Ahora estamos con *La Regenta* y con el bien documentado estudio¹ de un joven graduado norteamericano, estudio minucioso, página a página, llevado con afán amoroso de conocer al autor

¹ Albert Brent, *Leopoldo Alas and La Regenta. A Study of Nineteenth Century Spanish Prose Fiction*, University of Missouri Studies, vol. 24, 2, University of Missouri, 1951.

e interpretar su obra notable. Sin duda Albert Brent alcanza el propósito en cuanto al análisis de los personajes, del supuesto medio social, de los elementos varios que la novela ofrece al lector cuidadoso. En este y otros sentidos el expositor circunstancial merece alabanza. No es culpa suya, ciertamente, que el examen no haya sido acompañado de un conocimiento suficiente de la persona y la personalidad de Alas, de la *Vetusta* elevada por él a realidad señera de las letras hispanas. Acaso la biografía Juan Antonio Cabezas: *Clarín, el provinciano universal* —excelente trabajo informativo, cuando el autor no se detiene en apreciaciones valorizantes— haya contribuido a orientar, desorientándoles, al autor de la tesis doctoral que tengo sobre la mesa.

Abre el libro la noticia del nacimiento del gran escritor, de quien *Azorín* dijera en 1917: “Su fama irá creciendo con el tiempo, y mientras palidezcan y se esfumen muchas figuras coetáneas de *Clarín*, que pasaron por eminentes, los libros de Alas —singularmente sus cuentos y novelas— serán gustados y vueltos a gustar por los entendimientos selectos². Como es sabido, Alas nació accidentalmente en Zamora —“me nacieron”, decía él— en abril de 1852: “Vivió allí —escribe Brent— y en la ciudad de León hasta la edad de siete años, cuando su familia regresó a Asturias, de donde era originaria. Desde entonces hay que identificar su vida con esta región”. Todo esto es claro y, sin embargo, no le resulta del todo el hecho de que *Clarín* era un auténtico asturiano, pues lo fue por linaje y por temperamento. Al hacerlo, no pretendo sólo recabar para Asturias una gloria legítima —don Ramón Menéndez Pidal, nacido en La Coruña también por una

² Clarín (Leopoldo Alas), *Páginas escogidas*. Selección, prólogo y comentarios de Azorín. Casa Editorial Calleja, Madrid, 1917.

circunstancia análogamente pasajera, es otro asturiano en el mismo caso—, sino referirme a la solidaridad íntima que cabe establecer entre la carne y el espíritu de Alas con las modalidades fundamentales de su obra, donde los aspectos de la crítica, del humorismo, al ironía, la sátira, ofrecen matices particulares y connaturales al suelo asturiano, abundantes entre los “carbayones” o vecinos de Oviedo, la *Vetusta* de Clarín. El mismo escribe en *La Regenta*: “En *Vetusta* el buen humor consiste en soltarse pullas y frescas todo el año. Como en perpetuo carnaval, y el que se enfada desentona y se tiene por mal educado”.³ *Clarín* era un perfecto carbayón (nombre derivado de un “Carballo” o roble soberbio echado a tierra un día del siglo XIX por la estúpida alineación municipal), y ello se trasluce constantemente en su labor de ficción y de crítica. ¿De donde procede esta tendencia individual y social, generalizada en la tierra asturiana? Pérez de Ayala —también ovetense— le busca, refiriéndose a *Clarín*, un lejano origen celta: “En Asturias y Galicia se han preservado numerosos ejemplares, evidentemente típicos, de esta raza soñadora e irónica, dos tendencias hostiles entre sí, que engendran en su irreductible cuerpo a cuerpo, como de Jacob con el Ángel, una inestabilidad psíquica fascinadora y llena de sorpresas.”⁴ Tendría yo ahora, para demostrar la condición asturiana de Alas —nacido a orillas del Duero— que referirme a su árbol genealógico. Desde luego el padre, don Jenaro García Alas, era asturiano desde el principio de los tiempos. La madre, doña Leocadia Ureña, no lo era, sino leonesa; lo que, si no la hacía asturiana dos veces, pues habría exage-

³ *La Regenta*, vol. I, Buenos Aires, Emecé Editores, 1946, vol. I, p. 307 (Biblioteca Emecé de obras universales).

⁴ Ramón Pérez de Ayala. Prólogo a *Doña Berta, Cuervo y Superchería*. [Buenos Aires, Emecé Editores, 1943.]

ración en afirmarlo venía a confirmar de algún modo la raigambre astur del escritor. Histórica y lingüísticamente Asturias y León formaron en tiempos simpatizante unidad. Esto lo explica bien Menéndez Pidal, y hasta registra una localidad —*Asturianos*, en la vecindad del hermoso lago de Sanabria— poblada en la reconquista por gentes del litoral cantábrico. Pero esta disquisición me llevaría demasiado lejos.

Un segundo reparo a la primera página del excelente trabajo de Albert Brent. Dice que Alas fue profesor de Derecho Romano en la Universidad ovetense, lo que es cierto; pero debe añadirse que, desde septiembre de 1888, pasó a explicar Derecho natural en la misma escuela y así terminó su carrera académica en 1901. La cosa no tiene importancia. Lo que sí la tiene y grande es el enfoque... algo desenfocado con que Brent examina *La Regenta*. A pesar de las fundamentales salvedades que hace en cuanto al naturalismo relativo de Leopoldo Alas —sin duda muy influido por Flaubert y Zola cuando escribió *La Regenta* entre los treinta y dos y treinta y tres años— Brent viene a considerar la novela como “un documento”, y toma al pie de la letra casi siempre lo que Alas escribe, desentendiéndose de que se trata de *una obra perfectamente imaginativa*. Podemos asegurarlo todos los “carbayos” de setenta años arriba, que pudimos alcanzar en edad consciente no sólo los últimos y fecundos años de la vida de *Clarín*, sino el mismo ambiente urbano —¡qué son diez o doce años en la vida de un pueblo!— en que él se movía mientras escribió la obra. No he de repetir lo que he publicado en otro lugar,⁵ y de afirmar solamente que aquel medio social —que Palacio Valdés, poco después y Pérez de Ayala, algo más tarde habían de reflejar

⁵ *Cuadernos Americanos*. Septiembre-octubre de 1951.

también— ofreció a la consideración del novelista motivos estimulantes a su creación en la forma, diríamos, del trampolín literario de que habla Georges Duhamel, desde donde el escritor bien dotado da el salto al cielo poético. Por eso Alas, en su carta⁶ al Obispo Martínez Vigil —cuando el purpurado se deslizó a condenar *La Regenta*— solamente reconoce deber alguna inspiración al buen antecesor de aquel en el gobierno de la diócesis asturiana: “Las virtudes que yo me complazco en reconocer a V.S.I. serán superiores a las de mi Fortunato, pero son otras. Mi Camoirán más se parece, por ejemplo, al inolvidable Sanz y Forés arzobispo de Valladolid, digno antecesor de V.S.I.”, a quien —puedo añadir— se recordaba con alabanza en la ciudad cuando yo era muchacho. Continúa Alas: “Pues si bajamos algo más en jerarquía encuentro que mi don Fermín de Pas, canónigo y profesor, no se parece a ningún canónigo de Oviedo, pues yo atribuyo a mi héroe imaginado unos vicios que aquí nadie tiene, un talento que tendrán muchos prebendos de aquí, pero en el grado superior, casi de genio, que yo me complazco en atribuir al hijo de mi fantasía.” *Héroe imaginario* y también *hijo de mi fantasía*, dice exactamente Alas, sin que deba tomarse en cuenta algún parecido físico y la apostura que los ovetenses de mi tiempo querían hallar entre el Magistral de la novela y el canónigo dignatario don José María Gayón y Cos, sacerdote ejemplar que, eso sí, vestía bien y lucía una garbosa presencia... como el personaje de la novela. Y ahí termina el parecido. Está en lo justo Albert Brent otorgando el valor que reconoce a esta creación de Alas, más neta que la misma de Ana Ozores, cuyos anhelos espirituales debemos relacionar con análogos desasosiegos íntimos del autor. En lo reli-

⁶ 11 de mayo de 1885.

gioso Alas vivió siempre en cierta angustiosa vacilación que, en los últimos años, hubo de acogerse a un espiritualismo deísta, no del todo satisfecho.

Quizás esas inquietudes mentales hayan inducido a Brent, en la acuciosa búsqueda, a no interpretar del todo derechamente lo que haya en el carácter autobiográfico de la novela: "Pocas obras demuestran con mayor fuerza la íntima relación existente entre el autor y su creación... Mostrar el carácter autobiográfico de la novela no es por supuesto explicar su valor y último interés artístico. Pero arroja luz sobre la intención del artista y revela en cierto grado las razones por las que Alas fue capaz de crear y creó una novela como *La Regenta*". (pág. 29). ¿Cuáles fueron estas razones? Recorramos, brincando páginas, por la necesidad de abreviar, el estudio de Albert Brent que trata de darnoslas:

- a) "El carácter crítico-satírico que hizo de Alas una persona de pocos amigos y muchos enemigos se manifiesta no sólo en el ejercicio de su actividad como crítico literario sino en su actitud rencorosa hacia las gentes y la vida en general, que se hizo más pronunciada con los años... complejo de inferioridad... frustración de su vida..." (pág. 45).
- b) "Si no había de ocupar el lugar que deseaba en su sociedad, si no había de recibir de ella la clase de reconocimiento y estimación que más apetecía, encontraría compensación exterior satirizando y empequeñeciendo a los hombres y mujeres que la componía" (pág. 60).
- c) "En realidad, es un cuadro escandalosa y abrumadoramente reproducible el que Alas pinta de la corrupción moral de Vetusta" (*idem.*).
- d) "La tónica moral de este trozo de la sociedad de Vetusta que constituye su clase selecta está representada por la noble casa

de Vegallana y su escogido círculo de amigos y conocidos. El marqués de Vegallana es descrito como un hombre *no muy escrupuloso en materia de moral privada...*” (*idem.*).

- e) “Tras el censor de costumbres y moral, ¿había un individuo eróticamente frustrado que encontró en sus escritos una cierta satisfacción sucedánea a las insatisfechas apetencias de la carne? Si creemos a su biógrafo, esto no era cierto en el tiempo en que Alas escribió *La Regenta*, pues hay la evidencia de que era feliz en su matrimonio. Pero, ¿y en cuanto a los años de juventud?” (pág. 64).
- f) “No es imposible... que en una época de su vida el joven y reservado autor, tímido y turbado en presencia de las mujeres e incómodo en una sociedad de gentes sofisticadas, particularmente de su misma edad, realmente envidiara el alegre grupo que describe en el pasaje recién citado. Pero excluido de tales círculos por su propio y peculiar carácter y probablemente también por su posición social y económica, permitió que su envidia se convirtiera en resentimiento” (pág. 65).
- g) “Poco tiene de extraño que Alas viviera relativamente aislado en esta sociedad que él miraba con tan evidente malevolencia y desaprobación” (pág. 68).
- h) “Cabe poca duda de que Alas no sentía gran amor por estas gentes a quienes hace representantes novelescos de sus paisanos de Oviedo. Como acabamos de sugerir, puede decirse que la creación de *La Regenta* fue la manera de vengarse de ellas porque le excluían de su sociedad o porque un carácter tímido y amargado le impedía formar parte de ella” (pág. 80).
- i) “Está claro para cualquier familiarizado con la vida de Alas que muchas de sus propias frustraciones y aspiraciones, están reflejadas en las vidas de los personajes de su novela. ¿cuál fue

la gran frustración que existió en la vida de Alas en los años anteriores a la creación de *la Regenta*?... Cree quien esto escribe que fue la ausencia de amor... el constante anhelo de una profunda y genuina experiencia amorosa que no fue colmado hasta pasada su juventud, y quizá ni siquiera colmado entonces en la forma que él había soñado” (*idem.*).

- j) “El vacío de la existencia de Alas puede estar reflejado en sus deseos insatisfechos y trágicos fracasos” (pág. 81).

No debo abusar del espacio que me concede la Revista para analizar, según quisiera, las apreciaciones de Brent, sugeridas aún más por el estudio directo de la novela, excelentemente realizado en varios aspectos, por una información no suficiente y descarriada en algunas principales noticias. He de limitarme, pues, a una somera réplica.

- a) ¿Pocos amigos? Lo que Alas quiso y necesitaba para la relación y el afecto: Tuero, Palacio Valdés, Rubín, en los años escolares de la segunda enseñanza y de Madrid; después sus compañeros de la universidad ovetense. Posada, Aramburu, Buylla, Altamira, Sela, Canella, Melquíades Álvarez, además de las relaciones familiares y otras relaciones. Desde luego, le molestaban los tontos... presumidos, como a Flaubert, como a Unamuno; no los tontos ingenuos por deficiencia natural; en su misma familia colateral Alas tuvo al simpatiquísimo “Pepín el de la marcha real”, que tanto nos divertía a los chicos.

¿Enemigos? Muchos fueron sus enemigos literarios y conocidos destacadamente. Louis Bonafoux, duro en su actitud amargada hasta la misma hora siguiente a la muerte de *Clarín*. Podría yo decir algo de esto, pues tuve ocasión de hablar y discutir con Bonafoux en el bar Criterion de París, allá en 1906.

¿Actitud rencorosa? ¡Por Dios! El terrible *Clarín* era hombre de extraordinaria bondad, a pesar de lo polémico.

¿Complejo de inferioridad, frustración de su vida? En lo literario alcanzó todas las satisfacciones desde que, mozo aún, comenzó a colaborar en *El Solfeo* y ser altamente considerado por Giner de los Ríos, Cossío, Galdós, Pereda, Pardo Bazán, a quienes hemos de poner también en el número de sus amigos. En lo personal la vida de don Leopoldo fue sencilla y normal.

b) Satiriza porque a eso le llevaba su temperamento, favorecido y desarrollado en el medio humorista y propicio asturiano de su *Vetusta*, según se ha indicado antes.

c) ¿Corrupción moral de los vetustenses? Excesivamente fuerte ese modo de calificar. Más bien una vida morigerada aquella monótona, como la de todas las ciudades españolas de esos días. La publicación de *La Regenta* escandalizó algo en las sacristías y molestó al Obispo Martínez Vigil —a quien conocí personalmente— quizás... por lo mismo que nada de lo pecaminoso novelado era cierto, sino invención creadora. El Obispo y *Clarín* llegaron a ser tan buenos amigos —¿sólo por cartas y cambio de libros?— que Alas escribió al Ilustrísimo: “Debo advertirle que no sé por qué, entre el clero (que yo llamaré bajo) se corre que yo soy una buena recomendación para el obispo; se lo digo para que deshaga el error y nos libremos los dos de las molestias, pues así como siempre me será muy grato tratar con usted de cosas desinteresadas, me disgusta mucho que me obliguen a molestarle.” ¿No indica esto que Oviedo distaba algo, mucho, de ser la ciudad levítica que pudieran deducir los lectores de *La Regenta* y también que Alas no era el apestado que se afirma con ligereza?

- d) ¿La noble casa de Vegallana representativa de la tónica moral —mejor, inmoral— de la aristocracia vetustense? Algunos analizadores de *La Regenta* y muchos “carbayones” viven relacionando la supuesta casa del Marqués de Vegallana con la casa cierta de Canillejas, que todos hemos conocido en Oviedo. Pues bien, aquel buen marqués, jefe político conservador, su señora y sus hijas —Manolita, la más deliciosamente pizpireta— fueron personas de absoluta honorabilidad. Acaso don Leopoldo pensó, en su obra, más que en las personas, en la finca de recreo que los marqueses tenían y él necesitaba para varias de sus páginas. Análoga mención honorable cabría hacer de los otros aristócratas, con pergaminos antiguos o nuevecitos, de aquel Oviedo. Marqués de Santa Cruz de Marcenado, Marqués de Camposagrado, Conde de Peñalver, Marqués de Valero de Urria, Conde la Vega del Sella, Marqués de la Vega de Anzo, Marqués de Aledo y Marqués de San Félix, felicísimo poseedor este don José Serri de una colección del Apostolado del Greco, que su hijo Pepe nos enseñaba con justificado orgullo posesorio. Créalo Albert Brent: Vegallana y todo lo que sucede en su casa es pura invención.
- e) ¿Individuo eróticamente frustrado Alas? Ya Brent hace la excepción de la edad madura, una vez casado el escritor; pero se decide a preguntar ¿qué pudo sucederle en la juventud? Inoportuna curiosidad. Hay motivos para creer que Alas no fue durante los años estudiantiles madrileños amigo obsesionado de las faldas, y, acaso, de sus amigos y compañeros de hospedaje. Tuero solamente parece haber sido un tanto desordenado y bohemio. No es discreto preguntar ni responder cosa alguna fundamentada —tampoco sospechar nada, en uno u otro sentido— en lo que se refiere a ese periodo y al siguiente,

cuando ya Alas se relacionaba con los colegas de *el Solfeo*, que es de suponer no fueran precisamente unos eremitas de la Tebaida. De lo que ha quedado alguna noticia es de sus amores de adolescente, cuando tenía 17 años, con una mozuela aldeana y avilesina, vecina de su casa veraniega de Guimarán; amores que, se dice, culminaron en la entrega gozosa de los enamorados. Téngase aquello y esto presente.

- f) ¿Tímido ante las mujeres? Menos aventurado yo que Albert Brent, me limito a la información anterior. Respecto de otra clase de timideces, habrá de recordarse que, siendo alumno de bachillerato, en 1868, participó en las revueltas escolares contra Isabel II, revueltas que llegaron hasta arrastrar el busto de la reina por las calles de la ciudad. Después, estudiante universitario, fue de los ruidosos en la Cervecería Inglesa madrileña, mereciendo de Ortega y Munilla —padre de Ortega y Gasset— Leopoldo Alas y sus tres amigos carbayones el mote de “Bilis Club”. Las burlas de palabras llegaban en ocasiones a las veras, así en el pateado estreno de un drama de Sellés, donde Palacio Valdés pudo observar esto: “En medio de aquel tumulto vi a un conocido actor hacer de yunque, y a nuestro paisano *Clarín* de martillo.” Ya escribía Alas en *El Solfeo*, semanario de batalla. Se bate entonces con “Fray gerundio”; más tarde es desafiado por Novo y Colson, y en otra ocasión por los marinos del barco “Reina regente”. Uno y otro lance terminaron, gracias a la entereza de *Clarín* y de sus amigos, con sendas actas en las que el polemista, lejos de ceder, salió aventajado. No en vano había escrito, cuando la segunda cuestión de honor, un “palique” con el soberbio título: “Ni me retracto, ni me bato”.
- g) Leopoldo Alas, acaso por influencia de su hermano Genaro, militar, tenía afición a las armas —manejaba la pistola y la es-

pada, ésta con su mano zurda— y gustaba de conversar sobre temas bélicos, así, en mis años mozos, su hijo Leopoldo, nuestro fraternal Polín. Ahora bien, esa grave cuestión de la timidez —que en Enrique Federico Amiel fue compatible con abundantes relaciones amorosas— es demasiado compleja para que se pretenda encerrarla en el marco de la amena Literatura, calificarlo y sacar de ella, si la hay, deducciones excesivas.

- h) ¿Embarazado en una sociedad de gentes sofisticadas? ¿Envidiosos de ellas y resentido? Puede afirmarse que Alas vivió despreocupado de tal sociedad, entregado lo más y mejor de su tiempo a la cátedra y a la pluma. Cuando en los años últimos frecuentó el casino de Oviedo —tan vivamente pintado en *La Regenta*— fue ello en busca de distraer el ánimo, quizás en baja ya por obra de las sordas roeduras de la dolencia que había de acabarle pronto.

¿Su posición social y pecuniaria? De limpia modestia, sin aprietos económicos recién casado. El sueldo de profesor y los ingresos de escritor, que llegaron a darle en el año hasta quince mil pesetas, de las sanas, reconsintieron mantener holgadamente a los suyos y hasta permitirle el lujo de un coche y un cochero, en la finca rural de Carreño, para ir a las playas de Gijón, Candás y Avilés.

- i) ¿Vivió relativamente solo? Hacía, desde luego, una vida solitaria; solía trabajar por la noche, hasta la madrugada, y se levantaba a mediodía para ir a su clase, a la una de la tarde; pero al oscurecer le veíamos mezclarse en el paseo de Cimadevilla —la Encimada de *La Regenta*— con el pueblo y la clase media; frecuentaba la relación con los amigos universitarios, también, en los últimos años, con el fino novelista Juan Ochoa, tan cercano a su espíritu. Todo esto de acuerdo con lo que

Brent señala: “sus amigos y admiradores hablan de... un individuo de gran sensibilidad, nobleza de espíritu e ideales, y simpática comprensión.” Así era.

- j) ¿La creación de la novela una venganza, al verse excluido de la sociedad allí retratada por no congeniar con la gente o por su personal timidez? No, no, Brent. *La Regenta* es la creación imaginativa y reflexiva de un gran novelista, creación nada amargada, sino gozosa, como el mismo autor manifestó complacido, escribiendo a su amigo Pepín Quevedo —a quien también conocí personalmente—, autor de intencionados epigramas en bable, como éste: “¡Ay, si les fuyes del maíz falasen, cuantes non se casaren... que se casen!” al dar Alas remate a la obra: Tengo la satisfacción de haber terminado a los treinta y tres años una obra de arte.”
- k) y l) ¿Frustraciones... ante las experiencias amorosas... vacío de una existencia? Basta, para responder, lo apuntado en pasajes anteriores. Alas fue hombre de vida llana en lo personal y en lo familiar, enamorado de su mujer —tan inteligente que “contaba estrellas”— rodeado de satisfacciones como escritor, si descontamos el fracaso del drama *Teresa*, al que no concedió mayor importancia.
- m) ¡Cuántas otras cosas sugiere la lectura del riguroso estudio de Albert Brent! Pero es hora de terminar esta larga nota, dejando en el tintero algunos otros comentarios. Sea lo escrito un leve homenaje, inspirado en devotos recuerdos, a la memoria de don Leopoldo Alas en el primer centenario de su llegada a este mundo, cuando “le nacieron” en Zamora.

Asomante (San Juan de Puerto Rico), julio-septiembre
1952, núm. 3, pp. 5-13

PRÓLOGO A *EL INGENIOSO HIDALGO* *DON QUIJOTE DE LA MANCHA*

Cuando abrimos el libro de Cervantes nos encontramos, en la primera página, con un título que no deja de desorientarnos un poco: “El ingenioso hidalgo Don Quijote de la Mancha”. Personificado así lo que va a seguir, quisiéramos saber desde este momento si se trata de una auténtica biografía —adelantándose al género literario que tanto habría de prosperar— o de una invención fantástica que, por serlo, habremos de tomar en nuestras manos como una novela. Pronto el autor aumentará, no sabemos si deliberadamente, nuestra confusión al denominar una y otra vez su creación portentosa, *una historia nueva*, extraordinariamente nueva por su concepción y por su logro, ya que Cervantes nos da en ella entreveradas, la realidad social de su tiempo y la existencia de un admirable loco que pretendió, por sólo el esfuerzo de su brazo, liberar de máculas esa sociedad y elevarla al más noble sentido de verdad, de justicia y de belleza.

Cervantes, en esa página del título, llama “ingenioso” a su héroe, previniéndonos así de que no vamos a encontrarnos con un insensato, de razón perdida, sino con un hombre, con todo un hombre, que normalmente discurre con inteligencia clara y que, al ser arrastrado por la obsesión caballeresca acomete sus desventuradas aventuras en servicio de un alto ideal.

Don Quijote es, pues, ingenioso como nos dice su autor, y es también hidalgo, hijo de algo, si no porque su linaje lo justifique —esto no aparece suficientemente mostrado—, por la categoría y calidad de su esfuerzo generoso. Si antes había sido estimado por sus convecinos como Alonso Quijano el bueno, luego, cuando

se llamó Don Quijote, supo ascender de esa categoría de hidalgo a la de caballero. Por eso, cuando la inevitable crítica pueblerina se atreve a censurar sus justificadas ínfulas y clasificarle entre los hidalgos descuidados del porte cotidiano, sabe él replicar: “Eso no tiene que ver conmigo, pues ando siempre bien vestido y jamás remendado; roto bien podía ser, y el roto más de las armas que del tiempo.” Esto es, destrozada momentáneamente la ropa por obra de algún encuentro valerosos, no siempre con victoria. Esta victoria es secundaria en la firme actitud de Don Quijote, a prueba de contrariedades y vencimientos en servicio de una fe sin desmayos.

¿Dónde sitúa Cervantes al personaje famoso? Bien conocía España su autor, por haber recorrido a caballo y a pie mucha de su tierra, de la que elige las llanadas de la Mancha para las salidas principales y más numerosas del caballero andante. Radicando así lo mejor de los hechos en el centro y corazón de la extensión física española, diríase que Cervantes, castellano por nacimiento como su héroe, quiso dar un significado particular a la creación maravillosa, que animan las esencias de la raza, las virtuosas y las negativas, aquellas estimuladas por los imperativos éticos que han caracterizado, en lo mejor histórico, la conducta hispana. Por otra parte, al gran artista que es Cervantes, le era necesaria esa localización manchega para que Don Quijote y Sancho pudieran moverse anchamente en aquellos parajes manchegos de escasa población, acogerse a la paz de las solitarias florestas y encontrar de tarde en tarde el incómodo hospedaje de las aisladas ventas que el hidalgo solía tomar por castillos.

El héroe pudo darse así un nombre significativo —Don Quijote de la Mancha— siguiendo en ello a los grandes caballeros como Amadís de Gaula, y la fortuna le ayudó además a encontrar en la proximidad a la dama de sus pensamientos, la sin par Dul-

cinea del Toboso, por quien tantas empeñosas locuras había de hacer.

Pero no debemos centrar exclusivamente nuestra atención en estos dos personajes, cercando al lector con una insuperada realidad literaria, lejana ella, con una lejanía querida del autor, para llevarnos a comprender lo inasequible del ideal, de la gloria extrema que Don Quijote buscaba afanosa e inútilmente. Hay en la obra una tercera persona, que es la segunda en importancia y acción: Sancho panza. Cervantes se dice en el Prólogo padraastro de Don Quijote, acaso por lo mal que lo trata en las más de las ocasiones, si hemos de atender a lo que Sansón Carrasco declara en el Capítulo Tercero de la Segunda Parte: “dicen algunos que han leído la historia que se holgaran se les hubiera olvidado a los autores de ella algunos de los infinitos palos que en diferentes encuentros dieron al señor Don Quijote”. Ahí entra la verdad de la historia, dijo Sancho. También pudieran callarlo por equidad, dijo Don Quijote, “pues las acciones que ni mudan ni alteran la verdad de la historia, no hay para qué escribirlas si han de redundar en menosprecio del señor de la historia.” Don Quijote viene así a manifestar, con estas palabras, a manifestar cierta disconformidad con su glorioso creador y a confirmar la calificación de padraastro que éste se da, con alguna extrañeza de los lectores.

En cambio de esta posición, no fácil de admitir, todo lector del Quijote suscribe sin vacilar otras palabras del mismo Prólogo: “Yo no quiero encarecerte el servicio que te hago de darte a conocer a tan notable y honrado caballero; pero quiero que me agradezcas el conocimiento que tendrás del famoso Sancho Panza, su escudero, en quien a mi parecer te doy cifradas todas las gracias escuderiles de la caterva que en los libros vanos de caballerías están esparcidas”. Aquí sí que Cervantes no exagera su satisfacción, como

antes había significado un fingido disgusto. En efecto, el personaje de Sancho Panza, bien que tenga antecedentes en el ribaldo del caballero Cifar y acaso en otras invenciones de las anteriores letras, es una creación auténtica y magnífica del genio cervantino, una creación —digámoslo atrevidamente— que parece sorprender e imponerse al mismo autor. Basta observar cómo en el Capítulo Séptimo de la Primera Parte escribe un poco ligeramente: “En este tiempo solicitó Don Quijote a un labrador vecino suyo, hombre de bien (si es que este título se puede dar al que es pobre) pero de muy poca sal en la molla”. ¿Pobre de inteligencia Sancho? Gradualmente, al lado del Hidalgo, adoctrinándose en sus palabras y en su ejemplo, Sancho eleva la propia categoría mental hasta llegar a ser casi para con su amo y maestro que piensa armarle caballero, y hasta ofrecernos su admirable gestión de gobernador de la ínsula Barataria. Así Unamuno, entusiasmado con el escudero humilde y grande, llega a escribir, comparándole con Don Quijote: “Sancho que no ha muerto es el heredero de tu espíritu, buen hidalgo, y esperamos tus fieles, en que Sancho sienta un día que se le hincha de quijotismo el alma, que le florecen los viejos recuerdos de su vida escuderil, y vaya a tu casa y se revista de tus armaduras, que hará se las arreglen a su cuerpo y talla el herrero del lugar, y saque a Rocinante de su cuadra y monte en el embrace la lanza, la lanza con que diste libertad a los galeotes y derribaste al caballero de los espejos, y sin hacer caso de las voces de tu sobrina, salga al campo y vuelva a la vida de aventuras, convertido de escudero, en caballero andante. Y entonces, Don Quijote mío, entonces es cuando tu espíritu se asentará en la tierra.” Emocionadas palabras de Unamuno que los talentos y la conducta de Sancho vienen a justificar ya que en la Segunda Parte del libro aparece bien declarada su íntima adhesión a los nobles principios de la

caballería andante, a pesar de la explicable codicia, a pesar de su torrencera de refranes, no siempre atinados, a pesar de los graciosos engaños que le hace al hidalgo y de sus vacilaciones cuando las desventuras llueven sobre las espaldas del villano.

Dedica Cervantes la Primera Parte de su inmortal obra al Duque de Véjar, don Alonso Diego López de Zúñiga de Sotomayor, joven superficial de veintiocho años, quien apenas se digna a darse por enterado. Cervantes no vuelve ya a nombrarle en sus escritos y, cuando publica la segunda parte, pone al frente de ella el nombre del Conde de Lemos, ello con expresiones cordiales que manifiestan una estimación justificada y un agradecimiento por la protección que el Conde dispensa al escritor, en unión del Arzobispo de Toledo don Bernal de Sandoval y Rojas.

El autor nos dice en el primero de los Prólogos que la obra fue engendrada en una cárcel, aludiendo posiblemente a la de Sevilla a donde le llevaron sus desdichas, no su proceder correcto y donde hubo de coincidir con el también grande Mateo Alemán; pero no debemos tomar al pie de la letra esa alusión cervantina, ya que por fortuna, el autor estuvo recluso sólo breve tiempo en la ciudad de Guadalquivir, a todas luces insuficiente en tiempos para componer obra tan extraordinaria, bien que suficiente, quizá, para imaginarla y planearla.

Alude también en este preámbulo al propósito que el libro viene a cumplir: “todo él es una invectiva contra los libros de caballería...; la mira puesta a derribar la máquina mal fundada de estos caballerescos libros aborrecidos de tantos y alabados de muchos más”. Tanta insistencia en afirmar la cosa en breves líneas ha llevado a sospechar que no era precisamente la finalidad del libro, sino que el autor curándose en salud, prefirió evitar alguna grave censura ante su atrevimiento de componer una obra extraordi-

nariamente novedosa ya que aparece ahora, a la vez, como una burlesca parodia que habla de los libros de caballería y como una alta afirmación de los nobles principios que movían a los caballeros en sus arriesgadas empresas. Desde luego, en el “Quijote” se ridiculizan, como dice Vossler, los accesorios retóricos, fantásticos y literarios de la concepción heroica de los españoles de entonces, lo que se ha llamado por otros el caballerismo, las exageraciones y extravagancias de los libros que alimentaban la curiosidad de mucha gente, si bien para los espíritus; pero Cervantes, como dice Menéndez Pelayo certeramente, levántase sobre todos los parodiadores de la caballería, porque él la amaba y ellos no. Aquí está, precisamente, la razón inspiradora del libro inmortal, en esa coincidencia de amor y desdén, amor respetuoso de Cervantes para los móviles generosos de los antiguos caballeros, reserva y censura para las medianas artes literarias que no habían logrado mantenerse en los términos de una valoración justa. Porque los héroes que la antigüedad había dado como modelo a la caballería de los tiempos esforzados, obligaban al rendimiento general, ya que esas figuras destacadas sobre todas, eran según referencia de Huizinga, tres paganos, tres judíos y tres cristianos; Héctor, César y Alejandro; Josué, David y Judas Macabeo; Arturo, Carlomagno y Godofredo de Bouillon.

Naturalmente don Quijote ignoraba a estos elevados antecesores suyos, y así le bastaba el ejemplo más inmediato y asequible del caballero Amadís de Gaula, cuyos hechos y conducta tenía él presentes en toda ocasión. Amadís, el de la verde espada, hijo del rey Perión y de la dulcísima Glicena, llega a ser como el arquetipo de los amantes fieles que un escritor portugués, Vasco de Lobeira, según se cree, acertó a presentar con bellos arreos literarios, hermoseados luego en el logrado compendio de García Ordóñez de

Montalvo. El talentoso hispanista francés Jean Cassou no duda en proclamar: “Existe una obra maestra de caballería, una obra maestra del arte, es decir, una creación viva en la que el mito recibido se esfuma, con su cortejo de viejos enigmas y en donde, por otra parte, el espíritu no se abandona ya en la pendiente de las quimeras pasivas y comunes, sino que un genio personal y voluntario, modela una materia dada, la configura, la delimita, la ornamenta, le confiere un orden y una armonía. Este libro es *Amadís*.” Por algo Cervantes salva esta obra, con los máximos honores, en el duro escrutinio del cura y del barbero. Por algo, sobre todo, le da a don Quijote la norma constante de aquel otro caballero ejemplar, y con eso el héroe manchego ama y suspira como Amadís, pelea valerosamente como él, sufre análogos sufrimientos y hasta hace rigurosa penitencia en Sierra Morena, lo mismo que el lejano adocrinador se había retirado una vez a la Peña Pobre. Pero he aquí que el discípulo, a la distancia del tiempo y los lugares, aventaja al maestro, porque nos lo dice Menéndez y Pelayo exactamente —Amadís revive en don Quijote, pero desvalorándose en lo que tiene de convencional y afirmándose en lo que tiene de eterno, de modo que aparece su pureza, el empeño que posee el brazo armado al servicio del orden moral y de la justicia.

El libro de “Amadís”, por obra de sus cualidades fue uno de los más leídos cuando las gentes de unas y otras clases sociales, frecuentaban entusiasmadas estas lecturas en España, Italia, Francia, Alemania, Holanda, Inglaterra... Veamos en el mismo “Quijote”, que el cura, el ventero, los duques, han leído estos libros, y también el mismo canónigo, que dice detestarlos. También los rechazaban aquellos genios que se llamaban Luis Vives y Michel de Montaigne; mas, frente a ellos es fácil presentar lectores asiduos

de análoga calidad; Teresa de Jesús, Ignacio de Loyola, Lope de Vega, Corneille, Goethe, entre otros, además de los reyes Carlos V, Francisco I y Luis XIV. Sin duda, había en estos libros algo; el ideal caballeresco, que unido al ideal cortesano satisfacía a los espíritus, a la vez que proporcionaba un recreo más noble que el hoy servido por las abundantes novelas policiacas, frecuentadas ha por gente de sólida cultura. Para don Quijote, la caballería andante era una ciencia “tan buena como la de la poesía y aún dos deditos más”, ello porque según él. “es la pura ciencia que encierra en sí todas o las más de las ciencias del mundo”, y porque el caballero ha de realizar una ejemplar conducta, ya que ha de ser casto en los pensamientos, honesto en sus palabras, liberal en las obras, valiente en los hechos, sufrido en los trabajos, caritativo con los menesterosos y finalmente mantenedor de la verdad aunque le cueste la vida defenderla”. Principios son estos vigentes, como norma de vida en todo tiempo y por ello habían de ser bien recibidos, aun cuando tuvieran un fondo de amores excesivos en el sentimiento y de hecho no siempre laudables.

Bien que la arquitectura del libro cervantino, en cuanto a las divisiones y apartados fuese vacilante en un principio, una vez terminada la obra quedó definida su división en dos partes. La primera de ellas es la más leída, mientras que la segunda es la más apreciada de las personas cultas. Se ha dicho de la primera que procede de la experiencia personal y realista de su autor, observador agudísimo de la sociedad de su tiempo; mientras que la parte segunda, sin que el autor abandone esa observación, nos da los frutos de una elaboración poética depurada por el mismo pueblo. Diez años transcurren entre la aparición de una y otra parte, lapso extenso que acentúa la ya rica experiencia de Cervantes y afina aún más su sensibilidad artística. Por eso se estima que la Segunda

Parte es más humana y profunda, que la Primera, sin que esto signifique inferioridad literaria de una con respecto de la otra. La verdad de la obra, dice el escritor francés Duhamel, aparece allí como sublimada.

En la Primera, el autor, siguiendo la costumbre del tiempo, incluye algunas historias ajenas al relato principal, a fin de dar alguna variedad a las andanzas del caballero y el escudero. En la Segunda Parte, además de evitar ese apoyo, acude a una intriga o un argumento, ya que el bachiller Sansón Carrasco, de acuerdo con el cura y el barbero, sale subrepticamente tras de don Quijote con el plan de desafiarlo a legal batalla, vencerle y obligarle a recluirse, aunque sea temporalmente, en la aldea común, para buscar el posible alivio a su locura. El generoso propósito no fue tan fácil de alcanzar, según podrá ver el lector que se adentre en las deleitosas páginas que van a seguir. En todo caso, las dos Partes, bien ligadas a la concepción general de la obra, muestran en forma insuperada, la genial capacidad imaginativa del autor. “Frente al descuido de algunos pormenores —observa Menéndez y Pidal— ¡cuánta meditación nos revela la depuración del tipo quijotesco, cuán íntima y prolongada convivencia del arista en su creación!” Bien puede decirse que el primero que se recrea con el “Quijote” es Cervantes al escribirlo, pues nos da la sensación de gozar y sufrir, mientras discurre él la pluma sobre el papel, antes y más que ninguno de los innumerables lectores venideros.

Lo determinante de la novela o historia es, para el joven cervantista Casaldueiro, el contraste entre la condición, ocupación y medio social de un hidalgo de la Mancha, “y el más extraño pensamiento” que se le podría ocurrir: hacerse caballero andante: con lo cual el tema esencial de la obra viene a ser el contraste entre las

circunstancias del hombre y su modo íntimo de ser y de sentir. Ese contraste fundamental aparece, en efecto, alimentando las páginas del libro y nos ofrece con otros contrastes ocasionales —en los que también Cervantes era maestro— abundantes motivos para la reflexión y para la admiración de tan supremo arte.

Por su lado, Américo Castro —cervantista mayor— entiende que lo esencial de la obra es el drama creado entre el ideal quijotesco y don Quijote mismo. Su aspiración de restaurar la pasada Edad de Oro no tendría valor más que otro cualquier sueño utópico del Humanismo; “pero lo que en verdad nos estremece, al leer y entender el Quijote, es la simpatía vital, sensible y efectiva entre la angustia del melancólico héroe y cualquier angustia que le salga al paso, con pasión de agonías”. Por eso el hidalgo ha de decir: “A los caballeros andantes no les toca ni atañe averiguar si los afligidos, encadenados y opresos que encuentran por los caminos van de aquella manera o están en aquella angustia por sus culpas o por desgracias; sólo les toca ayudarles como a menesterosos; poniendo los ojos en sus penas y no en sus bellaquerías”: Ello está dentro del ideal que don Quijote sigue al servir los altos dictados de la Justicia, que no siempre los hombres aciertan a realizar.

Dos actitudes se han venido adoptando en la lectura del “Quijote”. Los unos piden que se vaya a ellas con espíritu sencillo, dispuestos a encontrar el delicioso recreo que el libro rinda a todos abundantemente; sin preocuparnos de buscar más de lo mucho más que cada uno recibe en esa comunicación feliz con las páginas inmortales. Los otros, los lectores de mayor exigencia y de ancha cultura, estiman que la obra de Cervantes es riquísimo venero de recónditas noticias, de pensamiento trascendentes, de sugerencias profundas y notables. Pfandl plantea así el proble-

ma: “la actual crítica de Cervantes, por lo menos con referencia al Quijote se divide en dos campos enemigos: quienes son de opinión de que cada cual, según su punto de vista personal, puede dar a la novela un sentido simbólico especial; quienes sostienen que el único propósito que tuvo el autor y podía tener, era la batalla literaria contra los libros de caballería.” Contra una y otra opiniones, por considerarlas insuficientes, viene a levantarse Unamuno con su acometividad habitual cuando escribe: “No es más que mezquindad de espíritu, por no decir algo peor, lo que mueve a ciertos críticos nacionales a empeñarse en que reduzcamos el Quijote a una mera obra literaria, por grande que su valor sea, y a pretender ahogar con desdenes, burlas o invectivas a cuantos buscan en el libro sentidos más íntimos que el literal”. Mas esta posición exigente de Unamuno le impide condenar — como lo había hecho también Menéndez y Pelayo — a los que donosamente llama él “masoretas” cervantistas, refiriéndose al minuciosísimo examen del texto hebraico de las sagradas Escrituras, que pacientemente hacían los doctos rabinos de la Escuela de Tiberiades, durante los siglos octavo y noveno, los cuales llegaron hasta contar todas las letras del texto bíblico; las veces que aparece cada letra y cuántas precede a cada una de las demás, y Unamuno, en su entusiasta devoción quijotista, se pregunta por qué el “Quijote” no ha de ser la Biblia nacional de la religión patriótica de España. Diríase que Unamuno alude nada menos que a Don Juan Valera, cuyo fino espíritu, amplia cultura y talento excepcional, sabía lo que decía cuando escribe: “Una novela y no más, es el Quijote, aunque sea la mejor de las novelas, y los que en otros predicamentos la ponen, no logran realzar el mérito del autor y rebajan el de la civilización española”. Palabras que necesitarían más espacio al ser debidamente consideradas, que el

lugar y la oportunidad que ahora nos limitan; así nos reduciremos a glosar que si el “Quijote” es la más grande novela, por su calidad, que ha producido el ingenio del hombre, tal afirmación basta para que sea universal y unánime el merecimiento en que se la tiene.

Si de los comentaristas españoles pasamos a los extranjeros, vemos que para Heine, el caballero de la Mancha no es el tipo del idealista inadaptado, sino el símbolo de toda protesta contra las mezquindades innecesarias de la vida social, en nombre y representación de ideas superiores. También para Turguenev, don Quijote es un símbolo, el de la fe, mientras Hamlet lo es de la duda. Interpretaciones una y otra, coincidentes en el sentido y proyección de la obra de Cervantes.

Entienden algunos, que por medio del heroico personaje el autor nos dice todo lo que hubiera deseado decir a voces, gritar a la sociedad de su tiempo, si se hubiera atrevido, si no hubiera temido algún daño personal, él, que había sufrido tanto proveniente acaso ese daño, del Santo Oficio o de las otras autoridades construidas.

“Muchas veces —escribe Francisco Ayala— se ha repetido que el ‘Quijote’ expresa la desilusión vital de su autor. Esta obvia interpretación psicológica, no por ser correcta, aclara el alcance de su creación mítico-literaria. Lo significativo aquí es que el desengaño vital del hombre Miguel de Cervantes corresponde con exactitud a una mutilación histórica decisiva, de modo que esta congruencia entre la trayectoria vital del individuo y el curso de la gran comunidad de destino en que su existencia estaba inserta, permitió a su genio dar a la personal experiencia proyecciones tan enormes. Y todavía hay que contar ahí con una circunstancia favorable: el azar del cautiverio, que interpone una

censura, por cuya virtud adquiere violenta plasticidad el contraste entre la coyuntura histórica, todavía plenaria de juventud y la ya decadente madurez. El Miguel de Cervantes que participó como soldado en el hecho de Lepanto y que, cautivo, trataría no de escaparse él, sino de sublevar la plaza para el rey de España, vuelve trayendo proyectos de gloria militar para caer en un ambiente sórdido, donde el burocratismo predomina ya sobre la iniciativa heroica, y en el que la vida espiritual debe también cubrirse de cautela. El ‘cautivo’ que en el ‘Quijote’ regresa a España, y cuyo relato es un hermosísimo himno marciano, expresión de una fe abierta y combatiente, debía confrontar su actual miseria con la fortuna de su hermano el Oidor, el burócrata, y acomodar su fe al ambiente receloso de la Contrarreforma. Los que le escuchaban debieron pensar que iba a serle difícil readaptarse a su recuperada patria. Entre tanto, él está ahí, en la venta, frente a su propia caricatura —don Quijote— frente a su imagen deformada por el turbio medio. El héroe español de treinta años atrás, se ha descompuesto artísticamente en un pobre hidalgo deschavetado que, por seguir normas de conducta y servir ideales en desacuerdo con el nuevo ambiente social, rueda de descalabro en descalabro. Dentro de la economía del libro, la historia del cautivo cumple, pues, una función de hito, ofreciendo un punto de referencia en el tiempo histórico para ordenación de un problema capital”.

Sin embargo, de lo recogido, hemos de destacar dos interpretaciones de particular relieve por la categoría de las personas y por lo que declaran expresando la respectiva posición interpretativa ante la obra de Cervantes. Unamuno, ya citado, considera al “Quijote” como al eterno “Fuera de época y aún de país”. Para el insigne pensador interesa poco lo que el libro haya podido sig-

nificar en su tiempo, ni siquiera lo que el autor haya pretendido decir, pues el caballero sin ventura se nos aparece como el símbolo de la humanidad cristiana heroica, la representación magnífica del destino último de los hombres en cuanto fraterna comunidad en la tierra. Para Ortega y Gasset el “Quijote” es un equívoco... “Todas las rebuscas eruditas en torno a la vida de Cervantes no han aclarado ni un rincón del colosal equívoco. ¿Se burla Cervantes? ¿Y de qué se burla? De lejos sólo en la abierta llanada manchega la larga figura de don Quijote se encorva como un signo de interrogación y es como un guardián del secreto español, del equívoco de la cultura española”. Ortega y Gasset alude aquí a varios problemas que, desde antiguo vienen siendo considerados por los talentos agudos y profundos, intrigados por la complejidad, llena de sorpresas y de misterios, que supone el desarrollo y proceso del pueblo español a lo largo de los siglos. Aun cuando pudieran figurársenos encontradas las dos posiciones, la de Unamuno y la de Ortega, no resulta empeño difícil armonizarlas, ya que lo universal del primero, y lo nacional del segundo, vienen a concurrir en lo humano cervantino, ese sentido ancho e intenso de lo que importa al hombre en lo más esencial, de lo que el hombre es y pretende ser, de lo que acciona y reacciona ante los ricos y encontrados motivos de la vida.

Después de estos bien interesantes pareceres ajenos debemos traer la opinión personal de Cervantes, que hemos de tomar en cuenta sobre todas las otras opiniones y el autor del “Viaje del parnaso” nos dice:

Yo he dado en “Don Quijote” pasatiempo al
 Pecho melancólico y mohíno en cualquier
 Ocasión, en todo tiempo.

Según esto el “Quijote” sería una obra de puro entretenimiento; pero el mismo Cervantes añade algo más en las páginas del libro cuando escribe: “los sucesos de don Quijote o se han de celebrar con admiración o con risa”. Esto es ya algo más, ya que reclama, además del placer de la lectura, la actitud admirativa ante los hechos del hidalgo caballero, esto es, la consideración de algo que tiene cierta trascendencia y responde a móviles elevados. Así, nos encontraríamos sin forzar las cosas en la feliz coincidencia de quienes sólo hallan en el “Quijote” una obra imaginativa y de los que buscan en ella ésta o la otra interpretación de gran alcance, viniendo de esta suerte le mismo Cervantes a resolver la posición que parecía insoluble.

Para terminar este breve examen de la admirable obra cervantina, que alcanza la universalidad, no desde el plano de lo humano general, sino a partir de una determinada y singularísima estructura político-social dada en el tiempo y en el espacio, hemos de dedicar algunas noticias a su popularidad general y a su acogida en América.

El éxito del “Quijote”, al aparecer la Primera Parte, fue grande, pero lo superó el “Guzmán de Alfarache”, de Mateo Alemán. Sin embargo de esto, Cervantes conoció entonces la popularidad y la fama, aun cuando éstas no fueran suficientemente acompañadas por la recompensa monetaria, dadas las condiciones en que entonces se producían los libros, desfavorables para los escritores. Sólo Lope de Vega, merced a sus triunfos en el teatro, alcanzó cierto tiempo, a vivir de la pluma.

Cervantes registra su satisfacción en varios sucesivos pasajes del libro que interesa recoger: “los niños lo manosean, los mozos lo leen, los hombres lo entienden, los viejos lo celebran y, finalmente, (la historia) es trillada, leída y salida de todo género de

gentes”. Sobre todo, los pajes en las largas y ociosas horas de las antecámaras de los palacios, tenían ésta como su lectura preferida, nos dice el bachiller Sansón Carrasco, quien añade: “tengo para mí que el día de hoy están impresos más de doce mil libros de la tal historia, si no díganlo Portugal, Barcelona y Valencia, donde se han impreso, y aún hay fama de que se están imprimiendo en Amberes, a mí se me trasluce que no ha de haber nación, ni lengua donde no se traduzca”. Predicción ampliamente cumplida, según puede comprobarse cuando se va a la ciudad del Toboso, y puede el visitante, ya en la biblioteca formada en la pretendida casa de Dulcinea, recorrer las numerosas ediciones, hermosas algunas de ellas, hechas en todas las lenguas cultas, que algunos cifran en treinta y una. La traducción inglesa de Shelton fue la primera de todas.

Pero continuamos nuestra búsqueda informativa en el libro: “Treinta mil volúmenes se han impreso de mi historia —dice don Quijote al caballero del verde Gabán, refiriéndose, naturalmente, a la primera Parte— y lleva camino de imprimirse treinta mil veces de millares, si el cielo no lo remedia”. En efecto, años atrás Paul Broussac había registrado unas ochocientas ediciones; de ellas la tercera parte en el habla española. Sancho Panza, bien orgullosos de andar en letras de molde, se conformaba con mucho menos: “Yo apostaría, dijo en una ocasión, que antes de mucho tiempo no ha de haber bodegón, venta ni mesón o tienda de barbero, donde no ande pintada la historia de nuestras hazañas”. Popularidad esta que pudiéramos relacionar con la más extensa y también interesante alcanzada por el “Quijote” entre las innumerables gentes que jamás han tenido ocasión de leer el libro y que, a pesar de esto, tienen una idea clara y, si se quiere, exacta del caballero andante y del escudero famosos.

El “Quijote” llegó a la tierra americana en seguida, apenas publicado, y según la minuciosa averiguación hecha por Rodríguez Marín; ya a principios de 1606, vienen al Nuevo Continente hasta mil quinientos ejemplares, el mayor número de ellos pertenecientes a la edición Príncipe. La difusión de ésta y otras lecturas análogas debió ser grande en América, y a pesar de la prohibición del rey Felipe II en 1531, referida a los “libros de romance, de historias vanas y de profundidad, como las de *Amadís* y otras de esta calidad, porque es mal ejercicio para los indios y cosa que no es bien que se ocupen, ni lean”. Y si el pueblo encontró deleite en el “Quijote” aún mayor, con otros regalos espirituales, lo hallaron los grandes escritores de una y otra Américas: los Motalvo, Caro, Varona, Medina, Icaza, Palma, Rodó, Darío, Henríquez Ureña, etc, entre los hispanoamericanos, los Irving, Prescott, Longfellow, Ticknor, entre los angloamericanos.

De los testimonios de devoción cervantina que todos ellos han proclamado sólo queremos ya señalar la conocida y famosa *Letanía de Nuestro Señor Don Quijote*, de Rubén Darío y estas cálidas palabras de Enrique José Varona: “Leí el ‘Quijote’ de niño, y fue para mí manantial de vida y acicate de la fantasía. Dormí muchas noches con un viejo espadín debajo de la almohada; descabecé en sueños muchos endriagos y desencanté no pocas Dulcineas. Lo leí de mancebo, y la poesía sutil de las cosas antiguas se levantó, como polvo de oro de las páginas del libro para envolver en una atmósfera de encanto mi visión del mundo y de la vida. Lo he leído en la edad provecta, y me parecía que una voz familiar y amiga, algo cascada por los años, me enseñaba sin acrimonia la resignación benévola con que debe nuestra mirada melancólica seguir la revuelta corriente de las vicisitudes humanas”.

Hermosa confianza que nos dice bellamente cómo el libro inmortal nos ofrece recreo feliz y noble adoctrinamiento en todas las etapas de nuestra vida.

El Ingenioso Hidalgo Don Quijote de la Mancha,
Prólogo y vocabulario de Luis Santullano
México, Orión, 1953, pp. 7-24

SEMBLANZA DE ANTONIO MACHADO

*DE CÓMO LLEGÓ A MIS MANOS ESTE TRABAJO**

Entre los papeles que el inolvidable amigo Luis A. Santullano dejó a su muerte, se hallaba este admirable trabajo inédito que a continuación publicamos. Ello ha sido posible gracias a la gentileza y bondad de su esposa, que me hizo la gran merced de enviármelo. Conste aquí mi profunda gratitud.

Estas cuartillas fueron encontradas junto al original de estos apuntes míos, que él sólo conocía y que ahora, al cabo del tiempo, se publican.

Pienso también, que esta admirable estampa que, con tanta comprensión y justeza, hizo Santullano del Poeta, indemnizará al lector de las deshilvanadas notas, que forman este pequeño volumen mío.

Una vez más siento que la noble amistad de tan querido amigo me acompaña, en este libro, con su cariño y con su indiscutible autoridad literaria.

ANTONIO MACHADO. EL POETA

Esta es una leve estampa de Valencia, durante la guerra, el poeta habita, fuera de la ciudad, una hermosa casa entre los naranjos

* Nota aclaratoria de José Machado, hermano del poeta y autor del libro *Últimas soledades del poeta Antonio Machado (recuerdos de su hermano José)*, que se cierra con esta semblanza de Santullano. El libro en cuestión, del que hay una versión mecanografiada y sin fecha, no fue editado probablemente hasta 1971 (Nota del Editor).

del pueblecillo de Rocafort. Vive allí algo patriarcalmente, pues le rodean las familias de dos hermanos suyos y otros parientes menores. Sobre todo, tiene la dulce compañía de su madre, ya muy anciana, vacilante en ideas y palabras, pero aún muy señora de la cortesía y del ademán.

El Poeta trabaja mucho, en verso y en prosa, la jugosa e intencionada prosa de Juan de Mairena. Los entusiastas voceros de la propaganda bélica, las revistas, los actos públicos aquí y allá solicitan de él cuartillas y más cuartillas, incesantemente. El Poeta no sabe de excusas, ni menos de negativas egoístas, y así no da paz a la pluma en medio de la dura guerra.

Sus horas escogidas para la tarea son las del silencio de la noche, como en Madrid, como en Soria, como en Baeza, como en Segovia, como en todos los lugares de su errante vida de profesor. Terminada la cena, levantados los manteles, el Poeta dispone sus tinteros y sus cuartillas en la misma mesa del yantar. El espíritu se acomoda ahora a la mesa de la reflexión, que no se desnuda de su función normal, pues manos femeninas disponen sobre ellas una provisión de café para la velada.

Café y tabaco. El Poeta necesita este doble estímulo para su inspiración, ya en soledad. La casa apaga sus luces y sus menores ruidos. El reloj, metódico, indiferente va marcando sus horas, lentas para el desvelado, ligeras para el trabajador: las diez, las once, las doce... y sucesivamente, puntualmente las tres, las cuatro, las cinco... La luz del alba —luminosa luz del Mediterráneo— comienza a traspasar los ventanales. El Poeta gusta el último sorbo de café, ya frío, y ordena al lado de la taza las cuartillas de letra menuda y desigual, rebelde a la lectura. Allí está su labor de la noche, al que ha salvado la rigurosa autocrítica; pues la otra labor desechada, rasgada o en rebujos, llena el cesto de mimbres, allí

próximo, paciente testigo de la exigencia del escritor. Juan de Mairena lo había dicho: “Ríete del poeta que no borra”...

Ahora el Poeta sube la empinada escalera que lleva a la torre de la casa, para recrearse en la primera luz que ya alegra el horizonte del mar. El Poeta admira la solemne y bella serenidad de la Naturaleza y sueña con un mundo mejor, donde los hombres sean hermanos; mas acaso un avión enemigo, viniendo de la costa balear, detiene su dulce ensoñación y abrumba en tristeza la noble frente.

El Poeta dice su adiós a la mañana y busca reposo, mientras la casa comienza a despertar. Pronto su hermano José tomará las cuartillas de la vigilia para gozar, antes que nadie, en su lectura con fraternal devoción y trasladarlas a la letra más legible.

EL PROFESOR

Todo el mundo no sabe que Antonio Machado era —después de altísimo poeta— modesto profesor de francés en la segunda enseñanza española. Modestia no rima con incompetencia, pues el maestro sabía muy bien su “asignatura”, que había aprendido en la misma tierra de Francia. Hombre sin pretensiones vulgares —por tener aspiraciones elevadas en lo espiritual— se había acogido a una humilde cátedra de Instituto para vivir al día o al mes —tanto da— sin otra mayor apetencia económica. Nos lo cuenta él, bellamente:

Héme aquí ya profesor
De lenguas vivas (ayer
Maestro de gay-saber,
Aprendiz de ruiñeñor)

En un pueblo húmedo y frío
Destartalado y sombrío
Entre andaluz y manchego

Este pueblo era Baeza. Machado, profesor de Instituto, se acomoda gustosa y resignadamente, a la conocida vida provinciana. Da sus clases, lee filosofía:

Enrique Bergson: “Los datos inmediatos
De la conciencia”. ¿Esto es otro embeleso francés?
Este Bergson es un tuno;
¿verdad, maestro Unamuno?

Pasea:

Mi paraguas, mi sombrero,
Mi gabán... El aguacero
Amaina. Vámonos, pues.

Frecuenta las tertulias:

Es de noche. Se platica
Al fondo de la botica,

Y así van sucediéndose las horas del poeta-profesor:

Tic-tc, tic-tic... ya pasó
Un día como otro día,
Dice la monotonía
Del reló

Así transcurren los años que siguen a los de Baeza, en Soria, en Segovia, en Madrid, cambios de postura académica en una existencia igual y sencilla, donde sólo hay la variedad de las andanzas incómodas de una a otra ciudad provinciana, andanzas que el Poeta lleva a la categoría de turismo barato:

Yo para todo viaje
—siempre sobre la madera
De mi vagón de tercera—
Voy ligero de equipaje

También viajaban así entonces Giner y Galdós; aquel llevado de su espíritu franciscano, éste para acercarse más al pueblo y penetrar mejor en su España.

Antonio pierde en Soria a la dulce compañera de su vida.

Señor, ya me arrancaste lo que yo más quería.
Oye otra vez, Dios mío, mi corazón clamar.
Tu voluntad se hizo, Señor, contra la mía.
Señor, ya estamos solos mi corazón y el mar.

El Poeta eleva su queja a lo más Alto con un lamento de profunda y amarga angustia; luego humilla la cabeza y se acoge al amparo de la dulce seriedad.

El profesor trasladándose el Instituto de Segovia. Inviernos terribles, cruelísimos, con mucha nieve, muchos hielos y la pobre calefacción de un brasero de herraj. Ya la República española creía en su ingenua niñez, arropada por el calor popular, y todavía el querido poeta continuaba sufriendo, enfermo, los rigores del clima segoviano. Mi admiración a Machado ayudó a obtener del

Ministerio de Instrucción Pública algún alivio en aquella situación, mediante licencias mensuales dejando siempre la enseñanza atendida. Después la justicia de la República y los méritos del profesor-poeta facilitaron su traslado al Instituto Calderón de la Barca, en Madrid. Allí mi hijo menor alcanzó la fortuna de tenerle como maestro: maestro sencillo y generoso de sugerencias y adoctrinamientos, además de la tareas obligadas.

En su alabada y magnífica creación “Juan de Mairena” el profesor acertó a dejarnos, como quien no dice nada, certeras idas sobre la grandeza y servidumbre del arte de enseñar y donosas anécdotas, animadas por el mejor espíritu pedagógico. Recordemos aquella de los exámenes, que Machado sabía odiar todo cuanto pide el daño que hacen a la buena formación de la juventud.

Mairena era como examinador extremadamente benévolo. Suspendía a muy pocos alumnos y siempre tras exámenes brevísimos. Por ejemplo:

—¿Sabe usted algo de los griegos?

—Los griegos... los griegos eran unos bárbaros.

—Vaya usted bendito de Dios.

—¿...?

—Que puede usted retirarse

Era Mairena —no obstante su apariencia seráfica— hombre en el fondo de malas pulgas. A veces revivió la visita airada de algún padre de familia que se quejaba, no del suspenso adjudicado a su hijo, sino de la poca seriedad del examen. La escena violenta, aunque también rápida, era inevitable.

—¿Le basta a usted ver a un niño para suspenderlo? —decía el visitante—, abriendo los brazos con ademán irónico de asombro ad-

mirativo. Mairena contestaba, rojo de cólera y golpeando el suelo con el bastón:

—¡Me basta ver a su padre!

Pero ninguna anécdota más rebosante de gracia andaluza y humor castellano —prócermente unidos en el espíritu de Machado— y también de aguda intención filosófica que aquella deliciosa estampa del oyente:

El oyente de la clase retórica, en quien Mairena sospechaba un futuro taquígrafo del Congreso era, en verdad, un oyente, todo un oyente, que no siempre tomaba notas; pero quien siempre escuchaba con atención, ceñuda unas veces, otras sonriente. Mairena lo miraba con simpatía no exenta de respeto, y nunca se atrevió a preguntarle. Sólo una vez, después de interrogar a varios alumnos sin obtener respuesta satisfactoria, señaló hacia él con el dedo índice, mientras pretendía en vano recordar su nombre:

—Usted...

—Joaquín García, oyente.

—Ah, usted perdone.

—De nada

Mairena tuvo que atajar severamente la algazara burlona que este breve diálogo promovió entre los alumnos de la clase.

—“No hay motivo de risa, amigos míos; de burla, mucho menos. Lo cierto que yo no distingo entre alumnos oficiales y libres, matriculados y no matriculados; cierto es también que en esta clase, sin tarima para el profesor, sin cátedra propiamente dicha, —Mairena no solía sentarse o lo hacía sobre la mesa— todos dialogamos a la manera socrática; que muchas veces charlamos como buenos amigos, y hasta alguna vez discutimos acaloradamente. Todo esto está

muy bien. Conviene, sin embargo, que alguien escuche. Continúe usted, señor García, cultivando esa especialidad.

EL PERIODISTA

Me creo parcialmente responsable —ello sin arrepentimiento— de la colaboración de Antonio Machado en la prensa de Madrid, durante los últimos años de su vida.

Cierto día la dirección de “El Sol”, el periódico español entonces más leído, me dio el encargo de buscar algunos colaboradores. No pude tener duda alguna y, desde la semana siguiente Antonio Machado y Juan Ramón Jiménez publicaban sendos artículos dominicales en la hoja madrileña. Así contribuí ya a distraer de sus renglones cortos a los grandes poetas; bien que los renglones largos de su prosa eran también poesía. Bella prosa de estilo diferente, pues diferentes eran los dos altísimos escritores... incluso en la relación con la letra impresa.

Juan Ramón concedía esencial importancia al sitio donde había de aparecer su artículo: no en la plana primera, pues lo estimaba espantoso; ni en la última, porque hubiera significado menosprecio; no muy abajo en la página, para que no pasara inadvertido; ni muy arriba, pues diríase que se empinaba y huía por la claraboya. No debía tener cerca anuncios vulgares, ni otros artículos que desentonasen por su contenido o vocabulario. “¿Ha visto usted? (me telefoneó una vez indignado Juan Ramón). No niego que este artículo es interesante, pero la palabra ‘Barriga’, en que el autor se recrea al parecer... ¡intolerable, Santullano! ¡Intolerable!

Machado tenía otra debilidad: ¡las erratas! Las erratas que, para algunos lectores, son la sal y salsa de la prensa diaria. Pero no

lo eran para nuestro Poeta, y así padecía mucho, mucho, cuando una letra o una sílaba trastocadas alteraban el suave ritmo del periodo; sobre todo, cuando el terremoto de unas líneas en el ajuste dificultaba la lectura o aparentaba un sentido absurdo. Pero Machado era tan bueno y paciente que no protestaba como Juan Ramón, sino que daba a su hermano José el encargo de visitarme, para ver si sería posible evitar los desmanes otra vez de la linotipia.

Antonio Machado era todo él cordialidad afectuosa y señorial, de esa que no se manifiesta con familiaridad de gestos, abrazos y golpecitos en la espalda —modo de políticos— sino a la manera de los caballeros españoles, que los artistas acertaron a representar mediante el ademán sobrio, acogedor, afable.

La afectuosidad del poeta tenía expresión acendrada en el hogar, en la relación con los suyos. Entrañable y delicada amistad, poco frecuente en ese grado, la de los hermanos, Manuel, Antonio y José, ordenados así en razón de edad. Todas las tardes, en la proximidad del oscurecer, fuese invierno o verano, reuníanse los tres hermanos en un café madrileño y con ellos dos o tres amigos, el actor Ricardo Calvo inexcusablemente. Era la peña de los Machado, los dos poetas y el pintor, a la que poco a poco se incorporaban amigos ya admiradores de Antonio, sobre todo, aun siendo Manuel también un eximio poeta y, si se quiere, más popular, por lo mismo que su musa era —y es— más gitana y amiga de la calle.

Antonio gustaba de la intimidad y, en esas horas de recreo, de diálogo cordial, prefería la compañía de los suyos y de las personas que merecían su estimación. De ahí que la tertulia de los Machado fuese inestable e itinerante dentro de la ciudad, esto para evitar el crecimiento excesivo del grupo, según acontecía, una y otra vez, y dar esquinazo a los tertulianos demasiado locuaces, que el Poeta

no soportaba, ni como espectáculo, más allá de un par de tardes. Entonces venía el trasladarse a otro café distante y el participar el cambio secretamente a los amigos. Aunque mis tareas no me consentían mi asistencia regular a la tertulia de Antonio, no dejaba de recibir cariñosamente los avisos de estas divertidas trashumancias.

Personalmente recibí la prueba más clara de la amistad de Antonio en la ocasión de tomarse en Madrid la Comisión encargada de secundar la iniciativa sevillana para dedicar una fuente a los dos poetas —Manuel y Antonio, en el hermoso Parque de María Luisa, donde los hermanos Bécquer y los hermanos Álvarez Quintero tenían ya sus glorietas conmemorativas. El pintor y arquitecto —jardinero Winthuysen— recibió el encargo de proyectar la florida fontana, y los Machado fueron avisados de designar respectivamente a un amigo suyo que los representara en la Comisión, a fin de que las cosas se hiciesen conforme al gusto de los poetas. Manuel dio su delegación al escritor Pepe Tudela; Antonio me distinguió cariñosamente con la suya... El levantamiento militar y la guerra hubieron de suspender el proyecto, que hemos de llevar algún día a cumplida realización.

Por aquel Tiempo yo veía mucho a Antonio, pues coincidíamos en las reuniones del Patronato de Misiones Pedagógicas, que presidía el querido maestro Cossío. Al aceptar el Ministerio de Instrucción Pública mis sugerencias en relación con este organismo, dio también el beneplácito en relación a las personas que habían de respaldar la obra en servicio del pueblo. Por vez primera reuníanse en España a colaborar desinteresadamente en una empresa de cultura poetas, músicos, educadores, médicos y gentes bien puestas de la vida. Antonio Machado fue hasta la hora última, uno de los vocales más asiduos del Patronato y hablando allí poco, decía siempre la palabra justa y orientadora.

En aquella nuestra labor había una actividad que interesaba principalmente a Machado: el Teatro ambulante o “Teatro del pueblo”, según le habíamos denominado, camarada rural de “La Barraca”, de García Lorca, con la que manteníamos buena relación, pues eran los mismos nuestros objetivos: elevar por medio del arte, el tono cultural de los humildes, de la vida española. En sus excursiones dominicales y de vacaciones llevábamos los españoles la alegría comunicativa de los estudiantes-actores, intérpretes excelentes de un repertorio de obras clásicas y de bellos romances y canciones. A propuesta de Machado, fue confiada la dirección teatral de las Misiones a Ricardito Marquina, hermano del poeta de igual nombre, y cuando aquél hubo de dejar el puesto, Antonio Machado hizo suya la designación que yo presenté al Patronato a favor de Alejandro Casona, director de nuestro “Teatro del Pueblo” hasta que la guerra lo desbarató todo.

Machado acudía a las reuniones del Patronato —allá en los rigores del invierno madrileño— bien enfundado en su famoso gabán, un gabán que pesaba mucho y abrigaba poco, con algunas otras particularidades reseñadas malintencionadamente por el donoso Juan de Mairena, su propietario y paciente. “La especialidad de este abrigo —decía Mairena a sus alumnos— consiste en que, cuando alguna vez se le cepilla para quitarle el polvo, le sale más polvo del que se le quita, ya porque sea su paño naturalmente ávido de materias terrosas y las haya absorbido en demasía, ya porque estas se encuentran originalmente complicadas con el tejido. Acaso también porque no se halló ningún maestro en el manejo del cepillo.... Con este gabán que uso y padezco, alegorizo yo algo de lo que llamamos cultura, que a muchos pesa más que abriga...”

Machado no tenía la menor soltura de ponerse su rígido y compacto abrigo, y así era graciosa tarea la que los amigos nos

dábamos para ayudarle a meterse las mangas y tirarle de aquí y de allá hasta acomodárselo al cuerpo, nunca cumplidamente, pues la oposición de la prensa, que no prendía, era la de una tabla rebelde a la flexibilidad. Antonio se sometía sonriente a la operación, no sin decir entre dientes: “Esta maldito gabán... No hay quien le pliegue a razones”.

SUS MAESTROS

Hemos aludido al maestro Cossío. Por cariño a él, principalmente, consintió Machado en someterse al deber, enojoso para un poeta, de asistir puntualmente a reuniones pedagógicas y de participar en trabajos varios. Machado fue, según indicábamos, exactísimo cumplidor de la voluntaria y gratuita obligación hasta la postrera reunión con nuestro amado Presidente, celebrada en el campesino lugar de la Sierra de Guadarrama. Allí iba despidiéndose Cossío serenamente de la vida que había de rendir dos días después de aquella tarde en que rodeábamos devotamente su blanco lecho, en la terraza de la casita veraniega, Antonio Ángel Llorca —otro maestro excepcional— y yo. Tarde maravillosa, inolvidable, contemplando la llanura inmensa dorada por el sol otoñal —floreceda en primavera de jaras, tomillos, cantuesos—, limitada en la fuerte lejanía por la montaña de Abanto, a cuyo regazo se acoge la masa severa y gris de El Escorial. A la semana siguiente Machado escribía: “Era mucha la belleza espiritual del gran español que hoy nos abandona para que podamos encerrar su figura en las corrientes epopeyas de la españolidad. Tampoco nos quedan buenos retratos suyos... Lo más parecido a su retrato es la figura velazqueña del marqués de Espinola recogiendo las llaves de una ciudad vencida.

Porque allí se pinta un general que parece haber triunfado por el espíritu, por la inteligencia; que sabe muy bien como la batalla ganada pudo perderse, y que hubiera sabido perderla con la misma elegancia”

Así también con palabras análogas de comprensión y belleza supo Machado despedir a otro de sus grandes maestros de la Institución Libre de Enseñanza, don Francisco Giner de los Ríos, en una hermosa composición que, por el arte peregrino del poeta, convierte en sano estímulo la alegría:

Como se fue el maestro
La luz de esta mañana
Me dijo: ‘Van tres días
Que mi hermano Francisco no trabaja’.
¿Murió?... sólo sabemos
Que se nos fue por una senda clara,
Diciéndonos: ‘Hacedme
Un duelo de labores y esperanzas.
Sed buenos y no más, sed lo que he sido
Entre vosotros: alma.
Vivid, la vida que sigue,
Los muertos mueren y las sombras pasan;
Lleva quien deja y vive el que ha vivido.
¡Yunques, sonad; enmudeced, campanas!

SU MUERTE

También Antonio Machado supo laborar hasta la hora última. Pues rendido de fatiga espiritual y corporal llegó al pueblecito

francés de Colliure, en los Bajos Pirineos, brutalmente arrojado por la galerna de nuestra guerra. Otro fin de semana —como aquel del Guadarrama, con el señor Cossío— Antonio dictaba a su hermano José una carta para mí —la última carta del Poeta— desde su lecho de casi agonizante, diciéndome engañosamente que su salud iba en alza y que esperaba verme pronto en París, donde yo accidentalmente vivía. Esto decía la letra de la carta, pero los trazos de la firma vacilantes en temblorosa huida, declaraban que la existencia del Poeta se escapaba al más allá...

Así murió el Poeta, en el destierro del éxodo amargo, acaso obediente al lejano y sereno presentimiento:

Y cuando llegue el día del último viaje
Y esté al partir la nave que nunca ha de tornar,
Me encontraréis a bordo ligero de equipaje,
Casi desnudo, como los hijos de la mar.

José Machado, *Últimas soledades del poeta Antonio Machado*
(*recuerdos de su hermano José*), Soria, Imprenta Provincial,
1971, pp. 165-175

AMERICANISMO

EL CARIBE, LABORATORIO DE CULTURAS

Bien se advierte en cualquier mapa que la zona del Caribe tiene su personalidad geográfica. El rosario de islas grandes y pequeñas Antillas, de islotes y atolones, son como pasaderas que invitasen a cruzar de Venezuela a la Florida. Y el mar que se extiende entre ellas y la tierra firme diríase un gran lago que remansa las aguas violentas del Atlántico. El cielo y el sol ponen lo demás y hacen que el trópico y sus cercanías sean, como Vasconcelos quiere en su “Indología”, profusión de elementos activos, aire y libertad, luz y alegría y multiplicación de los ritmos.

Profusión de elementos activos... Del lado de los hombres hubo una vida sencilla y feliz, que los feroces caribes inquietaban de tiempo en tiempo. Nos lo cuenta el Dr. Chanca en el segundo viaje de Colón: “La costumbre de esa gente del Caribe es bestial. Son tres islas; esta se llama Turunqueira; la otra que primero vimos se llama Ceyre; la tercera se llama Ayai. Estos todos son de conformidad como si fuesen de un linaje, los cuales no se hacen mal. Unos y otros hacen guerra a todas las otras islas comarcanas; los cuales van por más de ciento cincuenta leguas a saltar con muchas canoas que tienen, que son unas fustas pequeñas de un solo madero. Esta gente saltea en otras islas; que traen las mujeres que pueden haber, en especial mozas hermosas, las cuales tienen para sus servicios; y traen tantas que en cincuenta casas ellas no perecieran, y de las cautivas se vinieron más de veinte mozas. Los hombres que pueden haber, los que son vivos, llévanse los a sus casas para hacer carnicería de ellos...dicen que la carne de el hombre es tan buena que no hay tal cosa en el

mundo”.¹ Más que ninguna de las islas mayores, Puerto Rico sufría esas acometidas de los fieros caribes, procedentes de las islas menores occidentales y del sur también de la costa próxima. ¡Pobres aruacas antillanos, tan pacíficos que no dudaban en acariciar por el filo de las espadas de los descubridores, con la sorpresa de cortarse las manos; tan dulces, dice M. Fernández de Navarrete, que “no puedo creer que hombre haya visto gente de tan buenos corazones y francos para dar”; tan señores en sus maneras que el cacique invitado a bordo por los descubridores “en su comer, en su honestidad y hermosa manera de limpieza se mostraba ser bien de linaje”.²

Pero el sino de los araucas era ese: poseer sus islas afortunadas, no gozar en sosiego de tanta delicia y perecer luego que el hombre blanco les invade. Llegan los conquistadores y, si amedrentan a los caribes feroces, no es ventaja inmediata para los isleños. Ciertamente los primeros españoles, tampoco los siguientes, no se los comieron; pero exigían tal esfuerzo a los nativos —en los caminos, en las minas, en las edificaciones públicas, en los transportes— que el indio, flojo de vigor y de ánimo, dicen que delicado, no pudo soportarlo, y así dulcemente —¿dulcemente?— fue rindiendo la vida hasta casi desaparecer. Desaparición del indio autóctono, el hijo de la tierra isleña sin adivinar lo que le iba a traer el hombre de Europa, un poco asustado por aquellos gestos excesivos: “Yo, Alonso de Ojeda —les grita el soldadote en su proclama de 1509— servidor de los altísimos y poderosos reyes de León, conquistadores de las naciones bárbaras, su emisario

¹ Relato de los señores del Cabildo de Sevilla. Citado por J. Daubín Areceda: *Exploradores y Conquistadores de Indias*.

² Colección de los viajes y descubrimientos que hicieron por mar los españoles desde finales del siglo xv.

general, os notifico y declaro categóricamente que Dios nuestro Señor, que es único y eterno, creó el Cielo y la Tierra y un hombre y una mujer, de los cuales vosotros, yo y todos los hombres que han sido y serán en el mundo descendemos”. Bueno, ¡y qué!, se dirían los buenos araucas para sí, sin despegar los labios. Porque Fernández de Navarrete nos dice también que los indios eran de pocas palabras y que les bastaba hacer señas con las manos para entenderse de maravilla. Magnífico silencio del Indio, que hasta hoy perdura³. Paul Morand cuenta en “Air Indien” su admiración en los mercados de Bolivia —lugares los más ruidosos en todas partes— donde doscientos, trescientos aldeanos indios trataban sus negocios sin que se oyese un murmullo en aquella asamblea de fantasmas. André Maurois, en su libro “Etats Unis”, señala la sorpresa suya cuando al visitar la tribu de los Osages el jefe de ella responde a sus preguntas: “Podría contar muchas cosas; pero el indio se calla. Blanco habla para no decir nada”. Mucho antes, D. Juan de Palafox y Mendoza, obispo de la Puebla de los Angeles, escribía que era tal silencio de los mejicanos que así estuvieran dos horas aguardando audiencia y se juntaran treinta en la sala de espera, ninguno rompía el silencio. Entre ellos el hablar es preeminencia tan grande que es señal de superioridad, como lo es subordinación y obediencia el callar. Para decir a uno “superior” le llaman “Tlatoani”, que quiere decir el que habla, el que tiene jurisdicción para hablar.

Ya el hijo del Descubridor, ya Ponce de León y los demás adelantados habían dominado el interior de las islas antillanas, y antes de que medie el siglo la raza indígena casi no contaba. Tomás Blanco busca la explicación fundamental de ello en el fenómeno

³ Según las leyendas preincaicas la raza india salió de las piedras.

conocido donde quiera que se establece una relación entre una civilización avanzada y razas en estado de naturaleza, según ha ocurrido en Hawai: “los factores principales que producen este fenómeno son la falta relativa de inmunidad para las enfermedades importadas, los zozobras y trastornos debidos a una civilización impuesta y la dilución de la sangre por medio del mestizaje”.⁴ Generosa y razonadamente el Dr. Blanco sale al encuentro de la leyenda sanguinaria de la destrucción del indio antillano por el español audaz y ambicioso; mas luego añade como otra prueba de la despoblación indígena: “en Puerto Rico influyó también el éxodo de los naturales hacia las islas Vírgenes”. He aquí, bien registrado, un primer hecho de la incompatibilidad de dos culturas de signo diferente en el alba del siglo xvi. El español llevaba codicia, prisas, gritos a unas gentes que necesitaban muy poco para vivir y eso la Naturaleza se lo daba; no sentían urgencia de nada ante las caricias del sol, algo fogosas a veces, bajo los abanicos de las palmeras, y se entendían entre sí con breves gestos y palabras suaves. Y los recién llegados pretendían imponer un Dios grande a sus dioses menores; pero los hombres pálidos no acertaban a salvarlos de las terrible iras del dios Huracán, enemigo de los frágiles hogares sobre estacas, de las plantas nutricias, de las aves sustanciosas, de los ríos que desbordaban asustados, más sobre todo del hombre que había de refugiarse en hoyos y bajo tierra, para que el Huracán no lo descubriera y aniquilara.

Los indios puertorriqueños huían a las islas menores, de donde procedían sus tradicionales enemigos, porque no podían acomodarse a un tipo extraño de ver, sentir y realizar la vida. Y ocurrió luego otro peligro para los que quedaban, también para

⁴ Prontuario de Historia de Puerto Rico.

los mismos españoles, pues a los temidos caribes siguieron los solapados aventureros franceses, ingleses, holandeses. Estaban estas gentes en las costas norteamericanas. La tentación desde allí era mucha, mirando hacia el lago antillano. Inglaterra apetecía —con el buen apetito que la Geografía Universal le ha dado— las islas del Caribe y desafiaba a España y al mundo con su “No peace beyond the Line”; y así Inglaterra amparaba la piratería y la eleva a rango heroico, que asciende hasta los honores de la Señoría en Francisco Drake, bandido genial. El fácil disfraz de corsario protege a los piratas, bucaneros y filibusteros, algunos de ellos, como el Drake, bajo el amparo real.

¿Viene entonces el recelo del mar que siente aún el pueblo puertorriqueño, de aquel pavoroso miedo al “holandés”? Porque hacinada una población de casi dos millones donde menos de la mitad podría sostenerse bien, sólo busca en las aguas marinas, abundantes en ricos peces, una exigua parte del sustento que ha de traer de fuera a precio costoso. Claro es que los borinqueños del día puedan decirse que tampoco Grecia, la grande, llegó a superar el miedo marino.

En 1586 España decide ayudar a Puerto Rico y establece el que llaman “Situado”. Una fuerte suma de plata que México, rico y generoso, ha de enviar anualmente a la Isla para atender su defensa, fomentar obras públicas, favorecer la riqueza; mas allí están agazapados, tras los islotes, los aguerridos bucaneros, que se apoderan del tesoro cinco años seguidos. El procedimiento tenía sus riesgos, y hubo de quebrar al fin. Hoy la caña de azúcar, y hasta hace poco el tabaco y el café, son otros tantos “situados”, mejores que los de antes, porque se hallan en el sitio y no corren los peligros del mar. Riqueza que, aprovechando en lo más y mejor los extraños, no obliga a mayores conocimientos geográficos que

los mostrados en un parlamento inglés, en la Cámara de los Comunes, refiriéndose a las Islas Vírgenes Británicas, cuando dijera de ellas: “una cierta tierra lejos de la Isla del Hombre”... Pero ya está creada y funciona, aunque despacio, la “Comisión Anglo-Americana del Caribe”, para ocuparse de levantar el plano de la vida antillana. En mayo de 1942 se reunieron en Jamaica los seis delegados de Inglaterra y Norteamérica y comenzaron a examinar las cuestiones relacionadas con el trabajo, la agricultura, la vivienda, la salud, la educación, el bienestar social, la economía y la hacienda pública. Uno de los miembros de la Comisión, el norteamericano Taussig, no se mordió la lengua para declarar: “Diríase que han coincidido aquí los productos derivados de todos los errores económicos y políticos del hombre en los últimos quinientos años”. Mas para corregirlos ahora no se ha dado participación directa a los más interesados, a las gentes que pueblan el Caribe y sufren las consecuencias de aquellos errores seculares; bien que haya destacados y talentosos asesores isleños al lado de algunos de los delegados. Y es que los intereses en juego no son ya exclusivos de los cubanos, de los puertorriqueños, de los dominicanos, de los jamaquinos, etc. Esos intereses, si bien tienen la raíz en las islas, sus flores y frutos, están lejos.

En aquellas tierras del mar antillano hállanse representadas, como en zona alguna del mundo, muchas razas y nacionalidades. Cuba, por ejemplo, ofrece al lado de la predominante mayoría blanca originaria de España y de casi toda Europa, una gran población negra y mezclada, una colonia numerosa china y no pocos japoneses. En Trinidad, con sólo 425,000 habitantes, negros en su mayoría, quedan ciento cuarenta mil indios y hay una población blanca que descende o procede de España, Inglaterra, Francia o Portugal. Y la islita de San Martín, que apenas se ve en el mapa,

debe tener su valor cuando se la han repartido, mitad a mitad, holandeses y franceses, que viven allí con los indios nativos, con daneses, armenios, turcos, corsos, aplicados todos a lo mismo, a sacarle jugo a la pequeña tierra, sin que lo dificulte la diversidad de lenguas. Bien dice Evere Allen al llamar “laboratorio del mundo” a la zona geográfica del Caribe. Laboratorio que, siendo una confusión de razas, idiomas, religiones, ideologías sociales y políticas, muestra una tendencia a evitar la confusión babélica y está en proceso de construir una cultura propia, a base de la secular aportación española y de los imperativos que dan el medio físico, el fondo racial aborigen, la contribución africana, las varias inmigraciones, la mezcla de estos diversos elementos y el influjo de los varios y hasta encontrados estímulos; de todo lo cual puede aguardarse un enriquecimiento espiritual y material para el mañana del Caribe, quizá como en ninguna otra comarca de América, la hispana y la sajona. Entonces podrá ser realidad la unificación de las Antillas y ofrecerse al mundo el hecho singular de que pueden entenderse, mezclarse y fundirse los hombres de todos colores, sangres y almas.

Mirada al caribe. Fricción de culturas en Puerto Rico,
México, El Colegio de México, 1945, pp. 17-23 (Jornadas, 54).

ÁFRICA EN EL CARIBE

No se puede hablar del Caribe sin mencionar especialmente al negro, aun más que al mismo indio, si se permite esta afirmación, ya que el indio desaparece pronto y casi totalmente en las islas mayores. El negro viene a sustituirle en las faenas manuales del campo y la ciudad, al servicio del blanco colonizador.

El negro llega al Caribe en las primeras horas de esa colonización. En 1505 salen de Sevilla diez y siete esclavos para trabajar en las minas de La Española. En 1510 Vicente Yañez Pinzon compra en Lisboa ciento diez africanos y los envía también a Santo Domingo. En 1518 uno de los caballeros flamencos del gobierno de Carlos V no se desdora en buscar y alcanzar el privilegio, hoy diríamos monopolio, de llevar esclavos de África a las Antillas. En la conquista de México acompañan a los españoles hombres negros que impresionan a los indios con su fealdad. Los portugueses, primeros exploradores de la costa africana, y explotadores enseguida de la carne de ébano, facilitan este comercio humano e inhumano a la vez. Después ya fue cosa de toma y daca el repugnante tráfico, ahora ayudando el inglés. El negro era buen trabajador y, hecho al clima fuerte de su país, resistía el sol antillano. El historiador Salvador Brau dice que los esclavos negros adquiridos a principios del siglo XVI para ayudar a las obras públicas de Puerto Rico alcanzan casi todos la ancianidad. “Trabaja como un negro”, se dice hoy en burlona alabanza del buen esfuerzo físico.

¿De dónde venían estos negros? Fernando Ortiz, autoridad mayor en estas investigaciones, escribe¹ que procedían no sola-

¹ “On the relations between blaks and whites”.

mente de la costa africana, sino de todos los lugares del interior, de Mauritania y Senegambia, de Guinea, Gabón, Congo y Angola, hasta de Zanzibar y Mozambique. Y traían con ellos su cultura.

Ahora bien, esta cultura negra, que generalmente se mira como algo muy inferior, tenía una tradición muy rica y milenaria. León Frobenius nos dice² que en la época prehistórica África recibió por el norte, por oriente y por occidente, el influjo de las más viejas culturas. De ahí que, al comparar los fragmentarios relatos antiguos con las primeras noticias de los viajeros portugueses, españoles, alemanes e ingleses, se registre allí la existencia, un tiempo, de campos labrados y jardines, de grandes ciudades con avenidas de palmeras, de lujosas atavíos de las gentes, de bellos objetos que suponen diestros artífices, de metales fundidos, de marfiles y tejidos variados. Y había en África cuatro castas, cuya graduación muestra un orden jerárquico no superado hoy, a pesar de las bobas apariencias: los nobles o caballeros, los bardos, los artesanos, con los herreros en lugar destacado, y los labradores. Aquellos caballeros aristócratas de la categoría primera le merecían sin duda, pues igual que muchos hombres eminentes y admirados en la pseudo-democracia del día, se lo debían todo al personal de esfuerzo. Samba Gana, hijo del príncipe de este nombre, cuando llega a la edad apropiada, no se satisface con la riqueza y las comodidades de la casa paterna, sino que deja la ciudad y va a conquistar la tierra que ha de tener de señorío. Lleva en la empresa la sola compañía de dos diali o bardos y dos sufas o siervos; lo que viene a declarar que no le bastará la fuerza del brazo, sino que ha de

² "La cultura de la Atlántida", [*Revista de Occidente*, 1, 1923 pp. 289-318. [N. de A. S. C.]

mostrar en los riesgos de su ambición ingenio y talento para la conquista, el caudillaje y el gobierno.

Todavía más. En la primitiva África había algo inaudito y que acaso pudiera servir aún de modelo en las crisis violentas de nuestros pueblos. Había la anarquía periódica y organizada dentro del régimen monárquico. Todo rey tenía prefijado el tiempo de su mandato y de la vida. A su muerte, de la que se encargaban cuatro victimarios, seguía necesariamente un período querido, previsto, de desgobierno, de libertad máxima, durante el cual nadie trabajaba. Luego elevado al trono el nuevo monarca, la sociedad se reintegraba tranquilamente a la vida ordenada y feliz. ¿No habrá aquí, en ese desahogo general, casi ritual y temporalizado, una explicación de las sangrientas y terribles revueltas que los humanos se vienen lanzando cuando no pueden ya aguantar el orden establecido?

Viene todo esto al cuento de otorgar a los negros la consideración que se merecen por su excelente historia de ayer y por su colaboración social de hoy. La economía del Caribe no puede ser concebida sin el hombre de color. Y con ella otras cosas, de orden espiritual: la música, el baile —también en Norteamérica— las tradiciones, creencias y prácticas religiosas, las diversiones, etc. Y ahí están los hondos, nostálgicos “espirituales”, que remueven en los descendientes del hombre africano el dolor de la ausencia, el sentimiento de la patria primera y lejana, no solamente de la tierra, sino de todo lo que fue suyo, de una perdida civilización. De ella trajo al negro y dio a la raza mezclada del Caribe muchas virtudes señoras: el amor a la libertad, por lo mismo que el negro no la ha reconquistado plenamente, el ingenio, la sensibilidad emotiva, la lealtad, la facilidad de palabra, la disposición artística, la destreza corporal, cierta deliciosa ingenuidad, en fin, la gracia, ese don superior que produce a veces un gesto, un movimiento, una expresión que encantan.

Cuando hablamos de los negros, nos referimos a todo individuo más o menos teñido de color africano. Por lo demás, con un poco de atrevimiento, cabría afirmar que el negro-negro, el negro puro apenas existe. Desde muchos siglos atrás, antes del período histórico se vino mezclando con el blanco. Acaso la sensualidad del negro, de la negra también, habrá ayudado a ello y, ya en las islas del Caribe y en otros lugares de América la mezcla de sangre fue asunto fácil de hembra y varón. Por eso la Iglesia católica, tan vieja y tan sabia, decidió pronto que el indio y el negro eran también personas, capaces y dignas de sacramentos, entre ellos el del matrimonio, no siempre necesario para la relación carnal.

Ello ha traído la dificultad conocida en las Antillas: donde comienza el hombre blanco y termina el hombre negro, y al contrario. En Puerto Rico la palabra “negro” aplicada al individuo humano, no existe en el lenguaje habitual. Se la suple diciendo “de color”, y al poquísimo que la piel blanquee se le llama propia o impropriamente “moreno”. Hasta la palabra “mulato” parece vitanda³. Las maestras norteamericanas que llegan a la Isla encuentran gran dificultad al clasificar a los niños en las casillas de las razas y, queriéndolo o no, han de evitar la calificación de “negro” y bautizar como blancos o morenos a muchos escolares de subida tez. El Dr. Raymond Logan, intelectual negro, dice que los criterios generalizados en Norteamérica dificultan también allí la calificación

³ “Tan depresivos fueron en los pueblos hispánicos, sin exceptuar la misma España, los vocablos negro y mulato, que su uso fue limitándose a los esclavos, porque implícitamente significaban esclavitud o vileza social. Y para el sentido corriente y meramente indicativo de la distinción racial se acudió a otro vocablo, análogo, pero de acepción convencionalmente peyorativa. Así se dijo *moreno* al negro libre y negro al esclavo; de igual manera que hubo que decir *pardo* al mestizo libre y mulato al sujeto a servidumbre. (Fernando Ortiz: “Raza, voz de mala cuna y mala vida” *Cuadernos Americanos*. Septiembre-octubre 1945).

última y exacta del individuo de color. Y el profesor Ch. C. Rogler, investigador de la vida puertorriqueña, escribe:

El mulato claro es considerado blanco y pasa como tal sin más averiguación. El mulato oscuro, como tal, nunca pertenece a la clase alta. Sin embargo y para tomar un caso hipotético, si un mulato de piel oscura fuera admitido en la categoría superior, sólo por este hecho se le definiría como individuo blanco. El significado de raza queda así subordinado a la situación social⁴.

Así es y no es del todo así. Sin llegar al prejuicio de raza en el grado conocido en otras partes, los blancos puros, descendientes de emigrados europeos, generalmente españoles, miran con cierto desdén íntimo a las gentes de color que pretenden alternar con ellos en sociedad y censuran las uniones matrimoniales, bastante frecuentes, con personas de diluida ascendencia africana, aunque la tez no la denuncie. Y aun entre las gentes modestas se procura ocultar la ascendencia negra. Muchas veces la pobre abuela ha de disimularse en la cocina cuando llega la visita blanca:

Aquí el que no tiene dinga,
tiene mandinga ¡já! ¡já!
Por eso yo te pregunto:
¿Y tú agüela a onde ejtá?...⁵

⁴ *Comerio*, monografía del pueblo de este nombre. [Charles Cordier Rogler, *Comerio, a Study of a Puerto Rican Town*, Kansas, University of Kansas, 1940, Social Science Studies, núm. 2. N. de A. S. C.]

⁵ Fortunato Vizcarrondo: *Dinga y Mandinga*. [*Dinga y mandigna: poemas*, San Juan de Puerto Rico, Talleres Tipográficos Baldrich, 1942. N. de A. S. C.]

El negro no quiere serlo y esa es su tragedia. No quiere serlo porque el blanco le mira de arriba abajo sólo por el color, aunque valga menos que él. Afortunadamente avanza con cierta rapidez la mezcla de sangres en las Antillas, donde hay campeones decididos como Fernando Ortiz, de la última liberación del hombre de color. No lejos del Caribe José Vasconcelos exclamaba honradamente: “¡Como si ser mulato no fuese la carta de ciudadanía más ilustre de América! ¡Si creo que hasta Bolívar lo fue!”.⁶ En todo caso ya estamos lejos de Gobinau y de su famoso “Ensayo sobre la desigualdad de razas humanas”. Quizá Puerto Rico sea uno de los lugares donde más se haya avanzado en la aproximación de las gentes de uno y otro color. La superioridad en número de la raza blanca ha facilitado la absorción y dilución del negro más que en otras Antillas. El joven novelista Enrique A. Laguerre escribe sin empacho: “Mucho mejor sería que fuésemos un pueblo más fuerte, más alerta, más feliz, aunque fuésemos —¡qué importa!— más morenos”.⁷ Sin escribirlo, son muchos los que admiran o temen al “grifo”, mestizo de sangre negra y mulata, que exhibe fortaleza, audacia, actividad y ambición, a veces con dotes de inteligencia, y produce un tipo particular destacado en la Isla.

Desde los días coloniales de España la acción oficial puertorriqueña viene procurando una relación estrecha entre las razas y sus derivados. En 1770 se estimuló la creación de escuelas primarias, a las que debían asistir indistintamente todos los niños que se remitiesen, “fueran blancos, pardos o morenos libres”; morenos, esto es, negros auténticos. Un negro así, el maestro Rafael Cor-

⁶ *Indología*, [Obras completas, México, Libreros Mexicanos Unidos, vol. II, 1958. N. de A. S. C.]

⁷ *La llamarada*, novela. [Enrique A. Laguerre, *La llamarada*, Puerto Rico, Biblioteca de Autores Puertorriqueños, 1939. N. de A. S. C.]

dero, mostró en el siglo XIX tales condiciones pedagógicas que “juntaba en la ciudad, alrededor de la mesa del tabaquero, a los hijos de encofetados funcionarios con los de oscuros menestrales, para distribuirles gratuita enseñanza; conducta observada en toda la isla por mujeres, algunas de ellas negras o mulatas manumisas, madres intelectuales de toda una generación”⁸. Los Estados Unidos, rompiendo los prejuicios escolares del propio país, han respetado en Puerto Rico la buena tradición, y así conviven allí en las aulas niños y jóvenes blancos, mestizos y de color, estos escasos en número, desde las aulas primarias a la Universidad.

Mirada al caribe. Fricción de culturas en Puerto Rico,
México, El Colegio de México, 1945, pp. 25-30 (Jornadas, 54).

⁸ Salvador Brau, *Historia de Puerto Rico*.

LA POESÍA DEL PUEBLO EN HISPANOAMÉRICA. ALGUNAS NOTICIAS SOBRE SU EXPRESIÓN INICIAL

Víctor Bérard, el gran homerista francés —¡muy lejanas ya las horas felices en que le escuchábamos admirados y envidiosos de sus navegaciones por el mar griego en seguimiento de Ulises!— debía saber lo que decía al relacionar, con Diderot, la barbarie primitiva y algo ingenua, a pesar de todo, y la Poesía bien sentida, porque los hombres de las edades remotas, no perturbados por las ideas abstractas, y sin palabras todavía para captarlas, hallábanse privilegiadamente dotados para comunicar el lenguaje de la imaginación y de las pasiones. Mas quizá, seguramente, ha habido en las manifestaciones de lo bello primitivo algo anterior a la Poesía, y ahí está la Danza señalándonos la prioridad. El hombre, desde que lo fue, se debió ver impulsado a expresar sus reacciones íntimas, de alegría, pena, temor, victoria, en la forma espontánea y fácil de movimientos corporales que, en un principio desordenados, pronto las religiones naturales y sus cultos acertaron a subordinar a éste o el otro ritmo. Era la “descarga emocional”, de que habla Adolfo Salazar en su reciente “Breviario” sobre la Danza, pues el hombre baila por lo mismo que canta, bien que el baile haya precedido. En todo caso y, para zanjar la precedencia, es una fusión entrañable la que advertimos en la Danza, la Música y Poesía primeras, fusión conservada hasta hoy, por ejemplo feliz en la antiquísima Danza Prima asturiana que —ego quoque— también yo he bailado en el hermoso castañar de Pola de Siero.

Pero he aquí que en México nos sale al paso, en relación con los anteriores, un elemento que no sospechábamos: la Pintura.

Al hablar de los códices aztecas y de su función estimuladora de la memoria, Ángel María Garibay escribe: “Visto el libro o, más exactamente la pintura, el lector iba refiriendo y relatando la leyenda escondida bajo las imágenes y signos simbólicos del pinacograma. Era necesario una fijación mnemónica, y el metro y la música ayudaron a forjarla, como en todas las culturas literarias al comenzar. De ahí nació el cantar, poema, relato o “relación”, como se llamará con frecuencia la lectura comentada de lo que el códice decía... Bien pronto el cantar se libertó de la sujeción a la pintura... Pinturas y cantares, como un lugar común, son siempre citados en las antiguas escrituras cual fuentes de narración”. Valía la pena recoger noticias y consideraciones tan interesantes por lo que ayudan a iluminar las oscuridades del inicio y la solidaridad de las artes que, dejando volar la imaginación, pudieran llevarnos a descubrir en las maravillosas creaciones de la edad rupestre no sólo un antecedente de aquella relación expresiva, sino hasta una proyección, en el movimiento de las figuras —personas y animales—, hacia lo que había de ser, en nuestros días, la maravillosa revelación del cinematógrafo...

Pero, sin llegar tan acá y volviéndonos a los códices mexicanos, ¡qué admirable y sugeridora se nos ofrece esa relación íntima entre la pintura, que decía su historia exacta o legendaria, no importa; el cantar poemático, que la recogía y proyectaba hacia la fervorosa atención de las gentes, y la fiesta consecuente, démosla por segura, que animaba la danza! El estímulo de la belleza era uno: más su triple realización en la vida social del tiempo se daba feliz armonía y en obediencia a su único impulso emotivo, en grado que difícilmente podemos hoy sentirlo en nuestras escindidas valoraciones artísticas.

Hay en la persona humana una honda necesidad de ritmo, que adivinaron antes que otros los orientales y llamaron Fuerza Gozosa, al extremo de que, cuando la Danza y la Música se apartan de la tutela rítmica, en los casos de ciertos bailes y ciertas extrañas melodías en los negros, es para acentuar, a veces singularmente, un elemento ponderador y en apariencia rebelde, el de la Gracia.

La Danza iguala, si no supera, a la Poesía y a la Música en cuanto representación de valores estéticos; por lo que Baudelaire, altísimo poeta, llegó a escribir que “puede revelar todo lo que de misterioso oculta la Música y tiene, además, el mérito de ser humana y palpable. La Danza es la Poesía con brazos y piernas; es la materia graciosa y terrible, animada, embellecida por el movimiento”. Todo esto y lo que se calla, para seguir adelante, nos daría el porqué de su aparición en las horas primeras —lo sabemos por las pinturas de las cavernas— de las civilizaciones conocidas. Si el hombre consiguió probablemente gobernar los movimientos corporales antes de que el lenguaje le consintiese llegar al diálogo —todavía difícil entre los individuos y más difícil entre los pueblos— habremos de mirar con respeto las mismas frivolidades de la Danza, por lo que fue y es como expresión de íntima necesidad estética y por lo que ayudó —hay motivos para creerlo— a que la Música y la Poesía fueran un día sensibles al ritmo que ella trajo al mundo. Hoy mismo es fácil ver con los ojos y oír con los oídos danzas y músicas iguales a las que Góngora pintara con su pluma en el siglo xvi:

¡Qué bien bailan las serranas
Qué bien bailan!

.....

Una, entre los blancos dedos,
Hiriendo lisas pizarras,
Instrumento de marfil
Que las musas envidiaran...

¡Simples y lustrosas lajas, tomadas del suelo próximo, como mensajeras y guiadoras del ritmo, quizás igual que en los días cuaternarios!...

Esa feliz conjunción de la danza, la música, el canto, se dieron en forma particularmente lograda en las islas antillanas, con una extensión a las costas sur del Caribe y a los pueblos en cercanía. Y a la expresión de este triple y combinado gozo la reflejaba el *Are-yto*. Fernández de Oviedo dejó una descripción perfecta de dicha conjunción, localizada en la Española, que vale la pena recoger en su extensión: “Tenían esas gentes una buena e gentil manera de memorar las cosas pasadas e antiguas; y esto era en sus cantares, bayles, que ellos llaman *areito*, que es lo mismo que nosotros llamamos bailar cantando. — El qual areito hacían desta manera. Quando querían haber placer, celebrando entre ellos alguna notable fiesta, o sin ella por su pasatiempo, juntábanse muchos indios e indias (algunas veces los hombres solamente, y otras veces las mujeres por sí)... E por más extender su alegría o regocijo, tomábanse de las manos algunas veces, e también otras trabábanse brazo con brazo, ensartados o assidos muchos en rengle (o en corro assi mismo), e uno de ellos tomaba el oficio de guiar (ora fuese hombre o mujer), y aquel daba ciertos pasos adelante e atrás muy ordenado, e lo mismo (y en el instante) hacen todos, e así andan en torno, cantando en aquel tono o baxo que la guía los entona, e como lo hace e dice, muy medida e concertada la cuenta de los pasos con los versos o palabras que cantan... E assí, sin cesar les dura

esto tres o cuatro horas y más, hasta que el maestro guiador de la danza acaba su historia; y a veces les dura un de un día a otro... Y esos cantares les quedan en la memoria, en lugar de libros de su acuerdo; y por esta forma recitan las genealogías de sus caciques y reyes o señores que han tenido, y las obras que hicieron, y los malos o buenos temporales que han pasado o tienen; e otras cosas que ellos quieren que a chicos e grandes se comuniquen e sean muy sabidas e fixamente esculpidas en la memoria. Y para este efecto continúan estos *areytos*, porque no se olviden, en especial de las famosas historias de batallas”.

Bien claro aparece aquí el elemento y fundamento de la tradición, de la tendencia a la solidaridad necesaria en las agrupaciones humanas, para llegar a ser y sentirse “pueblo”, con una línea de desarrollo en la vida, un cauce delimitado de herencias, de ambiciones y de esperanzas. Esto que es notorio aparte, observemos cómo la descripción de la danza del Caribe viene a coincidir esencialmente con la que pudiéramos hacer hoy de la mencionada Danza Prima asturiana; no quiere decir, ni imaginativamente, que puedan tener el mismo origen, sino, a todo más, que en un lejano tiempo las gentes apartadas buscaron análogas formas de expresar los sentimientos alegres o penosos. De la “Danza Prima” dice Menéndez Pidal que es “una reliquia, aunque muy destrozada, de los antiguos cantos que en versos paralelísticos componían los juglares galaicoportugueses del siglo XIII”. De los “Areytos” dejó escrito Abad y La Sierra: “Cualquiera que fuera el motivo, feliz o triste, se celebraba por medio de un “areyto” o danza, acompañado de música y de libaciones hasta la embriaguez. Ciertamente es que entre los Indios el “areyto” no era precisamente una diversión, sino más bien una actividad seria y muy importante. Si se declaraba la guerra, el “areyto” interpretaba los sentimientos colectivos

y movía a la venganza; si tenían que aplacar la cólera del “cemi” (dios), celebrar el nacimiento de un niño o lamentar la muerte de un amigo, organizaban danzas adecuadas a las circunstancias y los sentimientos de la ocasión. Si las gentes caían enfermas, se promovían igualmente danzas como remedio eficiente para que recuperasen la salud, y cuando un paciente no podía soportar la intervención del médico o “buhiti” acudían también a la danza”. Aquí vemos una gran ampliación de los motivos; lo que hace suponer cierta variedad de “Areytos”, como si dijéramos areytos mayores y menores, según la ocasión y la concurrencia. Una de estas grandes danzas, que la tradición ha mantenido en el recuerdo, es el famoso *Areyto de Anacoana*, ofrecido en agasajo a Cristóbal Colón por esta Reina con la participación de cuatrocientas doncellas, que ella presidió tocada de flores rojas y azules, para aludir al significado de su nombre, “Flor de Oro”. Se discute por los historiadores si, en efecto, tuvo lugar este hermoso “areyto”; pero el espectáculo sugerido es tan bello que apenas rechazarlo como inventado e imposible. Según la transcripción debida al investigador Bachiller y Morales, este notable areyto habría que asimilarlo a ciertas rondas infantiles francesas del siglo XVIII. Si ello fuera así —que habrá de dudarse— y se tratara de ese siglo gentil, se nos ocurriría buscar allí también la inspiración de la actual danza puertorriqueña, cuya elegancia de movimientos recuerda los salones de otro tiempo, a la vez que manifiesta la disposición del pueblo de Borinquen para el baile, quizá llegada esa disposición hasta hoy por misteriosos y floridos caminos, desde los días de los deliciosos areytos. Por gran fortuna el ambiente social de nuestro tiempo hállese lejos de favorecer actitudes recriminatorias extremosas, cual la reflejada en la carta del obispo Sarmiento al rey de España: “Como (los indios) sean libres no harán sino holgar y hacer areytos, y en ello perderán

vidas y ánimo, y los vecinos sus haciendas, y Vuestra Majestad la Isla”. Hasta ese punto llevó el asustadizo Obispo sus miedos.

Bartolomé de las Casas, en el litoral venezolano de Paria, y Cieza de León, refiriéndose al Ecuador, observaron también la presencia de los areitos en estos pueblos, “recontando en sus cantares y endechas las cosas pasadas”, dice el segundo con referencia al señalado elemento de la tradición, esencial en toda manifestación folklórica.

La disposición artística del pueblo mexicano, que se manifiesta en las construcciones monumentales, valoradas por la arqueología, y en la pintura de hoy, tiene desde antiguo una expresión interesante en la poesía, en la danza y en la música, que siguen ofreciendo una realidad original.

Los testimonios de los cronistas e historiadores señalan los viejos antecedentes de esta amable sensibilidad colectiva, que pudiera chocar en profundidad con las cruentas prácticas religiosas. Así el Padre Durán escribe: “Muy ordinario era bailar en los templos, pero era en las solemnidades, y mucho más ordinario era en las casas reales y de los señores, pues todos ellos tenían sus cantores, que les componían cantares de las grandezas de sus antepasados y suyas, especialmente de Montezuma, que es el señor de quien más noticias se tienen, y de Netzqualpitzintli, de Tetzcoco, les tenían compuestos en sus reinos cantares de sus grandezas y de sus victorias y vencimientos y linajes y de sus extrañas riquezas, los cuales cantares he oído yo muchas veces cantar en bailes públicos que, en conmemoración de sus señores, me dio mucho contento de oír tantas alabanzas”. Aparecen aquí registradas varias noticias que hablan de una producción poética de cierta analogía con la juglaresca europea, pues hay cantores, relatos de grandezas, hazañas y alabanzas; ello producido en forma que daba recreo.

El mismo Durán lo confirma cuando alude a los “cuicapicque” o “componedores de cantos”, asalariados en los templos para alabar a los dioses. Como en Europa, empieza siendo una poesía aristocrática, para los señores y para los dioses; más también, como allí, el pueblo la hace suya pronto, según nos dice Durán cuando habla de que oyó esos cantos en bailes públicos. Bailes bellísimos, aun siendo pobre la música, de creer a Clavijero, cronista veraz, quien los describe complacido: generalmente la danza iba acompañada del canto, que entonaban dos personas y repetían las gentes reunidas. En esas danzas participaban no solamente los nobles, los sacerdotes y las vírgenes educandas para el servicio del culto, sino los reyes y príncipes, ya en las solemnidades de los templos, ya en sus palacios, como diversión. Todo ello respondía a cierto suave imperio del ritmo en la vida, tan presente ese ritmo, si hemos de interpretar bien a Sahagún, que los señores, cuando salían a recrearse, llevaban una cañita “y movíanla al compás de lo que iban hablando con sus principales”, ¿Y no habrá en ello un lejano antecedente del modo de decir, algo musical, del mexicano de hoy?...

En ocasión del casamiento de Netzahualcōyotl, rey de Texcoco en el siglo xv, con una princesa de Tlacoyán, cuenta también Clavijero que “se celebran grandes fiestas por espacio de ochenta días, seguidas por otras no menos fastuosas para inaugurar un nuevo palacio real”, de cuya magnificencia “fueron testigos oculares los españoles”. Pues bien, Netzahualcōyotl hizo en la segunda de las solemnidades que sus cantores, acompañados por los músicos, entonasen un poema dedicado a señalar la rapidez de la vida y de los placeres del mundo, comparando éstos con la brevedad en que una flor se marchita; poema que hubiera complacido a Jorge Manrique. No se conserva, que sepamos, este canto; pero sí el que el mismo Netzahualcōyotl dedicó en su visita al anciano

Moctezuma, hallándose éste enfermo en México; una de cuyas primeras estrofas dice: *Escuchad aquestos mis cantares, con los que vengo a recrearos, ¡oh, soberano Moctezuma!, vigoroso y joyante con mi regio penacho de plumaje verde esmeralda, a la sobresaliente usanza mexicana*. El Padre Sahagún cuenta que tuvo ocasión de oírlo en lengua nahua a los cantores del tiempo.

Veamos otros ejemplos, y sólo como una curiosidad el que alude a las tempestades de polvo que aún hoy siguen molestando a las tempestades de polvo que aún hoy siguen molestando la capital mexicana en la llamada época seca:

Llenó de pavor el dios de Tlaxotla; el polvo subía en giros.
El dios de Tlaxotla en el polvo; el polvo subía en giros.

Uno de los cantos tlaxcaltecas comenta sucesos de la Conquista:

Ya se derrumba la muralla de las águilas,
Ya se derrumba la muralla de los Tigres de Tecuilhuilt,
¡porque llegaron acá, por fin, aquellos guerreros que lanzan fuego!

Y en una competencia de poetas celebrada en la casa de Tecayehuatzin se escuchó:

Al concurso enflorado llega el forjador de cascabeles:
Yo vengo a cantar entre llantos a la casa de las flores;
Si no hay flores, si no hay cantares,
Aquí en mi casa, todo es hastío.

Donde vemos que los juegos florales y sus trovadores, considerados en un sentido amplio, eran conocidos por los aztecas, aunque

faltase allí la reina de la fiesta. La presencia de las flores y de los cantares era, según el poema, tan esencial en la vida que, sin ellos, ésta venía a caer en fastidio sumo.

De otra clase de fiestas habla Rojas Garcidueñas, las introducidas por los misioneros españoles, fiestas bajo arcos triunfales, también floridos, con baile de niños indios y canto de órgano a cuatro voces, flautas y teponaxtle: “La letra que cantaban, aunque era en su lengua, iba en medida y consonancia castellana”.

Observaciones análogas cabría hacer respecto de los mayas, bien que el famoso “Libro de Chilam Balam de Chumayel” no ilustre satisfactoriamente estos puntos, como no interpretemos con algún sentido poético el importantísimo Códice en varios aspectos de su información sobre aquel antiguo pueblo, avanzada de las primeras civilizaciones. Pero un concienzudo estudio de G. Baqueiro Foster, interesado en cierto canto que oyera en la juventud y que luego viera unido al danzar de los Xtoles, o entonado por ancianos de distintos lugares del país maya, nos trae la importante referencia que sigue debida al Dr. Don Pedro Sánchez de Aguilar, nacido en la ciudad de Valladolid, Yucatán el 11 de abril de 1555: “En su gentilidad y ahora —dice— bailan y cantan al uso de los mexicanos y tenían y tienen su cantar principal, que entona y enseña lo que se ha de cantar, y le veneran y reverencian y le dan asiento en la Iglesia... Cantan fábulas y antiguallas que hoy se podrían reformar y darles cosas a lo divino que canten”. Esas antiguallas seguramente correspondían a las leyendas del pueblo, a sus hazañas y otros hechos memorables; con lo cual podemos suponer que se trataba de una auténtica poesía épica. En cuanto a los Xtoles, Baqueiro Foster estima que eran representantes o comediantes, aunque no se decida a clasificar su canto como guerrero, religioso o civil, pues se advierte una cierta oposición

rítmica entre el carácter sobrio de la melodía, que la aproxima a lo religioso, y el frenesí que el baile alcanza y hace pensar en una danza guerrera. Para nuestro objeto, lo que interesa en este como en otros casos es que la relación que aparece clara entre la música, el canto y el baile, con un predominio del último.

Estamos ahora imaginativamente en la legendaria tierra de los incas, y hemos de acudir al más celebrado de ellos, Garcilaso de la Vega, para abrir esta información. Los incas, dice “supieron” hacer versos cortos y largos; en ellos ponían sus cantares amorosos, con tonadas diferentes. También componían en verso las hazañas de sus reyes y de otros famosos incas y curacas principales, y los enseñaban a sus descendientes por tradición, para que se acordasen de los buenos hechos de sus pasados y los imitasen”. Bien señalado está aquí el elemento tradicional, que mantiene la solidaridad histórica. El Inca Garcilaso añade que los versos de tales relatos eran generalmente breves para recordarlos mejor, no tenían rima aconsonantada y semejaban a las redondillas españolas. Se place luego en dar la versión castellana de uno de los poemas, en el que la imaginación india halla una explicación a los fenómenos naturales de los truenos, relámpagos, rayos, lluvia y nieve, pues hay en el cielo una doncella provista de un cántaro lleno de agua, que derrama cuando la tierra lo necesita. Y ocurre que un su hermano algo revoltoso envía de vez en cuando algunas pedradas al cántaro, golpes que producen los ruidos del trueno y otros fenómenos de allá arriba:

Hermosa doncella,
Aquese tu hermano,
El tu cantarillo
Lo está quebrantando,

Y de aquesta causa
Truena y relampague,
También caen rayos.
Tú, real doncella,
Tus muy lindas aguas
Nos darás lloviendo.
También, a las veces,
Granizar nos has;
Nevarás asímesmo...

Vemos cómo la traducción del quechua al castellano se aproxima a los romancillos, y así no extrañamos que Cieza de León asimilase lo que oía en el Perú a los poemas populares españoles: “Saben contar por buen orden cada cosa de lo pasado, como entre nosotros se cuenta por romances y villancicos... Y estos indios que, por mandato de los reyes, sabían estos romances, eran honrados por ellos y favorecidos y tenían cuidado grande los enseñar a sus hijos y a hombres de sus provincias, los más avisados y entendidos que entre todos ellos se hallaban; así, por las bocas de unos, lo sabían otros, de tal manera que hoy día ellos cuentan lo que pasó ha quinientos años, como si fueran diez”. Es doblemente curioso este texto. Lo es porque encontramos aquí nuevamente la presencia de la tradición; lo es también porque advertimos una forma interesante del proceso de ésta, ya que aparece asegurada mediante una enseñanza de los cantos en la intención de que el pueblo los guardase en su memoria. Hemos de señalar también el hecho de que los reyes favorecían a los cantores, verdaderos juglares adscritos a las casas principales, según ocurría en España y en otras partes en tiempos coincidentes. Cieza de León vivió de 1518 a 1560; salió de España antes

de cumplir los trece años y residió más de diecisiete en las que llama Indias del Océano.

Volvamos al Inca Garcilaso, que aporta otro texto probatorio de la sensibilidad artística del indio de aquel tiempo. Observa Garcilaso que a cada canción correspondía, en exclusividad, una música o tonada: “Y esto era porque el galán enamorado, dando música de noche con su flauta, por la tonada decía a la dama y a todo el mundo el contento o descontento de su ánimo, conforme al favor o disfavor que se le hacía. Y si se dijeran dos canciones diferentes para una tonada, no se supiera cuál de ellos era el que quería decir el galán. De manera que se puede decir que hablaba por la flauta”. Perfecta adecuación de la música y la letra, a la vez que una íntima competencia de los actores —enamorado cortejador y muchacha cortejada— y los dos elementos estéticos, en grado que maravilla.

En el mismo texto y a continuación aporta Garcilaso un ejemplo emocionador del fino extremo a que llegaba la reacción artística y sentimental del indio. Un español encuentra en Cuzco a deshora una muchacha india, conocida suya, que pretendía conquistar; pero ella le rechaza con voz cálida y suplicante: “Señor, déxeme ir donde voy; sábetе que aquella flauta que oyes en aquel otero me llama con mucha pasión y ternura, de manera que me fuerza a ir allá; que el amor me lleva arrastrando para que yo sea su mujer y él mi marido”. Es la flauta, con su música sencilla y cálida, la que determina el impulso amoroso y arrastra a la muchacha hacia los brazos que han de hacerla feliz. Espíritu y carne fundidos en la exigencia de la especie y en goce integral.

Los estudios sobre la capacidad artística del indio precolonial vienen en confirmación de lo que Garcilaso el Inca observara. José María Arguedas habla de las fiestas populares con bailes y cantos, a que él tuvo ocasión de asistir, muchacho, acequia grande, acom-

pañándose los cantores y danzantes con la música del charango (especie de bandurria), la guitarra o la flauta. “Pero un año —escribe Arguedas— llegué a los valles del Apurímac. Allí tenía tres haciendas un pariente lejano de mi padre... Esa indiada no sabía cantar. Los indios de la hacienda nunca hacían bulla. Llegaban del trabajo al atardecer, cada peón con una carga de leña para el horno; leña que hacían después de la jornada. Entraban a la plaza de la hacienda en tropa; pocas veces se reían... La cocinera del administrador me contó que, una noche, el viejo había oído tocar una quena (flauta) en el caserío de Karketi, y fue al rancharío ocultándose; llegó hasta la puerta del cuarto donde tocaba la quena y entró en la casa diciendo: “¡Indios, a esta hora se reza! Pidió la flauta y la pisoteó en el suelo”.

He aquí, fácil y fuertemente narrado por Arguedas —apellido que me trae el recuerdo del cordial amigo de juventud en París, Alcides Arguedas, el autor de “Un pueblo enfermo”: “¡Aquel su departamento palomero en la colina de Santa Genoveva, donde me brindó algunos platillos bolivianos y, sobre todo, un amable y jugoso conversar!— he aquí un contraste impresionante entre la íntima, profunda necesidad de aliviar la situación penosa en la vida, con la dulce caricia de una música inocente, y la brutalidad feroz del amo, que destruye la pobre caña sonora con su pateo de bípedo proclive a la animalidad. ¿Dónde está el civilizado, el superior, el alma más cercana a la Divinidad?...

En la canción actual del indio peruano se funden elementos incas y elementos castellanos, en la letra y en la música. Arguedas nos regala en su libro algunas versiones suyas poéticas:

Desde la cumbre te ví llorar,
Águila del cielo.

Llorabas sola.
 En tu soledad llorabas,
 Águila del cielo.
 ¡Ay, ser águila y llorar a solas!...

Y un ejemplo particularmente interesante:

Vicuña de los cerros, venado de los montes:
 Decidme si pasó por aquí la ingrata paloma,
 La paloma que dejó su nido, que dejó a su amado.
 Vicuña de los cerros, taruka de los montes,
 Venid a ver cómo lloran mis ojos;
 Así me dejó, con los ojos llorando;
 Así me dejó, con el corazón herido.

Quizá a más de un lector esta canción de los indios incaicos le lleve a recordar nada menos que algunas estrofas del “Cántico espiritual” de San Juan de la Cruz:

¿Adónde te escondiste,
 Amado, y me dejaste con gemido?
 Como el ciervo huiste,
 Habiéndote herido.

Salí tras ti clamando y era ido.

 Vuélvete, paloma,
 Que el ciervo vulnerado
 Por el otro asoma
 Al aire de tu vuelo, y fresco torna.

Análogos elementos de la naturaleza animada pasan sobre un fondo de amor y sentimiento entrañables en las dos posiciones.

Si de la calidad poética pasamos a la cantidad encontramos gran variedad de composiciones con nombres particulares: *jailli*, *arawi*, *wawaki*, *taki*, *wayñu*, *ghashwa*, *aranway*, *wanka*... No corresponde a esta ocasión el examen documentadamente y van desde los cantos religiosos a los trágicos y burlescos. De ellos el *arawi* era el más generalizado, y generalmente daba su nombre a todo verso o canción. Véase un ejemplo:

Si fueras flor de chincercoma,
Hermosa mía,
En mi sien y en el vaso de mi corazón
Te llevaría.

Dice Lara en su libro que aún quedan algunos *arawis* de la era incaica, entre ellos éste:

¿Dónde, paloma, están tus ojos,
Donde tu pecho delicado,
Tu corazón, que me envolvía en su ternura,
Tu voz que con su hechizo me embriagaba?

Estos versos aún se cantaban en los salones de Bolivia durante la primera mitad del siglo XIX.

Debemos señalar también la forma *wayñu*, que reunía las tres manifestaciones primeras y conjuntas del sentimiento artístico: la música, la poesía y la danza, como en este animoso *jailli* agrícola:

LOS HOMBRES

¡Ea, el triunfo! ¡Ea, el triunfo!
¡He aquí el arado y el surco!
¡He aquí el sudor y la mano!

LAS MUJERES

¡Hurra, varón, hurra!

En tiempos del Incario, los poetas o *arawicus* salían principalmente de la clase intelectual, y sus versos iban después a los labios del pueblo. Con las encomiendas y los trabajos de las mitas desaparece la jerarquía de los poetas, bien que se mantenga la antigua poesía en las celdas de los conventos durante algún tiempo, para desaparecer luego en un olvido no tan general que haya impedido a los investigadores y folkloristas recoger las bellas muestras que hoy se conocen.

Muchas de estas composiciones manifiestan la influencia, que, al menos en la letra, ha podido ejercer la presencia española. Era ello natural, pues la ciudad de Lima fue durante un cierto tiempo un centro acogedor de lo peninsular, donde se hacía clima americano. Ahora bien, en lo que ahora interesa, “a medida que los cantos y las danzas se alejaron de aquel centro y entraron en contacto con los núcleos nativos lejanos, adquirieron formas criollas... El acriollamiento de cantos españoles puede comprobarse en los romances-tonadas... El sentido criollista borra con frecuencia ingenua los hispanismos de estos y otros romances y los convierte en monótonas tonadas comarcanas”. Este influjo de lo nativo, esa conjunción de lo indígena y lo español viene a ser una manifestación más de la estrecha relación lograda y que, mirando a la ciudad limeña, tan representativa, Baudizzone lla-

ma el “milagro cuzqueño”, con los balcones andaluces sobre la piedra inca y un hermoso conjunto desconcertante.

Este breve recorrido informativo, a lo largo de varias y ajenas páginas, merecería alguna medita reflexión en comentario, si no debiéramos terminar este rápido y parcial estudio.

Parecerá extraño que se hayan dado en los pueblos hondas necesidades y bellas manifestaciones artísticas a la vez que los cultos religiosos primitivos llevaban a ceremonias y sacrificios con los más crueles. Así nació y se ha desenvuelto la humanidad primera, y ya el relato bíblico denuncia el fraticidio por negra envidia, lo que es peor; sin que hayamos de mentar por sonrojo, en lo que nos afecta directamente, las recientes guerras, donde la barbarie llegó a imprevisibles ferocidades.

Ahora nos interesa el aspecto gozoso de aquella vida social lejana, coincidente en los aspectos evidenciados con la de los otros pueblos. Adolfo Schulten afirma que existieron algunos sin vestido, ni habitación; pero no se ha encontrado uno solo sin música. Y la música llevaba consigo lo demás, estético y artístico, individual, tribal, local. La tragedia griega comenzó siendo lo que llamaban feamente “canto de la cabra —de hecho canto y danza— ante el altar de Dionisos. ¿Por qué los griegos, maestros excelsos del mundo, necesitaron sacrificar un tranquilo rumiante y ver su sangre para elevarse al plano religioso..., cantar y danzar? Lo fisiológico y lo espiritual, con sus dobles exigencias e ímpetus, seguramente estuvieron más compenetrados en la unidad hombre hace centenares y miles de años que lo están en nuestros días, cuando la demasiada alabada civilización nos ha hecho mucho bien y algunos males a los humanos que no acabamos de serlo del todo. Nada ayuda este leve desahogo a contestar la anterior pregunta, pues nadie ha explicado todavía suficientemente donde

está la raíz y la virtud comunicativa de la Poesía, y menos que otros lo han dicho los poetas, si hemos de seguir al ensayista Belloc, amigo de las afirmaciones radicales, él tan inglés. Algunos de estos poetas, entre los mejores, no han dejado de buscar la respuesta, y ahí está en prueba el exquisito Paul Valery, quien, en una correspondencia poco conocida, dice cómo la Poesía se relaciona con algún momento de la humanidad anterior a la escritura, por lo cual llega él a encontrar en el poeta digno de este nombre “un hombre muy antiguo”, esto es, un espíritu que en su ingenuidad, en su pureza admirativa ante las cosas, que ve con ojos nuevos, en la exteriorización de lo que estas cosas le dicen, ha de asemejarse, aunque os choque, al buen salvaje de la edad de piedra, no ha de estar deformado por la cultura de la hora.

Esto nos pone en el camino de admitir la coincidencia, en el tiempo, de la Poesía y la Barbarie, a la vez que ayudaría a valorar la disposición artística de la gente, siglos atrás, y a dar como ciertas las manifestaciones bellas recogidas en esta información. Otras muchas cabría añadir de análoga calidad, pero acaso ninguna aventaje, como estimación del canto y la Poesía, a lo que hallamos sin salir del antiguo territorio azteca, en un pasaje del poema referente a Quetzalcoatl en Tula. El mago Tlacahuepan, sentado en un lugar visible del mercado, entretiénesse en hacer bailar un maniquí en su mano. Atraída la curiosidad de las gentes, se atropellan por gozar de la fiesta hasta producir tremenda confusión que ocasiona abundantes muertos. Pronto reaccionan los salvados del trágico desorden, y revolviéndose contra Tlacahuepan, lo lapidan y hacen que pierda la vida. Mas en seguida el cadáver empieza a heder con hedor intolerable. Hay que arrastrarlo de allí y precipitarlo muy lejos. A ello acuden resueltos los hombres de Tula, provistos de cuerdas, unido su esfuerzo en el empeño. Todo inútil.

Por mucho que se fatigan no consiguen mover la fétida carroña. Las cuerdas se rompen, y ruedan por tierra los empeñosos. Pero he aquí que, de pronto, suena una voz en el aire, dicen que salida de la boca extinta del mismo mago: “Toltecas para que el muerto sea llevado, es preciso cantarle su cantar”. Al momento elevan el canto, al momento alzan la canción: ¡Llebad a rastras a Tlachahuepan, al mago Tlachahuepan, al mago Tlachahuepan! Y a fuerza de cantos, le mueven al fin”. El Canto, la Poesía, triunfan aquí sobre la muerte, sobre la horrorosa podredumbre, sobre la muerte más definitiva, más muerte...

Si, como dice Alfonso Reyes en su “Deslinde”, la antigüedad, en un sentido lato, llamó poesía a toda obra de creación humana, bien podemos afirmar, en el caso de Tlachahuepan, que la Poesía, con letra mayúscula, llegó a la recreación, a dar ánimo y poder a los que desesperaban ante la incapacidad sin remedio. Y esto induce a pensar que la Poesía fue necesaria al hombre, para que las luchas de la dura vida —después también, para el placer elevado— desde el alba misteriosa de la historia, y que, por esta su esencia y virtud determinantes, la Poesía debió aparecer a la hora primera de la Civilización. Si Adán, ya desterrado del Paraíso, tuvo que ganarse su pan, de trigo o de maíz, hubo de conseguirlo quizá, no sólo con el sudor de la frente, sino también con la gozosa ayuda de la poesía.

Cuadernos Americanos (México D.F.),
enero-febrero 1950, núm. 1, pp. 165-180

LA POESÍA DEL PUEBLO. DEL JUGLAR ESPAÑOL AL TROVADOR AMERICANO

¿Como y dónde nacieron los juglares? Un poco atrevidamente contestaré, si me es permitido, que los juglares surgieron del impulso más hondo del individuo humano en apetencia de libertad, de belleza y de alegría. Un cómo, un dónde y hasta un cuándo que se dieron conjuntamente mucho antes de que los investigadores de la historia pudieran registrar la presencia del juglar en las sociedades. Por eso procede muy ciertamente Menéndez Pidal —autoridad máxima en estas cosas— cuando define los juglares con esta amplitud: eran todos los que se ganaban la vida actuando ante un público para recrearle con la música, la literatura, la charlatanería o con juegos de manos, de acrobatismo, de mímica, etcétera.

Ahora sólo interesan aquí los primeros de esos juglares, los de la música, en la que va incluido el canto, y de la literatura, sea ella de diversa calidad. Estos juglares coinciden en el afán de libertad. Eran de las “gentes errantes”, a que se refiere J. Bühler en su “Vida y cultura de la Edad Media, gentes que incluían a los mendigos —otros mendigos que esos tristes e infelices parásitos de las puertas de las iglesias—, las mozas de partido, ellas también anhelosas de gozar, y ciertos escolares, estudiantes y clérigos que, rebeldes a la disciplina académica, pero anhelosos de aprender, decidían “hacer novillos” en la escuela del ancho mundo.

Los juglares —algunos de ellos hombres inadaptados— sentían con la necesidad de libertad la de rendir culto a la dama Belleza, consagrándole lo más gustoso suyo en la forma de la música y la poesía, mejor o peor logradas.

Eran también los juglares ministros de la alegría, su musa y su oferta a cuantos vivían esperándola, que eran los altos y los bajos, los señores y el pueblo.

Esas tres notas caracterizantes se dieron y se dan en los juglares de ayer y de hoy, de todos los tiempos y lugares de Europa y de América. Si de ellas quisiéramos destacar una sola característica, habríamos de fijarnos en la tercera, la alegría, sin la cual no se darían las otras dos, ni la existencia y el sacerdocio laico de los juglares. Hasta los reyes, príncipes y señores, necesitaban de sus servicios estimuladores, y una de las Leyes de Jaime II de Mallorca declara abiertamente que “los juglares tienen por oficio alegrar”. ¡Alta y hermosa empresa! Que un tiempo, allá en el siglo XIII, quisieron extender hasta dar alivio en los padecimientos corporales, pero más tarde el Arcipreste de Hita, muy jubiloso él, negó burlonamente tan excesiva virtud.

Otras coincidencias además de las señaladas, hemos de encontrar en los juglares con tres exigencias también, escritas en manda lapidaria a un juglar anónimo por Gil Pérez Conde en los días del Rey Sabio: “Juglar, tres cosas necesitas para agradar y son donaire, voz y aprender bien los versos”, esto es, memoria. Las tres son condiciones esenciales al cantar popular. La primera de ellas el donaire, supone el estilo y la gracia, sin la cual no hay logro de belleza. La voz es elemento e instrumento de importancia en la recitación musical y, sin embargo, la famosa Niña de los Peines cantaba como los propios ángeles —comparación castiza—, expresándose, en los últimos y aún triunfadores años, con una voz enronquecida que, en sus notas primeras, casi llegaba a molestar. ¡Pero el donaire, el estilo, la gracia, lo salvaba y superaba todo! En cuanto a la memoria de lo ajeno su colaboración es sustancial cuando el juglar, según ocurre en América, no nos

regala con sus composiciones propias, ganando así el nombre de trovador.

No olvidemos una última coincidencia entre aquellos juglares europeos y estos troveros trovistas o trovadores hispanoamericanos de hace poco y de ahora. Para los unos y los otros la paga de la fiesta procurada tenía y tiene su razón y, sin embargo, en España y acá el solo aplauso cordial y el vaso de buen vino del gran Arcipreste, u otro modesto obsequio análogo, bastaban y bastan a premiar el regalo de la canción.

Si en el Concilio de Valladolid, celebrado en 1322, se examinó recelosamente la costumbre practicada por la Iglesia de acudir a juglares mozárabes y judíos para realzar las solemnidades con músicas y cantos, en México había en el siglo XVI —y mucho antes—, poetas cantores adscritos a los templos con la función de alabar en verso y entonadamente a la Divinidad. El motivo, el propósito y la realización venían a ser análogos en ambos casos bien que lo sobrenatural fuera distinto en la concepción de uno y otro pueblo.

Como los juglares de Europa, los cantores aztecas frecuentaban las casas de los príncipes y de los señores. Los reyes de León y Castilla tenían sus juglares, y el Romancero pone en boca del Cid Campeador este mensaje:

Diréis al rey don Alfonso
que me empreste su juglar,
porque a mi Jimena agrada
mucho el tañer y cantar

A su vez los reyes Moctezuma y Netzahualpitzintli recreábanse con buenos cantores, cuya obligación era componer elogios acerca

de las grandezas de los antepasados y de las alcanzadas por los altos personajes a cuyo servicio se hallaban. Refiriéndose a otro rey azteca, Netzahualcóyotl, dice el historiador Clavigero: “el aprecio que este rey hizo de la Poesía introdujo ese gusto y multiplicó los poetas de la Corte. De uno de esos poetas se refiere en los anales de aquel reino que, habiendo sido condenado a muerte por no sé qué delito, compuso en la prisión, una pieza en la que se despedía del mundo, tan tierna y tan patética que los músicos de palacio, que eran sus amigos, resolvieron cantarla al rey. Oyóla y se enterneció de tal suerte que perdonó la vida al reo. La crueldad de la religión azteca era así compatible con esta fina sensibilidad.

En el Perú Mama Cava, mujer del famoso Capac Yupangui, dice Fray Martín de Morúa que “tenía gran servicio de música. Había, además, en su palacio truanes del Inga, chocarreros de pies, como acá entre nosotros llamamos, muy sueltos: a maravilla hacían delante de esta gran señora unos como matachines”. La quena o flauta era el instrumento preferido por los cantores para acompañar sus actuaciones poéticas.

En el Brasil “las tribus —escribe el investigador O. Alvarenga— rodeaban de gran consideración a los cantores de ambos sexos. Movíanse estos sin preocupación aún entre los enemigos: si eran prisioneros de guerra los vencedores nos los sacrificaban en las ceremonias de antropofagia, y sus hijos gozaban de la misma impunidad”. Como en España las juglaresas —aquella María Pérez Balterra en los tiempos del Rey Sabio— hubo en el primitivo Brasil mujeres cantoras que enriquecieron las actividades artísticas del tiempo.

En la Argentina se ha dado abundantemente el tipo social del cantor del pueblo que llaman “payador milonguero y cantador” presente en las fiestas públicas y los regocijos familiares. El criollo trashumante, leemos en el folklorista Ismael Moya, que recorre-

ría los poblados serranos o se acogía al seguro de las estancias, trocando la hospitalidad de la moneda de sus romances, era el historiador inmediato de los sucesos que mejor rimaban con los sentimientos del pueblo argentino. Sarmiento, por su parte, dejó recogidos los motivos y temas de tales cantos: los héroes de la Pampa a cuentas con la Justicia, los llantos de la infeliz viuda, a quien los indios habían robado sus hijos en un “malón” o correría, la derrota y muerte de algún valiente, los hechos del famoso héroe Quiroga, las preocupaciones del mismo cantor, expresado todo ello generalmente en forma narrativa, aparte del repertorio de poemas del dominio popular. Ciro Bayo distingue los milongueros urbanos de los payadores. Los primeros abarcan un campo mayor que éstos con sus canciones y muestran facultades algo superiores en la improvisación, mientras que el payador alcanza el éxito entre los gauchos en ranchos y pulperías. Draghi Lucero señala la presencia en la zona de Cuyo, de los “decidores” o personas de cierto ingenio que divierten a las gentes “soltando versos” y de los guitarristas, que “hablan en verso durante horas.

Los cantores populares llegaron a tener interesante participación en la historia moderna de Chile, y en la guerra del Pacífico —bombardeado el Valparaíso en 1866— los poetas del pueblo fueron grandes animadores de la lucha. Ya en la paz hallaron inspiración en las cosas de la vida cotidiana, en la Historia Sagrada y, lo que ofrece una curiosidad singular, en viejos temas del Emperador Carlomagno. También se placían en las hazañas de los bandidos, en las calamidades naturales de la tierra campesina, en las cualidades y condiciones necesarias a los buenos caballos. Algunos investigadores hacen sobresalir en la expresión popular chilena a los llamados “improvisadores”, cuya intención y acierto en la censura de la sociedad ganó para ellos justificada fama.

Viniendo al Caribe, Ana Margarita Silva habla de los rústicos versificadores de Puerto Rico: hombres soñadores y de genio divertido, con un concepto de sí mismos que les lleva a creerse superiores a su público, quizá por la admiración que éste les muestra, aunque sean ellos también analfabetos. Generalmente estos músicos cantores no tienen un oficio u ocupación regular, sino que llevan una existencia desordenada, bohemia, siendo bien acogidos en todas partes por la alegría que ofrecen. Suelen mostrar facilidad para improvisar coplas y décimas, sujetándose a los temas y pies métricos que les dan, y acompañan su canción con el “tiple” o guitarra. Quien esto escribe ha tenido más de una vez ocasión de recrearse oyéndolos.

En Nuevo México el profesor Arthur L. Campa distingue tres tipos de trovadores: el bardo rural, que compone décimas corridas y “versos”; el cantor de aldea, cuyo repertorio incluye canciones más locales o regionales, y el actor, moderno y teatral, influido por los gustos de hoy. De ellos el cantor de aldea se desinteresa de la remuneración y canta por el placer de cantar, por el agrado que halla en que su público le acompañe, participe en la fiesta del sentimiento y del oído. Campa señala la importancia folklórica del bardo rural, quien, en el modesto hogar, alumbrado por una lámpara de petróleo, se place en narrar su historia personal en verso, o en acudir al abundante repertorio de canciones y poemas, ajenos o propios, según hacía el bardo tradicional.

Creo interesante completar esta breve información con una galería de cantores notables en la tierra americana. El canadiense Marius Barbeau habla de Luis el Ciego, apellidado Samard, que vagabundea por el país con su violín y se detenía en esta o la otra casa, no como un mendigo que pide limosna, sino como un peregrino con ciertos derechos reconocidos, que él hacía va-

ler discretamente pagando la acogida con sus cuentos, relatos y canciones. Llevaba también noticias, como los antiguos juglares españoles, de las cosas importantes que ocurrían en los contornos. Su ingenuidad dice Barbeau, y espontaneidad simpática daban a las actuaciones de Luis el Ciego un sabor especial. Tantas historias y chistes sabía que diríase eran inagotables.

En Nuevo México quedan los nombres y la fama de los “trovadores” del siglo xix, el Viejo Vilmas, Chicoria y el Pelón informa Arthur Campa. Chicoria debió ser muy popular y celebrado por sus epigramas, que hoy se repiten con esta entrada: “Pos, como decía Chicoria...” De Vilmas queda esta arrogante invitación: “Salga el que fuere prudente / a trovar con la razón / que el que es amante no teme, / antes busca la ocasión”.

De México nos da el maestro de folkloristas don Vicente T. Mendoza amplias noticias sobre las diversas clases de cantores populares: individuos sueltos, con su guitarra: parejas de hombre y mujer: grupos de músicos, cantadores y bailadores: “otras veces es el pueblo el que, con envidiable instinto, rima los versos y dispone las frases musicales con que se han de cantar estos. Soy testigo y, es cosa frecuente, presenciar cómo un individuo cualquiera se pone a “trovar”, según ellos dicen, las ideas que pugnan por exteriorizarse de su mente”. Tal es la disposición del mexicano para la canción y el entusiasmo que motiva. Herrera Frimont amplía estas observaciones con las suyas, refiriéndose a los Corridos de la Revolución (1910-1914), que transformó la organización y vida del país: “Es pintoresco el aspecto que presentan los alrededores de los mercados... El vendedor de Corridos ejerce su singular comercio con gran éxito. Alineadas en el pavimento están las canciones improvisadas en papel de chillantes colores y con truculentas ilustraciones trazadas por la imaginación de dibujante ignorado. Pesadas losas

sobre las canciones impiden que las vuele el viento. José Ortega, Carlos M. Martínez, Leopoldo Bravo, Samuel Lozano y otros son nombres que ya se han hecho famosos, junto a otros ignorados autores.

Flérída de Nolasco registra el nombre de Medardo Patricio Mañón como caso actual y extraordinario en Santo Domingo, pues asegura que sabe más de mil décimas. A ello debe añadirse su gran facilidad para improvisarlas, sujetándose al pie que se le ofrece.

En la Argentina Juan Alfonso Carrizo, tan documentado, destaca los nombres de Santos Vega, arquetipo del payador y semidiós gauchesco, de Juan Gualberto Godoy, que desde 1820 a 1830 fue pulpero y pendolista de canciones en la ciudad de Dolores, de José Domingo Días (1805-1866) famoso cantor de Catamarca, Salto y Tucumán, y el anciano Apolinar Barber, fallecido no hace mucho de más de noventa años quien dictó a Carrizo unas doscientas composiciones que se sabía de memoria salvando así del olvido algunas joyas poéticas.

A través del tiempo y del Atlántico al juglar español y el trovador americano se dan la mano para entonar sus canciones y comunicar al sencillo pueblo el bien de la alegría.

El Nacional (México D.F.), suplemento dominical, 19-II-1950

LAS MISIONES ESPAÑOLAS EN AMÉRICA

Hay en Bernardino de Sahagún una frase, deliciosa de ingenuidad, que ayuda como pocas observaciones a entender algunos de los aspectos principales de la acción misionera en América. Dice así: “Es por cierto de gran admiración que haya nuestro Señor Dios tantos siglos ocultado una selva de tantas generales idolatrías, cuyos frutos buenos sólo el demonio los ha cogido”. Y añade luego, insistiendo en la sorprendente determinación de lo Alto: “También se ha sabido por muy cierto que nuestro Señor Dios ha tenido ocultada esta media parte del mundo hasta nuestros tiempos que, por su divina ordenación, ha tenido por bien manifestarla a la Iglesia Romana Católica”. La ocasión que se le ofrecía a la Iglesia española era excepcionalísima y digna de una nación amiga de lo extraordinario. Sin buscarlo, el pensamiento vuela hoy hacia las páginas del “Quijote” para encontrar el pasaje donde nuestro hidalgo magnífico se regocija camino del prometedor Puerto Lápice: “Aquí —dijo en viéndolo don Quijote— podemos, hermano Sancho Panza, meter las manos hasta los codos en esto que llaman aventuras...” La colosal empresa de las Misiones —como un piano mayor de la heroicidad del Descubrimiento y la Conquista— no es concebible sin tomar en buena cuenta la resuelta disposición del aventurero español. Aquellos pobres frailes de San Francisco, el simpático y férvido loco de Asís, dominicos, agustinos, jesuitas, eran también españoles, en su mayoría inmensa, esto es, propensos a la aventura, a veces hasta la misma proclividad, si tomamos en cuenta el enorme desequilibrio entre los objetivos “porque sí” y los modos de alcanzarlos con el “defendedla y no enmendalla” ¡tan español!, por gran desfortuna. Y hasta con el andar

a golpes: “y en la hora conveniente —escribe Sahagún— iban con un fraile o dos sesenta o cien criados de casa, daban secretamente sobre los que hacían alguna cosa... como es idolatría, borrachera o fiesta, y aprehendíanlos y llevábanlos al monasterio, donde los castigaban y hacían penitencia”. Argumentos directos que, si no estaban en el Catecismo, estaban en la decisión y en los enérgicos puños de los misioneros.

Como don Quijote en Puerto Lápice, la extensa tierra americana brindaba a la Iglesia ocasiones sin término para la aventura de convertir infieles, ganándolos para la honra de la fe católica. Los misioneros, como el Caballero de la Mancha, podían meter las manos hasta los codos. Y así vino a ocurrir. Lo demás para sufrir y triunfar lo daba el mismo ánimo aventurero que Alfonso Reyes pone de perfecto relieve cuando llama a los misioneros “corderos de corazón de león, gente de terrible independencia”. Así se nos muestran ellos, en efecto, según hemos de ver en esta breve información. No se olvide que varios soldados de Cortés se hicieron más tarde frailes, esto es, prolongaron una vida de actividad casi guerrera, en ocasiones sin casi.

Aún podríamos apurar las cosas al ver a don Hernán, más papista que el Papa; como español auténtico, exagerar la acomedida religiosa. Lo cuenta Bernal Díaz del Castillo, testigo fiel. Cortés pretende, en Tlascala, que los indios quiten sus ídolos, a lo que ellos responden: “¿Cómo quieres que dejemos nuestros Teúles, que desde muchos años nuestros antepasados tienen por dioses y les han adorado y sacrificado?”... Y desde que vimos aquella respuesta, que le daban tan de veras y sin temor, dijo el Padre de la Merced, que era entendido y teólogo: “Señor, no cure vuesa merced de más les importunar sobre esto, que no es justo que por la fuerza les hagamos ser cristianos, y aún lo que hicimos en Cem-

poal en derrocar sus ídolos, no quisiera yo que se hiciera hasta que tuvieran conocimiento de nuestra santa fe”. Cortés supo escuchar al buen fraile y no insistió.

Llegan los misioneros. - Desde las primeras horas del descubrimiento y la Conquista acompañan religiosos a los esforzados aventureros, según corresponde al imperativo católico del tiempo español; más los primeros misioneros no llegan hasta agosto de 1523. Es una avanzadilla de tres frailes, que el apostólico celo de Carlos V hace venir a México desde Gante. Menos de un año más tarde, en 1524, desembarca en Veracruz el famoso grupo de “los doce”, entre ellos Toribio de Benavente (Motolinia). Cortés sale a recibirlos acompañado del Señor de México, Guatemuz, de los principales mexicanos y muchos caciques de las ciudades, haciendo el conquistador tales manifestaciones de aprecio a los que venían, que hubieron de extrañar mucho a los nativos, pues “se apeó del caballo —relata Bernal Díaz— y todos nosotros juntamente con él, y ya que nos encontramos con los reverendos religiosos, el primero que se arrodilló delante de fray Martín de Valencia y le fué a besar las manos fue Cortés, y no lo consintió, y le besó los hábitos, y el padre Bartolomé los abrazó y saludó muy tiernamente, y les besamos el hábito arrodillados todos los capitanes y soldados que allí íbamos, y el Guatemuz y los señores de México; y de que el Guatemuz y los demás caciques vieron ir a Cortés de rodillas a besarle las manos, espantárose de gran manera, y como vieron a los frailes descalzos y flacos, y los hábitos rotos, y no llevar caballo, sino ir a pie y muy amarillos, y ver a Cortés, que le tenían por ídolo o como cosa de sus dioses, así arrodillado delante de ellos, desde entonces tomaron ejemplo todos los indios que, ahora que vienen religiosos, les hacen aquellos recibimientos y acatos”. Cor-

tés, buen político, sabía lo que hacía llegando a tales extremos y dando lugar al “espanto” o admiración de Guatemuz. Si no en todas partes, en México aquella demostrativa acogida sirvió para que los frailes, aunque descalzos entraron con pie seguro a la conquista espiritual y recibieran ese gran estímulo del Conquistador, si es que lo necesitaban.

Después de aquellos misioneros de vanguardia, pertenecientes a la Orden franciscana, llegan los dominicos a México en Julio de 1526, los agustinos en mayo de 1533, los jesuitas en septiembre de 1572. No siempre con toda facilidad se entienden los unos y los otros religiosos en la distribución de los anchos territorios para la evangélica campaña.

Aprender para enseñar: Los misioneros advierten pronto que necesitan conocer las lenguas indígenas para hacer predicación y catequesis. A ello se aplican con gran entusiasmo que antes de mediar el siglo xvi fray Francisco de Jiménez había escrito la primera Gramática y el primer Vocabulario en idioma azteca, siguiéndole pronto fray Alonso de Motolinia con su “Arte de lengua náhuatl” y un Diccionario de la misma que incluía 29 000 palabras. A su vez fray Bernardino de Sahagún compone un Vocabulario trilingüe, en castellano, latín y mexicano.

El ejemplo de estos destacados intelectuales fue seguido, por otros religiosos, distinguiéndose los franciscanos con sus “Artes” (Gramáticas) “Doctrinas” (Catecismos), “Sermones” y “Confesionarios”, aparte de los mencionados y notables Vocabularios.

La diversidad de lenguas —náhuatl, otomí, tarasco, huasteco, totomeca, mixteca, etcétera, etcétera— era un gran obstáculo para la misión evangélica. Para remediarlo, en lo posible, los franciscanos decidieron en Nueva Galicia enseñar a los indios, no el espa-

ñol, sino el náhuatl, por estimar más fácil y rápido este segundo aprendizaje, bien para la confesión se sirvieran de la lengua propia de la zona misionera; lengua esta —como las otras lenguas indígenas— que ellos fueron aprendiendo de los niños que recogían de los conventos para enseñarles el castellano y otras materias, además de la catequesis. Con ello los frailes españoles del siglo xvi se adelantaron cuatro siglos a poner en práctica el lema actual del Instituto Juan Jacobo Rousseau, de Ginebra: “Discat a puero magister”.

Aparte de la ingente labor de los historiadores y cronistas de Indias, tenemos grandes estudios etnográficos y sociales, imprescindibles para el estudio de la realidad americana, como los de Sahagún sobre los nahuas, de Landa sobre los mayas, de fray Martín de Jesús sobre los tarascos. A mediados del siglo xix el inventario en Lingüística acusaba las siguientes cifras no exhaustivas de obras escritas por franciscanos, dominicos, y agustinos: en náhuatl 68, en tarasco 13, en otomí 6, en matlatzincas 5, en mixteca 5, en tzapoteca 5, en huasteca 4, en totonaca 2, en zoque 1, en dialectos de Chipala 1 (como me cuentan los libros te lo cuento lector; pero la información de Richard, es autorizada). Dueños pronto de los idiomas indígenas, los religiosos pudieron llevar adelante su obra evangélica, no sin tropezar con otras dificultades.

Fundación de los pueblos. - Motolinia, tan bueno y generoso él, se quejaba de los contratiempos naturales de la acción misionera: “Los unos pueblos están en lo alto de los montes, otros están en lo profundo de los valles, y por esto los frailes es menester que suban a las nubes, que por ser tan altos los montes siempre están llenos de nubes, y otras veces tienen que bajar a los abismos, y como la tierra es muy doblada y, con la humedad por muchas partes,

llena de lodo y resbaladeros aparejados para caer, no pueden los pobres frailes hacer estos caminos sin padecer grandes trabajos y fatigas”. Otro religioso, fray Miguel Godínez confirma, en el siglo xvi esas justificadas quejas: “Andaban aquellos primeros padres rotos, despedazados, hambrientos, tristes, cansados, perseguidos, pasando a nado los ríos más crecidos, a pie los montes más ásperos y encumbrados, por bosques, valles, riscos, y quebradas, faltando muchas veces lo necesario para la vida humana, cargados de achaques, sin médicos, medicinas, regalos, ni amigos”. Un poquitín de literatura pintorera hay en esa lamentación, y así convencen más, por más verdaderas, las otras sobrias palabras del excelente Motolinia. Con todo, si fueran solas estas dificultades, quizás los misioneros hubieran acabado por venirse a las molestas andanzas; pero las prisas en evangelizar obligaban a reunir a las gentes, y de ahí las abundantes funciones de los pueblos, en las que los religiosos mostraron también una extraordinaria capacidad técnica y organizadora. Parece ser que, si todas las Ordenes supieron hacer lo suyo, los agustinos destacaron en el empeño en modo notable. Se cita, entre otros muchos, el caso de Tiripitio, donde las gentes vivían como la generalidad de los indígenas, dispersas en elementalísimas chozas. Los buenos agustinos lograron reunirlos para la convivencia, trazaron calles y plazas, llevaron agua potable, levantaron un convento y un hospital, edificaron casas, trazaron, abrieron y pavimentaron anchas calzadas a través de un suelo pantanoso.

A la vez que construían el pueblo, enseñaban a las gentes a vestirse, a mejorar su alimentación, a iniciarse en otro tipo de vida, quizá no del todo justificada. Era natural que a los buenos religiosos les desagradaran las desnudeces de los indígenas; pero no tenían razón completa para molestarlos con adaptaciones del

modo de vestir metropolitano, privándoles de los halagos, a que estaban acostumbrados, de la luz y del aire. El moderno casi desnudismo de las playas y salones, aparte de otras actitudes higiénicas y científicas, estimaría con ciertas reservas aquella excesiva intervención misionera.

Los fundadores de los pueblos atendían asimismo, a las cosas temporales relativas a la justicia, propiedad, sucesiones, tutelas, etcétera. Un tal fray Bernardino —no de Sahagún, sino de Alcalá de Henares— llegó a tener bajo su autoridad un territorio de cuarenta leguas a la redonda. Pero más notable fué aquel fray Francisco de Tembleque, del convento de Otumba, a unos sesenta y cinco kilómetros de México, constructor del acueducto de su nombre para llevar agua desde los manantiales de Cempoala, con un recorrido de cuarenta y cinco kilómetros y tres series de arcos, tan altos los centrales que ¡hubiera podido pasar bajo ellos un gran bajel a velas desplegadas! Empresa tan gigantesca, terminada en 1550, dió lugar a una leyenda: el padre Tembleque, entregado al hercúleo trabajo, sólo tenía por compañero a un gato pardo que se pasaba las noches cazando para traerle a la madrugada cuando una liebre, cuando un conejo, cuando unas codornices, según la estación. La leyenda no añade si tan diestro y forzado minino le guisaba también la caza al buen religioso y alarife.

Complemento de la fundación de los pueblos era la atención de los cultivos. Como muchos de los misioneros procedían de las aldeas españolas, hallábanse de algún modo preparados en las cosas agrícolas, y así introdujeron en la tierra americana frutas y otras plantas. La gran autoridad de Humboldt valora estos servicios de los religiosos y también de los soldados veteranos de la Conquista: “Las huertas de los conventos y de los curatos eran almacigos de donde salían los vegetales útiles recientemente

aclimatados. Los mismos conquistadores, a quienes no debemos considerar en masa como guerreros bárbaros, se dedicaban a su vejez a la vida de los campos. Aquellos hombres sencillos, rodeados de sus indios, cuya lengua ignoraban, cultivaban de preferencia las plantas que les recordaba el suelo de Extremadura y de las Castillas, como para consolarse de su soledad... Cuenta (el Inca Garcilaso), con candor que conmueve, cómo su padre, el valiente Andrés de la Vega, reunió a sus viejos compañeros para compartir los primeros espárragos que se dieron en el Cuzco". ¡Y qué sabrosos los debieron encontrar al gustarlos muy despacio, como si fueran confites, para que la fiesta del paladar durase más, ayudando la nostalgia!

Escuelas. - Una Real Cédula, dada por Fernando el Católico en 23 de enero de 1513, ordenaba desde tan temprana fecha que "todos los hijos de caciques se entregaran a la edad de trece años a los frailes franciscanos, los cuales les enseñarían a leer, escribir y contar". Los misioneros no necesitaban de ese estímulo, aun viniendo de tan arriba, pues sabían que, según las palabras certeras de un Pontífice, una misión sin escuelas es una misión sin porvenir.

Ya antes de la llegada de "los doce" fray Pedro de Gante funda en 1523 la primera escuela, a la que siguen otras sin tardar. En ellas se enseñaba fundamentalmente la Religión, bien que acompañada de las materias obligadas de la Lectura y de la Escritura, también del Latín y, en algunos lugares, de las Artes mecánicas. El Obispo fray Juan de Zumárraga, con la aprobación de Hernán Cortés, inicia en 1530 la educación femenina, atendida por religiosas. Cuatro años más tarde había ya ocho de estos colegios para niñas y jóvenes en México, Tetzco, Otumba, Tepepulco, Huejotzingo, Tlaxcala, Cholula y Coyoacán.

A fray Pedro de Gante se le deba la introducción de las artes y oficios en la enseñanza indígena. Los dominicos traen la cerámica de Talavera, con la técnica de su fabricación, y otros religiosos, en sana competencia con los laicos, van dando a los indios la ocasión de desenvolver en nuevos sentidos su disposición artística y manual. Se dice que el Padre de las Casas se extasiaba ante las cruces, cálices, custodias y demás labores que los artesanos indios producían, con las esculturas religiosas, Cristos principalmente, los instrumentos músicos, etcétera. Un historiador veraz dice que algunos indios sobresalían en estas aptitudes sin que se los enseñasen, bastándoles observar al artífice, generalmente platero, aplicado a la tarea en el humilde taller abierto a la pública curiosidad.

Tampoco ofrecían para los indígenas dificultad mayor los estudios primarios, según declara Motolinia hacia 1555; “Deprendieron a leer brevemente, así nuestro romance castellano como el Latín y de tirado (impreso) y letra de mano...El escribir se enseñaron muy en breve tiempo porque en pocos días que escriben luego contrahacen la materia que les dan y letra de sus maestros”. Notable disposición que los misioneros supieron utilizar para su propaganda catequística. Algunos de ellos, celosos de su empeño, no descansaban en la larga jornada que se habían impuesto; así fray Pedro de Gante —varias veces citado— escribía a Bélgica en junio de 1529 que su oficio era predicar y enseñar día y noche.

Estos buenos frailes no participaban de la opinión de aquel gobernador de Berkeley, Virginia, que en 1670, esto es, en plena actuación colonizadora inglesa, declaraba cínicamente: “Doy gracias a Dios de que no haya escuelas, y confío no las ha de haber por lo menos en cien años; porque del saber ha nacido en el mundo la desobediencia, la herejía y las sectas”. Ese preocupado y despreocupado gobernante de Norteamérica seguramente no

hubiera acogido como los misioneros españoles la mencionada Cédula bienhechora de nuestro Carlos V.

Teatro misionero.- No hay noticias suficientes acerca de las manifestaciones dramáticas o asimilables a ellas durante la época anterior al descubrimiento. Se sabe que había danzas rituales o festivas con elementos, en algunos casos, de pantomimas, que seguramente tenían un significado superior a la diversión. Rojas Garcidueñas, en sus “Autos y coloquios del Siglo xvi”, estima que había además, en tiempo, verdaderas representaciones con diálogos sencillos y burdos recursos cómicos, acción incipiente, que, aún en su elementalidad, llevaba en sí una intención dramática.

Una modificación interesante, desde el punto de vista de la fusión de culturas, nos la da acaso la derivación hacia un sentido español y devoto de los “areitos”, según ocurrió en la isla de Cuba, a principios del siglo xv, con ciertos bailes y cantos indígenas en honor a la Virgen, cuya letra era en parte del Ave María. Danzas, juegos, “invenciones”, y otros estímulos del regocijo popular acompañaron pronto las procesiones y solemnidades del Corpus Christi con elementos nativos, en los primeros tiempos coloniales, siguiendo la tradición española.

Al lado de esto y antes de ésto, en razón del tiempo, deben registrarse, con los areitos, determinadas formas dramáticas, ya en el tipo de la tragedia, ya en la comedia, que incuestionablemente hubo entre los mayas y quiches de Yucatán y Guatemala, entre los aztecas de México, entre los quechúas del Perú, y así en otras regiones de América. Se señala como una definida expresión de estas manifestaciones dramáticas la danza tragedia de los quiches. “Rabinal Achí” quizás producida en el siglo xiii, que aun

se representa en Guatemala a mediados del siglo XIX, drama de sentido histórico.

La leyenda de los misioneros españoles motivó cambios en la expresión del género dramático americano. La sabiduría y la larga experiencia de la Iglesia supo utilizar, según venimos indicando, los elementos que halló en las tierras descubiertas, acomodándose y acomodándolos, lejos de oponerse, a las intenciones de la propaganda religiosa. Y así los misioneros no solamente escribieron, en idiomas indígenas, obras adoctrinadas de la nueva fe, sino que admitieron las danzas, los adornos de plumas y flores, con otros recursos gustosos a los naturales en el propósito logrado de hacer más aceptables aquellas producciones religiosas y su representación adentro de los templos, en su proximidad o en otros lugares que permitían la reunión de una masa de espectadores. Los misioneros llegaban en su celo y deseo de acomodación hasta consentir que los actores imitasen, para enriquecer la fiesta, los movimientos de cortos animales en el campo o en la relación con el hombre, ello por su utilidad y servicios o por los daños con que amenazaban.

Ese primer tipo de representaciones hispano-indias se ha mantenido en América a lo largo de los siglos, y aún hoy quedan supervivencias en lugares apartados del influjo ciudadano. Así algunos pueblos de Nicaragua conservan cierta producción dramática. “El güegüence”, con un elemento de baile, en el que el diálogo combina los idiomas español y náhuatl.

Vemos, pues, que a las armas españolas acompañan las letras, representadas en los años primeros de la Conquista principalmente por los misioneros. Esto explica el carácter religioso que ofrece predominantemente el teatro en los tiempos iniciales de la Colonización. No se hacía, en definitiva, sino continuar el ejem-

plo de España. Los dos ciclos de Navidad y de Pascua constituyeron los motivos principales de las representaciones, luego ampliados a otros momentos de la vida de Jesús. Dejando a un lado interesantes controversias literarias, inoportunas en este lugar, debemos insistir en el hecho de que los misioneros trajeron a los pueblos americanos no sólo lo que allá había, sino, lo que es más importante, la facultad de adaptación de la raza, que permitió la aludida acomodación de la dramática religiosa hispana a las foráneas de estos ricos territorios, con un enriquecimiento que lleva a modalidades particulares de un vigor tal que, según anota Rojas Garcidueñas, aún siguen representándose periódicamente, en regiones del país mexicano, coloquios y pastorelas que son un vestigio último del antiguo teatro religioso.

Debe señalarse también que ese teatro, en el período de la Conquista y primera Colonización, tiene el fondo eticista grato a la raza española, al lado del propósito evangelizador; a lo que ha de añadirse la característica de ser producido en las lenguas nativas a fin de hacerlo llegar directamente a las masas.

Como sucedió en España, al salir las representaciones de los templos a los atrios, y de allí a la plaza pública, tomaron un carácter profano. En las tierras del Nuevo Mundo no debió suceder la confusión de allá por el carácter misionero del teatro, sino que éste, llegado el tiempo, dio entrada a las formas civiles conocidas y gustadas antes por los conquistadores y funcionarios.

En California.— Dieciocho fueron las misiones fundadas en California por los jesuitas que permanecieron setenta años en el país.

Clavigero se place en hacer una descripción detallada de estas misiones, verdaderos pueblos con su iglesia, su almacén general, la casa-cuartel de los soldados encargados de proteger la Misión, las

escuelas para niños y niñas y las que Clavigero llama casillas para las familias de los neófitos. Los demás vecinos de la Misión vivían en las afueras de ésta, a campo raso.

El día se iniciaba con un servicio religioso, al que seguía la distribución de un “atole” como desayuno. Y tomando ese refrigerio, los indios iban a su labor agrícola. Regresaban al pueblo al medio día para hacer su comida a base de “pozole” o maíz cocido con agua. En las Misiones más acomodadas se añadía un plato de carnes y otro de legumbres o alguna fruta. Después de un buen descanso volvían al campo, reuniéndose para un nuevo servicio religioso al final de la jornada y antes de la cena. Las cosas se producían normalmente hasta aquí. No ocurría lo mismo cuando los misioneros habían de visitar a los enfermos en los lugares apartados hasta 10 y 20 leguas, que los religiosos habían de recorrer a pie.

Las primeras construcciones, eclesiásticas y civiles, supusieron también no pocos esfuerzos y ciertos recursos del ingenio para vencer la resistencia de los indígenas a esta clase de trabajos, según cuenta M. Venegas en “Noticias de California”, refiriéndose al benemérito Pedro de Ugarte: “baste decir que, para formar los adobes, haciéndose niño con los niños, los convidaba a bailar en la tierra y bailar sobre el lodo. Descalzábase el Padre y entraba a pisarlo; entraban con él también los muchachos. Empezaba la danza, saltaban y bailaban sobre el lodo, y el Padre con ellos. Cantaban los muchachos, y con ellos el Padre, estando contentísimos, saltaban a competencia y batiendo y pisando el lodo por varias partes hasta el tiempo de la merienda”. Juego y trabajo combinados.

Astilleros misionarios.- Casi debemos dar este nombre a los talleres al aire libre que los animosos misioneros, residentes de las

costas californianas, decidieron construir las embarcaciones que necesitaban para comunicar entre sí los diferentes pueblos formados y transportar alimentos, ya que ocurrió más de una vez la dificultad de quedar aislado un grupo y en riesgo de perecer de hambre las gentes.

El animoso fray Pedro de Ugarte se distinguió principalmente en esta iniciativa y su empeñosa realización. Le dijeron —cuenta el jesuita Constantino Bayle— que setenta leguas al Norte había árboles acomodados. Fue allá y los halló en efecto; mas tan metidos en sierras y barrancos que el carpintero de ribera aseguró imposible de todo punto sacarlos al mar. “Eso queda de mi cuenta”, respondió el Padre y, contra el parecer de todos, trasladó hachas y sierras, juntó indios y a los cuatro meses la madera estaba lista. Para arrastrarla al improvisado astillero abrió trochas de una extensión de treinta leguas y, a poder de bueyes y mulas, con la ayuda de rodillos, puso los maderos en la playa y —dice admirativamente el narrador— armó la balandra más fina y velera que surcó el Golfo de Cortés, y ella hizo hasta un viaje de exploración por aquellas costas.

Fray Junípero de Sierra.— ¡Simpático fraile de San Francisco este mallorquín! Dirige a sus hermanos en la empresa californiana, cuando los jesuitas son expulsados de España y de los dominios españoles. Como Teresa de Jesús, era andariego y, como ella, necesitaba pocas cosas para fundar una Misión. Bastaba que le acompañase sonriente la Naturaleza. En una de sus andanzas descubre un lugar que le agrada en la sierra de Santa Lucía, en la llamada cañada de los Robles, sitio ameno rodeado de árboles y un río cercano, grato a la vista y aprovechable para el riego de las tierras próximas. En esto, en la elección de hermosos lugares,

los franciscanos fueron siempre cumplidos poetas. Fray Junípero se instala allí tranquilamente, sin tener un templo que ofrecer allí a los futuros catecúmenos; lo que no le apura. Le basta, para comenzar su propaganda evangélica, colgar una campana de un árbol, hacerla sonar alegremente y gritar él con gran arrebatado entusiasmo: “¡Ea, gentiles, venid a la Santa Iglesia, venid a recibir la fe de Jesucristo!”. Al admirable Francisco de Asís, amigo de la sencillez y del fervor comunicativo, le hubiera recreado grandemente esta deliciosa ingenuidad de fray Junípero, a quien no habían contagiado los discursivos intelectualismos de aquel siglo XVIII.

No era siempre fiesta para este misionero. En una de sus largas y fatigosas peregrinaciones fray Junípero se siente dolorosamente aquejado e impedido para continuar la marcha. Ningún médico ni curandero puede atenderle en aquellas soledades y —relata fray Francisco de Palou— el animoso fraile, humillándose serenamente, llama al arriero Juan Antonio Coronel, diciéndole: “¿No sabrás, hijo, hacerme un remedio para la llaga de mi pie y pierna?” A lo que el pobre hombre de la recua contesta: “Padre, que remedio tengo yo de saber? ¿Soy acaso cirujano? No soy más que un arriero, y solamente he curado las mataduras de las bestias”. “Pues, hijo, haz cuenta de que yo soy una bestia y que esta llaga es una matadura de que ha resultado la hinchazón de la pierna y los dolores tan grandes que siento que no me dejan parar, ni dormir, y hazme el mismo medicamento que aplicarías a una bestia”. Y como en los cuentos infantiles, asegura el relato que el excelente arriero logró sanar a fray Junípero con un emplasto de sebo y yerbas campesinas que halló a mano. A la mañana siguiente fray Junípero se levantó para el rezo de maitines tan campante, y dijo su misa como todos los días.

Ciertamente no fue por una tan portentosa curación por lo que el Estado de California, al escoger sólo dos nombres que lo representasen con caracteres de oro en el gran salón de la fama del Capitolio de Washington, acordó por unanimidad que uno de esos dos únicos nombres fuese el del mallorquín fray Junípero Serra.

Nodrizas supremas.— De estos tiempos de fray Junípero hay un hermoso suceso que, para no alterar con nuestra pluma el relato de su belleza, hemos de trasladar aquí con las mismas llanas palabras de Orozco y Berra: en San Diego, después de la pacificación, se puso una imagen de la Virgen con el niño en brazos. Corrió la voz en las rancherías, y en multitud venían las gentes a verla. Fuese que la juzgasen viva, fuese que, aunque pintada, la tuvieran por una divinidad, las mujeres que eran madres...metían por entre los palos de la estacada sus senos cargados y llamaban a los Padres para pedirles con insistencia las dejaran dar de mamar al hermoso niño del altar.

Tolerancia a lo humano.— En otros días y en otros lugares que los de fray Junípero, todavía en el país californiano, hubo de actuar, a la vez que la católica, una propaganda protestante. Si fuera en otros tiempos o en la España de ogaño salvada por el cielo, con desdén de la mísera tierra, por el general-generalísimo Francisco Franco, esa coincidencia hubiera producido inevitables y rudos choques. No así en aquella actuación de proselitismo, pues ocurrió —leemos en Herbert E. Bolton— que los presbiterianos de Norteamérica tuvieron que cruzar los áridos desiertos de Utah y Nevada para llegar a California y encontrarse felices, después de muchas penalidades vencidas, en la Misión católica de San Gabriel, donde el protestante Jadediah Smith fue acogido y ob-

sequiado, con una excelente comida de pescado, aves, patatas, habichuelas y uvas, a más del gustoso acompañamiento líquido de “aquello que alegra los corazones” y ayuda a establecer gratas camaraderías. Bien que “católicos por profesión —escribe Bolton— se manifestaron (los frailes españoles) como unos caballeros (gentlemen) de primera clase y, lo que más sorprendió al buen Presbiteriano, le permitieron la expresión de toda su libertad de conciencia y hasta le escucharon pacientemente aquellos buenos franciscanos cuando pretendió corregirles su doctrina teológica y salvarles las almas”.

Riqueza de las misiones franciscanas. - En 1884, al ser liquidada la obra misionera, los 31 000 indios afectos a los 20 establecimientos religiosos de California poseían 396 000 cabezas de ganado vacuno... 62 000 caballos y 321 000 cerdos, ovejas y cabras. Recogían 123 000 “bushels” (4 305 000 decímetros cúbicos) de granos; lo que supone, al lado de la catequización religiosa, un triunfo económico considerable.

Un animoso fraile padece fuerte espejismo. - Como hombres que eran, la mayoría de los misioneros sabían armonizar las aspiraciones celestiales y los intereses materiales. Entre los numerosos religiosos que llegaron a las tierras americanas hubo algunos notables por su ánimo al servicio de una y otra demanda. Así aquel fray Marcos de Niza que en la primera mitad del siglo xvi se sintió arrastrado por la leyenda de Quivira y las Siete Ciudades de Cíbola, en Nuevo México, todas ellas oro desde los pavimentos hasta los objetos y útiles usuales. Fray Marcos había acompañado a Pizarro en la fuerte expedición al Perú y tenía el espíritu bien templado y la ambición alerta. No desalentándose el esfuerzo gi-

gantesco e inútil del gran Cabeza de Vaca, nuestro fraile echó camino inexplorado adelante con la sola compañía del esclavo negro llamado Esteban y seis indios intérpretes, movido del propósito de llegar a la famosa Cíbola, a la que, semanas después, creyó descubrir de lejos y desde lo alto de una montaña. Parece ser que un cegador ocaso del más resplandeciente sol en retirada le hizo creer tierra cubierta de oro lo que no era sino engañoso efecto de luz maravillosa. Al precipitado religioso le bastó esa falsa promesa de riquezas incontables para volverse a México y venir con el cuento al Virrey Mendoza, quien, también encandilado, organizó en 1540 una expedición en toda regla mandada por Francisco Vázquez Coronado, con 300 soldados bien equipados y 600 indios, en seguimiento de este ejército de fray Marcos, presumidamente seguro de saber a dónde llevaba tanta gente. Después de cruzar lo que es ahora el Estado de Arizona, los expedicionarios llegaron a la región de Zuño para encontrar que la codiciada Cíbola, ahora sin el dorado engaño luminoso del astro-rey era... ¡un conjunto de chozas de barro sobre unos riscos!... (La historia no dice si los soldados y los indios, muertos de fatiga y defraudados, mataron a fray Marcos o le dejaron abandonado allí para que tomara el sol).

Utopía mexicana. - Hombre ejemplar y simpático aquel Vasco de Quiroga, Obispo de Michoacán, que propone a España desde México, en 1532, un experimento social, realmente revolucionario, y lo llama sencillamente, "Parecer", como quien no dice nada. El historiador Silvio Zavala ha escrito mucho sobre este simpático "Parecer" de Vasco y su inspiración realizada en Tomás Moro, de cuya "República" dice el excelente Obispo que lo saco "como de dechado", así, diestra y artesanalmente, pues se trataba de "hacer" también con las manos.

Vasco de Quiroga razonó en su escrito de propuesta al Consejo Real que, estando derramados y solos los indios por los campos, padecían agravios y necesidades y propuso recogerlos en ciudades y pueblos y darles la necesaria protección. Las agrupaciones serían de seis mil familias, cada una de ellas integradas por diez y hasta dieciséis parejas de casados con sus respectivas proles; concepto extenso de la comunidad familiar que recuerda a los primitivos grupos patriarcales. Un Alcalde Mayor o Corregidor a la española gobernaría cada una de estas poblaciones y ejercería la autoridad suprema en materia de justicia. El “Parecer” añadía otras noticias sustanciales sobre la organización de estas Comunidades en beneficio de los indígenas.

La idea no podía ser más cristiana, pero el Católico Consejo Real no la acogió favorablemente, ni en 1532 ni en 1535, quizá por estimar difícilmente viable un proyecto caldeado al fuego utópico de Moro. Quiroga impaciente —escribe Zavala—, poniendo a contribución sus recursos y valiéndose de su influencia cerca de los indios, lejos de desanimarse, funda dos hospitales —pueblos que llamó de Santa Fé, tanta era la que tenía él de sí mismo—, el uno cerca de la laguna de Pátzcuaro y el otro en la cabecera de Michoacán.

Las reglas primeramente concebidas tuvieron alguna modificación cuantitativa; pero no en la orientación concebida de Tomás Moro, pues el Obispo michoacano estableció en sus pueblos la comunidad de bienes, los turnos de trabajo entre la población urbana y rural, las labores femeninas, la jornada de seis horas, la distribución liberal de los frutos del esfuerzo de todos conforme a las necesidades de cada vecino, el abandono del lujo y de las ocupaciones que no fueran útiles.

La iniciativa de Vasco de Quiroga, ha merecido de Lombardo Toledano este cálido comentario: “Es un deber digno de

notarse el acierto extraordinario de don Vasco de Quiroga al formular las bases de la organización de los indígenas para realizar la equidad, la justicia y el amor verdadero entre los mismos, al propio tiempo que rendimientos económicos de consideración para su trabajo y, por tanto, su entusiasmo constante... ¿Por qué olvidar los ensayos como éstos que tuvieron tanto éxito hace siglos en manos de hombres verdaderamente del pueblo, para discutir si conviene a nuestros indios tal o cual doctrina o experiencia extranjera?”

Como se advierte un Obispo católico y creyente de ayer, y un líder de izquierda, acaso ateo, de hoy, vienen a convenir en las mismas ideas e iguales aspiraciones ante las urgencias imperativas de la recta justicia social.

Utopía paraguaya. - Utopía que se hace realidad con un desarrollo aún más ambicioso y extenso que la mexicana, bien que esta quizás fue animada de más generoso espíritu.

Llegan los jesuitas al Paraguay en 1588 y, después de algunos trabajos preparatorios y algo difíciles, vuelven en 1605. Los misioneros de la Compañía llaman “Reducciones” a los establecimientos o agrupaciones de gentes nativas que van fundando en el país, y dan el nombre de “Doctrinas” a los pueblos ya formados y organizados. Dos son las primeras de aquellas Reducciones, puestas bajo la respectiva advocación de “San Ignacio Mayor” y “San Ignacio Menor”.

Un beneficio inmediato hacen los misioneros a la población indígena, y es la de disminuir y después evitar las incursiones de bandas armadas que llegaban de tiempo en tiempo a San Pablo del Brasil, a “caza” de indios, y que en pocos años se apoderaron de unos 300 000 cautivos para venderlos como esclavos.

No es posible relatar en pocas líneas, para no hacer interminable esta información somera, la organización de las Reducciones y Doctrinas. Sería interesante trasladar aquí las detalladas instrucciones que daba para fundar, en el siglo XVII, el sesudo Padre Diego de Torres. En una de ellas dice a los misioneros exploradores: “Darán vuelta a la tierra y escogerán al pueblo que tuviere mayor y mejor comarca y de mejores Caciques, y en el sitio más apropiado hagan la Reducción y Población, advirtiéndole que tenga primero agua, pesquería, buenas tierras y que no sean todas anegadizas, ni de mucho calor, sino de buen temple y sin mosquitos, ni otras incomodidades, y donde puedan sembrar y mantenerse hasta ochocientos mil Indios... En lo que toca a doctrinar a los Indios, quitarles los pecados públicos y ponerlos en policía, vayan muy poco a poco, hasta tenerlos muy ganados y, ni en esto, ni en el sustento de Vuestras Reverencias les sean pesados, ni cargos”. Advertencia esta última que pretende evitar abusos de los señores jesuitas en su cristiana misión.

Las instrucciones refiérense en otro lugar a los trabajos del campo con la siembra de algodones, frutales y legumbres; cría de puercos, gallinas y palomas, arreglo de lagunas para tener pescado. “Cuando tengan con qué, hagan cada día (los Padres) alguna buena olla de motes y legumbres a lo que pudieren cada día a los pobres de la Puerta”. Medida caritativa esta que viene a mostrar alguna falla en la organización comunal establecida, puesto que no alcanzaban a todos los beneficios. Una carta de octubre de 1752 dirigida por el Padre Luis Altamirano al Marqués de Valdelirios, Comisario regio de la delimitación de fronteras con el Brasil, nos enteramos de algún aspecto de la organización. “Todos los días se da a cada indio dos o tres veces la yerba que precisamente ha de gastar en el día. Del mismo modo

se reparte la carne a los hombres y muchachos dentro de la casa del Padre, y a las mujeres y muchachas en la puerta; para cuya distribución se convoca al pueblo a toque de campana. El maíz y demás semillas para sembrar se les reparte también a tiempo y para su gusto”.

Se debía tratar de una Reducción que estaba formándose. En las Doctrinas, ya organizadas, vemos que el régimen de propiedad comprendía la privada y la común. El “Abambué” era la tierra particular del indio, destinada al sustento suyo y de su familia durante el año. Recogida la cosecha, se quedaban con lo necesario para dos o tres meses, depositando lo demás en el almacén común, a donde iban a buscar lo que les pertenecía cuando se había terminado aquella previsión.

Más importante era la otra propiedad o “Tupambaé”, palabra que significa “hacienda de Dios o de los pobres”, y era la tierra comunal con sus ganados y frutos. Elegíase el campo común — leemos en el Padre Pablo Hernández (“Organización social de las Doctrinas Guasanés de la Compañía de Jesús”)— entre los terrenos más saneados del pueblo y de suficiente extensión para que en él se pudieran sembrar maíz, mandioca, legumbres, algodón y otras plantas.

El modo de cultivar esta propiedad variaba: ya corría a cargo de jornaleros en buenas condiciones de rendir un esfuerzo útil, ya se acudía a la labor colectiva de todos los vecinos útiles del pueblo, empleándose en ello los sábados y lunes, pues los demás días habían de ocuparse de los campos y tierras particulares. Pertenecían también al “Tupambaé” asimismo los rebaños de ganado vacuno y lanar.

A pesar de estas claras pruebas de que nos hallamos ante la organización de tipo comunal, el Padre Pablo Hernández no quiere

que de ello se puedan sacar consecuencias extremas; pero se encuentra obligado a decir: “Si se trata de comunismo en la práctica, por razón de la comunidad de bienes, no se puede decir con verdad que en las Doctrinas se practicase el comunismo, puesto que no sólo existía la propiedad privada y reconocida como derecho, sino también practicada como hecho. Y si en algunos casos no era practicada o no encontramos hechos que la muestren, esto se explica muy bien por las circunstancias del tiempo y comunicaciones de los pueblos y la índole de los Guaraníes”. Otros religiosos, que tuvieron la ocasión de conocer las Reducciones y Doctrinas, no se muestran tan explícitos al negar el carácter de estas organizaciones en lo referente a la propiedad, así los Padres Muriel y Peramás, cuyas consideraciones nos es pertinente ya recoger aquí.

Mas en las abundantes páginas del Padre Pablo Hernández sale alguna vez el nombre del dominico Fr. Tomás de Campanella y su revolucionaria obra “La ciudad del Sol”, una de ellas al pretender fray Pablo refutar, sin dar razones, la opinión del comentarista alemán Gottheim, quien “supone que (los Jesuitas del Paraguay) obraron conforme a la dirección de aquel plan, porque flotaban en el ambiente ideas análogas y los Jesuitas las siguieron sin darse cuenta de ello”. He aquí una solución armonizadora que pudieran aceptar los más extremados reaccionarios para salir algo gallardamente del empecinamiento negativo y absurdo. Quedaría también así resuelta la imposibilidad crónica que apunta Croce y recoge Eugenio Imaz en el notable prólogo de “Utopías del Renacimiento”. Sin duda, las Reducciones del Paraguay no son las ciudades del sol campenelliano; pero hay algo en ellas de aquel ambiente. Véase cómo una de varias pruebas de relación del estado económico de un pueblo de Doctrinas en 1757, con cifras que suponen una organización de tipo ignacianamente utópico: “Ha-

bitantes: 3 443; cosecha de algodón: 1 050 arrobas; idem de lana: 50 arrobas; de yerba: 1 300 arrobas, de las cuales se enviaron 300 a Buenos Aires y 150 a Santa Fe. Ganado de todo género: 20 000 mil cabezas. Mátase 16 reses vacunas diariamente”. Esta situación parece corresponder al régimen del “Tupanambae” o propiedad y disfrute en comunidad civil.

Las Españas (México D.F.), núm. 15-18
(número especial), agosto 1950

EL ALMIRANTE Y SU DESCUBRIMIENTO

No es un relato más de la hazaña de Colón el que nos ofrece Edmundo O’Gorman ahora en las cuatrocientas páginas de su libro¹, subtulado historia de esa interpretación que se ha venido dando a la feliz aventura colombina, con el examen crítico de los fundamentos que han asistido a dicha interpretación; ello todo enfocado hacia “la idea del descubrimiento de América”. El autor consigna en la portada de la obra tres palabras —idea, interpretación, crítica—, que sitúan al lector y le disponen para entrar en una investigación que, siendo historia, es filosofía, reflexión del pensar ante el problema planteado, ello con una exigencia y precisión lógicas nada frecuentes hasta ese grado de rigor.

¿De dónde procede en O’Gorman su estilo interior y externo? Sería pretensión excesiva atreverse a definirlo; pero hay que dejar a la pluma alguna vez correr a su antojo. O’Gorman se expresa así porque ese es su temperamento. Sin tal disposición metal escribiría de otra manera. Mas toda persona acostumbrada a leer encontrará en el autor, además de la complacencia en el ceñido proceso discursivo, un cultivo deliberado del que llamaremos estilo espiritual, por aquello del estilo es el hombre... o debiera serlo.

Espero que a O’Gorman no le obcecara demasiado que, leyéndole yo ahora y en México, mi imaginación, a ratos un poco loquilla, vuele retrospectivamente hasta los años medios del siglo XIX español y hacia el pueblecillo toledano de Illescas, no ciertamente para extasiarme una vez más ante el soberano Greco de

¹ Edmundo O’Gorman: *La idea del descubrimiento de América...* Ediciones del IV centenario de la Universidad de México, Centro de Estudios Filosóficos, 1951.

aquella iglesita, ni gozarme con el suave vino, que Cervantes gustara, de la ondulada campiña, sino para recordar a Sanz del Río, el formidable pensador krausista. Si él fue a formarse a Heidelberg, al lado de Leonardo, Roder y Schliephake, luego en Madrid hizo escuela y tuvo por discípulos, entre otros, a don Fernando de Castro, Salmerón y Giner de los Ríos, de los que luego aprendieron don José de Caso, don Alfredo Guirón y don Manuel B. Cossío, maestro de Gaos, a cuyo lado O’Gorman ha disciplinado un severo pensar.

La línea de esos nombres es clara, a partir del “filósofo de Illescas” hasta el investigador mexicano, quien no admitiría, claro es, que yo le igualase, hoy por hoy, a Sanz del Río: pero habrá de permitirme el recuerdo de que el pensador español sí hizo la refundición del “Ideal de la Humanidad para la vida”, de Krause, y escribía en el amable retiro pueblerino su “Metafísica Analítica”; había trabado en Heidelberg buena amistad con los grandes historiadores Gervinius, Schlosser y Weber, en cuya casa vivió y de quien más tarde iba a traducir la “Historia Universal”. Filosofía e Historia allí, en íntima relación. Así también ahora y aquí en O’Gorman.

La materia de la obra que estos días me ha recreado y adoctrinado es evidentemente histórica. Su tratamiento se muestra rigurosamente filosófico; de donde el doble interés y la realización plena del intento, enfocado a la, al parecer, sencilla tesis: Colón descubrió América. Seguramente muchos lectores, como yo, tenían resuelta la cuestión afirmativamente desde la infancia escolar, y si O’Gorman hubiera estado en esa misma actitud se habría privado del extraordinario placer de los últimos años, al elaborar la magnífica exposición que nos ofrece y él viene a condensar en estas breves líneas de la página 359: “si algo ha logrado mostrar

este libro es que, una vez conceptuada la hazaña colombina... sub especie de 'descubrimiento' (el a priori básico de toda la estructura hermenéutica de la interpretación colombina tradicional), comenzó el desarrollo de un proceso interpretativo de ese suceso, cuya problemática consistió en explicitar y articular adecuadamente el elemento de intencionalidad implícitamente postulado en aquella manera de concepción". Para llegar el autor a ver claramente lo sucedido al filo de los siglos con las desviaciones interpretativas y mostrarlo según lo hace, convencedoramente, le ha sido necesario muy paciente estudio y mucha reflexión despaciosa y serena. De ahí que su libro deje la impresión de una doctrina definitiva. El filósofo dista mucho, en este caso y por fortuna, de hacer poesía como Paul Claudel, al afirmar éste de Colón; "Su idea no era la de encontrar una tierra nueva, sino la de superar el eterno horizonte, movido el corazón por la pasión del límite y de la esfera acotada". En el poeta francés, Colón aparece como un aventurero, sin duda genial, pero aventurero. Naturalmente O'Gorman no ignora la disposición animosa del Almirante ni tampoco su misticismo, aquel sentirse llamado —con o sin las misteriosas "voces" de San Pablo, de Juana de Arce— a su empeño más o menos providencial: "los alientos religiosos y aún místicos pujos tan ciertos del ser moral del Almirante". ¿Cómo, por muy esforzado que fuese, se hubiera lanzado a los temerosos e ignotos mares en frágiles naves si no estuviera impulsado por una fe en sí mismo y la creencia en un mandato de los cielos? Gran buscador de aventuras era Colón; pero debió ser algo más. Y no hablemos de la sed de gloria, ni de la codicia.

Cierto es que no sabía a dónde iba, creyendo marcar el derrotero hacia el país asiático del Gran Khan- para quien no llevaba una carta de los Reyes Católicos, según se creía, sino que el pliego

iba dirigido, como diríamos hoy, “A quien corresponda”, y fue Américo Vespucio quien ganó a Colón la partida de bautismo y el apadrinamiento, pisando tierra firme del Continente antes que el Almirante. Estas y otras cosas principales saca O’Gorman a la luz de la superficie histórica en los densos y jugosos capítulos titulados: Introducción General, Génesis de la Historia del descubrimiento de América. La etapa antigua de la historiografía colombiana, además de un Apéndice y una Bibliografía, posiblemente exhaustiva.

No hay duda alguna en afirmar que el genovés Cristóbal Colón descubrió la tierra americana, aunque lo ignorase, si estimamos que las Antillas forman parte de ella. ¿Genovés decimos? O’Gorman sólo se permite jugar con la información y distraerse humorísticamente, dentro del riguroso análisis general, cuando registra las muchas aspiraciones sobre la patria de Colón. Como a Homero, se disputan al Almirante varias cunas: “Italianos, pero no a secas, sino con matices de provincialismos, gallegos, catalanes, vizcaínos, extremeños, corsos, griegos, portugueses, judíos y hasta suizos e ingleses entran en la lid para disputarse a Colón”. Y en nota: “También se ha pretendido es un descendiente de Quetzalcoátl”. ¡Ganas que los humanos tienen en todas partes, de vestirse con plumas ajenas!

Pero voy colmando el espacio que Juan Rejano señala a estas reseñas, sin haber recogido algunas otras, entre tantas cosas sustanciales que O’Gorman nos brinda al mostrar, por ejemplo, que “los problemas relativos al conocimiento de la vida de Colón, se confunden o identifican con los referentes a la comprensión del descubrimiento de América”: que “para Humboldt y para los pensadores de su tiempo América fue descubierta no a pesar del ‘objetivo asiático’ sino justamente porque ese y no otro fue el ob-

jetivo que tuvo Colón”. Pero los contemporáneos no discurren así, pues afirman que fue aquello logrado “a pesar del objetivo asiático de Colón”. Ahora bien, nadie había sentido hasta ahora la urgencia de escribir una “historia de la historia” del descubrimiento de América. Y esto es lo que O’Gorman acaba de obsequiarnos cumplidamente.

El Nacional (México D.F.), suplemento dominical, 10-VI-1951

UNA CONFERENCIA. EL MEXICANO COMO POSIBILIDAD

No he podido escuchar a Leopoldo Zea en la sala Martí, demasiado alta esa aula para mis claudicantes energías corporales; pero he tenido la ocasión de leer y gustar a mi ritmo personal su conferencia hiperiónica, tan interesante que deseo participen de ella los que me honran deteniéndose en mis leves artículos semanales.

Así comienza Leopoldo Zea: “Hablar de las posibilidades del mexicano, no es menester decirlo, es hablar de las posibilidades del hombre, sin más; de las posibilidades de todos los hombres; de las posibilidades de cualquier hombre”. No puede haber la menor duda en otorgar a Zea lo que afirma con tanta claridad. Pero al conferenciante le interesa ahora el hombre concreto, el hombre de México, y así procede seguidamente, escalpelo en mano, a la disección segura, a veces un poquito cruel, de la personalidad y la persona de sus connacionales, de sus coterráneos y coetáneos ¿Cuáles, se ocurre enseguida preguntar? ¿es idéntico el mexicano de Sonora o Nuevo León que el de Yucatán o Oaxaca? Porque los elementos racionales formativos, del lado indígena principalmente, no son los mismos en esas comarcas, y esta diferencia sustancial por fuerza ha de repercutir, repercute, en las características que se buscan y han de tomarse en cuenta para un estudio fundamental que —consiéntame decirlo los buenos amigos hiperiónicas— ha de tener sus carriles sociológicos para que lo filosófico marche sobre seguro. De otra suerte se corre el peligro de distraerse en una concepción más académica que realística. ¡Hay tantos Méxicos en México! Y esa es una de las grandes riquezas y una de las promisorias esperanzas del país.

Dejemos esto que nos llevaría demasiado lejos, y sigamos la notable exposición de Zea, para quien “el mexicano es un hombre inserto en una situación, a la cual me voy a permitir llamar situación límite”, situación que lleva “por un lado a comprender los más altos valores universales y, por el otro, a ser cerradamente provincianos. Dentro de la línea en que nos encontramos se confunden aún lo más mágico y lo científico, lo imaginario con lo real, el tabú con el obstáculo natural...”. No tome Leopoldo Zea lo que voy a replicarle o retrucarle, pues estamos jugando con las ideas: exactamente que al mexicano le ocurre, ejemplo entre muchos, al mismo provinciano de París, en quien lo particular muestra análoga situación de límite entre lo suyo más suyo, local, y lo general e inmenso de todos, con la agravante de análoga coincidencia social allí de lo mágico y lo científico. Basta leer los anuncios de la prensa de París, cuajados de invitaciones de nigromantes, hechiceros y pitonisas, que hacen su buen negocio. La Humanidad, querido Zea, está mucho más próxima a la caverna prehistórica de lo que muchos quisiéramos. De ahí las guerras, ignominiosa afrenta del siglo xx.

Veo ahora, dado el espacio limitado disponible, que no puedo seguir a Zea con este mi paso despacioso. Anotemos algunas de sus meditadas observaciones:

- En la línea o filo de todas las posibilidades, el azar juega para el mexicano el mejor de los papeles.
- La vigencia del mundo depende de un querer o no actuar, nunca de un deber actuar.

Más que la ley cuenta siempre un acuerdo personal, la relación sentimental o de afecto entre personas (característica ésta que se da igualmente entre españoles, según pudiera demostrar fácil y hasta divertidamente, esto segundo con una anécdota referida a nadie menos que el Duque de Alba. Para otra ocasión).

- El mexicano se mueve dentro de un mundo de oportunidades: lo que da como fruto el oportunismo y el oportunista.

- En el mexicano la zozobra, la inseguridad y la inconsciencia han sido permanentes: las lleva entrañadas desde el día en que se encontraron mundos tan opuestos como el europeo y el americano.

- El mexicano, en general, parece poco apto para el atesoramiento y acumulación de bienes.

El complejo de inferioridad, los complejos sumergidos y el resentimiento son, entre otras, las causas explicativas de la conducta del mexicano.

Así sumariamente recogidas. Estas notas críticas presentan una crudeza que no tienen en la explicación de Zea. Mas, si frente a los siete vicios capitales del hombre el catecismo opone triunfadoras siete virtudes más o menos cardinales, también Leopoldo Zea nos ofrece entreveradas y como gratificación positiva algunas características ventajosas del mexicano para las luchas de la vida. Hélas aquí:

- a) Viviendo a pesar de todo, viviendo al día, pero viviendo siempre, el mexicano puede ofrecer ya a un mundo que nuevamente se siente inseguro y zozobranante una gran experiencia, cuya conciencia puede quizá dar la solución de muchos de los problemas en que se debate la humanidad actual.
- b) En el campo de la técnica la máquina maquiniza al hombre en otras sociedades, mientras que en la nuestra, hasta ahora, el hombre humaniza a la máquina.
- c) Esta sociedad nuestra, pese a todos los defectos, a todas las faltas que tan conscientes no son, puede dar origen a un tipo de comunidad verdaderamente humana, que ligue a los hombres entre hombres y no con entidades abstractas, incontrolables y deshumanizadas.

- d) La última guerra mundial y la filosofía a que dio origen realizaron una inversión de valores. Inversión frente a la cual nuestras formas de conducta resultan no ser tan negativas. Es más, pueden resultar positivas si son ajustadas conscientemente a las exigencias de la realidad y en relación con nuestra personalidad.
- e) El mexicano ante las nuevas y azarosas circunstancias del mundo se halla mejor preparado que otros pueblos para lo imprevisto, porque durante varios siglos ha permanecido a la expectativa de lo inesperado.

Ante estas características afirmativas se plantea la necesidad de comunicarles un sentido, dar a la colectividad mexicana “una conciencia capaz de hacerla captar los lineamientos o márgenes dentro de los cuales ha de moverse, si no quiere caer en ninguno de los extremos que, por inadecuados, hagan su acción negativa”. Palabras casi finales de Zea que merecerían, con lo demás recogido, abundantes comentarios. Quédense en el tintero; pero no mi saludo cordial a la nueva Sociedad de estudios Mexicanos, entre cuyos miembros me gustaría ver algunos jóvenes que, dejando temporalmente a un lado los libros, visitasen los apartados pueblos bordón en mano, a la espalda una mochila, en el bolsillo el cuaderno de notas, la mirada, la atención y el oído alertas, para luego contarnos lo que hubieran visto y así poder, entre todos, contestar satisfactoriamente a la pregunta formulada por Hiperión: ¿Qué es el mexicano?

El Nacional (México D.F.), 20-III-1952

CORRESPONDENCIA
CON ALFONSO REYES

8 de julio de 1940

Instituto de las Españas en los Estados Unidos
Spanish Institute, Columbia University
435 West 117th Street, New York City

Sr. D. Alfonso Reyes.

Mi distinguido y admirado amigo: he retrasado esta carta hasta tener noticias concretas de Puerto Rico. Acaban de llegar y allá nos iremos el 3 de Agosto. En esta tremenda situación del mundo no tenemos derecho los españoles despatriados a elegir. Mis ojos miran a Méjico, pues ahí tengo a los míos: los hijos, los amigos que, como usted, tanto viene haciendo por nosotros y muchos compañeros de expatriación.

Bien se ha mostrado ahora que Méjico es verdaderamente la Nueva España, y yo tengo la convencida esperanza de que lo será aún más en el futuro próximo. Quiero levantar mi ánimo sobre la misma sangrienta jornada electoral de ayer domingo* en la confianza de que América habrá de sacar a Europa de su negro fango y de que Méjico salvará a España de su actual esclavitud totalitaria, ello por obra de esa conjunción de los mejores mejicanos y unos millares de españoles fieles al espíritu y a la libertad..., aunque se peleen entre ellos acaso en el afán de servirles. Alzemos los corazones por encima de tanto horror, tanta barbarie y tanta ruina, pues no es admisible que los hombres se avengan a vivir eternamente en el odio.

* Se refiere a las elecciones presidenciales del 7 de julio, en las que contendieron Manuel Ávila Camacho y Juan Andrew Almazán, marcadas por el fraude, el enfrentamiento violento y la represión policial. (N. de A. S. C.)

Perdone tanta escritura. Solo quería decirle mi profundo reconocimiento por su generosa disposición hacia mí. Ojala la marcha de la política mejicana consienta a usted seguir su obra buena a favor de los españoles.

Suyo, muy agradecido,

Luis Santullano

FUENTE: Archivo Histórico de El Colegio de México, Fondo Antiguo, caja 1, carpeta 13, "Expediente de Luis Álvarez Santillano". Carta mecanografiada de dos páginas.

México, D.F., a 16 de julio de 1940

Sr. D. Luis Santullano
Instituto de las Españas
435 West 117th Street,
New York City

Mi buen amigo:

Mucho agradezco sus amables letras de 8 del actual y quedo enterado de que a comienzos del mes entrante saldrán ustedes para Puerto Rico. Le ruego que me tenga al corriente de su vida, pues si como espero salvamos aquí la situación de tránsito en que de momento nos encontramos, tal vez mas adelante tengamos el gusto de poder invitarlo a México.

Le deseo todo bien y quedo siempre su viejo y afectuoso amigo,

Alfonso Reyes

FUENTE: Archivo Histórico de El Colegio de México, Fondo Antiguo, caja 1, carpeta 13, "Expediente de Luis Álvarez Santullano". Carta mecanografiada de una página.

Domingo, 3 de noviembre de 1940

Instituto Politécnico,
Colinas de Santa Marta
San German, Puerto Rico

Sr. D. Alfonso Reyes,

Mi querido y admirado amigo: Ya es tiempo de que envíe a usted un saludo desde mi nueva etapa de emigrante despatriado. No tome a olvido la tardanza, sino que hemos de achacarla al nuevo trabajo y a la necesidad de situarme para saber de cierto desde donde escribo.

No se si conoce usted este país y su delicioso paisaje, encanto de la vista, un tanto vedado al otro encanto de poseerlo con el andar y gozar aquí y allá, por valles y cumbres. La temperatura uniforme y algo calurosilla impide el querido hacer de excursiones a pie y hasta de la inocente peripatecia. ¡Demasiado se mueven las gentes estas semanas con el frenesí de la política y sus elecciones!. En eso y en la descubierta afición a la lotería bien se demuestra que son muy españoles. Por fortuna hay otras señales de ello claras y lisongeras, así el idioma, que ha ganado definitivamente y para lo eterno la batalla al inglés. Ya lo advierten los Yankis, que se baten en retirada, convirtiéndose en la alternativa lingüística y se disponen a conformarse con el legítimo plan de que las nuevas formaciones —especialmente los estudiantes— lleguen a un bilingüismo más perfecto que el de ahora, poco satisfactorio de uno y otro lado.

Mas no se afirma sólo la hipocridad (*sic*) en esto, sino en disposiciones más hondas aún, que plantean un grave y complejo

problema al discernir sobre lo que más conviene a Puerto Rico y a Norteamérica, si la estadidad (sic), pedida por unos, la independencia, deseada por otros, o una solución intermedia y difícil, que no satisfará a nadie; mientras el pobre jíbaro echa al mundo manadas de chiquillos y vive o malvive como el “Pobrecito pescador” de Puvis* resignado y escuálido de hambre.

Espero se decidirá usted a venir a la asamblea de escritores, y así tendrá el mayor gusto en saludarle su agradecido amigo.

Luis Santullano

FUENTE: Archivo de la Capilla Alfonsina, México, D.F. Carta manuscrita de cuatro páginas.

* Se refiere al óleo de Pierre Puvis de Chavannes *El pobre pescador*, 1881. [N. de A. S. C.]

México, D.F., a 8 de noviembre de 1940

Sr. D. Luis Santullano
Instituto Politécnico
Colinas de Santa Marta
San Germán, Puerto Rico

Mi querido y recordado amigo:

Mucho celebro sus noticias directas del 3 de noviembre, y mucho me alegro de confirmar que nuestras tradiciones hispanas se mantienen en esa hermosa tierra, donde le deseo toda felicidad.

Estoy dudoso todavía: pasamos por un tránsito y es imposible saber si me será dable concurrir a la Asamblea de Escritores. En caso de lograrlo, allá irá a llevarle un saludo personal su viejo amigo que mucho le aprecia

Alfonso Reyes

Nuestra nueva dirección: Pánuco, 63. México, D.F.

FUENTE: Archivo de la Capilla Alfonsina, México, D.F. Carta mecanografiada de una página.

15 de enero de 1941

Instituto Politécnico,
Colinas de Santa Marta
San German, Puerto Rico

Sr. D. Alfonso Reyes,

Mí querido y admirado amigo: Sus amables y agradecidas palabras vienen a incidir, en la hora, con el propósito que yo tenía de escribir a usted.

Año nuevo quiere decir vida nueva, y así me planteo ahora, en estos comienzos del año, lo que debo hacer. Aquí me tratan muy bien todos: directores, compañeros, alumnos; pero veo al cabo de medio curso que este aislamiento isleño no nos va, a mi mujer y a mi, tan lejos —por la distancia y el coste de los viajes— de nuestros hijos y de nuestros amigos. Y esta combinación —iba a decir complicación— de lo norteamericano y lo hispano hace además que nos falte el dialogo español. Gran verdad aquello de que el hombre no vive sólo de pan.

Ya adivinará usted que todo esto quiere decir que sigo pensando en México, ahora despojada ya la incógnita de las elecciones presidenciales.

Tenemos el problema de nuestro hijo, con una beca en Middlebury College (Vermont). Como es el “peque” de la familia —iba a decir “casa”, pero nosotros somos todavía de los despatriados vagamundos (sic), sin hogar— bien quisiéramos tenerlo con nosotros o estar cerca de él; mas las circunstancias mandan. He escrito a Salinas, por si saliera algo que nos acercase al estudiante, dudando muchísimo que los dioses quieran hacernos este mila-

gro. Y para estar separados del rapaz —pues debe seguir su vida— preferimos, claro es, irnos al lado de los hijos y de tantos buenos amigos en esa verdadera y generosa Nueva España.

Estas dudas y estos deseos me atrevo a someter a usted, abusando de su probada bondad, en la necesidad de saber si cree que yo hallaría trabajo que me permita vivir ahí modestamente y con alguna continuidad. Aun creo poder rendir alguna tarea.

Mil y mil perdones por la molestia que le produzca esta carta ¡ay! tan interesada.

Suyo, cordialmente

Luis A. Santullano

FUENTE: Archivo Histórico de El Colegio de México, Fondo Antiguo, caja 1 carpeta 13, “Expediente de Luis Álvarez Santullano”. Carta manuscrita de cuatro páginas.

México, D.F., a 25 de febrero de 1941

Sr.. D. Luis A. Santullano
Instituto Politécnico
Colinas de Santa Marta
San Germán, Puerto Rico

Mi querido amigo:

Contesto con algún retardo su carta del mes pasado por exceso de trabajos y por ausencia de México. Comprendo sus deseos y estoy atento para ofrecerle a usted la primer posibilidad que se me atraviere. Yo quería traerlo al lado nuestro, para ciertos planes en proyecto; pero el recortado presupuesto de este año no me lo permite. Me he dirigido a varias instituciones sin obtener hasta ahora más que promesas. ¿No conoce usted al doctor Vinós, Director de la Academia Hispano-Mexicana, con quien trabaja Rubén Landa? ¿No convendría que le escribiera usted directamente? (Paseo de la Reforma, 80).

Seguiremos hablando de esto. Un abrazo de su viejo y cordial amigo.

Alfonso Reyes

FUENTE: Archivo Histórico de El Colegio de México, Fondo Antiguo, caja 1 carpeta 13, "Expediente de Luis Álvarez Santullano". Carta mecanografiada de una página.

16 de agosto de 1941

Polytechnic Institute of Puerto Rico
San Germán, Puerto Rico
Sr. D. Alfonso Reyes

Mi querido y admirado amigo: ¿Que dirá de mí? Tengo aun sin contestar su cariñosa y muy apreciada carta del 25 de Febrero!. Y es que, deseando no recargar su correspondencia —pues conozco mis “clásicos”— he ido dejando pasar el tiempo hasta poder comunicar a usted mis planes...por ahora. Los despatriados no debemos hacerlos definitivos y, en todo caso, la misma vida ¿no es provisional?...

Como las circunstancias mandan, he decidido continuar un curso más en este Centro, donde me tratan con las mayores consideraciones. Pero Méjico sigue tirando fuerte de mí, y ahora más. Allá se va mi hijo, el que estaba —y está aún— en los Estados Unidos, a reunirse con su hermana y su cuñado Carlos Velo. Y a propósito de esto agradeceré a usted in-fi-ni-ta-men-te se interese cerca del Ministerio para que firmen la autorización de entrada que *han acordado conceder* entre tantas peticiones que deniegan. Encarecidamente se lo ruego para mi hijo —19 años; buen rapaz (se lo dice su padre!) o chamaco— no continúe solo y aguardando en Nueva York, haciendo además gastos, difíciles de atender por nosotros. Se llama Manuel Alvarez Santullano. Mil y una gracias.

Pues sí, continuaremos en Borinquen,... pensando en Nueva España, nuestra tierra prometida. Yo sé que muy bien que usted, tan bueno y generoso, me ayuadará a que se realice esta promesa, cuando se le presente una oportunidad, sea ella modesta.

Perdone si aún no le he enseñado mi “Zabaleta”. El paquetillo de ejemplares que tardíamente me remitió Séneca se me fue de las manos enseguida entre estos amigos portorriqueños. Acabo de recibir algunos ejemplares más y allá le ira el que le debo

Suyo, muy agradecido

Luis Santullano

Todavía una palabra para encarecerle hable en Gobernación a fin de que no retrasen la autorización de entrada de mi hijo, ya que se disponen a concederla. Excúseme la insistencia.

FUENTE: Archivo Histórico de El Colegio de México, Fondo Antiguo, caja 1 carpeta 13, “Expediente de Luis Álvarez Santullano”. Carta mecanografiada de dos página.

6 de septiembre de 1941

Instituto Politécnico
San Germán
Puerto Rico.

Sr. D. Alfonso Reyes:

Mi querido y admirado amigo: Tengo la copia de su carta al lic. D. Miguel Alemán*, interesándose por mi chico, y las palabras postdátiles —o postdatales— que usted añade para mí y que me llegan adentro por el cordial afecto que declaran.

Confío —por las noticias que me dan mi hija y mi yerno, desde ahí— que la cosa se va a solucionar ya muy pronto. Como estoy muy al tanto de las grandes dificultades, tan justificadas en estas circunstancias del mundo, ya comprenderá usted lo profundo de mi agradecimiento.

Sí, sí, seguiremos hablando, pues ese dialogo con usted, epistolar, será para mí una fiesta, en la espera y la esperanza de que sea algún día dado al tacto y de palabra...

Suyo, muy reconocido

Si la autorización para el visado no estuviese aún firmada, cuando le llegue esta carta, ¿será indiscreto que usted recuer-

* Se trata de una carta fechada el 20 de agosto, de la que Reyes recibió una respuesta favorable, del entonces Secretario de Educación Pública, el 25 de agosto. Ambas cartas se encuentran en el "Expediente de Luis A. Santullano" del *Archivo Histórico de El Colegio de México*. (N. de A. S. C.)

de su interés con un “golpecito” de teléfono? ¡Perdone la insistencia!

Luis Santullano

FUENTE: Archivo Histórico de El Colegio de México, Fondo Antiguo, caja 1 carpeta 13, “Expediente de Luis Álvarez Santullano”. Carta manuscrita de dos páginas.

12 de octubre de 1941

Polytechnic Institute of Puerto Rico
San Germán, Puerto Rico

Sr. D. Alfonso Reyes,

Mi querido y admirado amigo: Al fin ya está mi chico en la acogedora Nueva España. Gracias a usted y a otros buenos amigos. A usted muy especialmente, pues me dicen que el expediente resuelto favorablemente —otro expediente se quedo atado con balduque a la pata de la puerta burocrática mesa— iba encabezado por la carta que usted escribiera interesándose en el difícil asunto. Ya ve usted si le soy deudor de agradecimiento y de tranquilidad, después de unos meses de preocupación, que llegó a ser angustiosa para mi mujer y para mí.

Ahora, ya reunidos en casa los cuatro hermanos podemos mirar con alguna serenidad el horizonte... negrísimo. E ir pensando, con tanta justificación, en nuestro traslado a Méjico, para reconstruir el grupo familiar. Pero dadas las dificultades presentes, evidenciadas en el caso del muchacho, habremos de resignarnos y esperar mejores días, que ojalá lleguen pronto para bien de todos.

Entretanto, créame, amigo Reyes, tan devoto de usted como antes y más obligado que nunca, con los mayores deseos de servirle.

Suyo, con todo afecto

Luis Santullano

Estos días me he dado la fiesta de regustar (sic) algunos de sus prólogos y otros trabajos en “Capítulos de Literatura española”. Que venga pronto otro volumen... de su jornada!

FUENTE: Archivo de la Capilla Alfonsina, México, D.F. Carta manuscrita de dos páginas.

México, D. F. a 17 de octubre de 1941

Sr. D. Luis A. Santullano
Politechnic Institute of Puerto Rico
San Germán, Puerto Rico

Mi querido amigo:

Me ha dado mucho gusto su amable carta del 12. Ya se va juntando otra vez la piña, y si los tiempos son propicios, espero que le veamos por aquí.

Lo abraza con todo afecto su viejo amigo

Alfonso Reyes

P.S. Le mando mi libro “Pasado inmediato y otros ensayos”.

FUENTE: Archivo de la Capilla Alfonsina, México, D.F. Carta mecanografiada de una página.

México. D. F. a 28 de octubre de 1941

Sr. D. Luis A. Santullano
San German, Puerto Rico

Mi querido y recordado Santullano:

Le agradezco mucho el precioso Zabaleta que, aunque ya conocía, estaba faltando entre mis libros y ahora, con su amable dedicatoria, ocupará entre ellos un lugar de honor.

Afectuosos saludos de su viejo amigo.

Alfonso Reyes

FUENTE: Archivo de la Capilla Alfonsina, México, D.F. Carta mecanografiada de una página.

8 de noviembre de 1941

Polytechnic Institute of Puerto Rico
San Germán, Puerto Rico

Sr. D. Alfonso Reyes:

Mi querido y admirado amigo: sus cordialísimas palabras del 17 de Octubre me llegan muy adentro. Sí, esa piña de mis cuatro chicos...y un chamaquito en el camino tiran de nosotros hacia allá, añadiendo fuerza al tirón de tantos buenos amigos y de esa acogedora Nueva España. Ojalá pueda yo ponerme al servicio de ella algún día. Bien veo su generosa disposición a ayudarme en el propósito. Yo no puedo ofrecer sino mi mejor voluntad y mis experiencias de 25 años en la Junta para ampliación de estudios y de cuatro años en las Misiones Pedagógicas, por mi organizadas, en la excelente compañía de Cossío, Antonio Machado, Salinas y otros análogos elementos que se me dio la libertad de elegir para aquel Patronato. Como experiencia docente puedo señalar mi dirección del Grupo de Segunda enseñanza en la Residencia de Estudiantes —de cuyo ensayo salió el Instituto Escuela— y mi cátedra de Pedagogía correccional en la Escuela de Estudios Penales, al lado de Ruiz Fuentes, Jiménez Asúa y otros profesores. —Perdone, le cuento todo esto, brevemente, por si usted pudiera utilizarlo alguna vez en mi apadrinamiento—.

Aquí, donde me tratan con gran consideración, estoy comprometido hasta mediados de mayo, pero debo avisarles en febrero, en el caso de que decidiera marcharme.

Mil y una gracias por su gentileza de enviarme su “Pasado inmediato”, que devoraré tan pronto le eche mano.

Suyo, muy reconocido

Luis A. Santullano

FUENTE: Archivo Histórico de El Colegio de México, Fondo Antiguo, caja 1 carpeta 13, “Expediente de Luis Álvarez Santullano”. Carta manuscrita de dos páginas.

México, D.F. a 11 de noviembre de 1941

Sr. D. Luis A. Santullano
Polytechnic Institute of Puerto Rico
San Germán, Puerto Rico

Mi querido amigo:

He comenzado ya a conversar con la gente de nuestra Secretaría de Educación*, siempre con la mira de atraerlo a usted a este país. A este fin, los datos que usted me recuerda en su carta del 8 actual me han servido mucho. Ya seguiremos hablando.

Le manda un cordial abrazo su atento amigo.

Alfonso Reyes

FUENTE: Archivo Histórico de El Colegio de México, Fondo Antiguo, caja 1 carpeta 13, "Expediente de Luis Álvarez Santullano". Carta mecanografiada de una página.

* Ese mismo día Reyes escribía al entonces Director de Facultad de Filosofía y Letras de la UNAM, Eduardo García-Maynez, la carta citada en el "Prólogo" a esta antología en la que recomendaba a Santullano (N. de A. S. C.).

17 de noviembre de 1941

Polytechnic Institute of Puerto Rico
San Germán, Puerto Rico

Sr. D. Alfonso Reyes:

Mi querido amigo: anteayer recibí su “Pasado inmediato”, que ya lo sería también para mí, si no me propusiera volver sobre la [palabra ilegible] más de una vez. Mire si tengo suerte, pues el libro me llegó un fin de semana, con la propina dominical. Sí, lo he pasado requetebién con su lectura, que además de adoctrinarme y recrearme, me ha renacido no pocos recuerdos. Leyendo la admirable página 83, he creído ver nuevamente a Rubén Darío, taciturno y nostálgico, no sé si ausentado o [palabra ilegible], mirando al mar un verano ¡uy! lejano en la asturiana playa de Las Arenas (mejor me hubiera entendido con él que con el pobre diablo de su sucesor en el matrimonio... con la viuda de Darío, cuando hube de bregar con éste —yo como Vicesecretario de la Junta para la Ampliación de Estudios— para que los herederos del poeta no se echaran sobre la “Antología” de Onís por haber publicado éste todo lo que allí incluye. Menos mal que el hombre se conformó con 6 000 reales). He recordado, leyéndole, a Leopoldo Lugones y mis visitas a escuelas con él en Bruselas; a Martinenche*, tosiendo el pobre con tan fatigosas ansias, que más de una tarde hube de abandonar mi lectura en la biblioteca alledaña de sus habitaciones del Instituto, cuando en 1939 me vi libre, y no diré feliz, de mi penoso cargo de Primer Secretario de nuestra Embajada republicana en París. Y

* Podría tratarse del hispanista francés Ernest Martinenche (1869-1941). (N de A. S. C.).

recordé —y recuerdo siempre— al delicioso gustador de la vida, que se nos fue tan pronto, y a quien [palabra ilegible] ver llegar de su [palabra ilegible] —donde le descubriera Leopoldo Palacios— con su aire de provincianillo que va a conquistar la Corte por méritos propios. ¡Cuánto pasado inmediato o lejano!...

El primer y sustancioso ensayo del libro tiene para mí un interés particular, pues habla de cosas que me han preocupado en cierto sentido antipedagógico (Cossío solía decirme, para gran gusto mío, que él y yo éramos los dos solos antipedagogos de España). En notas, algunas publicadas en “Hora de España”, apuntes, borradores, y en la cabeza tengo un librito que me divertiría hacer si tuviera editor. ¿Cree usted que en Méjico habría manera fácil de publicarlo? Se titularía “Antipedagogía”, y no necesito decirle más, pues en su “pasado” hay alusiones tan antipedagógicas como aquella referente al viejo y amado maestro Sánchez Mármol*.

Perdone tanto escribir. Por Dios, no se crea obligado a contestarme, ni tampoco a la preguntita editorial, si no se le ocurre nada por ese lado.

Mil gracias por el libro, muy reconocido, suyo,

Luis Santullano

FUENTE: Archivo de la Capilla Alfonsina, México, D.F. Carta manuscrita de dos páginas.

* En dicho libro, Alfonso Reyes se refiere al periodista y novelista Manuel Sánchez Mármol (1839-1912), quien “no creía ya en la enseñanza y había alcanzado aquella cima de la última sabiduría cuyos secretos, como los de la mística, son incommunicables.” Cf. Alfonso Reyes, *Pasado inmediato*, Edición y notas de Adolfo Castañón, México, El Colegio de México, 2011, p. 33. [N. de A. S. C.]

México, D.F. a 5 de diciembre de 1941

Sr. D. Luis A. Santullano
Polytechnic Institute of Puerto Rico
San Germán, Puerto Rico

Mi querido amigo:

Mil gracias por su simpatiquísima y amable carta. He considerado su sugestión sobre ese probable libro cuyo solo título es una gran promesa: “Antipedagogía”. Creo sinceramente que lo mejor es que usted se dirija a la Editorial Losada de Buenos Aires. Allí están Pedro Henríquez Ureña, Amado Alonso, Guillermo de la Torre que lo conocen a usted suficientemente. La dirección es: Alsina, 1131. Buenos Aires.

Un afectuoso saludo de su viejo amigo

Alfonso Reyes

FUENTE: Archivo de la Capilla Alfonsina, México, D.F. Carta mecanografiada de una página.

9 de diciembre de 1941

Polytechnic Institute of Puerto Rico
San Germán, Puerto Rico

Sr. D. Alfonso Reyes

Mi querido amigo: Por exceso de tarea en fastidiosos días de exámenes y luego por saberle a usted en La Habana, he retrasado la contestación a su muy agradable carta del 11-XI. Bien comprenderá mi agradecimiento por las gestiones que ha comenzado. Encargo a mis chicos de pasar a máquina y comunicarle mi “currículum”, para que pueda completar los datos que ya le había enviado.

No sé si las nuevas circunstancias de la guerra modificarán los planes que la Secretaría de Educación pudiera tener y los deseos de usted de incorporarme a éste u otros trabajos. Por otra parte, nadie debe pedir hoy imposibles y así, constándome su generosa voluntad, quiero significarle por adelantado mi generosa aquiescencia a lo que resulte. Aquello del “hombre y las circunstancias” ha venido a ser ogaño “las circunstancias y el hombre”, lo que es más llevadero con un poquillo de saludable fatalismo... ¿No le parece?

Mucho necesitamos mi mujer y yo reunirnos con nuestros chicos; mucho deseamos unirnos a la vida y ambiente que son los nuestros, de Nueva España. Con todo, sabremos cómo llenar el doble mar de la separación familiar y el extrañamiento espiritual algún tiempo más —que ojalá sea breve— si usted [frase ilegible]. En otro feliz caso, tenga la seguridad de que yo sabré corresponder a sus generosos propósitos y que mis aplicaciones, en lo material,

no exceden más allá de la más sencilla y modesta vida familiar..., sin sobresaltos económicos, si ello es posible.

Suyo, muy reconocido

Luis A. Santullano

Allá le he enviado un ejemplar de mis “Místicos españoles”, que vino a caer de mis manos

FUENTE: Archivo de la Capilla Alfonsina, México, D.F. Carta manuscrita de dos páginas.

México, D.F. a 24 de diciembre de 1941

Sr. D. Luis A. Santullano
Polytechnic Institute of Puerto Rico
San Germán, Puerto Rico

Mi querido amigo:

Mil y mil gracias por sus *Místicos*, que aunque conocía estaban faltando en mi biblioteca donde ocuparán un lugar de honra.

Nada le digo aún de nuestros viejos proyectos porque las nuevas condiciones del mundo, y especialmente de este país, lo han puesto todo entre paréntesis. Pero no lo olvido.

Un abrazo afectuoso de su viejo amigo

Alfonso Reyes

FUENTE: Archivo de la Capilla Alfonsina, México, D.F. Carta mecanografiada de una página.

22 de marzo de 1942

Instituto Politécnico
San Germán, Puerto Rico

Sr. D. Alfonso Reyes

Mi querido amigo: Contesto a su carta... del 24 de diciembre... Qué vergüenza, qué poca vergüenza la mía! Pero no es así ¡créalo! Sino que no quiero importunarle sin necesidad, sabiéndole recargado de visitas y correspondencia. Por lo demás, estoy enterado por mi yerno de las preocupaciones de usted en mi favor. Mi agradecimiento es el mismo que si hubiera usted podido escribirme con algún ofrecimiento agradable, pues hay satisfacciones más hondas que el mismo logro de las cosas. En su carta de Diciembre me decía usted: "Pero no lo olvido". Ya lo he visto y ya lo sé. Esto me basta, pues tengo ánimo para aguantar la tan deseada reunión con mis chicos, por aquello —que creo haberle dicho— de que en la vida hay que dejar también su pequeña parte al fatalismo. No seamos los hombres tan ansiosos de hacerlo todo nosotros. Dejemos su parte a los dioses...

Créame muy agradecido... y no me olvido!

Un abrazo de su amigo

Luis Santullano

Aunque algo tarde, mi felicitación por sus éxitos en la conferencia de La Habana.

FUENTE: Archivo de la Capilla Alfonsina, México, D.F. Carta manuscrita de tres páginas.

2 de mayo de 1944

Polytechnic Institute of Puerto Rico
San Germán, Puerto Rico

Sr. D. Alfonso Reyes:

Mi querido amigo: la suerte está echada. La buena suerte, pues no admito que la acogedora Nueva España no lo sea también conmigo. Allá volaremos el veinticinco, con una parada en La Habana para dar una conferencia —llamémosla charla, por su nombre más propio— en aquella Universidad.

Allá veremos lo que nos reserva la aventura, que espero acabe siendo venturosa. Si usted puede ayudarme, le agradeceré, pues siempre he sido agradecido. Mi trabajo es pobre: enseñanza, asesoría en nuestro Ministerio de Instrucción Pública, organización de las Misiones Pedagógicas, veinticinco años de Vicesecretario Ejecutivo en la Junta para Ampliación de Estudios, algunos librillos sobre educación y pseudo literarios, un poco de periodismo. Los ánimos y las fuerzas aún siguen en pie.

Hasta pronto, pues, con grandes deseos, de [palabra ilegible]
Un abrazo cordialmente

Luis Santullano

Con Pedro Salinas, paso días deliciosos, ya en San Juan, ya aquí, en este rincconcillo. Ahora está encantinflado el poeta y encantado siempre con este cielo y este mar.

FUENTE: Archivo de la Capilla Alfonsina, México, D.F. Carta manuscrita de una página.

México, D.F., 20 de marzo de 1945

Sres. Lic. D. Alfonso Reyes
y Lic. Daniel Cosío Villegas,
P r e s e n t e

Mis queridos amigos:

Desde ayer tenemos en casa a nuestra hija, después de tres meses y algo más —desde el 7 de diciembre— en el Instituto Nacional de Cardiología.

Quiero dar a ustedes las gracias por las generosas facilidades que me han dado para que yo pudiera acompañar a la enferma durante este tiempo.

Ahora bien, el arrastre económico de esa larga enfermedad —de la que, si no ocurre un retroceso, tardará mi hija aún muchos meses en recuperarse— me obliga (con la carestía de vida que todos sufrimos) a buscar algún refuerzo a mis ingresos. Por otra parte, restos y malas reliquias de una angina de pecho, sufrida en 1936, me imponen ciertas limitaciones en mi esfuerzo físico. Los médicos amigos quieren, si es posible, que no suba más de una vez al día al palomar de mi tercer piso.

El Licenciado Cosío me había señalado, como horas de trabajo, de 9 a 1 y de 3 a 5. Yo desearía, por los motivos indicados, hacer una sesión sola de tarea, de 9 a 2 o de 3 a 8, si ello es posible; a reserva, claro es, de venir al Colegio mañana y tarde, siempre que sea necesario. Acaso sería buen arreglo éste, si es viable mi petición: martes, jueves y sábados por la mañana; lunes, miércoles y viernes por la tarde. De este modo podría coincidir algunos días con ustedes dos aquí.

Ello supone una hora menos de trabajo diaria y envuelve, claro es, la rebaja de mi remuneración mensual en la cantidad que ustedes estimen justa, si aprueban mi deseo. Creo me será posible compensar esta reducción económica con algún trabajo de pluma en casa y soslayar así la paradoja de necesitar más dinero y solicitar la disminución del que recibo del Colegio. En todo caso me someteré gustoso a lo que ustedes decidan.

De ustedes cordialmente agradecido

Luis A. Santullano

FUENTE: Archivo Histórico de El Colegio de México, Fondo Antiguo, caja 1 carpeta 13, "Expediente de Luis Álvarez Santullano". Carta mecanografiada de una página.

Cuernavaca a 18 de diciembre de 1948

Privada de Humboldt 70-03

Teléfono 10 - 53

Srs. D. Alfonso Reyes
y D. Daniel Cosío

Queridos amigos: He tenido un tropiezo en mi salud, con un cólico hepático muy violento. El médico austriaco que me cuida, como [palabra ilegible] teutón, no parece dar importancia al sufrimiento ajeno; decir que su tratamiento va aliviándome.

Si no hay inconveniente, me vendría bien continuar aquí unos días más, dentro del recinto acostumbrado de vacaciones. Agradezco le digan a la Secretaria lo que opinen, para que ella me escriba o me telefonée.

De ustedes cordialmente

Luis A. Santullano

FUENTE: Archivo Histórico de El Colegio de México, Fondo Antiguo, caja 1 carpeta 13, "Expediente de Luis Álvarez Santullano". Carta manuscrita de una página.

México, 9 de abril de 1949

Mi querido Luis Santullano:

No se preocupe de su ausencia estos días: todos salimos de vacaciones, y el Colegio sólo se abrirá el lunes 18 de abril.

Pero antes, tengo algo importante y bueno que comunicarle. Hemos celebrado sesión de nuestra Junta de Gobierno, donde expuse su caso, tanto lo que Ud. me ha dicho como lo que yo comprendo sin que Ud. me lo diga. La Junta me encarga manifestarle a Ud. que, vistas las circunstancias de su salud y las prendas y méritos personales de Ud., no ve la necesidad de que por ahora, y movido de ningún escrúpulo, aparezca Ud. por el Colegio; que, al contrario, se cuide, atienda y repose lo necesario, en la inteligencia de que El Colegio se complace en sostenerle a Ud. sus emolumentos hasta fin del año en curso. Es lo más justo y humano y estoy orgulloso. Es también lo más práctico por ahora, pues como Ud. sabe Antonio Alatorre ocupa su mesa y, prácticamente, despacha lo que le tocaba a Ud. antes. De modo que, a cuidarse tranquilo y a no preocuparse de más.

Mis respetos a la señora, y un abrazo de su amigo

Alfonso Reyes

FUENTE: Archivo Histórico de El Colegio de México, Fondo Antiguo, caja 1 carpeta 13, "Expediente de Luis Álvarez Santullano". Carta mecanografiada de una página.

Domingo 17 de abril de 1949

Nazas 45, C.

Sr. D. Alfonso Reyes

Mi querido Alfonso: Espero que mañana lunes le lleven esta carta...algo seronda. Sin teléfono todavía, por mala obra del cambio de casa, y aislado del Colegio por las vacaciones, se han pasado estos días sin saber adonde escribirle, bien que sus letras del 9 piden una respuesta de palabra entre abrazos.

¡Qué decirle! ¡Esa generosidad de usted! Y del Colegio —rumboso heredero de la Casa de España, con éste su mecenazgo liberalísimo— me tiene conmovido. Estoy seguro de que a mi buen doctor le agrada mucho la casa, pues se empeña el hombre en alejar la posibilidad de una recaída. Y como este achaque “nuestro” tiene su remedio mejor en el tiempo y en el reposo...

Veremos lo que traen las pruebas que abré de soportar mañana: Análisis de sangre (¡la maldita y empecinada tardía velocidad de sedimentación!), electrocardiograma y radiografía pectoral, a fin de ver si el corazón ha recobrado el volumen normal (temo se haya ensanchado con su carta, Alfonso; haciendo lo que debe, para albergar él todo mi agradecimiento).

Ya le diré de palabra un día próximo, pues, aparte de mi personal interés, no he de hacer sino lo que convenga, ahora y después, al Colegio.

Con saludos para Cosío. Le abraza fuerte su viejo amigo.

Luis A. Santullano

FUENTE: Archivo Histórico de El Colegio de México, Fondo Antiguo, caja 1 carpeta 13, "Expediente de Luis Álvarez Santullano". Carta mecanografiada de dos páginas.

9 de mayo de 1949

Nazas 45 - C

Tel. 287933

¡Estupenda esa entrada en sus “memorias”! Qué garbo de escritor que —como quererlo— trata y mueve el idioma como cosa suya! Y lo que va dentro...

Acababa yo de releer la “Teoría de Andalucía”, donde Ortega, en definitiva, solo ve el señorito...que ha sido siempre él. ¡Como molestan ahora las excesivas metáforas, que antes alucinaban por su belleza!.

Querido Alfonso: Eso de usted es escribir a lo moderno, con delicioso regusto clásico. Y de gran maestro.

Ya me voy fortificando con mis intermitentes tomas de anís en las fondas de Chapultepec. Espero subir pronto y bien esa próxima escalera.

Muy Suyo

Luis A. Santullano

FUENTE: Archivo de la Capilla Alfonsina, México, D.F. Carta manuscrita de una página.

México, D. F., 4 de junio de 1949

Sr. Don Luis Santullano
Nazas 45 - C,
México, D. F.

Mi querido Luis:

Con esta carta, y según lo convenido, me complazco en acompañarle el original del libro de Leopoldo Zea, quien manifiesta que se considerará muy honrado si se toma usted la molestia de pasarle un poco el peine: sólo lo indispensable.

Muchas gracias. Suyo cordial.

Alfonso Reyes

FUENTE: Archivo Histórico de El Colegio de México, Fondo Antiguo, caja 1 carpeta 13, "Expediente de Luis Álvarez Santullano". Carta mecanografiada de una página.

BIBLIOGRAFÍA DE LUIS ÁLVAREZ SANTULLANO

1. LIBROS

- El libro escolar*, Madrid, Ediciones de la Lectura, 1916.
- Carrocera, labrador*, Madrid, la Novela Mundial, 1926.
- La autonomía y la libertad en educación*, Madrid, Publicaciones de la Revista de Pedagogía, 1928. Un fragmento de este libro fue reeditado en *La nueva educación moral*, por Jean Piaget, Meter Peterson, Helen Wodehouse, Luis Santullano, Buenos Aires, Losada, 1962 (2ª ed.), pp. 101-108.
- Hacia una escuela mejor*, Madrid, Ediciones de la Lectura, 1929.
- De la escuela a la Universidad*, Madrid, Editorial Hernando, 1930.
- La escuela duplicada: sistemas de Gary y Detroit*, Madrid, Publicaciones de la Revista de Pedagogía, 1931.
- Pinón*, Madrid, La Novela de hoy, 1931.
- Los estudiantes. Ayer, hoy y mañana*, Madrid, Compañía Iberoamericana de Publicaciones, 1932.
- Paxarón o la fatalidad*, Madrid, Biblioteca Nueva, 1931.
- Bartolo la vocación*, Madrid, Espasa Calpe, 1936.
- Padres, hijos y maestros. Antipedagogía*, Editorial México, 1945.
- Mirada al Caribe. Fricción de culturas en Puerto Rico*, El Colegio de México, Centro de Estudios Sociales, Colección Jornadas núm. 54, 1945.
- Tres novelas asturianas*, México, Centauro, 1945.
- La educación fácil del muchacho difícil*, Buenos Aires, Atlántida, 1947.

2. TRADUCCIONES Y EDICIONES CRÍTICAS

Guex, Francisco, *Historia de la instrucción y de la educación* (traducción del francés), Madrid, Hernando, 1924.

Poe, Edgar Allan, *Cuentos fantásticos* (traducción del inglés), Madrid, Espasa Calpe, 1929.

Obras completas de Santa Teresa de Jesús (estudio preliminar y notas explicativas), Madrid, Aguilar, 1930.

Wilson, Lucy L. W., *Las escuelas nuevas rusas* (traducción del inglés), Madrid, Publicaciones de la Revista de Pedagogía, 1931.

Místicos españoles (selección, prólogo y notas), Madrid, Instituto Escuela-Junta para Ampliación de Estudios, 1934.

Jovellanos: siglo XVIII, Madrid, Aguilar, 1934-35.

Romancero español. Selección de romances antiguos y modernos, según las colecciones más autorizadas (estudio preliminar), Madrid, Aguilar, 1930.

Juan Zabaleta, *El día de fiesta por la mañana y por la tarde en Madrid* (selección y prólogo), México, Séneca, 1940.

El pensamiento vivo de Manuel B. Cossío (selección y prólogo), Buenos Aires, Losada, 1946.

Las mejores páginas del "Quijote". Precedidas de unos estudios y comentarios sobre la personalidad y la obra del autor. Seguidas de un vocabulario cervantino, Madrid-México-Buenos Aires, Aguilar, 1948.

Tirso de Molina, *El burlador de Sevilla y la prudencia de la mujer* (prólogo y notas), México, Orión, 1949.

Lope de Vega, *Peribáñez. La estrella de Sevilla y El caballero de Olmedo* (prólogo y notas), México, Orión, 1949.

Pedro Calderón de la Barca, *La vida es sueño y El alcalde de Zalamea* (prólogo y notas), México, Orión, 1949.

- Pedro A. de Alarcón, *El final de Norma* [y otros] (prólogo), México, Orión, 1949.
- Juan Ruiz de Alarcón, *La verdad sospechosa, Las paredes oyen y Mudarse por mejorarse* (prólogo y notas), México, Orión, 1950.
- Homero, *Iliada* (traducción respetuosamente abreviada, con prólogo e índice de nombres), México, Compañía General de Editores, 1951.
- Teatro y poesía del siglo XVIII*, por Ramón de la Cruz y otros (selección y prólogo), México, Orión, 1952.
- El ingenioso hidalgo Don Quijote de la Mancha* (2 vol.) (prólogo y vocabulario), México, Orión, 1953.
- Romances y canciones de España y América*, Buenos Aires, Hachette, 1955.
- Eliseo Reclus, *Historia de un arroyo* (traducción del francés), México, Compañía General de Ediciones, 1958.
- Virgilio, *Eneida* (traducción respetuosamente abreviada, con prólogo e índice de nombres), México, Compañía General de Editores, 1958.
- Armando Palacio Valdés, *La alegría del capitán Ribot* (prólogo), México, Orión, 1963.
- Homero, *Odisea* (traducción, prólogo e índices), México, Compañía General de Editores, 1979 [15ª edición].

3. ARTÍCULOS EN REVISTAS Y COLABORACIONES EN LIBROS

- “Recuerdos de Bélgica. Una colonia libertaria”, *Nuestro Tiempo* (Madrid), núm. 106, octubre 1907, pp. 67-71.

- “Memoria acerca de la educación física en las escuelas de Francia y Bélgica”, *La escuela moderna. Revista pedagógica* (Madrid), tomo XXX, enero-diciembre 1908, pp. 394-400.
- “Moralidad física”, *La escuela moderna. Revista Pedagógica* (Madrid), tomo XXX, enero-diciembre 1908, pp. 435-448.
- “El tema de la segunda enseñanza”, *Revista de Pedagogía* (Madrid), núm. 26, febrero 1924, pp. 41-45.
- “Internacionalismo”, *Revista de Pedagogía* (Madrid), núm. 51, marzo 1926, pp. 97-102.
- “Lo útil y lo inútil en la educación”, *Revista de Pedagogía* (Madrid), núm. 90, junio 1929, pp. 241-246.
- “Los huérfanos del magisterio”, *Revista de Pedagogía* (Madrid), núm. 95, noviembre 1929, pp. 486-489.
- “Interrogantes. Pedagogía y matrimonio”, *Escuelas de España* (Segovia), julio 1929, pp. 3-8.
- “La enseñanza de adultos”, *Revista de Pedagogía* (Madrid), núm. 73, enero 1928, pp. 20-24.
- “Antipedagogía”, *Revista de Pedagogía* (Madrid), núm. 121, 1932, pp. 12-16. También en *Hora de España* (Barcelona), núm. 18 (junio 1938), pp. 25-30.
- “Patronato de Misiones Pedagógicas”, *Residencia* (Madrid), IV, núm. 1, 1933, pp. 1-21.
- “Antipedagogía. El ejemplo de Senusret”, *Escuelas de España* (Segovia), núm. 10, 1934, pp. 1-6.
- “Cossío y las misiones pedagógicas”, *Revista de Pedagogía* (Madrid), núm. 165, septiembre 1935, pp. 405-410. También en *Boletín de la Institución Libre de Enseñanza* (Madrid), núm. 908, pp. 304-307.
- “Cossío, maestro jovial y humano”, *Escuelas de España* (Valencia), núm. 31, 1936, pp. 290-297.

- “Labor cultural de la Segunda República Española”, *Tierra Firme*.
Revista de la Sección Hispanoamericana del Centro de Estudios Históricos (Madrid), 1936, núm. 3-4, pp. 581-595.
- “Elogio y disciplina del ocio”, *Revista de Pedagogía* (Barcelona),
núm. 176, febrero 1938, pp. 4-10.
- “Recuerdos y nostalgias. El único, el mar y la montaña.”, *Romance*
(México D.F.), núm. 11, 1-VII-1940.
- “Recuerdos y nostalgias. Clarín en Cimadevilla”, *España Peregrina*
(México D.F.), núm. 4, mayo-1940, pp. 172-173.
- “Recuerdos y nostalgias. De unos juegos florales a unas reformas
sociales”, *España Peregrina* (México D.F.), núm. 10, agosto
1940, pp. 29-31.
- “Propuesta del Dr. Luis A. Santullano”, en *Libro de la primera
reunión de profesores universitarios españoles emigrados*, La Ha-
bana, 1944, pp. 247-248.
- “Interrogantes. Cavernismo, patriotismo, nacionalismo y otros
ismos”, *Cuadernos Americanos* (México D.F.), 1944, núm. 3,
pp. 19-31.
- “Universidad, Universalidad”, *Cuadernos Americanos* (México
D.F.), mayo-junio 1946, núm. 3, pp. 217-222.
- “España en el recuerdo. Mi Asturias”, *Las Españas* (México D.F.),
núm. 2, noviembre 1946.
- “El día más feliz de don Quijote”, *Las Españas* (México D.F.),
núm. 5, julio 1947.
- “Mateo Alemán, Cervantes y los pícaros”, *Las Españas* (México
D.F.), núm. 6, septiembre 1947.
- “La España de Longfellow”, en *Ultramar* (México D.F.), 1947.
- “Política cultural ante la reunión de la UNESCO”, *Cuadernos Ameri-
canos* (México D.F.), sept-oct. 1947, núm. 5, pp. 56-63.

- “Dos instituciones culturales españolas”, *Las Españas* (México D.F.), 7, nov. 1947.
- “En el centenario de Tirso. Don Juan, español universal”, *Las Españas* (México D.F.), 9, julio 1948. También en James Valender y Gabriel Rojo Leyva, *Las Españas. Historia de una revista en el exilio (1946-1963)*, México, El Colegio de México-Fondo Eulalio Ferrer, 1999, pp. 554-562.
- “Fernando de los Ríos”, *Cuadernos Americanos* (México D.F.), julio-agosto 1949, núm.4, pp. 82-85.
- “El idioma español: presencia y lucha”, *Las Españas* (México D.F.), núm. 13, oct. 1949.
- “La poesía del pueblo en Hispanoamérica. Algunas noticias sobre su expresión inicial”, *Cuadernos Americanos* (México D.F.), ene-feb. 1950, núm.1, pp. 165-179.
- “Octavo aniversario. Mi vieja ignorancia de América”, *Cuadernos Americanos* (México D.F.), marzo-abril 1950, núm. 2, pp. 69-75.
- “Las misiones españolas en América”, *Las Españas* (México D.F.), núm. 15-18 (número especial), agosto 1950.
- “Alfonso Reyes en inglés”, *Cuadernos Americanos* (México D.F.), marzo-abril 1951, núm. 2, pp. 289-295.
- “Leopoldo Alas ‘Clarín’, cincuenta años después. ‘La Regenta’ y su autor en la picota”, *Asomante. Revista trimestral* (San Juan de Puerto Rico), julio-sept. 1952, núm. 3. También en *Las Españas* (México D.F.), núm. 23-25, abril 1953.
- “La poesía del pueblo”, *Las Españas* (México D.F.), núm. 15-16, abril 1952.
- “El porqué de su último deseo”, *Asomante* (San Juan de Puerto), núm. 2, abril-junio 1952, pp. 77-80.

4. ARTÍCULOS EN PERIÓDICOS

“Velada literaria. En honor de Campoamor”, *El Globo. Diario liberal* (Madrid), 6-III-1901.

“Inauguración de una escuela de adultos”, *El Globo. Diario liberal* (Madrid), 7-X-1902.

“Crónica. Hasta otra”, *El Globo. Diario liberal* (Madrid), 10-III-1902.

“Crónica. Subiendo el Pajares”, *El Globo. Diario liberal* (Madrid), 15-III-1902.

“Gijón huelguista”, *El Globo. Diario liberal* (Madrid), 18-III-1902.

“Juan Ochoa”, *El Globo. Diario liberal* (Madrid), 26-IV-1902.

“Crónica. Emigración”, *El Globo. Diario liberal* (Madrid), 12-VII-1902.

“De enseñanza nacional. El analfabetismo y el nuevo presupuesto”, *El Imparcial* (Madrid), 2-IV-1920.

“La gratitud del magisterio. Una nota de la Asociación nacional”, *El Imparcial* (Madrid), 12-V-1920.

“De enseñanza nacional. El campo y la ciudad”, *El Imparcial* (Madrid), 6-VI-1920.

“Las escuelas normales. Su instalación adecuada”, *El Imparcial* (Madrid), 26-XI-1920.

“Comentarios. La Asamblea del profesorado normal”, *El Imparcial* (Madrid), 31-XII-1920.

“Los niños. Alegría efímera”, *El Imparcial* (Madrid), 7-I-1921.

“Problemas urgentes. Las condiciones del trabajo escolar”, *El Imparcial* (Madrid), 14-I-1921.

“Reforma necesaria. La mujer en la enseñanza primaria”, *El Imparcial* (Madrid), 21-I-1921.

“De actualidad. El ejemplo de Bélgica”, *El Imparcial* (Madrid), 28-I-1921.

“La escuela española. Ante los nuevos tiempos”, *El Imparcial* (Madrid), 11-II-1921.

“De enseñanza nacional. Peticiones del magisterio primario”, *El Imparcial* (Madrid), 18-II-1921.

“De enseñanza nacional. Inspectores y maestros”, 26-II-1921.

“Reformas en la enseñanza”, *El Imparcial* (Madrid), 4-III-1921.

“Carta de Bélgica. El niño, realidad social”, *El Imparcial* (Madrid), 21-IV-1921.

“La enseñanza agrícola ambulante”, *El Imparcial* (Madrid), 27-IV-1921.

“La opinión de Claparède. La crisis de la escuela primaria”, *El Imparcial* (Madrid), 15-V-1921.

“Los libros. Política y educación”, *El Imparcial* (Madrid), 4-VI-1921.

“Los fracasos de la administración. El analfabetismo sancionado oficialmente”, *El Imparcial* (Madrid), 20-VII-1921.

“De interés nacional. Nuestra enseñanza primaria”, *El Imparcial* (Madrid), 11-VIII-1921.

“En los Estados Unidos. El Instituto de las Españas”, *El Imparcial* (Madrid), 8-IX-1921.

“Los soberanos derechos de la inteligencia. Becas en los institutos”, *El Imparcial* (Madrid), 30-IX-1921.

“La calle. Los niños y la guerra”, 11-XI-1921.

“De enseñanza nacional. Opinión del magisterio primario”, *El Imparcial* (Madrid), 14-III-1922.

“Una obra desatendida. La enseñanza de adultos”, *El Imparcial* (Madrid), 12-IV-1922.

- “Las colonias escolares de vacaciones. Labor necesaria”, *El Imparcial* (Madrid), 29-IV-1922.
- “Libros escolares. La enseñanza del idioma”, *El Imparcial* (Madrid), 1-V-1922.
- “Escuelas en cuadras. Un millón cuatrocientos mil niños abandonados”, *El Imparcial* (Madrid), 2-VI-1922.
- “Las viudas y los huérfanos del magisterio”, *El Imparcial* (Madrid), 17-VI-1922.
- “Los niños. El presupuesto y las vacaciones”, *El Imparcial* (Madrid), 18-VII-1922.
- “El nuevo curso escolar. La universidad española, en crisis”, *El Imparcial* (Madrid), 1-X-1922.
- “La cátedra y la escuela”, *El Imparcial* (Madrid), 1-XI-1922.
- “Coincidencia significativa y discrepancia política”, *El Imparcial* (Madrid), 7-XI-1922.
- “Un caso inaudito. La intervención armada en la escuela”, *El Imparcial* (Madrid), 24-XI-1922.
- “Los estudiantes. La universidad y su fuero”, *El Imparcial* (Madrid), 13-XII-1922.
- “Al margen de un decreto. La riqueza y la cultura artísticas”, *El Imparcial* (Madrid), 11-I-1923.
- “La enseñanza en Madrid. Escuelas nuevas en moldes antiguos”, *El Imparcial* (Madrid), 25-II-1923.
- “Libros escolares. La enseñanza del idioma”, *El Imparcial* (Madrid), 1-V-1923.
- “Al margen de la Gaceta. El estatuto del magisterio primario”, *El Imparcial* (Madrid), 22-V-1923.
- “Pesimismo rural. Una democracia con faldas”, *El Imparcial* (Madrid), 19-VIII-1923.

- “Al margen de la Gaceta. Acerca del funcionamiento y la función”, *El Imparcial* (Madrid), 22-IX-1923.
- “La escuela y la raza. La competencia en la salud”, *El Imparcial* (Madrid), 6-XII-1923.
- “La reforma del bachillerato. El arbitrio en la enseñanza”, *El Imparcial* (Madrid), 19-XII-1923.
- “La segunda enseñanza y su reforma. El plan de estudios y algo más”, *El Imparcial* (Madrid), 27-XII-1923.
- “Por los niños madrileños. Los jardines de barrio”, *El Imparcial* (Madrid), 9-I-1924.
- “Para el próximo mayo. El congreso de educación familiar”, *El Imparcial* (Madrid), 8-III-1924.
- “El nuevo estatuto municipal. La verdadera tradición”, *El Imparcial* (Madrid), 13-III-1924.
- “Al margen de un decreto. La reforma de la segunda enseñanza”, *El Imparcial* (Madrid), 18-III-1924.
- “Un libro de Altamira. Americanismo en acción”, *El Imparcial* (Madrid), 8-IV-1924.
- “En el Támesis. Cambridge vence a Oxford”, *El Imparcial* (Madrid), 6-IV-1924.
- “El estudio de la enseñanza técnica. Humanidades manuales”, *El Imparcial* (Madrid), 15-V-1924.
- “Política y enseñanza. La libertad en la función docente”, *El Imparcial* (Madrid), 23-V-1924.
- “Nuevas realidades. Las fuentes de nuestra historia”, *El Imparcial* (Madrid), 21-VI-1924.
- “Las nuevas realidades. Para el renacimiento de la aldea”, *El Imparcial* (Madrid), 16-VII-1924.
- “Consideraciones actuales. La cruzada contra la incultura”, *El Imparcial* (Madrid), 3-VIII-1924.

- “Peticións del magisterio. La escuela y el presupuesto”, *El Imparcial* (Madrid), 8-VIII-1924.
- “Al margen de la Gaceta. Mejoras en la enseñanza”, *El Imparcial* (Madrid), 12-VIII-1924.
- “El veraneo en Madrid. Los parques son del pueblo”, *El Imparcial* (Madrid), 18-VII-1924.
- “Consideraciones actuales. Un artículo y un ejemplo”, *El Imparcial* (Madrid), 23-VII-1924.
- “Consideraciones actuales. Las dos Españas”, *El Imparcial* (Madrid), 23-VIII-1924.
- “Para 1925. La familia y la escuela”, *El Imparcial* (Madrid), 3-IX-1924.
- “Nuevas realidades. El intercambio de niños”, *El Imparcial* (Madrid), 9-IX-1924.
- “La enseñanza de la historia. En torno al pacifismo”, 25-IX-1924.
- “Al margen de la Gaceta. Nuevo régimen de oposiciones”, *El Imparcial* (Madrid), 22-X-1924.
- “Los españoles en la emigración”, *El Imparcial* (Madrid), 5-XI-1924.
- “Una exposición original. Para el progreso del hogar”, *El Imparcial* (Madrid), 20-XI-1924.
- “Los juglares. La lección del tiempo que fue”, *El Imparcial* (Madrid), 4-I-1925.
- “La fiesta de Reyes. El día de los niños”, *El Imparcial* (Madrid), 7-I-1925.
- “Problemas pedagógicos. Contumacia en el error. La selección del profesorado”, *El Imparcial* (Madrid), 28-I-1925.
- “La situación del magisterio. Sueldos y beneficios”, *El Imparcial* (Madrid), 13-VI-1925.

- “La Escuela Internacional de Ginebra. Fraternidad y tolerancia”, *El Imparcial* (Madrid), 1-VII-1925.
- “Al margen del presupuesto. Política de cantidad”, *El Imparcial* (Madrid), 9-VII-1925.
- “Una circular. El incumplimiento de las leyes. Contra el analfabetismo”, *El Imparcial* (Madrid), 15-VII-1925.
- “En la Sociedad de Naciones. Por la verdad histórica”, *El Imparcial* (Madrid), 13-VIII-1925.
- “La enseñanza en Madrid. Locales y organización”, *El Imparcial* (Madrid), 19-VIII-1925.
- “Intercambio escolar. Los niños y los viajes”, *El Imparcial* (Madrid), 21-VII-1925.
- “La Universidad. Al comenzar el curso”, *El Imparcial* (Madrid), 2-X-1925.
- “Los caminos del pacifismo. La ciencia de la Humanidad”, *El Imparcial* (Madrid), 30-X-1925.
- “Temas pedagógicos. Las escuelas activas”, *El Imparcial* (Madrid), 12-XI-1925.
- “La primera enseñanza. El analfabetismo en Madrid”, *El Imparcial* (Madrid), 8-XII-1925.
- “Temas esenciales. Los amigos de la escuela”, *El Imparcial* (Madrid), 16-XII-1925.
- “Tancredo”, *Blanco y Negro* (Madrid), 20-XII-1925, pp.51-58.
- “Al margen de la Gaceta. La Universidad y sus problemas”, *El Imparcial* (Madrid), 16-I-1926.
- “Madrid y Alcalá. La ciudad universitaria”, *El Imparcial* (Madrid), 19-I-1926.
- “Petición del magisterio. El funcionario y la función”, *El Imparcial* (Madrid), 24-II-1926.

- “Maestros y escuelas. Un camino nacional”, *El Imparcial* (Madrid), 3-III-1926.
- “La nueva Universidad. Su instalación adecuada”, *El Imparcial* (Madrid), 5-III-1926.
- “Propósitos y realidades. El problema de la construcción escolar”, *El Imparcial* (Madrid), 3-IV-1926.
- “Progresos pedagógicos. La escuela y el maestro”, *El Imparcial* (Madrid), 24-III-1926.
- “Ejemplos de fuera. La escuela francesa”, *El Imparcial* (Madrid), 14-IV-1926.
- “Una gran obra internacional. La Ciudad Universitaria de París”, *El Imparcial* (Madrid), 27-IV-1926.
- “Política y enseñanza. En torno al pacifismo”, *El Imparcial* (Madrid), 28-V-1926.
- “Los huérfanos. Observaciones y ejemplos”, *El Imparcial* (Madrid), 3-VII-1926.
- “La Unión Pedagógica Universal. Hacia la nueva Humanidad”, *El Imparcial* (Madrid), 14-VII-1926.
- “Temas sociales. Maternidad y feminismo”, *El Imparcial* (Madrid), 25-VI-1926.
- “En el lugar de Trasmiera”, *El Liberal* (Madrid), 14-VII-1926.
- “España en Marruecos. Detalles de la ocupación de Xauen”, *El Imparcial* (Madrid), 14-VIII-1926.
- “Obreros y oficios. La orientación profesional”, *El Imparcial* (Madrid), 28-VII-1926.
- “Temas nacionales. Por la difusión del libro”, *El Imparcial* (Madrid), 10-IX-1926.
- “Nuevas realidades. La obra de la escuela”, 17-IX-1926.
- “Temas nacionales. La expansión cultural”, *El Imparcial* (Madrid), 30-IX-1926.

“La fiesta de hoy. El día del libro español”, *El Imparcial* (Madrid), 7-X-1926.

“El presupuesto madrileño. Contra la escuela”, *El Imparcial* (Madrid), 21-X-1926.

“La escuela rural. Educación e industria”, *El Imparcial* (Madrid), 27-X-1926.

“Aspiraciones y realidades. Cincuenta años después. Un congreso de educación”, *El Imparcial* (Madrid), 6-XI-1926. También en *Boletín de la Institución Libre de Enseñanza*, núm. 802, 31-I-1927.

“La educación autónoma. Arte de formar ciudadanos”, *El Imparcial* (Madrid), 10-XI-1926.

“Iniciativa simpática. La semana del niño”, *El Imparcial* (Madrid), 14-XI-1926.

“Las comunidades escolares. Dos generaciones”, *El Imparcial* (Madrid), 20-XI-1926.

“Leyendo a Oliveira Martins. Iberos y bereberes”, *El Imparcial* (Madrid), 24-XI-1926.

“Juventud, divino tesoro. La solidaridad de las edades”, *El Imparcial* (Madrid), 8-XII-1926.

“Temas nacionales. Tierras de promisión. Colonizadores y emigrantes”, 22-XII-1926.

“Temas de nuestro tiempo. En torno al patriotismo”, *El Imparcial* (Madrid), 26-XII-1926.

“Al margen de la Gaceta. Nuestras relaciones culturales”, *El Imparcial* (Madrid), 29-XII-1926.

“El año académico. La reforma del bachillerato”, *El Imparcial* (Madrid), 2-I-1927.

“Nuevas realidades. La colaboración profesional”, *El Imparcial* (Madrid), 9-I-1927.

- “Temas pedagógicos. La segunda enseñanza para todos”, *El Imparcial* (Madrid), 14-I-1927.
- “Males y remedios. La organización escolar”, *El Imparcial* (Madrid), 19-I-1927.
- “Al margen de un folleto. La formación del comerciante”, *El Imparcial* (Madrid), 22-I-1927.
- “Una institución necesaria. Las escuelas de servicio social”, *El Imparcial* (Madrid), 30-I-1927.
- “En el centenario de su muerte. Juan Enrique Pestalozzi”, *El Imparcial* (Madrid), 17-II-1927.
- “Al margen del presupuesto. La construcción escolar”, *El Imparcial* (Madrid), 2-III-1927.
- “Mirando a Guinea. La enseñanza colonial”, *El Imparcial* (Madrid), 12-III-1927.
- “Las nuevas realidades. La construcción escolar”, *El Imparcial* (Madrid), 18-III-1927.
- “Política y enseñanza. En torno al pacifismo. La conferencia de Praga”, *El Imparcial* (Madrid), 23-III-1927.
- “Temas del día. La educación del consumidor”, *El Imparcial* (Madrid), 14-V-1927.
- “Una guía y un libro. El hombre en su comarca”, *El Imparcial* (Madrid), 12-VII-1927.
- “El congreso de Locarno. La libertad en educación”, *El Imparcial* (Madrid), 27-VII-1927.
- “La destrucción de Orchies. La inútil lección de la guerra”, *El Imparcial* (Madrid), 3-VIII-1927.
- “Las escuelas de Hunden. El cimiento más seguro”, *El Imparcial* (Madrid), 17-VIII-1927.
- “En torno al feminismo. Los enemigos de la mujer”, *El Imparcial* (Madrid), 20-VIII-1927.

- “La educación nueva. El congreso de Locarno”, *El Imparcial* (Madrid), 21-VIII-1927.
- “Reforma necesaria. La preparación del magisterio”, *El Imparcial* (Madrid), 24-VIII-1927.
- “Temas ocasionales. El arte del anuncio y del cartel”, *El Imparcial* (Madrid), 1-IX-1927.
- “Nuevas orientaciones. La escuela y la economía nacional”, *El Imparcial* (Madrid), 20-IX-1927.
- “Ante la asamblea. Los maestros y la política”, *El Imparcial* (Madrid), 21-IX-1927.
- “Al margen de la Gaceta. Las permanencias femeninas”, *El Imparcial* (Madrid), 7-X-1927.
- “Reformas en la enseñanza. Participación de los organismos obreros”, *El Imparcial* (Madrid), 13-X-1927.
- “Descubrimientos de Glozel. El hombre neolítico sabía latín”, *El Imparcial* (Madrid), 19-11-1927.
- “La actualidad docente. Cuestionarios y exámenes”, *El Imparcial* (Madrid), 6-XII-1927.
- “Una asamblea. Los profesores municipales, de Diputaciones y Patronatos libres”, *El Imparcial* (Madrid), 20-XII-1927.
- “La alegría en la escuela”, *La Gaceta Literaria* (Madrid), 25 (enero 1928).
- “El año escolar. La ciudad universitaria”, *El Imparcial* (Madrid), 1-I-1928.
- “Al margen del presupuesto. Mejoras y novedades”, 18-I-1928.
- “De la tierra. El libro. Geografía de naturalistas y viajeros”, *El Imparcial* (Madrid), 5-II-1928.
- “Temas actuales. Un congreso de la vivienda”, *El Imparcial* (Madrid), 7-II-1928.

- “Lecturas. El triunfo de la plebe”, *El Imparcial* (Madrid), 26-II-1928.
- “La escuela y la calle”, *La Gaceta literaria* (Madrid), 82 (mayo 1930).
- “De enseñanzas. Asociación nacional”, *El Imparcial* (Madrid), 7-I-1931.
- “Los institutos locales. Necesidad de su transformación”, *El Imparcial* (Madrid), 14-I-1931.
- “Temas del día. La juventud universitaria y la política”, *El Imparcial* (Madrid), 13-II-1931.
- “Iniciativas. El cinema y los viajes”, *El Imparcial* (Madrid), 24-II-1931.
- “Para las escuelas de Madrid. Ofrecemos varios solares”, *El Imparcial* (Madrid), 3-III-1931.
- “El tai-kung nacional. La huelga de los avances lentos”, *El Imparcial* (Madrid), 17-III-1931.
- “Temas del día. Relaciones entre la Universidad y la política”, *El Imparcial* (Madrid), 26-III-1931.
- “Temas del día. El fuero universitario según la historia”, *El Imparcial* (Madrid), 8-IV-1931.
- “Proyectos de instrucción pública. Cataluña y el problema del bilingüismo”, *El Imparcial* (Madrid), 25-IV-1931.
- “Lecturas y recuerdos. La personalidad de ‘Clarín’”, *El Imparcial* (Madrid), 3-V-1931.
- “Temas del día. El grave problema de los sintrabajo”, *El Imparcial* (Madrid), 5-V-1931.
- “Temas del día. Hay que llenar el odre”, *El Imparcial* (Madrid), 7-V-1931.
- “La otra revolución. Más acá de las reformas ministeriales”, *El Imparcial* (Madrid), 9-V-1931.

- “Temas del día. El rescoldo del incendio”, *El Imparcial* (Madrid), 20-V-1931.
- “Las colonias escolares. Los niños y los viajes en ferrocarril”, *El Imparcial* (Madrid), 24-V-1931.
- “Palabras del Señor Cossío. El educador y el gobernante”, *El Imparcial* (Madrid), 10-VI-1931.
- “Al margen de la Gaceta. La enseñanza del catalán en Cataluña”, *El Imparcial* (Madrid), 18-VI-1931.
- “Plurilingüismo. La nueva batalla de las lenguas”, *El Imparcial* (Madrid), 1-VIII-1931.
- “Al margen de la Gaceta. La protección de los talentos juveniles”, *El Imparcial* (Madrid), 9-VIII-1931.
- “Textos cantan. La paz universal imposible”, *El Imparcial* (Madrid), 13-VIII-1931.
- “Los sintrabajo. La justificación de la jornada de tres horas”, *El Imparcial* (Madrid), 24-IX-1931.
- “Temas actuales. La función y el funcionario”, *El Imparcial* (Madrid), 24-XI-1931.
- “Asturias, una y varia”, en *Blanco y Negro* (noviembre de 1933), reeditado en *La Voz de Asturias* de Buenos Aires, 9 y 16 de junio de 1934.
- “Antecedentes. El maestro que perdió su libro”, *El Sol* (Madrid), 5-I-1936.
- “Realidades. Las fuentes”, *El Sol* (Madrid), 10-I-1936.
- “Antecedentes. Censura y tasa de libros”, *El Sol* (Madrid), 19-I-1936.
- “Rojos y azules”, *El Sol* (Madrid), 5-III-1936.
- “El viajero”, *El Sol* (Madrid), 8-III-1936.
- “Escuelas”, *El Sol* (Madrid), 14-III-1936.
- “Extremismos”, *El Sol* (Madrid), 7-IV-1936.

- “La lectura de los clásicos”, *El Sol* (Madrid), 2-V-1936.
- “La herradura”, *El Sol* (Madrid), 13-V-1936.
- “Los viajes”, *El Sol* (Madrid), 28-V-1936.
- “Realidades. Esos muchachos”, *El Sol* (Madrid), 6-II-1936.
- “Charlas cervantinas. Cómo era Cervantes”, *El Nacional* (México D.F.), 23-IV-1947.
- “Otro pescador de caña. Cuento”, *El Nacional*, suplemento dominical, 27-IV-1947.
- “Charlas cervantinas. Ventura y desventura de Cervantes”, *El Nacional* (México D.F.), 2-V-1947. También en *Revista de Guatemala*, 1948, núm. 2, pp.38-45.
- “Charlas cervantinas. La supuesta ignorancia de Cervantes”, *El Nacional* (México D.F.), 7-V-1947.
- “Charlas cervantinas. Cervantes, hombre culto de su tiempo”, *El Nacional* (México D.F.), 13-V-1947.
- “Charlas cervantinas. ¿Caballero andante o pastor?”, *El Nacional* (México D.F.), 18-V-1947.
- “Charlas cervantinas. Pastores reales y pastores soñados”, *El Nacional* (México D.F.), 23-V-1947.
- “Cervantes: el escritor”, *El Nacional* (México D.F.), suplemento dominical, 4-V-1947.
- “Charlas cervantinas. Cervantes las prefería rubias”, *El Nacional* (México D.F.), 27-V-1947.
- “Charlas cervantinas. Caballeros montados y caballeros a pie”, *El Nacional* (México D.F.), 1-VI-1947.
- “Charlas cervantinas. Los dos Migueles”, *El Nacional* (México D.F.), 7-VI-1947.
- “Charlas cervantinas. De ‘Clarín’ a Galdós”, *El Nacional* (México D.F.), 24-VI-1947.

- “Charlas cervantinas. Adivina, adivinanza”, *El Nacional* (México D.F.), 27-6-1947.
- “Las fuentes”, *El Nacional* (México D.F.), suplemento dominical, 13-VII-1947.
- “Charlas cervantinas. Un padre que se dice padraastro”, *El Nacional* (México D.F.), 8-VIII-1947.
- “Charlas cervantinas. Las vacilaciones de un autor”, *El Nacional* (México D.F.), 15-VIII-1947.
- “Charlas cervantinas. En aquel lugar de la Mancha”, *El Nacional* (México D.F.), 22-VIII-1947.
- “Charlas cervantinas. Cómo era Don Quijote”, *El Nacional* (México D.F.), 29-VIII-1947.
- “Charlas cervantinas. El hidalgo Alonso Quijano”, *El Nacional* (México D.F.), 5-IX-1947.
- “Charlas cervantinas. Valentía y amor en Don Quijote”, *El Nacional* (México D.F.), 11-IX-1947.
- “Charlas cervantinas. De Aldonza a Dulcinea”, *El Nacional* (México D.F.), 22-IX-1947.
- “Charlas cervantinas. La fidelidad de don Quijote”, *El Nacional* (México D.F.), 29-IX-1947.
- “Charlas cervantinas. El caballero Sancho Panza”, *El Nacional* (México D.F.), 9-X-1947.
- “La UNESCO desde fuera. Cómo enseñarnos a odiar”, *El Nacional* (México D.F.), 6-XII-1947.
- “Adios a la UNESCO. Lo que se ha llevado y lo que nos dejó”, *El Nacional* (México D.F.), 10-XII-1947.
- “Una exposición. Del fogón al hogar”, *El Nacional* (México D.F.), 17-XII-1947.
- “Año viejo, año nuevo”, *El Nacional* (México D.F.), 31-XII-1947.

- “Los libros. La pluma de Alfonso Reyes”, *El Nacional* (México D.F.), 4-I-1948, suplemento dominical, 4-I-1948.
- “Reparos. Estrellita, estrellita”, *El Nacional* (México D.F.), 9-I-1948.
- “Modas celestiales. Santa Teresa y Santa Teresita”, *El Nacional* (México D.F.), 13-I-1948.
- “La ciudad y la aldea. Las misiones culturales”, *El Nacional* (México D.F.), 20-I-1948.
- “Una frase de Don Justo Sierra”, *El Nacional* (México D.F.), 27-I-1948.
- “Los estudiantes. Juventud, divino tesoro”, *El Nacional* (México D.F.), 3-II-1948.
- “Los estudiantes. La Universidad, corporación escolar”, *El Nacional* (México D.F.), 9-II-1948.
- “Los estudiantes. Una jornada escolar de ayer”, *El Nacional* (México D.F.), 17-II-1947.
- “Una lección de Cervantes”, *Armas y Letras* (Monterrey), núm. 10, 31-X-1947.
- “Los libros. Heterodoxos en México”, *El Nacional* (México D.F.), suplemento dominical, 22-II-1948.
- “Los estudiantes. En la literatura y en la vida”, *El Nacional* (México D.F.), 23-II-1948.
- “Los estudiantes. Tiempos felices”, *El Nacional* (México D.F.), 2-III-1948.
- “Los libros. Roma”, suplemento dominical, 7-III-1948.
- “Los estudiantes. La trágica”, *El Nacional* (México D.F.), 11-III-1948.
- “Los estudiantes. La solidaridad internacional”, *El Nacional* (México D.F.), 16-III-1948.

“Los estudiantes. Sus tres deberes principales”, *El Nacional* (México D.F.), 22-III-1948.

“Las guerras. Nuestros medianos instintos”, *El Nacional* (México D.F.), 29-III-1948.

“Las guerras. Proceso de la violencia”, *El Nacional* (México D.F.), 6-IV-1948.

“Los libros. Algo más que palabras”, *El Nacional* (México D.F.), suplemento dominical, 11-IV-1948.

“Las guerras. Quintacolumnismo de anteayer”, *El Nacional* (México D.F.), 12-IV-1948.

“Las guerras. De la ballesta a las bombas”, *El Nacional* (México D.F.), 19-IV-1948.

“Las guerras. Caballerosidad, gracia y cortesía”, *El Nacional* (México D.F.), 4-V-1948.

“Clarín en su Vetusta. Una lectura de L'Aiglon”, *El Nacional* (México D.F.), suplemento dominical, 9-V-1948.

“Las guerras. La destrucción, objetivo feroz”, *El Nacional* (México D.F.), 10-V-1948.

“Las guerras. Colonialismo”, *El Nacional* (México D.F.), 17-V-1948.

“Las guerras. Las dictaduras”, *El Nacional* (México D.F.), 24-V-1948.

“Los libros. Al filo del agua”, *El Nacional* (México D.F.), suplemento dominical, 30-V-1948.

“Los libros. Oaxaca y sus laureles”, *El Nacional* (México D.F.), suplemento dominical, 13-VI-1948.

“Los libros. Un Pueblo Sombrío”, *El Nacional* (México D.F.), suplemento dominical, 27-VI-1948.

“Los libros. La lección de la vida”, *El Nacional* (México D.F.), suplemento dominical, 22-VIII-1948.

- “Los libros. Presencia y ausencia del hombre”, *El Nacional* (México D.F.), suplemento dominical, 19-IX-1948.
- “Los libros. La Lección de la Vida”, *El Nacional* (México D.F.), suplemento dominical, 22-VIII-1948.
- “Cuentos casi Morales”, *El Nacional* (México D.F.), suplemento dominical, 4-IX-1949.
- “Los libros. Presencia y Rebeldía del Hombre”, *El Nacional* (México D.F.), suplemento dominical, 19-IX-1948.
- “Los libros. América en su difícil historia”, *El Nacional* (México D.F.), suplemento dominical, 16-I-1949.
- “La poesía del pueblo. Porqué no nació un romancero americano”, *El Nacional* (México D.F.), suplemento dominical, 17-VII-1949.
- “La poesía del pueblo. El romance tradicional de América”, *El Nacional* (México D.F.), suplemento dominical, 7-VIII-1949.
- “Los libros. Cuentos casi morales”, *El Nacional* (México D.F.), suplemento dominical, 4-IX-1949.
- “Un viaje intelectual por Hispanoamérica”, *El Nacional* (México D.F.), suplemento dominical, 23-X-1949.
- “La poesía del pueblo. Romances y baladas”, *El Nacional* (México D.F.), 25-IX-1949.
- “Literatura mexicana. La difícil crítica, lograda”, *El Nacional* (México D.F.), suplemento dominical, 2-X-1949.
- “Un cuadro de Miguel Prieto. Melibea en pintura”, *El Nacional* (México D.F.), suplemento dominical, 23-X-1949.
- “Los libros. Sarmiento”, *El Nacional* (México D.F.), suplemento dominical, 30-X-1949.
- “La poesía del pueblo. Sentido y sentimiento de la muerte”, *El Nacional* (México D.F.), suplemento dominical, 30-X-1949.

- “La poesía del pueblo. Palomas en el cielo y el verso de América”, *El Nacional* (México D.F.), 27-XI-1949.
- “Los libros. Letras en Nostalgia”, *El Nacional* (México D.F.), suplemento dominical, 18-XII-1949.
- “La efímera dictadura del juguete”, *El Nacional* (México D.F.), suplemento dominical, 25-XII-1949.
- “Si así es, así parece Una y otra poesía”, *El Nacional* (México D.F.), suplemento dominical, 12-II-1950.
- “La poesía del pueblo. Del juglar español al trovador americano”, *El Nacional* (México D.F.), suplemento dominical, 19-II-1950.
- “Interamericanismo”, *El Nacional* (México D.F.), suplemento dominical, 19-III-1950.
- “Interamericanismo. II y último”, *El Nacional* (México D.F.), suplemento dominical, 26-III-1950.
- “Los libros. La ruta cortesiana de un poeta”, *El Nacional* (México D.F.), 23-IV-1950.
- “Los libros. El Profeta bien barbado León Felipe”, *El Nacional* (México D.F.), suplemento dominical, 21-V-1950.
- “Estudios y estudiantes. En el umbral de las aulas”, *El Nacional* (México D.F.), 17-VI-1950.
- “Estudios y estudiantes. De las palabras alfonsinas a las realidades de hoy”, *El Nacional* (México D.F.), 21-VI-1950.
- “El pincel de Cristóbal Ruiz”, *El Nacional* (México D.F.), suplemento dominical, 25-VI-1950.
- “Estudios y estudiantes. Cómo nació la universidad”, *El Nacional* (México D.F.), 28-VI-1950.
- “Estudios y estudiantes. Pobreza material, riqueza espiritual”, *El Nacional* (México D.F.), 5-VII-1950.

- “Estudios y estudiantes. El maestro baja de su cátedra”, *El Nacional* (México D.F.), 12-VII-1950.
- “Los libros. Un escritor, un libro y una crítica”, *El Nacional* (México D.F.), suplemento dominical, 16-VII-1950.
- “Estudios y estudiantes. También el escolar está en su casa”, *El Nacional* (México D.F.), 19-VII-1950.
- “Estudios y estudiantes. La Universidad y la política cultural”, *El Nacional* (México D.F.), 26-VII-1950.
- “Estudios y estudiantes. Nacionalismo e internacionalismo universitarios”, *El Nacional* (México D.F.), 1-VIII-1950.
- “Los libros. El rey más discutido de ayer”, *El Nacional* (México D.F.), suplemento dominical, 6-VIII-1950.
- “Un deporte que aguarda ser nacional”, *El Nacional* (México D.F.), suplemento dominical, 6-VIII-1950.
- “Estudios y estudiantes. La juventud de las aulas en la vida”, *El Nacional* (México D.F.), 9-VIII-1950.
- “Estudios y estudiantes. El maestro baja de su cátedra”, *El Nacional* (México D.F.), 12-VII-1950.
- “Estudios y estudiantes. También el escolar está en casa”, *El Nacional* (México D.F.), 19-VII-1950.
- “Para el Instituto de la Juventud. Un deporte que aguarda ser nacional”, *El Nacional* (México D.F.), suplemento dominical, 6-VIII-1950.
- “Los libros. El rey más discutido de ayer”, *El Nacional* (México D.F.), suplemento dominical, 6-VIII-1950.
- “Estudios y estudiantes. La juventud de las aulas en la vida”, *El Nacional* (México D.F.), 9-VIII-1950.
- “Estudios y estudiantes. Los mejores al servicio de los más”, *El Nacional* (México D.F.), 16-VIII, 1950.

- “Estudios y estudiantes. La investigación científica y el progreso”, *El Nacional* (México D.F.), 23-VIII-1950.
- “Estudios y estudiantes. Huelgas universitarias”, *El Nacional* (México D.F.), 30-VIII-1950.
- “Estudios y estudiantes. Las novatadas”, *El Nacional* (México D.F.), 6-IX-1950.
- “Estudios y estudiantes. Ciudades universitarias”, *El Nacional* (México D.F.), 13-IX-1950.
- “Ayer y hoy. El corazón de la ciudad”, *El Nacional* (México D.F.), 20-IX-1950.
- “El idioma y las academias. Americanismos y localismos”, *El Nacional* (México D.F.), 27-IX-1950.
- “El idioma y las academias. La contribución del pueblo”, *El Nacional* (México D.F.), 4-X-1950.
- “Los libros. Pícaros y Brujas de hoy”, *El Nacional* (México D.F.), suplemento dominical, 8-X-1950.
- “Estudios y estudiantes. El caso singular de Puerto Rico”, *El Nacional* (México D.F.), 11-X-1950.
- “Pareceres. La democracia no es sólo una palabra”, *El Nacional* (México D.F.), 27-X-1950.
- “Ausencia y Presencia de Rubén Darío”, *El Nacional* (México D.F.), suplemento dominical, 26-XI-1950.
- “Los libros. Un Noble Galeote de las Letras”, *El Nacional* (México D.F.), suplemento dominical, 10-XII-1950.
- “El mensaje de Erasmo”, *El Nacional* (México D.F.), suplemento dominical, 31-XII-1950.
- “Claridad sobre Juan de Mena. Un gran poeta y una gran libro”, *El Nacional* (México D.F.), suplemento dominical, 21-I-1951.
- “El maestro Don Justo Sierra, un mexicano universal”, *El Nacional* (México D.F.), suplemento dominical, 11-II-1951.

- “Los libros. Los jesuitas mexicanos pintados por si mismos”, *El Nacional* (México D.F.), suplemento dominical, 11-III-1951.
- “Cervantes y Avellaneda. El Quijote, intruso por dentro”, *El Nacional* (México D.F.), suplemento dominical, 25-III-1951.
- “Las academias. De donde proceden”, *El Nacional* (México D.F.), 18-IV-1951.
- “Un gran malabarista de las letras”, *El Nacional* (México D.F.), suplemento dominical, 22-IV-1951.
- “Las academias. De la torre de Babel a la ciudad de Crusca”, *El Nacional* (México D.F.), 25-IV-1951.
- “Las academias. Francia dio la norma”, *El Nacional* (México D.F.), 3-V-1951.
- “Cervantes en la academia”, *El Nacional* (México D.F.), suplemento dominical, 6-V-1951.
- “Los libros Un gran corrido de la revolución”, *El Nacional* (México D.F.), suplemento dominical, 6-V-1951.
- “Villena funda La Española”, *El Nacional* (México D.F.), 7-V-1951.
- “Fernando conversa con Wolfgang. Goethe desde fuera”, *El Nacional* (México D.F.), suplemento dominical, 13-V-1951.
- “Después del congreso. Logros y promesas”, *El Nacional* (México D.F.), 16-V-1951.
- “Observatorio. Dendrolatría”, *El Nacional* (México D.F.), 23-V-1951.
- “Observatorio. Las vacaciones”, *El Nacional* (México D.F.), 30-V-1951.
- “Observatorio. De la playa al taller”, *El Nacional* (México D.F.), 6-VI-1951.
- “Don Rafael Altamira: una vida y una obra ejemplares”, *El Nacional* (México D.F.), suplemento dominical, 10-VI-1951.

- “Los libros. El Almirante y su Descubrimiento”, *El Nacional* (México D.F.), suplemento dominical, 10-VI-1951.
- “Observatorio. La mujer y la política”, *El Nacional* (México D.F.), 13-VI-1951.
- “Observatorio. La política y la mujer”, *El Nacional* (México D.F.), 20-VI-1951.
- “Observatorio. La mujer en la política”, *El Nacional* (México D.F.), 27-VI-1951.
- “Observatorio. Literatura infantil”, *El Nacional* (México D.F.), 4-VII-1951.
- “Observatorio. La defensa del paisaje”, *El Nacional* (México D.F.), 11-VII-1951.
- “Observatorio. La escuela de verano”, *El Nacional* (México D.F.), 18-VII-1951.
- “Observatorio. Mirada en simpatía a Bélgica”, *El Nacional* (México D.F.), 25-VII-1951.
- “Estímulos literarios. El esquivo y divino ocio”, *El Nacional* (México D.F.), suplemento dominical, 29-VII-1951.
- “El concurso literario de ‘El Nacional’. ¿Una academia Goncourt mexicana?”, *El Nacional* (México D.F.), 1-VIII-1950.
- “Clarín: sus amigos, sus enemigos”, *El Nacional* (México D.F.), suplemento dominical, 5-VIII-1951.
- “México, sede de la acción cultural interamericana”, *El Nacional* (México D.F.), 8-VIII-1951.
- “Los deportes. El caso aleccionador de West Point”, *El Nacional* (México D.F.), 15-VIII-1951.
- “La segunda enseñanza. Una reforma en estudio”, *El Nacional* (México D.F.), 22-VIII-1951.
- “Males y remedios. Pobres, pobres y mendigos”, *El Nacional* (México D.F.), 29-VIII-1951.

- “Ayer y hoy. Turismo”, *El Nacional* (México D.F.), 5-IX-1951.
- “Turismo. Lo pintoresco”, *El Nacional* (México D.F.), 12-IX-1951.
- “Más allá del ABC. El peor analfabetismo”, *El Nacional* (México D.F.), 19-IX-1951.
- “La Universidad Nacional. Ayer, hoy, mañana”, *El Nacional* (México D.F.), 26-IX-1951.
- “Después de las semanas grandes. La carta cultural de América”, *El Nacional* (México D.F.), 3-X-1951.
- “Alfonso Reyes, aquí y en Grecia”, *El Nacional* (México D.F.), suplemento dominical, 7-X-1951.
- “La segunda enseñanza y su trascendencia social”, *El Nacional* (México D.F.), 12-X-1951.
- “Un congreso en Brasil. Más y mejores bibliotecas en América Latina”, *El Nacional* (México D.F.), 24-X-1951.
- “Pedro Salinas cuentista. Un poeta vuelve a la prosa”, *El Nacional* (México D.F.), suplemento dominical, 28-X-1951.
- “Recuerdos y nostalgias. Ismailía”, *El Nacional* (México D.F.), 31-X-1951.
- “Mirada a Inglaterra. Dichos y hechos de allá”, *El Nacional* (México D.F.), 7-XI-1951.
- “Juventud, divino tesoro. Una generación silenciosa”, *El Nacional* (México D.F.), 14-XI-1951.
- “Fin de curso. Exámenes y exposiciones escolares”, *El Nacional* (México D.F.), 21-XI-1951.
- “Fin de curso. Fiestas escolares”, *El Nacional* (México D.F.), 28-XI-1951.
- “Ganar y perder. El clima deportivo”, *El Nacional* (México D.F.), 5-XII-1951.
- “‘El Correo’ de la UNESCO. Los derechos del hombre”, *El Nacional* (México D.F.), 12-XII-1951.

“La ciudad. Nuestro enemigo el ruido”, *El Nacional* (México D.F.), 19-XII-1951.

“Fiestas escolares”, *El Nacional* (México D.F.), 21-XII-1951.

“Una asamblea. La civilización industrial”, *El Nacional* (México D.F.), 26-XII-1951.

“El lejano Oriente. La mujer asiática”, *El Nacional* (México D.F.), 2-I-1952.

“Perspectivas. Ventura y desventura del papel”, *El Nacional* (México D.F.), 9-I-1952.

“El amor todo lo vence”, *El Nacional* (México D.F.), suplemento dominical, 13-I-1952.

“El hombre y la tierra. La educación agrícola”, *El Nacional* (México D.F.), 17-I-1952.

“Perspectivas. Ventura y desventura del papel”, *El Nacional* (México D.F.), 19-I-1952.

“El hombre y la tierra. El hogar campesino”, *El Nacional* (México D.F.), 23-I-1952.

“Los libros. Un diccionario de términos indianos”, *El Nacional* (México D.F.), suplemento dominical, 27-I-1952.

“El hombre y la tierra. El éxodo rural”, *El Nacional* (México D.F.), 30-I-1952.

“Afirmación mexicana. Bajo el signo de Artemisa”, *El Nacional* (México D.F.), 6-II-1952.

“Afirmación mexicana. El tiempo y el habla coloquial”, *El Nacional* (México D.F.), 15-II-1952.

“Los libros. De La Habana ha venido un barco”, *El Nacional* (México D.F.), 17-II-1952.

“Afirmación mexicana. De lo nacional a lo universal”, *El Nacional* (México D.F.), 22-II-1952.

- “Victor Hugo en su cincuentenario”, *El Nacional* (México D.F.), suplemento dominical, 24-II-1952.
- “Actualidad de Puerto Rico. Un nuevo estatuto político”, *El Nacional* (México D.F.), 29-II-1952.
- “México en la vanguardia. Un proyecto de Biblioteca modelo”, *El Nacional* (México D.F.), 7-III-1952.
- “Una iniciativa feliz. Trabajadores en viaje de estudios”, *El Nacional* (México D.F.), 14-III-1952.
- “Los libros. La bella poesía de anteayer”, *El Nacional* (México D.F.), 16-III-1952.
- “Una conferencia. El mexicano como posibilidad” (incluir), *El Nacional* (México D.F.), 20-III-1952.
- “Un niño en la revolución mexicana”, *El Nacional* (México D.F.), suplemento dominical, 23-III-1952.
- “Ayer y hoy. Tolerancia e intolerancia españolas”, *El Nacional* (México D.F.), 28-III-1952.
- “Pátzcuaro. La obra en marcha”, *El Nacional* (México D.F.), 2-IV-1952.
- “Créditos de México. El premio Nobel de la paz”, *El Nacional* (México D.F.), 4-IV-1952.
- “Manuel José Othon. El poeta y el hombre”, *El Nacional* (México D.F.), 3-IV-1952.
- “Pátzcuaro. Tata Vasco, el precursor”, *El Nacional* (México D.F.), 18-IV-1952.
- “Pátzcuaro. Paladín cultural de nuestra América”, *El Nacional* (México D.F.), 25-IV-1952.
- “La propaganda política. Ante las masas ciudadanas”, *El Nacional* (México D.F.), 9-V-1952.
- “Más y menos de Max”, *El Nacional* (México D.F.), suplemento dominical, 11-V-1952.

“La propaganda política. Oradores y habladores”, *El Nacional* (México D.F.), 14-V-1952.

“Los libros. Héroes y epígonos”, *El Nacional* (México D.F.), suplemento dominical, 18-V-1952.

“Cómo piensan los filósofos. La libertad en el banquillo”, *El Nacional* (México D.F.), suplemento dominical, 25-V-1952.

NOTICIA BIBLIOGRÁFICA

LA EDUCACIÓN DEL HOMBRE

“Los caminos del pacifismo. La ciencia de la Humanidad”

Se publicó en *El Imparcial* (Madrid), 30-X-1925.

“La escuela activa”

Se publicó en *La autonomía y la libertad en educación*, Madrid, Publicaciones de la Revista de Pedagogía, 1928, pp. 14-17.

“Factores de la educación”

Se publicó en *La autonomía y la libertad en educación*, Madrid, Publicaciones de la Revista de Pedagogía, 1928, pp. 18-20.

“La enseñanza de nuestra historia”

Se publicó en *Hacia una escuela mejor*, Madrid, Ediciones de La Lectura, 1929, pp.73-78.

“La enseñanza de adultos”

Se publicó en *Hacia una escuela mejor*, Madrid, Ediciones de La Lectura, 1929, pp. 191-199.

“Lo útil y lo inútil en la educación”

Se publicó en *Revista de Pedagogía* (Madrid), núm. 90, junio 1929, pp. 241-246.

“Las condiciones materiales de la enseñanza”

Se publicó en *De la escuela a la Universidad*, Madrid, Editorial Hernando, 1930, pp. 139-143.

“Cossío y las Misiones Pedagógicas”

Se publicó en *Revista de Pedagogía* (Madrid), núm. 165 (1935), pp. 405-410.

“Minorías, mayorías y masas”

Se publicó en *Padres, hijos y maestros. Antipedagogía*, México, Editorial México, 1945, pp. 161-167.

“Universidad, universalidad”

Se publicó en *Cuadernos Americanos* (México D.F.), mayo-junio 1946, núm. 3, pp. 217-222.

“La doctrina pedagógica”

Se publicó en *El pensamiento vivo de Manuel B. Cossío*, Buenos Aires, Losada, 1946, pp. 47-53.

“Política cultural. Ante la reunión de la UNESCO”

Se publicó en *Cuadernos Americanos* (México D.F.), sept.-oct. 1947, núm. 5, pp. 56-63.

“El maestro don Justo Sierra. Un mexicano universal”

Se publicó en *El Nacional* (México D.F.), suplemento dominical, 11-II-1951.

LETRAS HISPÁNICAS

“Prólogo a *Místicos españoles*”

Se publicó como Prólogo al libro *Místicos españoles*, Madrid, Instituto Escuela-Junta para Ampliación de Estudios, 1934, pp. 5-29. (Biblioteca Literaria del Estudiante dirigida por Ramón Menéndez Pidal, tomo XVIII).

“Realismo y fantasía en el ‘Quijote’”.

Se publicó en *Las mejores páginas del “Quijote”. Precedidas de unos estudios y comentarios sobre la personalidad y la obra del autor. Seguidas de un vocabulario cervantino*, Madrid-México-Buenos Aires, Aguilar, 1948, pp. 110-120.

“El profeta bien barbado León Felipe”

Se publicó en *El Nacional* (México D.F.), suplemento dominical, 21-V-1950.

“El idioma y las academias. La contribución del pueblo”

Se publicó en *El Nacional* (México D.F.), 4-X-1950.

“Alfonso Reyes. Aquí y en Grecia”

Se publicó en *El Nacional* (México D.F.), suplemento dominical, 7-X-1951.

“Pedro Salinas cuentista. Un poeta vuelve a la prosa”

Se publicó en *El Nacional* (México D.F.), suplemento dominical, 28-X-1951.

“En el cincuentenario de *Clarín. La Regenta* y su autor en la picota”

Se publicó en *Asomante* (San Juan de Puerto Rico), julio-septiembre 1952, núm. 3, pp. 5-13.

“Prólogo a *El ingenioso hidalgo Don Quijote de la Mancha*”

Se publicó en *El ingenioso hidalgo Don Quijote de la Mancha*, Prólogo y vocabulario de Luis Santullano, México, Orión, 1953, pp. 7-24.

“Semblanza de Antonio Machado”

Se publicó en José Machado, *Últimas soledades del poeta Antonio Machado (recuerdos de su hermano José)*, Soria, Imprenta Provincial, 1971, pp. 165-175.

AMERICANISMO

“El Caribe, laboratorio de culturas”

Se publicó en *Mirada al caribe. Fricción de culturas en Puerto Rico*, México, El Colegio de México, 1945, pp. 17-23 (Jornadas, 54).

“África en el Caribe”

Se publicó en *Mirada al caribe. Fricción de culturas en Puerto Rico*, México, El Colegio de México, 1945, pp. 25-30 (Jornadas, 54).

“La poesía del pueblo en Hispanoamérica. Algunas noticias sobre su expresión inicial”

Se publicó en *Cuadernos Americanos* (México D.F.), enero-febrero 1950, núm. 1, pp. 165-180.

“La poesía del pueblo. Del juglar español al trovador americano”

Se publicó en *El Nacional* (México D.F.), suplemento dominical, 19-II-1950.

“Las misiones españolas en América”

Se publicó en *Las Españas* (México D.F.), núm. 15-18 (número especial), agosto 1950.

“El almirante y su descubrimiento”

Se publicó en *El Nacional* (México D.F.), suplemento dominical, 10-VI-1951.

“Una conferencia. El mexicano como posibilidad”

Se publicó en *El Nacional* (México D.F.), 20-III-1952.

“Correspondencia Con Alfonso Reyes”

Textos tomados del “Expediente de Luis A. Santullano”, Archivo Histórico de El Colegio de México, Fondo Antiguo, caja 1, carpeta 13, y del Archivo de la Capilla Alfonsina, México D.F.

Arraigos y exilios: antología

se terminó de imprimir en noviembre de 2012
en los talleres de Master Copy, S.A. de C.V.,
Av. Coyoacán 1450, col. Del Valle 03220 México, D.F.

Portada: Pablo Reyna.

Tipografía y formación: El Atril Tipográfico, S.A. de C.V.
Cuidó la edición la Dirección de Publicaciones de
El Colegio de México.

TESTIMONIOS

A sesenta años de su fallecimiento, recordamos a quien fuera Prefecto de Disciplina y Oficinal Mayor de El Colegio de México: Luis A. Santullano. Como un homenaje, la presente antología quiere ofrecer un recorrido por una de las trayectorias intelectuales y vitales menos conocidas del exilio español republicano de 1939. Luis A. Santullano (Oviedo, 1879-México D.F., 1952), pedagogo y ensayista, fue una de las personalidades más constantes y más representativas de la mentalidad “institucionista”. Ligado siempre a los proyectos reformadores y a las instituciones de Libre Enseñanza, fue testigo directo de sus ambientes, en los que participó activa y cotidianamente. Santullano fue autor, además, de una amplísima obra en la que pueden rastrearse algunos hilos y referencias fundamentales de la llamada Edad de Plata española. Rota por la Guerra Civil, pero rescatada por la experiencia del exilio, su trayectoria encontró finalmente, en El Colegio de México, el espacio y el tiempo necesarios para sus expresiones definitivas.

El presente libro ofrece una selección de sus grandes temas: la educación, reflejada tanto en textos de carácter pedagógico como en evocaciones de carácter más testimonial e histórico; la crítica literaria, la cual abarcó desde los grandes clásicos de la literatura hispánica hasta contemporáneos como Alfonso Reyes y sus propios compañeros de exilio; y la inquietud americanista, que empezó a desarrollar a raíz de su exilio, primero en Puerto Rico primero y luego en México. Un riguroso prólogo y una extensa bibliografía, que incluye cientos de colaboraciones suyas en periódicos y revistas, completan el acercamiento a Santullano.

